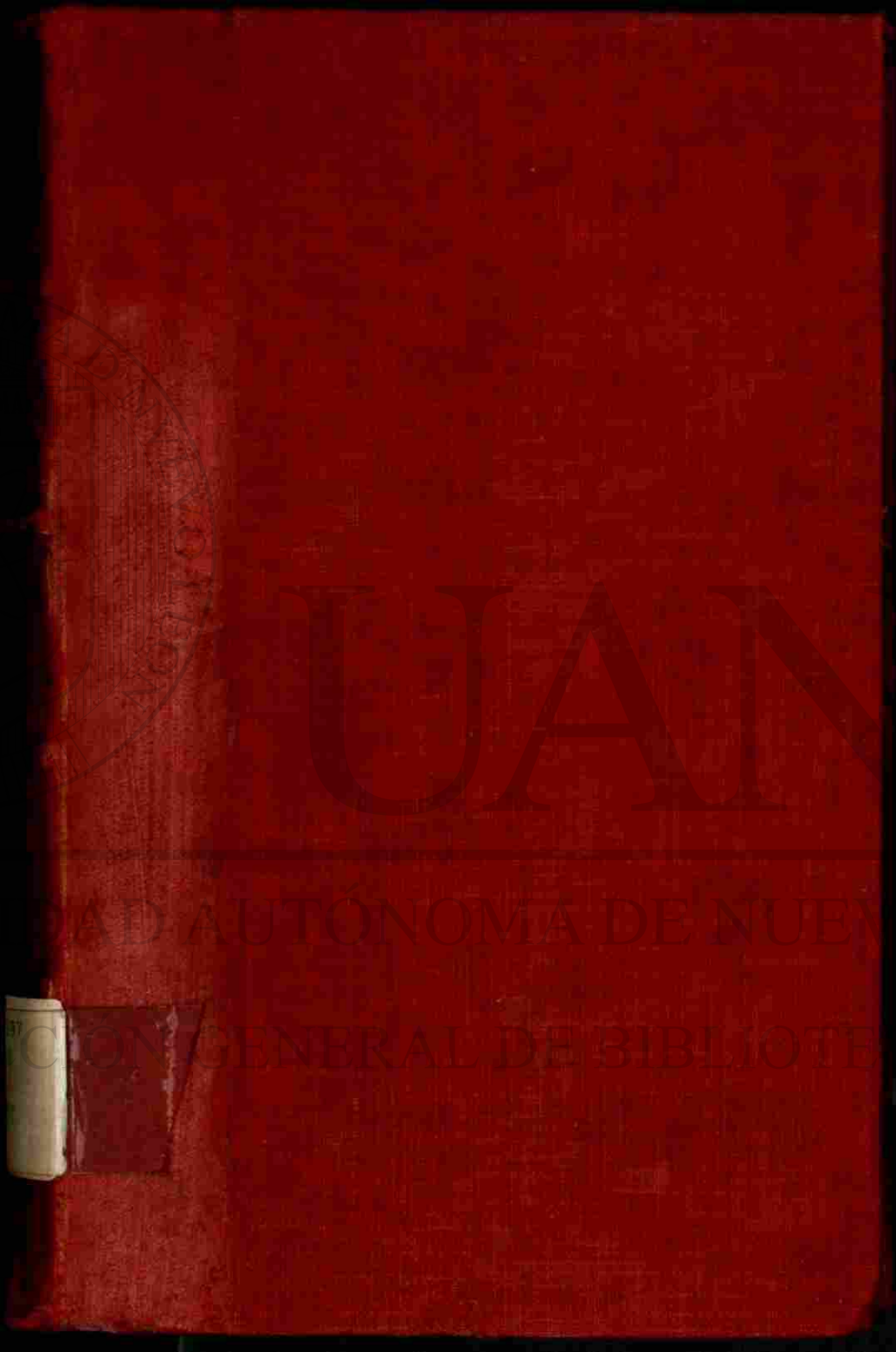




PAYNO

OBRAS

PQ7297

.P27

A15

1871?

R. 3.



1080013882



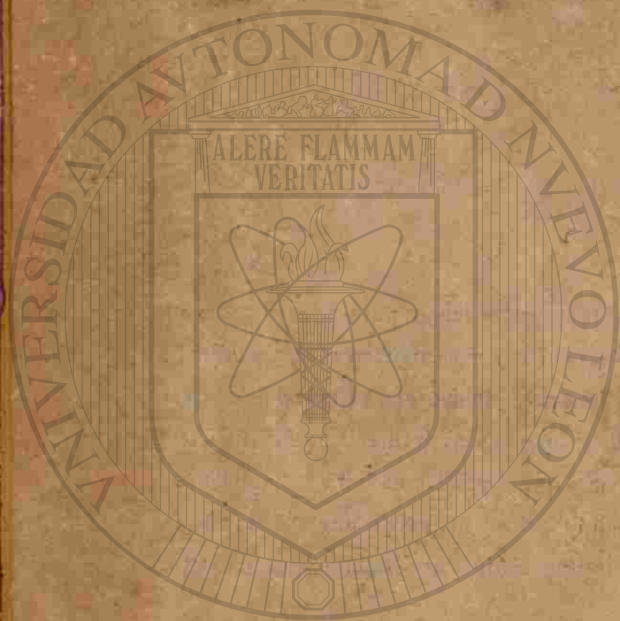
LAS novelas que nos proponemos reunir para formar uno ó dos tomos, fueron escritas por el autor hace algunos años, y publicadas en diversos periódicos literarios. Habiéndose agotado ó desaparecido del todo esos periódicos, que se conservan solo en la Biblioteca de algun curioso, juzgamos que el público recibirá con agrado esta nueva impresion, y tendrá tambien reunidas en una coleccion los escritos del autor, que fueron acogidos con benevolencia en la República.

LOS EDITORES.

México, Julio 15 de 1871.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL CURA Y LA ÓPERA.

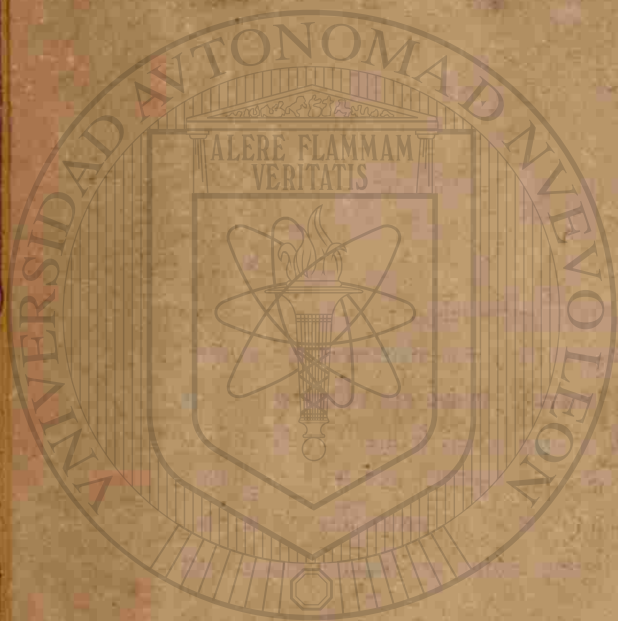
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®

COPIA DE LA BIBLIOTECA
DE LA DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL CURA Y LA ÓPERA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



COPIA DE LA BIBLIOTECA
DE LA DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ7297

P27



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

155502

EL CURA Y LA ÓPERA.

En una de esas mañanas frescas, nubladas y melancólicas del fin del mes de Mayo, se paseaban dos personajes por las orillas del Támesis, frente al pintoresco pueblo de Richmond.

El uno era un hombre de estatura mediana, grueso de los hombros al estómago, y delgado de los muslos al tobillo; pero su fisonomía era extremadamente amable, modesta y regular, y su tez tersa y encarnada, á pesar de los cincuenta años que representaba. Vestía una levita negra, que abotonada desde el cuello, le bajaba hasta los talones, formando una especie de sota-na. Un pantalon estrecho, tambien negro, una corbata blanca, y un alto sombrero opaco, un paraguas de género de algodón debajo del brazo izquierdo, y un

libro con cantos dorados en la mano derecha, formaban el equipo completo de nuestro personaje.

El otro era un joven como de veinticuatro años, robusto, de grandes ojos azules, de labios gruesos y encarnados, que siempre dejaban ver dos hileras de dientes blancos. Su fino cabello castaño le caía detrás de las orejas, y le cubría casi enteramente el cuello de un saco gris que le bajaba hasta la rodilla. El resto de su vestido era como el de la mayor parte de los ingleses de la clase media, es decir, de color oscuro, de una hechura pésima y de un aseo infinito.

El anciano era el pastor, ó como diríamos nosotros, el cura de una pequeña feligresía inmediata á Liverpool. Se llamaba el doctor Parson.

El otro era el organista de la capilla, y se llamaba Tomás.

—Siempre que [el cardenal Wiseman me llama á Londres para encargarme alguna comision, se lo agradezco en el fondo del alma, dijo el cura.

—Lo creo, contestó Tomás, porque eso de visitar esta gran ciudad, y pasear por las calles del Regente, y....

—No, no es por eso, sino por gozar del espectáculo encantador, y siempre nuevo é interesante, que presenta Richmond. Además, yo viví en mi infancia allí.... en aquella calle, y todas las tardes venia con mi aya á estas orillas.... la diferencia que encuentro de entonces á ahora, es que el rio me parece mas cristalino y mas poblado de cisnes, el césped mas fino y mas espeso, y árboles mas copados y frondosos: tampoco

habia esta casa de campo, ni aquel hotel, ni ese castillo que se divisa entre las copas de los castaños, ni el puente.... ¡oh! tambien hace veinticinco años que no venia yo.

En efecto, el rio Támesis, turbio y cenagoso por enfrente de Lóndres, acaricia con las dulces olas de sus aguas claras y transparentes, las orillas variadas del pueblo que, en la época en que vamos hablando, habia ya cubierto la primavera de una alfombra de un verde espléndido. Los grupos de árboles formaban esparcidos, á ciertas distancias, unos pabellones donde circulaba un ambiente fresco y perfumado, y las vidrieras de las ventanas góticas é italianas, y las almenas de los castillos y casas de campo, se desprendian por encima de las copas de los árboles, blancas y resplandecientes, con algunos rayos del sol que hendian las nubes que volaban sobre la campiña.

—Tiene vd. razon, respondió el organista, esto es muy hermoso; pero hay todavía otras cosas mas dignas de verse en Lóndres, que el parque de Richmond; por ejemplo, el castillo de Windsor, el Museo Real, la ópera....

—Sí, sí, la música es muy hermosa. En el templo mismo, la música predispone y ayuda á la meditacion; pero en cuanto á la ópera, eso ya es otra cosa, dijo el cura meneando la cabeza.

—Es decir, señor cura, le dijo el organista, que nunca ha oído vd. una ópera?

—Y cómo que sí, contestó el cura: hace cosa de veinte años que oí á la Catalani. Se llamaba Angélica,

y por cierto que tenía una voz de ángel. Todavía tengo aquí en los oídos los dulces gorjeos de esa mujer, mas suaves que los de los pajarillos que nos cantan en la capilla cuando digo misa, á la hora del alba.

—Pues, señor cura, si vd. me da licencia, me quedaré dos ó tres días en Lóndres, resuelto á gastar en la galería del teatro de la Reina, mis diez chelines cada noche, por oír á Madama Sontag y á Mademoiselle Cruvelli, y á Lablache y á Ronconi. Una vez gastados mis veinte chelines, tomo el camino de fierro, y el domingo me tiene vd. muy temprano delante del órgano, procurando recordar á lo divino, algo de lo que haya oído.

—Dicen los periódicos tanto de la Sontag y de la Cruvelli, repuso el cura, que sin duda el diablo me ha puesto la tentacion de hacer un disparate, y.... pero no, repito que no pasa de tentacion. En cuanto á tí, como sé que eres idólatra de la música, puedes quedarte toda la semana en Lóndres, asistir á cuantas óperas quieras, con tal que estés en la capilla el domingo á la hora del servicio divino. ¡Eh! justamente va á dar la hora, continuó sacando el reloj, y será bueno acercarnos á la estacion del camino de fierro, ó al despacho de los ómnibus. A medio dia salgo de Lóndres, y á la tarde estaré ya descansando en el curato.

—Precisamente, señor cura, queria yo pedir á vd. un gran favor.

—No asistir el domingo á la iglesia, no es verdad? Pues bien; eso no puede ser. Yo no estoy autorizado para proteger la ociosidad á costa del culto....

—No era eso, señor cura.

—Pues, entonces?

—Lo que yo queria, era que me acompañase vd. una noche á la ópera.

—Estás loco? dijo el cura, encarándose con el organista y arrugando el ceño.

—Era por cariño á vd., respondió Tomás bajando los ojos.

—Bien, bien, yo te lo agradezco hijo mio, repuso el cura con una voz suave; pero no puede ser....

—Por qué? preguntó tímidamente Tomás.

—Voy á explicarte. En primer lugar, las dos ó tres libras esterlinas que yo gaste en la diversion, las defraudo á los pobres. En segundo, desatiendo mis obligaciones. En tercero, la ópera, al fin es una diversion profana. Si se tratara de música solamente, pase.... yo adoro la música, como adoro todas las maravillas de la naturaleza, que son obra de Dios; pero luego las bailarinas hacen tales gestos, tales ademanes, tales contorsiones, que en verdad, Tomás, eso no conviene á un pastor que tiene necesidad de dar ejemplo á sus ovejas.

—Voy en un momento á allanar todos los obstáculos, si no son mas que esos, señor cura, dijo el organista muy contento. En cuanto al dinero, no hay que apurarse: yo pagaré la entrada.

El cura miró á Tomás, dándole las gracias mas expresivas con los ojos.

—En cuanto á la falta en el curato, un dia, dos dias, tres dias, no son nada, continuó el organista. Respec-

to al baile, la cosa mas fácil es salirse al pórtico á fumar, y volver á entrar cuando se haya acabado. Así, el señor cura no hará mas que oír la música, y nada mas que la música.

En esta conversacion nuestros dos personajes atravesaron algunas calles de Richmond, y llegaron á una esquina donde estaba el despacho de la línea de ómnibus. Uno de estos carruajes acababa de salir, y otro estaba tan próximo á llegar, que se oía el ruido que hacian sus ruedas en el empedrado de las calles.

Cinco minutos despues, el ómnibus se presentó en la calle principal, lleno de gente, tanto dentro, como en el techo.

El cura y el organista se dispusieron á tomar, para el regreso á Lóndres, los mejores asientos, y para esto se colocaron en la portezuela del carruaje, dando atentamente la mano, como es costumbre en Inglaterra, á todas las señoras que bajaban.

El cura maquinalmente tendia su mano á las hermosas viajeras, y ni levantaba los ojos para mirarlas. Era un hombre anciano, y además virtuoso y casto. El organista, al disimulo, dió un tirón á la levita del párroco: este volvió la cara.

—La señora á quien va vd. á dar la mano, es Madama Sontag, le dijo el organista en el oído.

El cura retrocedió medio paso; mas por no parecer desatento, volvió á su puesto.

Una señora, con un gracioso y pequeño sombrero de paja de Italia, adornado con unos ramitos de verbena, un chal tibio y voluptuoso de cachimira, y un

vestido de *moirée* negro, se levantó del asiento que ocupaba en el ómnibus, y recogiendo y levantando su vestido con la mano izquierda, se adelantó en dos pequeños y graciosos pasos hácia la portezuela, y presentó al cura la mano derecha, pequeña, pulida y blanca, y afortunadamente en ese momento, sin la eterna cubierta de cabritilla que la maldecida moda ha inventado para tormento de los que saben dar valor y mérito á unos deditos redondos y á unas uñas de marfil y rosa.

El cura tomó aquella mano que se le presentaba, y por no caer en la tentacion de ver un pié pequeño, y calzado con un botín de raso café, levantó la vista, y se encontró con unos ojos azules y apacibles, y una boca que se entreabrió graciosamente, para decir en un buen inglés: *mil gracias, caballero*.

Esta amable y graciosa dama, era Enriqueta Sontag. Detrás de ella bajaron dos ó tres caballeros. Uno de ellos la tomó del brazo, y echaron todos á andar, dirigiéndose á las orillas del río.

En cuanto al cura, tomó el mejor lugar del ómnibus, y á cabo de dos horas estaba en la estacion del camino de fierro, y en la tarde cosa de las seis entraba á su curato.

El organista se quedó en Lóndres, se paseó por la calle del Regente toda la tarde, y en la noche, indeciso entre Mario y Tamberlick; entre Julia Grissi y Enriqueta Sontag, entre el teatro de la Reina y el de Covent Garden, se encontró con un antiguo camarada de colegio, y convinieron en tomar boletos para los

dos teatros, y asistir cada uno á la mitad de la representacion. Al cabo de tres dias, el organista regresó perfectamente tranquilo á su pueblo, decidido á tocar en la primera oportunidad, la marcha del Profeta ó la cavatina de la Linda de Chamounix.

No sucedió igual cosa al cura. La voz amable y fina con que le habia dado las gracias Enriqueta, sonaba todavía en sus oidos, y su fisonomía expresiva y dulce se le presentaba en la imaginacion, ya clara y distinta, ya confusa y borrada, como sucede siempre que se ha visto rápidamente una sola vez á algun personaje interesante.

El cura, á pesar de ser inglés, era un hombre entusiasta por la música. Sus economías las habia dedicado á la compra de un magnífico órgano, y la primera partida del presupuesto de los gastos del curato, era la del sueldo del hábil Tomás con quien hemos hecho ya conocimiento: así, desde que se despertó en su alma el deseo de oir una ópera, despues de veinte años de soledad y de retiro completo de todas las diversiones, desde que por una inesperada casualidad dió la mano para bajar del coche á Enriqueta, que entonces volvía llena de fama al mundo artístico, perdió aquella tranquilidad y calma de que habitualmente habia disfrutado.

Todos los dias, así que concluía sus ocupaciones religiosas y que se encerraba en su habitacion á leer ó á descansar, el pensamiento de la ópera venia á fijarse en su cabeza con tal tenacidad, que necesitaba de toda la energía de su voluntad para desecharlo. To-

más, como un diablillo filarmónico, venia de vez en cuando á renovar la tentacion, y á excitar al buen anciano á que prevaricara, y se dejase arrastrar de esa inclinacion irresistible á la música.

Pasaron así algunas semanas, y se acercaba el fin de la temporada de la ópera, que en Lóndres comienza en principios de Mayo, y concluye en Julio, ó cuando mas tarde en fines de Agosto.

El cura no pudo resistir, y celebró con su conciencia una capitulacion, por la cual quedó arreglado: primero, que para no distraer una suma considerable de los objetos de caridad y del culto (en los cuales hemos dicho empleaba todos los productos de la parroquia), los gastos se harian con la mayor economía; segundo, que solamente asistiría á tres óperas, procurando oir en una á Enriqueta Sontag, en otra á Sofia Cruvelli, y en la última á Julia Grissi y á Mario; tercero, que buscaría un asiento cercano á la puerta, para salirse á la hora del baile, pues su intencion era oir la música, y nada mas que la música, y se supone, los trinos y gorjeos y *floritures* de las *primas donnas*; cuarto y último, que á su regreso al curato, establecería nuevas economías, hasta reponer los gastos que erogase en esta expedicion filarmónica.

Firme ya en su resolucion, dispuso sus cosas, de manera que su presencia no hiciese falta en el curato durante cinco dias; comunicó su resolucion bajo el mas estricto sigilo al organista Tomas, el cual estuvo á punto de saltar de alegría y abrazar al eclesiástico.

El diablo de la filarmónica había triunfado. Nuestro doctor tomó su asiento en el camino de fierro á medio día, calculando llegar á Londres antes de las seis de la tarde, evitando con esto el gasto de la comida en la metrópoli.

En efecto, con la puntualidad y exactitud acostumbrada en los ferrocarriles, el tren llegó á la estación del Puente de Londres á las seis menos veinte minutos. El cura salió inmediatamente del coche con su pequeño saco de viaje en la mano, alzó la cara para ver en el reloj del despacho la hora que era, y llevando adelante su sistema de economía pensó que podía ahorrar perfectamente los dos ó tres chelines del *cab*¹ con solo andar un poco aprisa.

De la estación del Puente de Londres al teatro Real, había cosa de seis ó siete millas: así, el cura tenía que correr por lo menos dos leguas antes de que diesen las siete de la noche, hora en que comienza la ópera; mas como era hombre fuerte y acostumbrado al ejercicio, en un momento atravesó las espaciosas y eternas calles de altísimas casas de ladrillo que están del otro lado del Támesis, y en breve pasó el magnífico puente, y se halló en el laberinto de la antigua *City*. Allí, algo fatigado, le pareció prudente tomar un asiento en un ómnibus, y por seis peniques (un real), antes de las siete se encontró salvo y sano en el Circo del Regente.

Dirigióse á un hotel pequeño y barato, donde había

¹ Coches pequeños de alquiler de dos ó cuatro asientos.

parado en el viaje anterior, dejó su equipaje, se quitó el polvo del camino, y se dirigió al teatro de la Reina alborotado y ufano como un niño.

En la puerta leyó el anuncio. Se representaba esa noche el *Barbero de Sevilla*; en seguida un acto de Hernani, y un ballet titulado: *El Diablo á cuatro*. El precio de cada luneta era de una libra esterlina (cinco pesos).

El cura hizo un gesto.

—Mejor seria, dijo, que el precio fuera de media libra, y suprimieran ese horrible baile, que con razon lleva el nombre cuatuplicado de Satanás.

Mas como había venido expresamente á la ópera, y queria asistir á la representacion en un lugar cómodo y cercano, no había medio de retroceder. Dirigióse á la casilla.

—Caballero, dijo metiendo con los dedos una libra esterlina por el boquete del despacho, hágame vd. favor de darme un billete de patio, lo mas cercano que sea posible á la orquesta.

—No hay ya lunetas, se han acabado; pero podrá vd. encontrar billete en algunas de las librerías de la calle del Regente.

—Pues entonces deme vd. un billete de palco.

El encargado del despacho de boletos soltó una carcajada.

—Por qué se rie vd.? preguntó el cura algo amostazado; yo pago mi dinero y tengo *derecho* de pedir el lugar que me agrade.

Es sabido que los ingleses, aun en las cosas mas in-

significantes, apelan al mote de sus armas *Dios y mi derecho*.

—Es que todos los palcos están tomados por la nobleza durante la estacion, contestó el hombre del despacho; pero, en fin, si quiere vd. *pit seats*¹ le daré un boleto; pero como el teatro está lleno de gente, tendrá vd. que estar en pié toda la noche.

El cura, que estaba muy cansado, no acabó de escuchar la proposicion, y se dirigió á una librería.

—Me hace vd. favor de un boleto de luneta? dijo al librero, volviendo á tomar su libra esterlina en los dos dedos.

—Con mucho gusto, respondió el librero. Aquí tiene vd. el mejor asiento del teatro; pero vale tres libras.

—Tres libras! dijo el cura abriendo los ojos.

—Tres libras, caballero. Esta noche canta la Son-tag las variaciones de Rhode, y los asientos son muy caros.

El cura se tocó ligeramente el sombrero, y salió de la librería para entrar en otra.

—No, decia, de ninguna suerte daré yo tres libras; eso sí sería un verdadero pecado mortal. En fin, veremos si algun otro librero es mas racional.

El cura recorrió tres librerías, y en todas el precio de los billetes era el mismo. Por fin, hubo un librero mas humano, que le vendió un billete por dos libras (diez pesos). El cura dió con una repugnancia visible

¹ El *pit seats* es una especie de mosquete, donde unos están en pié y otros en asientos sumamente estrechos é incómodos. Sin embargo, cada localidad de esas vale cosa de veinte reales.

sus dos monedas de oro; pero hemos dicho que todo esto era una tentacion del diablo, y el eclesiástico caminaba, al menos así lo creia él, por una pendiente rápida á su perdicion.

Entre alegre y reflexivo, se dirigió de nuevo al teatro de la Reina. Habian ya dado las siete, y tenia el sentimiento de pensar, que despues de haber pagado dos libras por el asiento, solo gozaria de las cuatro quintas partes de la representacion. En consecuencia de esto, apresuró el paso, entró en el vestíbulo, atravesó dos salones, y por fin se vió delante de dos graves personajes vestidos de negro, que estaban en la puerta del patio encargados de recoger los boletos.

El cura entregó el suyo con una especie de orgullo. Le habia costado dos libras, y el eclesiástico se figuraba que esto habia de ser un motivo de consideracion.

Uno de los dependientes tomó en efecto el billete, le hizo señal de que entrase; pero apenas habia avanzado tres pasos, y comenzaba á divisar, con el arroba-miento de un chiquillo, el foro espléndidamente iluminado y lleno de majos andaluces, cuando fué detenido por el hombro.

—Caballero, si á vd. le agrada, me hará favor de salir, le dijo uno de los dependientes.

—Salir yo? dijo el cura sin quitar la vista del foro.

—Sí, salir inmediatamente.

—Y por qué?

—Porque se ha puesto vd. una levita, sin duda por equivocacion.

—No, caballero, no me he equivocado, es mi traje

habitual; pero no me importune vd., y déjeme ver si consigo llegar á mi asiento, porque parece que.....

—Formalmente, caballero, vd. no puede entrar, interrumpió el dependiente.

—Cómo que no puedo? contestó el cura avanzando.

—Que no puedo permitirlo, dijo el dependiente poniéndose delante del cura é interrumpiéndole el paso.

—Querrá vd. explicarse? dijo el eclesiástico algo molestado.

—Lo he dicho ya, caballero, vd. viene con levita, y al teatro de la Reina nadie entra sino de frac.

El cura comenzó á comprender la extension de su falta, y mas que todo los inconvenientes á que están expuestos los forasteros que vienen á la corte.

—Caballero, dijo el cura enteramente calmado y con la voz mas dulce que pudo, reflexione vd. que yo vengo desde Liverpool, con el único objeto de asistir una ó dos noches á la ópera; no tengo ni equipaje, ni conocimiento en Lóndres....

—Lo siento mucho, dijo el cobrador secamente, pero la etiqueta es muy rigurosa. Busque vd. un frac.

Al decir estas últimas palabras, volvió la espalda, y continuó ocupándose, no solo en recoger los boletos de los que entraban, sino en echar una mirada inteligente y escrutadora sobre los trages de los concurrentes.

El cura dió la vuelta, y con la vergüenza en el rostro y el duelo en el corazon, se retiró lentamente; dió dos ó tres paseos por el pórtico, reflexionando en la gravedad de su situacion, y despues se dirigió á la li-

brería donde habia pagado las dos libras esterlinas por su billete.

—Caballero, dijo, yo no puedo entrar á la ópera.

—Por qué razon? preguntó el librero.

—Porque tengo levita.

—Ah! precisamente es motivo muy poderoso.

—Entónces?...

—La cosa es muy sencilla, póngase vd. un frac.

—No es eso, sino que no necesito del billete, porque he venido desde Liverpool sin equipaje, y no tengo frac.

—El caso es muy desagradable, interrumpió el librero.

—Pero vd. tendrá la bondad de volverme mis dos libras, y tomar su boleto.

—Imposible! La ópera ha comenzado, y los billetes á estas horas no valdrán mas que tres ó cuatro chelines (un peso).

—Buenas noches, dijo el cura saliendo de la librería lleno de enfado.

—Buenas noches, contestó el librero, continuando tranquilamente la lectura de un gran volúmen.

—Oh! esta gente de Lóndres, exclamó el cura al salir, esta gente de Lóndres no conoce mas que el interés y el egoismo. Comienzo á comprender que en efecto he cometido una grave falta, y que estas contrariedades, pequeñas en circunstancias ordinarias, en mi caso debo reconocer que son lecciones de la Providencia. Eh! no pensemos mas en la ópera: compraré algunas frioleras que necesito, me acostaré á bue-

na hora, dormiré tranquilamente, y mañana, en el tren de las seis, marcharé á mi curato, curado ya, á Dios gracias, de este deseo inmoderado de espectáculos y diversiones.

Dirigióse á una tienda donde vendian cajitas de cerillos y de obleas, papel, lacre, plumas y otros objetos de que tenia necesidad: el despacho de la tienda estaba confiado á dos guapas muchachas, llenas de amabilidad y de atenciones para con los parroquianos.

Luego que entró nuestro personaje, é indicó lo que deseaba, pusieron delante del mostrador la mitad del almacén. El cura tomó lo que necesitaba, y al salir quiso probar fortuna, y hacer el último esfuerzo para recobrar una parte siquiera de sus dos libras empleadas en el boleto.

—Señoritas, les dijo, como esta tienda está muy cerca del teatro de la Reina, y todavía no irá muy adelantada la representacion, creo que les seria á vdes. muy fácil encargarse de la venta de un billete de la ópera.

—Con mucho gusto, caballero, contestó una de las muchachas; pero advertiré á vd. que una vez comenzada la representacion, los boletos bajan enormemente de precio. Además, como los libreros son los que hacen el monopolio de las entradas de los teatros, será muy aventurado que se venda esta noche. Sin embargo, tendremos un placer en encargarnos de esta comision.

—Caballero, interrumpió la otra muchacha, ¿me disimulará vd. que le haga una pregunta?

—Puede vd. preguntarme cuanto guste, señorita.

—No le gusta á vd. la música?

—El cura suspiró profundamente.

—Entonces, ¿por qué quiere vd. vender su billete?

—Diré á vd. la verdad: precisamente porque la música es quizá la única pasion que tengo, al cabo de mis años he venido á Lóndres; pero tuve la indiscrecion ó el olvido, de no traer un frac, y esas gentes no me han dejado entrar, ó mas claro, me han echado fuera despues de haber entrado.

—Y no es mas que eso?

—En verdad, es el único motivo porque no he asistido á la ópera.

—Me ocurre una idea, caballero, y si vd. consiente en ella, no perderá su libra esterlina.

—Dos libras! contestó el cura.

—Dos libras! repitió la muchacha. ¡Dos libras esterlinas gastadas, y no ir á la ópera! Decididamente no permitiremos eso. Tenga vd. la bondad de pasar, caballero.

El cura no adivinaba el plan que pensaban seguir las muchachas; pero como una de ellas abrió la puerta del mostrador, y le hizo una graciosa cortesía, entró maquinalmente á una pequeña trastienda.

Las dos muchachas se hablaron en secreto; una de ellas se quedó en el despacho, y la otra abrió una vidriera, sacó una cajita, y se metió á la trastienda.

—Tendrá vd. la complacencia de desabotonarse la levita?

El cura vacilaba.

—Se lo suplico á vd., insistió la muchacha.

El cura obedeció.

Durante cinco ó seis minutos, la muchacha, ya en pié, ya de rodillas, estuvo arreglando la levita; concluida la operacion, tomó en la mano una luz y llevó á nuestro personaje delante de un espejo. ¿Qué tal? le preguntó.

—Soberbio! magnífico! exclamó el cura. Jamas habria creído que vdes. iban á hacer tal cosa. Gracias, muchachas, gracias.

El cura, en efecto, se veia y se volvía á ver, y cada vez parecia mas satisfecho.

La muchacha, con el único auxilio de algunos alfileres, habia convertido en un momento la levita en un elegante frac, que podría haber servido de modelo al mismo *Frecman*, sastre del príncipe Alberto.

—Ahora, caballero, no hay que perder tiempo, dijeron las muchachas.

El cura les dió de nuevo las gracias, y marchó al teatro de la Reina, con la cabeza alta y el paso majestuoso, para imponer á los cobradores de boletos, pero mortificado en el fondo, de haber recurrido á una inocente superchería.

—Hé aquí, decía, cómo de una falta se va insensiblemente á otra, y de esta á excesos mayores.

Llegó á la puerta, entregó su boleto, y notó que los dos cobradores le fijaron mucho la atencion.

Procuró disimular, y continuó avanzando en el tránsito.

—Caballero, vd. no puede entrar á la ópera, le dió uno de los cobradores.

—Que no puedo entrar, ¿y por qué?

—Porque trae vd. levita.

—Yo levita? dijo el cura recorriéndose rápidamente con la vista, para ver si por casualidad se le habian caído los alfileres.

—Sí, insisto en que trae vd. levita, y si vd. me permite.....

En un abrir y cerrar de ojos, el cobrador quitó cuatro ó cinco alfileres, y cayeron majestuosamente los dos grandes faldones de la levita.

—El cura creyó que lo ahogaba la sangre, y que el pavimento se hundía debajo de sus piés. Pasado un momento retrocedió, diciendo á los cobradores con un acento decidido:—Aseguro á vdes. que buscaré por todo Lóndres un frac y volveré á la ópera.

—Muy bien, contestaron secamente los cobradores, volviendo á colocarse en su puesto, uno enfrente del otro, como unas estatuas.

El cura formó un verdadero capricho inglés en domar la inflexible severidad y suspicacia de los cobradores del teatro, y se dirigió otra vez á la tienda.

—Señoritas, les dijo, esos hombres tienen verdaderamente una suspicacia y una malicia de Satanás.

—Cómo? qué ha sucedido?

—Ya lo veis, contestó mostrando la levita. Luego que entré, conocieron todo lo que habia, como si lo hubieran visto; desprendieron los alfileres, y todo está dicho. Me veis aquí de vuelta.

—Y ahora, qué hacer caballero?

—Necesito á toda costa un frac: es un punto de amor propio. No quiero ver ya ópera ni nada, sino vencer á esa canalla de porteros insolentes é intolerantes.

—Las dos muchachas se miraron un momento, y una de ellas subió al primer piso de la tienda, y bajó con dos fracs negros en la mano.

—Si vd. quiere probar, caballero?

—Con mucho gusto.

—Son de nuestros hermanos, y están casi nuevos.

—Entonces no me podrán vender uno.

—No, caballero; pero lo usará vd. esta noche y mañana lo devolverá.

—Eso de ninguna manera.... En fin, veremos si alguno me viene, y nos arreglaremos.

El cura pasó de nuevo á la trastienda. Uno de los fracs, que era sin duda del hermano menor, estaba tan chico que el cura no pudo meterse ni una de las mangas. El otro, aunque con trabajo y esfuerzos, lo encajó en su cuerpo, ajustándolo definitivamente en el precio de dos libras y media, y dejando su levita para recogerla en la mañana siguiente.

Hecha esta operacion, se dirigió de nuevo al teatro y presentó su boleto. Notó que los cobradores lo miraban con mas curiosidad que antes.

—Ahora tengo frac, les dijo, tomando uno de los faldones, y enseñándoselos.

—Es verdad, dijeron ellos, y puede vd. entrar, porque está en su *derecho*; pero diremos á vd. que el frac está casi destruido por la espalda.

—Cómo? dijo el cura.

—Deme vd. su mano, dijo el cobrador.

El cura dejó que le guiaran la mano, y se convenció de que tenia el frac una rotura de cosa de ocho dedos, que dejaba descubierto el forro blanco del chaleco.

—Repetimos, dijo uno de los cobradores, que supuesto que viene vd. de frac, está en su *derecho* y puede entrar.

El cura inclinó la cabeza, dió la vuelta y salió del teatro lleno de vergüenza y confusion, y dando gracias á la Providencia, porque le habia demostrado patentemente el peligro de desviarse de sus deberes. Al día siguiente recogió su levita por medio de un criado, y se marchó á su pueblo. En cuanto llegó, llamó á Tomás el organista.

—Tomás, le dijo, he gastado ocho libras esterlinas y no he visto la ópera, y lo único que traigo de Londres es el alma llena de remordimientos por las faltas que he cometido, y este frac usado y roto.

—Señor cura, explíquese vd. por el amor de Dios.

—Te ordeno, Tomás, que jamas me vuelvas á mentar ni la palabra ópera. El día que quebrantes este precepto, te das por despedido. Retírate.

Tomás se retiró; pero el cura, pasados algunos dias, para evitar que el organista caivlase indiscreta é inútilmente, le contó, con el candor de su alma buena y sencilla, todo lo que le habia ocurrido en su viaje.



MARÍA ESTUARDO

REINA DE ESCOCIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

MARIA ESTUARDO.

La belleza, las aventuras y la trágica muerte de esta infortunada reina, hace muchos años que dan materia á las plumas de los poetas para escribir novelas, dramas y romances: unos la han pintado como una Magdalena arrepentida, expiando con resignacion sus faltas en el patíbulo; otros como una santa, martirizada por el fanatismo de los protestantes: de todas maneras la figura de María Estuardo, como la de Carlos I y la de Luis XVI, se presentan hermosas y triunfantes despues de la muerte, cuando calmado el furor de las pasiones políticas y religiosas, han venido la justicia y la verdad á bendecir en el polvo de la tumba estas cabezas coronadas, que cortó el hacha sangrienta del verdugo.

Conmovido, como todo el que lee estas catástrofes históricas, con la agitada vida y la temprana muerte de la reina de Escocia, escribí y publiqué en un periódico literario algunas escenas, tomadas en su mayor parte de esos libros graves y severos que llamamos historias, y los cuales, por seguir el hilo de los grandes sucesos, olvidan pormenores que son interesantes, cuando se trata de personajes que han llenado el mundo con su grandeza y con su desgracia. Algunos años después, y quizá cuando menos lo pensaba, me hallé delante de las tumbas de la orgullosa Isabel de Inglaterra y de la bella María de Escocia: ambas, juntas las manos, humildes, iguales, duermen entre el polvo que los años han arrojado sobre sus sepulcros. El verdugo y la víctima, con intervalo de algunos años, volvieron á la tierra de donde habían salido, y el orgullo de la una y la belleza de la otra se acabaron, como se acaba la flor de los campos, como se acaba también la encina corpulenta de las montañas. ¿Para qué sirven las venganzas en la vida, cuando en poco tiempo cae sobre todos la justicia eterna de la muerte? Con unos cuantos años que se hubieran detenido las iras en el corazón de Isabel, ambas reinas, con sus mantos reales sin una sola gota de sangre, habrían bajado á la tumba á dormir tranquilas el sueño perdurable de la eternidad.

Pocos días después de haber pasado horas enteras delante de tanta grandeza muerta, de tanta vanidad desvanecida, de tanto poder aniquilado, me dirigí á Edimburgo.

Edimburgo es por mas de un título célebre: capital de la Escocia, es hoy el foco donde se ven reunidas la industria, el saber y el comercio de ese pueblo singular. Los escoceses son los únicos en todo el mundo, que jamás han sido conquistados: siempre libres, independientes, apegados á sus costumbres y á sus tradiciones, no han sufrido ni un solo instante la dominación extraña. Rodeados de una mar borrascosa, y viviendo en su mayor parte entre lagos y entre montañas inaccesibles, la naturaleza los ha ayudado á conservar su independencia y su libertad. Los romanos que conquistaron casi todo el mundo conocido entonces, que enviaron sus legiones triunfantes á las mas remotas tierras, tuvieron que construir una muralla para defender la Bretaña de las incursiones de los escoceses.

Edimburgo es hoy la medalla de dos caras, el libro de dos carátulas, el pasado y el presente. De un lado de la ciudad está la calle de *Canongate*¹ con sus casas de cuatro y cinco pisos, tristes, monótonas, sucias y cubiertas del hollín de los años; y del otro, la calle de la Princesa, con sus edificios correctos, ordenados, ostentando esa simple belleza que caracteriza la arquitectura griega. *Canongate* representa la arquitectura puritana, los tiempos borrascosos de la reforma, los siglos de la barbárie caballeresca de los lores; la calle de la Princesa es la edad moderna, con toda la paz, con toda la tranquilidad de la civilización, que

¹ Puerta ó garita de los canónigos.

viene rodeada de las artes, de la industria, y de la bella literatura. En medio de estas dos calles hay plantados unos jardines extensos, que á pesar del clima frío, están en la Primavera y en el Otoño esmaltados de primorosas flores, y por el centro de esos jardines vienen la paz y la abundancia; es decir, la línea del camino de fierro que se interna entre las rocas de la montaña, sobre la cual está construido el antiguo y célebre castillo de Edimburgo.

De pié, en uno de esos magníficos hoteles de la calle de la Princesa, puede el poeta reconcentrar su imaginación, y pensando á la vez en los tiempos antiguos y en la edad moderna, saludar con una mano á Juan Knox y á Craig, y con la otra á Walter Scott y al Dr. Robertson; mirar los ojos húmedos de la pobre cautiva, y la amable sonrisa de la feliz y opulenta Victoria; creer que tiene un pié en la vieja ciudad de Macbeth, y el otro en la Atenas moderna del príncipe Alberto.

Pero lo que sobre todo absorbe la atención en Edimburgo, es el palacio y la antigua abadía de *Holy-Rood*.

David I fué en una ocasión atacado en un bosque cercano al castillo por un enorme ciervo: asustado el caballo que montaba el monarca, hizo una cabriola y lo tiró en el campo; entonces el ciervo, cada vez mas furioso, le acometió de nuevo, y lo habria matado, á no ser porque el rey, queriendo hacer uso de sus armas para defenderse, tomó por casualidad un relicario que tenia colgado al pecho, y en el cual se hallaba un fragmento de la verdadera cruz, y lo presentó al ciervo, que huyó en el acto y no volvió á aparecer

mas. El rey regresó á Edimburgo; y en la noche, al acostarse, oyó una voz que le ordenaba que fundase un monasterio de monjes regulares de San Agustín, en el lugar donde habia Dios permitido que escapase con vida. Como esto pasaba por los años de 1124 á 1128, la abadía cuenta seguramente mas de setecientos años de existencia. El estilo de algunas naves de la vieja abadía es normando, y el de otras de un gótico florido; pero en el curso del tiempo se han hecho reformas en el edificio, que le han quitado mucho de aquella riqueza y originalidad que se nota en los fragmentos de arquitectura antigua, que se han conservado intactos. Junto á la abadía está el palacio, que con la iglesia son los monumentos que quedan en pié, y que recuerdan la triste historia de algunos de los reyes escoceses, pero con especialidad la de María Estuardo.

Vamos á dedicar unas cuantas páginas, á referir algunos pormenores sobre la vida y aventuras de esta princesa, que no son bien conocidos en la historia, y que se deben en su mayor parte á las publicaciones recientes de la infatigable y distinguida escritora *Agnes Strikland*. La simple narración de la verdad, además de dar á conocer con exactitud la vida doméstica y el carácter de María, interesa demasiado, para que sea necesario apelar á la novela y á las ficciones poéticas.

Maria *Steward*, como se llamaba propiamente, era escocesa por el nacimiento, pero francesa por la sangre de su madre María de Guisa y por la educación que recibió. Despues de la muerte de su padre Jaco-

bo V, y cuando apenas contaba seis años de edad, fué conducida á Francia: así, sus gustos, sus inclinaciones, sus maneras y carácter, eran enteramente contrarios á los usos de su país, particularmente en la época en que le tocó reinar. Casó con el Delfin, despues Francisco II; pero habiendo fallecido este en una edad temprana, María quedó viuda, y á poco tiempo se empeñó en regresar á su patria.

En 1561 desembarcó en Leith, y casi al momento se puso en camino para Edimburgo: como no habia carruajes, la comitiva toda, inclusa la reina, tuvo que hacer el camino á caballo; y así llegó, formando una especie de procesion, al palacio de Holy-Rood el 19 de Agosto. Nadie salió ni á recibirla, ni á encontrarla, y solo halló en el palacio á Lord Roberto Estuardo, uno de los hijos bastardos del rey su padre. En la noche hubo fuegos artificiales, despues de los cuales se reunieron mas de seiscientas personas del pueblo delante de sus ventanas, y le dieron algunas horas de serenata. La orquesta se componia de violines y rabeles, todos discordes, y los cantos eran salmos tomados de la Biblia; así es que fácil es concebir que la reina quedaria aburrida de semejante obsequio.

A los pocos dias, con motivo de la festividad de San Bartolomé, se hicieron todos los preparativos para celebrar con toda solemnidad la misa, en la capilla real, cuando entró súbitamente el populacho, gritando:

—Qué! ¿debemos permitir que de nuevo se entorneice el ídolo en nuestro país? ¡Abajo los falsos sacerdotes, y que paguen con su muerte tal escándalo!

La reina, asustada y temblando, no sabia á quién acudir, ni qué hacer, hasta que otro de sus hermanos bastardos, Jaime Estuardo, persona de bastante influencia, logró apaciguar el tumulto y echar á la plebe fuera del palacio.

En el trascurso del tiempo, María fué obsequiada con fiestas y banquetes por la nobleza de Edimburgo, y despues de hacer su entrada oficial como reina, logró establecer su vida doméstica con menos mortificaciones, pero jamas con entera tranquilidad.

María, educada en la religion católica romana, volvía á su país en la época mas terrible de la reforma: todos los monasterios habian sido destruidos, todas las fundaciones piadosas aniquiladas, y los papistas é hijos de Belial, como les llamaban, desterrados y perseguidos. En Escocia habia dos hombres vehementes, furiosos, indomables, que representaban en sus palabras enigmáticas, y en su lenguaje cáustico y virulento todo el fanatismo de la reforma: estos hombres se llamaban Craig y Juan Knox; pero particularmente este último era lo que en lenguaje vulgar podria llamarse insufrible. Pálido, flaco, de ojos chispeantes y hundidos, de una fisonomía dura y acartonada, como lo pintan los escritores de la época; no salía una palabra de sus labios, si no era para condenar á las llamas y á los tormentos eternos á todos los que seguian la doctrina de la bestia de Babilonia, como llamaban los reformistas al Papa. María regresó de Francia, acompañada de cuatro muchachas lindas, con toda la alegría y la frescura de la juventud: eran, María Livings-

ton, María Fleming, María Seaton y María Beaton, á quienes llamaban las cuatro Marías de la reina, que pertenecian á las mas distinguidas familias de Escocia, y que eran, por sus gracias y hermosura, el adorno mas precioso de la corte. Además, la reina, educada en un país donde ya comenzaba á desplegarse el lujo, que fué despues tan notable en los siguientes reinados, llevó á Escocia alfombras y carpetas turcas, sobrecamas y colgaduras de damasco y de seda carmesí, muebles curiosos y exquisitos, y un equipaje tan bien surtido, que pasaban de doscientos los vestidos de sarga de Florencia, adornados con encages y bordados de seda, y de cincuenta los botines de terciopelo y seda, bordados de oro y de plata.

Luego que hubo un poco de calma en el palacio, arregló su casa y su servidumbre: las doncellas ó damas de honor eran las cuatro Marías; pero cada una de ellas tenia otra doncella y un paje para su servicio: además, como era muy aficionada á la música, formó lo que podria llamarse una compañía de músicos: reunió hasta cinco que tocasen el violin y tres el laud, además de tres cantores. Su tiempo estaba perfectamente distribuido: por las mañanas salia á cazar con los alcohones á los bosques, que hoy han desaparecido completamente de las cercanías de Edimburgo: despues se dedicaba á tirar al blanco, en lo que era muy diestra: regresaba al palacio á comer, y en seguida se dedicaba con Jorge Buchanan á la lectura de historias antiguas y al estudio de la geografia. Tenia un gabinete provisto de libros, dos esferas, una celeste

y otra terrestre, seis cartas geográficas y algunas pinturas que habian pertenecido á su madre y á su primer esposo Francisco II. Cuando terminaban las horas de lectura y de estudio, ó se ponía con alguno de los nobles de su servidumbre á jugar á las damas, ó en union de sus Marías se dedicaba á bordar y á hacer obras verdaderamente curiosas de aguja. Llegada la noche, los músicos y cantantes se acercaban al palacio, y formaban un concierto tan agradable como era posible con los instrumentos que se usaban en aquel tiempo. La música, la conversacion y la tertulia duraban hasta cerca de la media noche, en que la reina se retiraba á su alcoba, donde la ayudaba á desnudar alguna de sus damas de honor.

La mesa de la reina era de lo mejor en esa época, en que era necesario traer de Flandes algunas de las verduras que son hoy comunes en todas partes del mundo: se bebían en abundancia exquisitos vinos, y jamas faltaban tres ó cuatro convidados, además de las damas y caballeros que solían asistir de ordinario.

Una mujer sociable, alegre, aficionada al aseo y al lujo, que hablaba dos ó tres idiomas, que conocía la geografia y la historia, que bailaba, cantaba, reía y platicaba, con aquella amable facilidad y agudo talento, que desde tiempos atrás ha caracterizado la buena sociedad francesa, deberia haber sido una figura extraña arrojada en medio de un pueblo reservado y frio, que afectaba toda la dura hipocresía de la reforma y que se resentía mucho de la barbárie, que no terminó sino con el aniquilamiento completo del sistema feudal.

Con efecto, estos placeres inocentes de que procuró rodearse la reina en la soledad del severo palacio de *Holy-Rood*, eran no solo el objeto de la crítica sino motivo diario de escándalo para los pastores protestantes, que se avanzaban hasta condenarlos en el púlpito, llamándoles horribles abominaciones.

Las cuatro Marías, como hemos dicho, eran hermosas; la una con sus grandes ojos azules; la otra con su cabello blanco; la de mas allá con sus formas delicadas y vírgenes; y todas alegres y espléndidas, con el vigor de los diez y seis años, formaban, al lado de la reina, un verdadero coro de hadas. En algunas noches que se colocaban detrás de la reina y al pié de ese pintoresco grupo, se oían los suaves acentos del laud de los trovadores; y esto era mas bien que una escena real y efectiva, el sueño de un poeta, una de esas dulces baladas alemanas, que frescas, nuevas y poéticas, han atravesado los siglos y penetrado en todos los países.

Este cuadro todo de luz, de alegría y de hermosura, tenía su lado sombrío y terrible: ya era la figura ruda de alguno de los lores escoceses que tramaba quizá en el mismo palacio alguna conspiración contra la reina, ya la aparición triste y repentina del predicador Knox, que no contento con tronar en la catedral de San Gil contra la misa y las ceremonias romanas, iba á condenar el lujo de aquellas criaturas y á amenazarlas delante de la misma reina con los tormentos y las llamas eternas del infierno.

Este incansable furor, esta dureza en la dición, es-

te lenguaje simbólico y siempre amenazador de Knox y de Craig, eran como una sombra siniestra que turbaba la serenidad de los días de la reina. Católica como era, seguramente no hacían impresión en su conciencia las amonestaciones de Knox; pero sí presentía, á pesar de su poca experiencia y edad, que el carácter tenaz é indomable de un hombre que se creía autorizado con una misión divina, había de ser la fuente de muchas amarguras y sinsabores en el curso de su reinado.



Seguramente mas bien por huir de las frecuentes é importunas predicaciones de Knox, que por cualquier otro motivo, la reina determinó dejar á *Holy-Rood*, y emplear algunos meses en visitar los castillos de Escocia, que desde su temprana edad no habia vuelto á ver. Como de costumbre, á caballo, seguida de sus cuatro Marías y de una numerosa comitiva de servidores, salió para *Inverness*, donde á la sazón estalló una conspiración, que costó la vida al conde de *Huntly*, cuyo cadáver se encontró á distancia de treinta millas de *Aberdeen*: la reina perdonó al hijo del conde, y siguió su excursion, visitando diversos pueblos y castillos.

En esta época puede decirse que aconteció la primera aventura desgraciada á que dió origen, como á

otras muchas, la hermosura y el carácter franco y amable de María.

Uno de los que acompañaron á la reina cuando salió de Francia para Escocia, fué Mr. d'Anville, quien tenia á su servicio un guapo y bien apuesto muchacho, que los papeles del tiempo dicen que se llamaba Chatelard, y era hidalgo por su nacimiento, estudiante por su carrera y soldado por inclinacion. Chatelard, que con motivo de la intimidad que se establece insensiblemente entre las personas que viajan, trató mucho á la reina, se enamoró ciegamente de ella. Chatelard regresó á Francia con d'Anville, pero buscó en breve un pretexto, y volvió en efecto á la corte de Escocia, con unas cartas que entregó á la reina en *Montrose*. Chatelard se aprovechó de su comision y de la habilidad que tenia en la música y en la poesía para estrechar mas y mas sus relaciones, y la reina, que era, como hemos dicho, de carácter accesible, lo trató á su vez con marcadas muestras de confianza. No dejó de aprovechar Knox la ocasion para calumniar á la soberana, y asegurar que existia entre los dos una tierna familiaridad, tanto que en las primeras horas de la mañana y en las mas avanzadas de la noche, se encontraba á Chatelard en el gabinete privado de la reina, donde á pocas, ó á ningunas personas, se les permitia la entrada. Knox avanzaba hasta asegurar que algunos lo habian visto besar amorosamente el cuello de María. Seguramente estas especies no eran ciertas, sino sugeridas al predicador por el espíritu de partido; pero como en el fondo, la reina trata-

ba, aunque honestamente, con bastante confianza á Chatelard, este, loco de amor y figurándose que ya podia obtenerlo todo, se aventuró á dar un paso atrevido, y ocultándose detrás de las colgaduras de la cama de la reina, armado de una espada y de una daga, esperó la hora en que acostumbraba entrar á recogerse. Pocos minutos antes fué descubierto por las damas de la servidumbre, las que no queriendo poner en conocimiento de su señora, acontecimiento tan escandaloso y desagradable, ocultaron al atrevido galán, y á la mañana siguiente muy temprano lo despidieron, reprendiéndole agriamente por su imprudente conducta.

Pocos dias despues la reina supo lo acaecido, y como se limitó solo á prevenir á Chatelard que no volviese á presentarse en la corte, parece que este castigo tan suave, no hizo mas que aumentar la audacia y el atrevimiento del infortunado jóven. Siguió á la reina en sus excursiones, y considerando la oportunidad favorable, se volvió á esconder en la alcoba del castillo de *Burntisland*, y fué descubierto por las doncellas del servicio en el momento mismo en que la reina se metia en su cama. Sobresaltadas las damas, é introducida la alarma y el escándalo en el castillo, el culpable fué aprehendido por el conde de Moray, sometido á un juicio y ahorcado dos dias despues: el primer marido de María murió en su temprana edad; su primer amante ahorcado en la flor de su juventud.

Despues de este trágico suceso, que llenó de disgusto á María, regresó á Edimburgo, y como estaba

reunido el parlamento, la reina se presentó con su servidumbre en traje de corte, y pronunció un discurso que llenó de entusiasmo á muchos de los lores.

Knox espiaba todos los movimientos de la reina, y no perdía ninguna oportunidad para censurarla amargamente.

—Jamás se habia visto, decia, ni en el parlamento, ni en Escocia, una mujer tan altanera y tan orgullosa. Seguramente su lujo, sus galas y su mucha vanidad, provocarán la venganza de Dios, no solo contra sus locuras, sino contra el reino entero.

El pueblo, al contrario, sencillo é ingénuo, cuando veía pasar á María por las calles, decia:

—Dios bendiga y conserve á tan hermosa y dulce soberana.

Como el lector quedaria tan aburrido y fastidiado, como la reina de Escocia lo estaba, si refiriésemos las continuas y extravagantes amonestaciones de Juan Knox, consignaremos por ahora al olvido al implacable protestante, y hablaremos del segundo casamiento de la reina.

Darnley, hijo del conde de Lenox, fué su segundo marido: habia oido hablar, como todos los contemporáneos, de la belleza y gracias de María; pero ausente en Inglaterra, donde vivia en compañía de su madre, no habia podido conocerla ni tratarla. Su padre el conde, que á la sazón regresaba á Edimburgo, de donde habia sido desterrado antes, se encargó de prepararle el camino, presentándose en el palacio de la reina, acompañado de doce caballeros y treinta escude-

ros montados en buenos caballos lujosamente enjaezados de terciopelo negro. La reina habló con algun interés del hijo, asegurando que si en efecto era de la gallardía y buenas cualidades que le habian referido, merecia que se le diera el título de un cumplido caballero.

Darnley, á causa seguramente de las buenas noticias que su padre le comunicó, presentándole el halagüño porvenir de ser escogido para esposo de María, se puso inmediatamente en camino para Escocia, provisto de cartas de recomendacion de la reina Isabel, y conduciendo un anillo de diamantes que su madre enviaba á la reina, un rubí para Roberto Melville, y un reloj con un cerco de diamantes y rubíes para el secretario Maitland. Cuando Darnley llegó á Escocia, la reina estaba fuera de Edimburgo; así continuó á caballo su camino, hasta que la encontró en el castillo de Wemyss.

La reina lo recibió con alguna mas amabilidad y benevolencia de lo que acostumbraba, y quedó tan contenta de las maneras y figura de su futuro esposo, que dijo á Melville, « que era el jóven mas alto y mas bien proporcionado que habia visto en su vida. » Darnley, mas afortunado que Chatelard, declaró su amor sin que su cabeza corriese peligro por causa de la reina; mas en cuanto á los lores, luego que estuvieron ciertos de que lo aceptaria por esposo, tramaron una conspiracion, en la cual Darnley deberia ser asesinado, y María reducida á prision por toda su vida, á no ser que se allanase á gobernar con la política

que le inspirasen los conjurados. Knox, como debe pensarse, no era extraño á ninguna de estas maquinaciones, y tronaba ya de antemano en la misma Catedral de San Gil contra el *gobierno de los muchachos*: en efecto, Darnley tenia diez y nueve años y la reina quince.

En fin, á despecho de los condes de Moray y de Argill, que eran los gefes principales de la conspiracion, á pesar de los sermones de Knox, el casamiento se concertó formalmente en el castillo de *Stirling*, donde se reunió el consejo presidido por la misma reina, se leyeron las amonestaciones en la capilla real, y se verificó la ceremonia el 14 de Julio de 1565, desde el momento que se recibió la dispensa del papa, pues Darnley, aunque sospechado de papista, era protestante.

La luna de miel se pasó entre los banquetes, los bailes, las ceremonias de la corte y los viajes; terminado este período, Darnley comenzó á hacer gala de una conducta escandalosa, y se avanzó hasta á conspirar en union de su padre, contra la reina, para privarla del honor y del trono. No hay que dudarlo, algunas familias nacen con un signo fatal, y la de los Estuardos ha dejado muy tristes y sangrientos recuerdos en la historia.

El pretexto de Darnley para disculpar un proceder tan poco noble, eran los celos. Darnley estaba, ó mejor dicho, fingia estar celoso de David Riccio.



Hace muchos años ví unos cuadros en un salón, donde un pincel maestro había pintado algunas de las escenas de la vida de la hermosa reina de Escocia: uno de los cuadros representaba un gabinete lujosamente adornado con guarniciones y cortinajes de brocado, y muebles del mas refinado gusto. En este gabinete había una hermosa mujer, con traje oscuro de terciopelo, y un peinado singular entonces, pero que despues se ha usado mucho en Paris, en Lóndres y aun en México. Detrás de esa mujer, que era la reina, había dos figuras de menos belleza que ella, pero igualmente elegantes: á los piés de la reina se hacía notar una figura de un jóven de fisonomía dulce, aunque un poco melancólica, de mirada lánguida y apa-

sionada, y con un escaso bigote y una poca de barba finísima, que revelaba que apenas acababa de entrar por las puertas doradas de la juventud. Este jóven, lujosamente vestido, tocaba un laud, y la reina y las damas parecían escuchar los acentos de la música con una especie de celestial arrobamiento. Debajo del cuadro estaba escrito este rubro: *María Estuard y David Riccio*. ¿Quién era este David Riccio, y por qué se hallaba á los piés de una reina con tanta familiaridad? David, me respondía álguien á quien yo pedía la explicacion, además de ser un jóven muy gallardo era un excelente músico. La reina se enamoró de él, y en el curso del tiempo, el marido ofendido de ver así manchado el lecho nupcial, y los nobles de Escocia celosos de que un italiano intruso usurpara la autoridad real, lo mataron á puñaladas á presencia de la reina. ¡Pobre reina! infelices amores! ¡Desgraciado jóven, cuya hermosura y talento merecían mejor suerte!

Así la poesía y la pintura, puestas al parecer de acuerdo, sacrifican la verdad á la belleza de la narracion y de los pormenores, y transmiten al conocimiento vulgar unas figuras enteramente falsas é ideales. Todavía hay quien execre á la infortunada Ana Bolena, á quien se pinta hundida en los vicios y en la prostitucion, y arrancando á todo un pueblo su religion católica romana, para sustituirle el protestantismo, cuando la verdad es que vivió como una mujer buena y honesta, y murió como una ejemplar cristiana, víctima del tigre sanguiinario que tuvieron por rey muchos años esos ingleses, que no quieren hoy ni que la historia recuerde las

épocas de su barbárie y de su degradante humillacion.

Veamos cómo pasó esta tragedia: la simple y verdadera narracion de ella es demasiado terrible, para que necesite ni de exageracion ni de adorno alguno.

David Riccio era natural de Turin, y vino á Escocia entre la comitiva del embajador del Piamonte. No se sabe acertivamente con qué motivo la reina de Escocia lo conoció; el caso es que Riccio aparece entre la servidumbre del palacio de *Holy-Rood*, en la calidad de camarista con el sueldo de ochenta libras cada año, y en el libro de gastos se registra como primera partida, una de *quinze libras* que se le dieron á cuenta de sus salarios.

La reina, como hemos dicho, era apasionada á la música: tenia tres cantores, y le faltaba una parte para completar su concierto. David no era, pues, uno de esos frescos y rubicundos tenores que hoy conocemos, y que suelen hacer una fortuna loca con las damas, sino que fué admitido en la calidad de *bajo*, para completar el cuarteto, y sin que por esto dejase su primer empleo de ayuda de cámara. Lejos de ser un apuesto y cumplido galan, su figura era vulgar, y si no enteramente jorobado, sí muy cargado de hombros. Uno de los escritores contemporáneos hace en pocas palabras el retrato de David: «era de cuerpo deforme y muy viejo,» *senex quidem et corpore deformis*. Blackwood añade: «Era muy respetado de su señora, no porque tuviese ninguna belleza ó gracia, pues era ya hombre muy avanzado en edad, feo y desagradable, sino porque era muy fiel y de mucho talento.»

Esta última circunstancia influyó, como puede pensarse, en su elevacion: cuando la reina despidió á su secretario William Raulet, colocó á Riccio en este puesto, aprovechándose tambien de que conocia bien el frances, y ella tenia necesidad de escribir en este idioma la mayor parte de su correspondencia privada.

Riccio aprovechó la ocasion que le presentaba la fortuna para especular con la influencia que gozaba cerca de la reina, y formar con esto un capital que para aquellos tiempos era considerable. Luego que su posicion cesó de ser la de un oscuro criado, comenzó á llamar la atencion y á sufrir las importunidades de los que pretendian en la corte, y la saña y enemistad de los que veian en él un favorito extranjero é indigno de la atencion y confianza de la soberana.

Darnley fué el amigo íntimo de David, y este á su vez el agente mas celoso y eficaz que se encargó de la pronta conclusion del casamiento: así la enemistad comenzó porque se suponía que él impedía que la reina hiciese, por un acto solemne, participante de la corona á Darnley. Entonces los protestantes dijeron que Riccio no era mas que un agente secreto del Papa, y Darnley y sus adictos que era el amante de la reina. La muerte del músico quedó decretada, y no se esperaba mas que la oportunidad para consumar el atentado. Pasemos un momento al lugar mismo de la tragedia.

Pocos edificios presentan un aspecto mas triste y mas sombrío que el palacio de Edimburgo. Situado al pié de la vieja calle de *Canongate*, aislado y solita-

rio, parece que se escuchan todavía los lastimosos quejidos del músico y las lágrimas de la hermosa reina. Nos detuvimos delante de los torreones góticos que están colocados en las esquinas de la fachada de arquitectura mas moderna; entramos por aquellos patios solitarios, donde se escuchaban nuestros pasos como si fuésemos andando por el hueco de las tumbas; subimos las escaleras, y atravesamos á la media luz de los países del Norte aquella serie de piezas, hasta que llegamos á la recámara de la reina. Todavía existe su mismo lecho con sus sobrecamas y colgaduras de sarga de Florencia; todavía hay, aunque mutilados, algunos muebles que trajo de Francia; algunos fragmentos de los dijes y chucherías á que era tan afecta. La recámara está toda decorada con molduras de madera de pino, y junto á la recámara hay un gabinete muy estrecho, con el suelo y el artesón de madera. A la recámara y al gabinete se puede subir por una escalera secreta y angosta, que comunica con uno de los patios mas solitarios y excusados de palacio. En estas dos piezas pasó el drama, y los guías ó *ciceronis* no dejan todavía de enseñar las tablas del piso manchadas con la sangre del italiano, manchas que, en verdad, yo no pude notar.

La noche del 9 de Marzo de 1565, cosa de las siete, la reina se hallaba cenando en ese gabinete, en compañía de la condesa de *Argyll*, del comendador de *Holy-Rood*, del mayordomo de palacio, de Arturo *Estrine*, capitán de la guardia, y del desgraciado *Riccio*. En verdad, no se sabe cómo en un gabinete tan estre-

cho podían caber tantas personas y las demas que sucesivamente entraron. Darnley fué el primero que subió por la escalera secreta, y entró al gabinete: á cabo de pocos minutos se presentó Lord Ruthven, de quien la historia dice que era alto, flaco y de facciones duras: estaba muy extenuado, porque se levantaba de la cama despues de una larga enfermedad: era la aparición de un verdadero espectro en medio de aquella sociedad tranquila. La reina se llenó de terror, previendo que alguna cosa extraña y terrible iba á pasar, é inmediatamente preguntó á Ruthven lo que queria; pero antes de que este pudiese responderle, la recámara estaba ya invadida por multitud de gente, que llevaba en las manos antorchas encendidas, espadas y puñales.

Riccio, que adivinó su suerte, desde que vió entrar á Darnley, sobrecogido de miedo se fué á refugiar detrás del vestido de la reina, exclamando:

—Por Dios, señora! justicia! amparadme y salvad mi vida.

—No tratamos de haceros ningun daño, señora, sino solo de castigar á este villano, dijo Lord Ruthven.

Riccio se apoderó entonces del vestido de la reina; Ruthven quiso, sin embargo de esto, asirlo de un brazo y arrastrarlo fuera del gabinete; mas como la reina, con sus lágrimas, con sus súplicas, y mas que todo, con su propio cuerpo, cubria al músico, Darnley tomó á la reina por los brazos para impedirle todo movimiento, mientras Ker de Fawdonside puso una pistola al pecho de María, diciéndole: que haria fuego y

la mataria si se obstinaba en defender al italiano. Entonces todo fué lágrimas, vocería y confusion: la mesa, la cena y las sillas vinieron al suelo, las bujías se apagaron, y á la luz rojiza de las antorchas arrastraron á Riccio, y comenzaron en la recámara á darle de puñaladas, hasta que lo dejaron muerto y nadando en su sangre, en el pasillo que conducia á la escalera secreta. Esta conspiracion habia sido protegida por el canciller del reino y por los principales nobles que con 160 hombres de caballería, guardaban las puertas y las avenidas del palacio, para que se consumara el atentado con espacio ó impunidad.

Mientras que la reina creyó que Riccio vivia, lloró, suplicó, y aun se arrodilló delante de los feroces lores; pero así que le dijeron que habia muerto, se levantó serena y orgullosa, se limpió los ojos, y dijo:

—Ahora, es necesario pensar en la venganza.

A Darnley, aunque hemos dicho que era disoluto, su edad no le permitia ser todavía depravado: así es que apenas se habia cometido el asesinato, cuando se espantó de su propia obra y de las palabras duras y ofensivas que habia dicho á la reina, y le negó toda participacion en el complot, alegando que nada sabia, que habia venido por casualidad al palacio, y que allí no habia sido dueño de impedir la terrible escena que habia pasado, ni de calmar la cólera de los enemigos de Riccio.

Lord Ruthven, por el contrario, así que estuvo cierto de que las cincuenta y seis puñaladas que dieron al desgraciado músico, lo habian sin remedio privado

de la vida, entró al gabinete donde todavía estaba la reina pálida y casi moribunda, pidió un vaso de vino y lo sorbió con la mayor tranquilidad y como si nada acabase de pasar.

María Estuardo, á la sazón, estaba en cinta del niño que despues fué Jacobo VI de Escocia, y aunque valiente, como todos los de su familia, jamas veia sacar una espada sin ponerse á temblar.

Fuera de las calumnias de Juan Knox y de Craig, que fueron cómplices de la conspiracion, ninguna de las historias y documentos del tiempo prueban que la reina tuviese amores con David Riccio; y por otra parte, en su calidad de criado doméstico y contrahecho, desagradable y ya viejo, era poco á propósito para cautivar el corazon de una mujer hermosa y colocada en un rango tan elevado.

La noche, como debe suponerse, se pasó entre las violencias y altaneras recriminaciones de los conjurados, y las lágrimas y desesperacion de la reina, herida en su dignidad de mujer y en su orgullo de soberana, por la salvaje brutalidad de los conjurados, que la redujeron á prision y distribuyeron sus fuerzas para impedir que tuviese ninguna especie de socorro; sin embargo, algunos de los amigos de la reina se escaparon con gran peligro por un patio donde habia encerrados unos leones y otras fieras, y dando aviso á la ciudad se reunió al dia siguiente el pueblo, armado de palos y picas, é invadió el palacio de *Holy-Rood*, pidiendo la libertad de su soberana, y amenazando con dar muerte á los traidores. El domingo siguiente lle-

garon á Edimburgo algunos de los nobles partidarios de la reina, y ya entonces pudo recobrar su libertad, y mandar á los tribunales que persiguieran y formasen causa á los asesinos; los principales escaparon ó fueron perdonados. Lord Ruthven murió el 13 de Junio en Newcastle, y Tomás Scott y Enrique Yaix fueron condenados á ser decapitados y descuartizados en seguida, como en efecto se verificó, colocando la cabeza del primero en una pica, en la torre del Norte del palacio donde acaeció el suceso.

Como la revolucion real y positivamente no cesaba, y María atemorizada con el suceso de Riccio, temia otro nuevo atentado, una noche abandonó repentinamente el palacio de *Holy-Rood*, y se refugió en el castillo de Dumbar; mas tranquila, y seguida de algunas tropas que pudo reunir, regresó á Edimburgo despues de algunos dias, pero no quiso volver á *Holy-Rood*, y prefirió alojarse en una casa particular, donde permaneció hasta Junio de 1566, en que parece que pasó á residir al castillo de Edimburgo, donde dió á luz á Jacobo VI.

Los que enseñan el castillo de Edimburgo, nunca dejan de conducir á los viajeros á un gabinete muy reducido, decorado con madera de encino y de pino al estilo gótico, donde hay un sillón tambien de estilo antiguo, y bien incómodo por cierto. En este gabinete, sola, abandonada, sintió la reina los dolores del parto, y sin atreverse á pedir auxilio alguno, dió á luz en aquella silla al heredero de las coronas de Escocia é Inglaterra. En la noche, temiendo que le fuese ar-

rebatado por los enemigos, entre los que ya contaba á la reina Isabel, hizo que colocasen al niño en una canastilla, y lo descolgasen por una ventana que da á un precipicio tajado á pico, de mas de cuarenta piés de elevacion. Mientras el niño estuvo suspendido en el abismo, la pobre madre no respiró, y solo le volvió la vida, cuando supo que su hijo estaba ya al pié de la colina, y en manos de las personas seguras que se habian encargado de cuidarlo y de ocultarlo de la persecucion de los enemigos, que los reyes tienen desde que están en la cuna.



Después de la muerte de Riccio, Lord Darnley y la reina siguieron viviendo en una armonía aparente; pero en el fondo, ¡cuántos pesares, cuántas amarguras cercaban aquel lecho nupcial, que mas bien era de martirio y de dolores! María, decidida á separarse para siempre de un esposo altanero y disoluto, ocurrió á Roma, por medio de un comisionado, solicitando el divorcio, resuelta á abdicar la corona y regresar á Francia á disfrutar de la calma y tranquilidad que en vano habia buscado en su propio país y en medio de sus súbditos.

Cuando nació Jacobo VI, pareció que podia restablecerse la paz conyugal, y María trató de reconciliarse sinceramente con Darnley; pero el carácter voluble

y los repetidos extravíos y faltas de este, hicieron infructuosos todos los sacrificios de la reina, la que sin duda se resolvió á no contar mas, ni con el cariño ni con el apoyo de su esposo.

Por este tiempo se insinuó en la amistad íntima de la reina el conde de Botwell: fué el que con mas celo defendió su causa cuando el asesinato de Riccio, el que la acompañó en su fuga al castillo de Dumbar, el que reunió gente armada y despertó el entusiasmo del pueblo en favor de una soberana, que los fanáticos y los predicadores del tiempo llamaban la *Jezabel*, pintándola con los mas negros colores.

Estos méritos que fué Botwell acumulando en su favor, le grangearon en breve la confianza de María, que impresionable y apasionada, comparaba la frialdad y el desden de su esposo con la constancia y los sacrificios diarios del amante.

Así como varios de los nobles exaltaron los celos del rey para asesinar á David Riccio, así otros se apoyaron en las inclinaciones de Botwell para destruir á Darnley. Formóse, como se formaban todos los dias en aquellos tiempos turbulentos y bárbaros, una conspiracion, y quedó resuelto que Darnley seria asesinado y Botwell se aventuraria á ser el dueño de la persona de la reina.

Un incidente dió á conocer todo el afecto de la reina á Botwell, y la facilidad con que los conspiradores podian llevar á cabo sus proyectos.

Botwell salió á combatir á varios fronterizos que se habian sublevado, y en la refriega recibió una herida:

apenas lo supo la reina, cuando se decidió á visitar á su favorito, y en un dia fué y volvió de Jedbury, donde ella residia, hasta la Ermita, donde se hallaba el cuartel general. Botwell estaba efectivamente herido de una mano, pero no de gravedad; mas la reina, á causa de la desusada fatiga del viaje, cayó enferma gravemente, y no recobró su salud sino despues de algunos meses.

Pasemos á la narracion de un acontecimiento sobre el cual los historiadores imparciales no se han atrevido á fijar su opinion; referiremos los hechos, tales como los hemos encontrado en diversos escritos publicados recientemente en Escocia y en Inglaterra.

Darnley y María se encontraron en Glasgow; y sea porque María acababa de levantarse de una grave enfermedad, y estaba pálida y extenuada, sea porque los amigos y partidarios que apoyaban á Darnley lo fuesen sucesivamente abandonando, ó sea, en fin, porque tuvo en su corazon un sentimiento de arrepentimiento sincero, el caso es que Darnley pidió perdon á la reina de sus pasados extravíos, le manifestó que todos eran hijos de su inexperiencia y de las sugerencias de consejeros perversos, pero que en el fondo de su corazon le conservaba todo el amor profundo y sincero que le habia profesado desde que la conoció.

Reconciliados así por medio de las explicaciones familiares y del amor, la reina le ofreció una litera que llevaba, y ambos entraron, al parecer muy alegres y contentos, á Edimburgo el 31 de Enero. En vez de dirigirse á *Holy-Rood*, ó á algun otro castillo cercano,

la reina escogió para su residencia la casa del prior de Santa María de los Campos, que se hallaba abandonada y casi en ruinas, situada en un lugar triste y solitario, y que pertenecia entonces á Sir Jaime Balfour, dependiente y amigo del conde de Botwell. ¿Por qué la reina eligió ese lugar aislado y poco cómodo y seguro para que residiese su esposo, en vez de escoger, como lo habia pensado, el castillo de Craigmillar, ó el mismo palacio de *Holy-Rood*? La única razon que se da es, que como Lord Darnley habia sido atacado en Glasgow de una enfermedad, que unos supusieron que era efecto de un veneno, y otros calificaron de viruelas, necesitaba de una localidad tranquila y bien ventilada donde convalecer, evitando la etiqueta y la agitacion de un palacio donde residiera la corte.

María pasó con Darnley la mayor parte del sábado en muy buena armonía, tanto que resolvió quedarse allí en la noche; pero se acordó que habia prometido asistir al casamiento de Sebastiani con Margarita Carwood, por cuyo motivo habia un magnífico baile de máscara en el palacio. Darnley, enfermo como estaba, no pudo moverse de su recámara, y la reina entonces se despidió, deseándole una noche tranquila, abrazándolo, besándole la frente, y poniéndole, como una muestra de su afecto, un anillo en el dedo.

El baile de máscara comenzó efectivamente; y como los dos novios eran de los servidores predilectos de la reina, el palacio de *Holy-Rood* estaba iluminado espléndidamente, y lleno de las mas lindas muchachas y de los mas apuestos caballeros de Edimburgo

y de sus cercanías. Botwell, que hacia tiempo ocupaba una de las habitaciones de *Holy-Rood*, estuvo como nunca, alegre, festivo y chancero. Repentinamente desapareció; mas como habia tanta gente, nadie pudo notarlo de pronto. Tomó una larga capa, y acompañado de un frances, llamado Nicolás Hubert, y de tres de sus adictos y cómplices en la trama que ya habia urdido, salió por una puerta secreta, atravesó un callejon, tomó por detrás de la casa de Moneda, siguió por el costado Sudoeste del palacio, hasta las barrancas de Salisbury, y de allí pudo, entre la oscuridad de la noche, llegar, sin ser visto ni reconocido de los cuerpos de guardia por donde tuvo que pasar, hasta la Abadía de Santa María de los Campos. En ese mismo dia, ó lo que es mas probable, en las noches anteriores, los cómplices de Botwell habian colocado en una bóveda, que estaba situada debajo de la recámara donde dormia Darnley algunos sacos de pólvora. Se trataba esa noche de prenderles fuego y hacer volar la casa, aprovechando la oportunidad del baile y la soledad en que se hallaba Darnley, que no tenia mas compañía que la de un criado.

Con efecto, cuando Botwell llegó á la Abadía, varios hombres estaban apostados en las cercanías: uno de ellos entró por los agujeros de una pared arruinada, y provisto de una linterna sorda llegó hasta donde estaba una mecha, le prendió fuego, y salió precipitadamente á comunicárselo á Botwell, el cual no pudiendo contener su impaciencia, pues retardaba la explosion, se acercó á la Abadía con riesgo de su propia vida, y tendiéndose en el suelo pudo cerciorarse

de que en efecto la mecha estaba ardiendo. Entonces á toda prisa regresó á palacio por el mismo camino, entró á su habitacion, pidió algo que beber, y vestido se metió en la cama.

A cosa de las dos de la mañana se escuchó una terrible explosion, que iluminó, no solo á Edimburgo, sino aun á los barcos que estaban en la bahía, anclados á mas de una legua de distancia: la recámara del rey voló efectivamente en los aires; su cuerpo, protegido del fuego, sin duda por la cama y el colchon, se encontró en el jardin, á poca distancia del de su criado.

En el acto que se escuchó la explosion, los sirvientes de Botwell entraron á su alcoba llenos de alarma, anunciándole que el rey habia sido asesinado: Botwell, fingiendo una gran sorpresa, saltó del lecho, gritando: *Traicion, traicion*. Buscó sus armas y salió á reunirse con el conde de Huntley, que era su cómplice, y ambos se dirigieron á las habitaciones de la reina, y le dieron inmediatamente cuenta del suceso.

El baile se acabó, las luces se apagaron, y los convidados huyeron despavoridos. En cuanto á la reina, sobrecogida de terror, se encerró en su recámara, y al dia siguiente, por su propia seguridad, pasó al castillo, donde se encerró en su habitacion durante muchos dias, sin permitir que nadie la viese.

Luego que amaneció, se reunió el pueblo en la Abadía de Santa María de los Campos, de donde fué recogido el cuerpo del rey; pero Botwell se presentó á caballo á la cabeza de una escolta numerosa, dispersó

á la multitud, é impidió que examinasen el cadáver. Dos dias despues se publicó una proclamacion real, ofreciendo dos mil libras de recompensa al que descubriese al asesino. En la noche misma apareció, como una terrible y perentoria contestacion, un anónimo pegado en la puerta de una casa, denunciando como asesinos del rey al conde de Botwell, á Sir Jaime Balfour y á David Chambers.

El cadáver estuvo expuesto en la capilla real, y fué en seguida sepultado en la bóveda destinada á la familia, á presencia del Lord Justicia Mayor y del capitán de Guardias de la Reina.

La sorpresa y el pesar que causó á María la catástrofe que acabamos de referir, hicieron que cayera gravemente enferma, de manera que los médicos fueron de opinion, que si no mudaba de residencia podria correr peligro su vida; en consecuencia, dejó el castillo de Edimburgo, y partió para una casa de campo llamada Seton, acompañada de Botwell y de todos los cómplices en la trama infernal que habia privado de la vida á su esposo.

Dos semanas bastaron para restablecer su salud y borrar enteramente sus pesares. Lejos de consagrarse al retiro y al duelo, el pueblo observó con escándalo, que la influencia de Botwell crecia todos los dias, y que la reina, como si nada de extraño y de terrible

hubiese pasado, se divertía en tirar al blanco, en union de su favorito, y ocupaba el resto de su tiempo en todo género de recreaciones.

La reina regresó á Edimburgo; pero solo permaneció una noche, y se volvió á Seton, disgustada sin duda de que llegara á sus oídos el clamor general que acusaba al conde del asesinato del rey. Fuerza fué someterlo á un juicio, cuando se presentó una acusacion formal del conde de Lenox, padre del difunto; pero este juicio mas bien fué un ultraje á la moral pública, que no un homenaje que demandaba la justicia. Botwell, con la frente levantada, con la mirada insultante y orgullosa, atravesó las calles de Edimburgo, y se presentó en la sala del tribunal acompañado de quinientos mosqueteros, prontos á hacer fuego sobre los jueces. Se concibe fácilmente que la sentencia fué absolutoria, y que el acusador se contentó con protestar, por medio de uno de los caballeros de su servidumbre, el cual corrido y desanimado, se retiró del tribunal á dar cuenta á su señor del modo como habia terminado tan escandaloso proceso.

A los pocos dias, y cuando la reina regresaba del castillo de Stirling, donde su hijo residia, se presentó repentinamente Botwell á la cabeza de ochocientos caballos, desarmó á la escolta, y tomando él mismo las riendas de la jaca que montaba María, la condujo prisionera al castillo de Dumbar, del que era gobernador.

Este crimen, que debería haber excitado la indignacion de la reina, dió el extraordinario resultado de que se contratase un matrimonio entre el súbdito atre-

vido y la reina prisionera, que estaba apoyado con una exposicion que Botwell habia hecho firmar en una taberna á muchos nobles, entre el desórden de una orgía y los vapores del vino.

María, pues, cegada por una fatal pasion, hizo á un lado todo género de consideraciones y accedió al proyectado enlace, entrando triunfalmente en Edimburgo al lado del asesino de su esposo.

Botwell no solo tuvo que cometer un regicidio para llegar al lugar que ambicionaba, sino que deshonorar y hacer infeliz á una mujer noble, buena y virtuosa. Botwell era casado con Lady Juana Gordon, hermana del conde de Huntly, y como esto era un inconveniente, no se economizaron medios para vencerlo. Lady Juana fué acusada de adulterio, arrastrada ante el tribunal eclesiástico y condenada á la deshonra y al divorcio. Era tanta la degradacion de la nobleza en los tiempos que vamos describiendo, que ni el arzobispo, ni el hermano de Lady Juana, ni ninguno de sus muchos y poderosos parientes y amigos, se atrevieron á levantar la voz en favor de su inocencia y de sus derechos, sino que, por el contrario, abandonando su dignidad, sus deberes, y hasta los lazos de la sangre misma, se plegaron humildemente á la voluntad del asesino de Darnley.

Allanado este obstáculo, se leyeron las amonestaciones, y el matrimonio se verificó con toda solemnidad el 15 de Mayo, á las cuatro de la mañana. En la noche se encontró pegado en la puerta de palacio un papel, con el siguiente proverbio latino: *mense malas*

maio, nubere vulgus ait, que puede traducirse de esta manera: *solo las malas mujeres se casan el mes de Mayo*. Pero ni estos crueles anónimos, ni las murmuraciones del pueblo, ni los anatemas de Craig, fueron bastantes para desvanecer en la reina la pasión que había concebido á Botwell. Mas elegante que nunca, salía frecuentemente á pasear con su esposo por los alrededores de Edimburgo, y no pensaba mas que en matar el tiempo, ó mas bien dicho, en ahogar los gritos de su conciencia entre la disipación y las fiestas.

Algunas ocasiones, en medio de la música y del baile, se podía sorprender una mirada triste de la reina, y notar que una sombra melancólica bajaba sobre su pálido semblante; mas tarde, la experiencia, los engaños y las desgracias domésticas vinieron á castigarla cruelmente de sus propias faltas. Los lores, bárbaros y degradados, no teniendo por norte y guía mas que su ambición personal y el deseo de riquezas y de mando, muy en breve se volvieron contra Botwell, á quien antes habían ayudado en sus proyectos, y formando una conjuración muy seria amenazaron á la reina, que en verdad, con todo y los errores de su corazón, era de un temple de alma superior á la nobleza de su tiempo. Esta crisis política se reagrababa con la situación privada que guardaba la reina, mas desgraciada en su tercero que en su segundo matrimonio. Darnley, en verdad, había sido voluble, ligero, calavera, disipado; pero Botwell era todavía peor; brusco, altanero y brutal; sus maneras eran poco delicadas y sus palabras ofensivas, al grado de que la reina,

á las pocas semanas de casada, derramaba abundantes lágrimas, y algunas veces fué necesario que le quitaran de la mano el cuchillo con que iba á matarse, prefiriendo el suicidio á los diarios y escandalosos altercados que tenía con su marido.

Sin embargo de estos sinsabores, fué preciso hacer frente á la conjuración, que amenazaba á la reina hasta en su propio palacio de *Holy-Rood*. Para evitar el golpe de mano que meditaban los conjurados, la reina salió secretamente de Edimburgo y se dirigió á uno de sus castillos; pero perseguida allí de nuevo, tuvo que escapar vestida de hombre y en medio de las tinieblas de la noche, llegando á Dumbar con mucha dificultad y peligros.

Los conjurados no se dieron por vencidos, sino que sitiaron á la reina, y teniendo que celebrar con los sublevados una vergonzosa capitulación, entró á Edimburgo en un mal caballo, con el vestido desgarrado y sucio del lodo y de la lluvia, con los cabellos en desorden y con el alma traspasada, á causa de las humillaciones á que había tenido que sujetarse, y de los insultos que le habían prodigado los soldados amotinados.

Estos sufrimientos continuaron á su llegada á Edimburgo. Mientras atravesó las calles, hasta que llegó á la casa de la *Garita negra*, donde se le dispuso alojamiento, el pueblo furioso, desplegando una bandera donde estaba pintado el cadáver de Darnley, la seguía gritando palabras de venganza y de muerte: la noche fué dolorosa y agitada, los balcones y ventanas de la

casa fueron deshechos á pedazos, y la bandera fatal no se separó de los ojos de la pobre reina, que casi moribunda se arrojó en un canapé, donde al siguiente día la encontraron los lores confederados y la condujeron á *Holy-Rood*. Conforme á la capitulación celebrada en las colinas de *Carbery*, la reina debería quedar libre y continuar en el gobierno; pero como en esos tiempos, á pesar de la ponderada lealtad y fe de los caballeros, nada se respetaba, la capitulación fué violada por los lores, y el 16 de Junio la reina fué arrancada violentamente de su palacio de Edimburgo y conducida prisionera al castillo de Lochleven, bajo la custodia de Lord Ruthwen¹ y Lord Lindsay, de quienes la historia dice que eran hombres brutales y feroces.

Botwell escapó para las islas de Orkney, donde se convirtió en un terrible pirata, que mas tarde invadió varias veces hasta los mismos palacios de Edimburgo; pero al fin fué aprehendido y encerrado en una prisión en Dinamarca, donde terminó su agitada y culpable carrera.

¹ Este Ruthwen era hijo del que asesinó á Riccio

VI

LA historia, y mas que todo la pluma de Sir Walter Scott, ha llenado de interés y de poesía los palacios y las calles de Edimburgo, los castillos y los lagos de Escocia: á cada paso se tropieza con una de esas ruinas históricas, que aun existen en medio de los campos cultivados con esmero, y de los ferrocarriles que pasan con la velocidad del águila; pero la imaginación, desviándose un poco de todo ese materialismo que domina al siglo, se detiene un momento en la contemplación de otras épocas y de otras costumbres, y tan pronto ve entrar á la hermosa reina de Escocia maltratada, pálida y abatida por las calles de Edimburgo, como la contempla á la cabeza de sus tropas y de sus caballeros de brillantes cascos y de pesadas arma-

duras, infundiéndoles valor con su presencia, y amor con el fuego de sus negros ojos.

Cada uno de aquellos guerreros turbulentos y feroces del reinado de los Estuardos tenia su castillo, y á este castillo, para la comodidad de la familia, ó para la seguridad, que era lo que mas importaba entonces, se le añadía, ya una torre, ya un puente, ya una muralla, ya una sala de armas; así, año por año iban variando quizá esas construcciones, cuyos restos, á pesar del tiempo, presentan una extraña irregularidad, y una variedad de arquitectura que á veces es muy notable. Generalmente los castillos se edificaban, ó en los desfiladeros de las montañas, ó cercanos á un lago ó á un camino real: junto del castillo estaba la aldea, y en la aldea ó aldeas, los vasallos que se reunían armados al llamamiento del señor feudal, ya para defender el mismo castillo y el país cercano, ya para hacer alguna excursion militar en favor ó en contra del monarca. La autoridad real, temida y respetada bajo muchos aspectos, era nula é insignificante, cuando á dos ó tres de los señores feudales les placía, por algun motivo, desobedecer al monarca ó rebelarse contra él. Nunca, en verdad, faltaban pretextos mas ó menos justos, y los errores de los reyes ocasionaban largas y prolongadas guerras civiles; pero tambien es cierto que, en lo general, la aristocracia era altanera, vengativa, cruel, sin otra regla mas que la de la fuerza, ni otro género de ocupacion preferente, mas que la guerra, por cuyo medio aumentaban sus dominios y sus vasallos, y añadian nuevos timbres á sus antiguos y

sangrientos blasones. Cuando un noble era maltratado, vencido ó asesinado por otro en alguna contienda, la venganza era necesaria, y el odio se trasmitía de padres á hijos, y sin consideracion alguna sacrificaban á este sentimiento la vida de sus vasallos, y turbaban la paz del reino. Así, los Douglas, todos guerreros, valientes y emprendedores, eran enemigos implacables de los Hamilton; así los señores de las tierras bajas estaban siempre en campaña contra los montañeses; así los miembros bastardos de la familia real de los Estuardos, unas veces se ligaban para gobernar, y otras se dividían para derribar y perseguir á los gobernantes de su misma familia. A este estado permanente de guerra civil, vino á reunirse la reforma religiosa: el celo de los reformadores era violento, y no se ceñía á la predicacion religiosa, sino que mezclados en todas las intrigas y en todas las conjuraciones, soplando la discordia y apoyando las persecuciones con textos de la Biblia, arrojaban mas y mas combustibles á la hoguera, que ya ardía desde los primeros años del reinado de María Estuardo. Tal era, muy en compendio, el estado político de la Escocia en la época en que, como dijimos en el capítulo antecedente, fué conducida la reina prisionera al castillo de Lechleven.

Si el tiempo ha destruido, en parte, con su mano de hierro los castillos, y roto sus almenas y torreones, las obras de la naturaleza subsisten hoy en el mismo estado, y con poca diferencia presentan el mismo aspecto que ahora trescientos años.

El castillo de Lochleven, propiedad entonces de los

señores de este nombre, está situado en una isla en medio de un lago, entre el golfo de Edimburgo y el golfo de Tay, á distancia de una jornada de la capital. Es una construcción del siglo XIII, rodeada de un gran patio y con una torre redonda en cada una de sus alas. Frente á la fachada meridional habia un jardín pequeño, que todavía subsiste y está cultivado; pero que entonces tenia, por la clase de árboles que lo formaban, un aspecto sombrío, que se aumentaba con la triste niebla, que todas las mañanas se levantaba de las orillas del lago. Hacia el Oeste se divisa, desde las ventanas del castillo, el valle fértil y ameno de Kinross, donde existen las ruinas de una antigua iglesia católica: por el lado del Sur se eleva una cadena de montañas, cubiertas de espeso bosque, que se llama la serranía de Ben Lomond, que gradualmente va descendiendo, hasta que sus verdes colinas se hunden y pierden en las aguas mismas del lago.

A este lugar fué conducida la reina. Inmediatamente que salió de Edimburgo, los protestantes entraron en la capilla real de *Holy-Rood*, derribaron las imágenes y los altares, se robaron los vasos sagrados y algunas piezas de plata de gran valor, que eran de la propiedad personal de la reina.

Los lores colocaron en el trono á Jacobo VI, que tenia entonces poco mas de un año, y comenzaron á gobernar por medio de una regencia, formada por los principales gefes que faltaron á la solemne capitulación de las colinas de Carbery.

Entre la multitud de acontecimientos importantes,

se pierde algunas veces la historia privada de la reina, que es la que hemos procurado trazar con cuanta minuciosidad ha sido posible. Parece que cuando se le condujo al castillo de Lochleven, fué en un mal caballo, sin permitirle ninguna comodidad ni descanso en el camino. Conociendo que era afecta al lujo y al esplendor, quisieron sus enemigos mortificarla hasta en estas pequeñeces, y la obligaron á que se quitase su traje real, sin permitirle que llevase ni una sola muda de ropa; así es que tenia que estar semanas enteras con un mismo vestido. De las cuatro Marías, solo aparece en compañía de la reina María Seaton: las otras tres se quedaron seguramente en Edimburgo, y una de ellas seguiria la suerte de su esposo, pues en alguno de los escritos aparece que María Fleming se casó en la época, poco mas ó menos, de la catástrofe de Darnley.

Como los lores conjurados necesitaban para su mayor seguridad que la reina abdicase la corona, redactaron el acta y comisionaron á Lord Ruthven y á Lord Lindsay para que la hiciesen firmar. Como era natural, se resintió tenazmente á autorizar un documento que la privaba de sus derechos al trono, supuesto que su hijo estaba en la menor edad; pero al fin, por temor, ó por las persuasiones de María Seaton, firmó, aunque algunos escritores mas modernos añaden que Lord Ruthven ultrajó á la reina, hasta el grado de dejar impresos en su blanco y torneado brazo los dedos de su guante de fierro. Es de creerse que estos hombres groseros y feroces emplearian todo género de in-

sultos y de amenazas, para lograr que la prisionera, que conservaba en medio de sus desgracias todo el orgullo de su rango y de su raza, se resolviese á firmar.

Una vez que, sea como fuere, obtuvieron el documento que deseaban, no volvieron á molestar á la reina; pero confinada en una torre estrecha, y permitiéndosele pasear solo un momento en un jardín que no tenia mas de cincuenta varas, y vigilada constantemente por Lady Lochleven, que se habia constituido en su carcelera, la vida de la reina pasaba lenta, monótona, insoportable, y solo alimentaba de vez en cuando la esperanza de que sus amigos se reunirían el día menos pensado, para libertarla de la prision y restablecerla en el trono.

Con esta esperanza pasó dias, semanas y meses: llegó el invierno con sus nieblas y sus nieves, y volvió la primavera con sus sonrisas y sus flores, sin que la situación de la cautiva cambiase en lo mas leve.

Un dia se presentó á las puertas del castillo una gran comitiva de caballeros y pajes; y María, que estaba acostumbrada á la soledad, y se creia, á poco mas ó menos, sepultada en aquella triste prision, se asomó á una de las ventanas, y observó que lo que causaba aquel bullicio, era la llegada de su hermano el conde de Murray. María, en los tiempos de su poder, no solo habia colmado de honores y de distinciones al conde de Murray, sino que le habia perdonado faltas que otra soberana habria castigado con la muerte, ó al menos con una larga prision; así es que un rayo de esperanza consoló su corazon por un momento, pensando que

su hermano sabria devolverle en esta ocasion extrema los favores que habia recibido; pero esta ilusion se desvaneció en los primeros momentos de la conversacion. Murray, como si no hablase con su hermana y su bienhechora, le echó en cara con dureza sus errores, la insultó en su desgracia, y se retiró, por último, dejándola bañada en lágrimas, y encargando á la castellana que la tratase con mayor severidad. Murray aceptó en seguida la regencia de Escocia, y rompió con esto los lazos de cariño que existian con su hermana, poniéndose ya decididamente á la cabeza de la faccion que la habia arrojado del trono.

Volvieron, pues, la soledad, el silencio y la tristeza de la prision á caer sobre la existencia de María, hasta que un incidente poético, quizá el mas interesante de la vida agitada de la reina, vino á hacerle olvidar la funesta visita de su hermano. Hemos dicho que el pueblecito de Kinross estaba frente á las ventanas de la torre donde habitaba la reina: en las orillas de ese pueblecito se hallaba una iglesia que los protestantes habian arruinado, y entre esas ruinas habia observado la reina, todas las noches al acostarse, que con mucha regularidad se encendia una luz. Sea preocupacion, ó sea que para un infeliz prisionero no hay incidente, por pequeño que sea, que no le llame la atencion, el caso es que la reina consideraba esta misteriosa luz como la estrella que brillaba en el oscuro horizonte de su vida. En efecto, no tardó en aclararse el misterio; Jorge Douglas, hijo primogénito del mismo Lord dueño del castillo, enemigo y carcelero de la reina, mo-

vido de las desgracias, pero mas que todo de la belleza de María, resolvió consagrarse á su servicio, y un día que pudo hablarle á solas un momento, le declaró respetuosamente su amor; le dijo que su propósito era libertarla, aunque para ello debiese perder la vida, y le explicó que la luz de Kinross era la señal convenida entre los amigos, que esperaban ansiosos el momento de su libertad, para reunirse en gran número y restablecerla en el poder.

Dos veces se frustraron los proyectos de evasion, y Jorge Douglas fué arrojado de la casa de su padre; mas poniendo en el secreto á un muchacho pariente suyo, que habitaba el castillo, logró apoderarse de las llaves de las puertas y conducir á la reina hasta la orilla del lago, donde en una barca que estaba prevenida la condujo al otro lado de la isla. La noticia de la libertad de la reina se propagó por Escocia con la violencia de un rayo: todo ese pueblo indiferente y feroz olvidó en un momento los errores de su soberana, no acordándose mas que de su hermosura y de sus desgracias, se reunió á su derredor, de manera que cuando llegó al castillo de Hamilton, ya contaba con un ejército entusiasmado y numeroso.

El regente, que estaba cerca de Glasgow, quedó desconcertado con la noticia de la evasion de la reina y de las fuerzas que habia reunido; pero convirtiendo al dia siguiente su sorpresa en resolucion y actividad, reunió las fuerzas que pudo, las puso á las órdenes del conde de Morten, general valiente y hábil, y aunque inferiores en número, resolvió atacar al ejército de

la reina y salirle al encuentro, situándose en la aldea de Langside.

La reina asistió personalmente á la batalla, y contra todas las probabilidades, sus brillantes escuadrones fueron rotos, las fuerzas todas puestas en desórden y confusion, y hasta su generoso y valiente amante matado casi á su vista. No quedándole ya mas recurso que la fuga, abandonó el funesto campo de batalla, y seguida del Lord Herries y de algunos otros caballeros, caminó muchas leguas, hasta que hizo alto en la Abadía de Drundenan. Allí se entregó á un caballero inglés llamado Lowther, que ejercia el cargo de comisario fronterizo, acogiéndose á la proteccion de su parienta la gran reina Isabel de Inglaterra.



La fatal estrella que sin duda había presidido al nacimiento de la reina de Escocia, no la abandonó en toda su vida; pues á pesar de las instancias de Lord Herries y de los amigos que la acompañaron hasta la embarcación que la condujo, como hemos dicho, á Inglaterra, insistió en acogerse á la generosidad de Isabel, en vez de retirarse á las montañas, donde todavía hubiera podido reunir leales y poderosos amigos, ó pasar á Francia, en cuyo país habría vivido tranquila, segura y feliz.

El comisario inglés condujo á la reina al castillo de Carlisle, y como fué recibida con todo el respeto y consideraciones debidas á su desgracia y á su rango, sus esperanzas renacieron; pero trasladada pocos días des-

pues al castillo de Bolton, se vió rodeada de soldados y de caballeros que mas bien parecían guardarla como una prisionera, que no agasajarla como una soberana.

Luego que llegó á noticia de la reina Isabel lo que había acontecido, no pudo disimular el júbilo que le causaba el que al fin la contraria fortuna hubiese puesto en su poder á su hermana de Escocia.

Isabel, allá en el fondo de su corazón, conservaba hacia algunos años un rencor oculto y una enemistad profunda, que se manifestó en todos los actos de su vida. Heredera del carácter celoso y sanguinario de su padre, no podía sufrir á un rival ni perdonar ninguna ofensa.

María Estuardo se había titulado despues de su casamiento con Francisco II, reina de Francia, de Escocia y de Inglaterra; María había dado á luz un hijo, que debía ser, como en efecto fué, el sucesor de la *reina virgen*.¹ María Estuardo era católica romana, y sobre todo, era mas bella y mas jóven que Isabel, y este era el principal motivo de envidia y de rivalidad.²

Tres cosas ocurrieron á los consejeros íntimos de

¹ Así llamaban á Isabel sus partidarios.

² Isabel no era fea ni desagradable, como lo han hecho creer algunos escritores, ni como la han representado en los últimos tiempos las pinturas. En la galería de *Hampton Court* existen varios retratos de Isabel hechos por Holbein, y á pesar de que este gran pintor daba á todas sus fisonomías un tinte de tristeza, aparece Isabel, aunque muy jóven, de facciones regulares. En su juventud, dicen algunos escritos de su tiempo, era una mujer alta, de cabello muy rubio, de ojos azules llenos de fuego y de expresión, de cutis muy blanco y suave, y con un conjunto de majestad que no dejaba duda de que había nacido reina. María Estuardo era, sin embargo, muy superior á Isabel en hermosura, como se verá cuando se trate de algunas otras particularidades de su vida.

la reina: probablemente el duque de Leicester era uno de ellos. La primera, ayudar á María con tropas y recursos á reconquistar su trono; la segunda, embarcarse para Francia; la tercera, retenerla prisionera. Isabel se decidió por este último extremo, y aunque no tenía derecho para aprehender á una soberana de otro país, que había voluntariamente buscado la protección y el amparo de una parienta, la ocasión le dió motivo para ello. El partido contrario á María en Escocia la acusaba de complicidad en el asesinato de Darnley: así, Isabel se erigió desde luego en árbitra de esta causa, y á pesar de las protestas y súplicas de María, se negó constantemente á darle una audiencia, y convino en que se formase un tribunal de investigación para juzgarla. Murray, el regente de Escocia, pasó á Inglaterra y se convirtió en acusador personal de su propia hermana.

Al cabo de cinco meses de investigaciones, la reina Isabel declaró que no encontraba nada que pusiese en duda el honor del conde de Murray, pero que tampoco había suficientes pruebas para considerar culpable á la soberana de Escocia. Todo esto pareció indicar que se le pondría en libertad; pero lejos de que esto sucediera así, el regente regresó á Escocia lleno de consideraciones y provisto de abundantes sumas que le había prestado Isabel; y María, ya sin motivo ni razón ostensible, continuó prisionera.

En este tiempo, el duque de Norfolk, guiado acaso del amor que inspiraba la reina de Escocia á cuantos la trataban, concibió el proyecto de darle la libertad

y restablecerla en su trono, contentándose con ser recompensado con la mano de la hermosa y desgraciada prisionera. Antes de tiempo fué descubierto el plan, y el duque de Norfolk reducido á prision, de donde se le sacó algunos meses después para darle la muerte en un patíbulo. Los condes de Westmoreland y Northumberland, que eran cómplices en esta conspiración, no tuvieron mas arbitrio, así que vieron el fin trágico de Norfolk, que reunir á sus vasallos y declararse en abierta rebelión. Isabel envió contra ellos algunas tropas, que en pocas semanas los derrotaron y dispersaron completamente. El conde de Westmoreland, disfrazado y con mil riesgos pudo llegar á la frontera, y de allí logró embarcarse para Flandes, donde murió antes de volver á su país. Northumberland menos afortunado, fué hecho prisionero y confinado al castillo de Lochleven, donde también acabó su vida, en la misma triste y solitaria torre donde había estado prisionera María Estuardo.

Estas conspiraciones, que se repetían frecuentemente, en mayor ó menor escala, los esfuerzos que hacía el partido católico, alentado por la bula de Pío V, que había declarado á Isabel destituida de su reino de la tierra, y privada de entrar en el de los cielos, y la hermosura de María, que en esa época singular inspiraba á algunos jóvenes empresas y hazañas atrevidas, ocasionaron que Isabel día por día aumentase los rigores de su prision, y sin dar oídos á sus súplicas ni treguas á su resentimiento, la hacía conducir de castillo en castillo, bajo la custodia de carceleros que caían de su

gracia desde el momento que daban á la cautiva algunas muestras de benevolencia y consideración.

Diez y ocho años duró la cautividad de la reina de Escocia. Durante este período fué trasladada de Bolton á Tutbury, de este lugar á Wingfield, á Sheffield, á Chatswoorth, á Chaxtley, á Tirhall, y finalmente á Fotheringay, donde terminó su vida; pero antes la mano invisible de la Providencia castigó también á sus encarnizados perseguidores. Nos detendremos un momento en la breve narración de los sucesos de Escocia durante la cautividad de María en Inglaterra.

Murray regresó á Escocia, como hemos ya asentado, con treinta mil libras en oro, y con toda la influencia de la soberana inglesa. Con estos elementos logró en breve vencer á los enemigos, que aun conservaban las armas en la mano, y consolidarse en la regencia. Entre los rebeldes se contaban seis Hamilton, que condenados á muerte, fueron perdonados por el influjo de Knox. Uno de estos era un joven de un carácter indomable y altanero, y se llamaba Hamilton de Bothwellhaugh; aunque indultado de la pena de muerte, se le confiscaron todos sus bienes, regalándose el castillo en que residía su familia á uno de los favoritos del regente. El nuevo propietario se dirigió inmediatamente á tomar posesión del dominio, que se llamaba *Wood house*, y estaba situado cerca de la aldea de Roslin, y fué tan brutal y arbitrario, que no solo arrojó inmediatamente á los sirvientes y arrendatarios sino que á la esposa de Bothwellhaugh, que era una mujer joven y hermosa, la hizo salir desnuda de su

recámara, y la puso así en la calle en un día en que caía una fuerte nevada. La pobre mujer no pudo resistir este inhumano tratamiento, y al mirarse en las calles de la aldea de Roslin, desnuda y arrojada de su propia casa, al rigor de la intemperie, perdió la razón y murió á poco tiempo.

El marido juró vengarse, no del inmediato actor, sino del conde de Murray, que era la causa de las desgracias y persecuciones de los Hamilton. Un día en que el regente debía pasar á una hora fija por Linlithgow, se escondió Botwell en una casa vacía, situada en una esquina, y que pertenecía al arzobispo de San Andrés; cubrió la pared con un lienzo negro para que no pudiera verse su sombra desde la calle, tendió en el suelo colchones para que no se oyera el ruido de sus pasos, cerró y atrancó por dentro las puertas y colocó, en la puerta del jardín que daba al campo, un caballo muy ligero. Tomadas así todas las precauciones, cargó su escopeta y esperó.

A poco se presentó el regente por el extremo de la calle, y aunque algunos de los que le acompañaban le advirtieron del peligro, como era animoso, no hizo caso de tales observaciones, y continuó avanzando con la mayor confianza: tan luego como llegó al frente del balcón, se oyó el estallido de una arma de fuego, y una bala le traspasó el pecho, y saliéndole por el pulmón, mató todavía al caballo de uno de los caballeros que iban cerca. Inmediatamente los guardias de la escolta se lanzaron con espada en mano á la casa; pero antes de que hubiesen podido derribar las puertas, Botwell

habia montado en su caballo y salido del jardín: otros que lo observaban, lo siguieron á todo escape: Botwel corria, corria sin perdonar la espuela ni el látigo, hasta que llegó á la orilla de un ancho precipicio; allí hizo uso del puñal, picó con él al caballo, y de un salto prodigioso se puso del otro lado, y siguió en su carrera sin que sus perseguidores pudieran darle ya alcance.

En la noche expiró, á resultas de la herida, el conde de Murray, regente de Escocia y cruel perseguidor de su desdichada hermana.

Por muerte de Murray fué escogido para regente el conde de Lenox, padre de Darnley, quien desde luego procuró conciliar los ánimos; pero sus esfuerzos fueron inútiles, porque los dos partidos, cada vez mas encarnizados, continuaron las hostilidades, y en las calles de las ciudades, en los campos y en los castillos, combatian unos, en nombre de la madre contra el hijo, que sin edad, sin uso de razon tal vez, estaba en el trono; y otros en nombre del hijo contra la madre, que estaba cautiva y tratada con la mas escandalosa iniquidad por la reina de Inglaterra. Tal era el estado de desmoralizacion y de desórden en que estaba Escocia en esos años.

El gobierno de Lenox fué corto, y no tuvo mejor fin que el de su antecesor; Kirkaldy de la Grange, que era uno de los caballeros mas valientes y mas atrevidos de su tiempo, no solo se declaró en la fortaleza de Edimburgo, de que era gobernador, partidario de la reina María, sino que concibió la idea de reducir á pri-

sion á todos los miembros del parlamento. Al efecto, envió á Stirling á Claudio Hamilton con quinientos caballos; y bajo la direccion de una persona que conocia bien las localidades, lograron sorprender la guarnicion, y aprehender en sus propias casas á todos los lores, excepto al conde de Morton, que se encerró y comenzó á hacer fuego. Esta resistencia hizo organizar una defensa mas formal, y mientras la guarnicion sorprendida se reponia y concentraba, los vencedores se dispersaban, y eran rechazados por el fuego que se les hacia desde la colina donde está edificado el castillo. El resultado final fué que la empresa de Kirkaldy se malogró; pero el regente Lenox pereció, porque hecho prisionero mandó Claudio Hamilton que le dieran de puñaladas.

Por la muerte de Lenox entró á desempeñar la regencia el conde Morton.

Ayudado por las tropas inglesas puso sitio á la fortaleza de Edimburgo, y á cabo de treinta y tres dias capituló, por falta de agua y de víveres, el valiente Kirkaldy, que fué entregado despues vilmente por el general inglés, y decapitado por órden de Morton.

La extremada avaricia de Morton, sus actos injustos y crueles, y su carácter bajo y rastrero en algunas ocasiones, lo desconceptuaron tanto, que se vió obligado á renunciar la regencia y retirarse á su castillo de Dalkeit; pero su genio inquieto no le permitia permanecer mucho tiempo lejos de la política; así es que quiso mezclarse de nuevo en los negocios, y sustituir con otras personas el consejo que él mis-

mo había establecido á su salida del gobierno; pero Jacobo VI era ya mayor, tenia á su lado otras personas que influían en su carácter, y el poderoso conde, lejos de volver á la cumbre del poder cayó en la mas completa desgracia, que lo condujo hasta el cadalso.

Jaime Estuardo, favorito del rey, entró un dia al consejo y acusó públicamente al conde de Murray del asesinato de Darnley: inmediatamente fué reducido á prisión, juzgado y condenado á muerte, sufriendo su martirio en una máquina que llamaban la *doncella*, y que él mismo había introducido en Escocia.

Algunos años despues, el Dr. Guillotin, en un brillante discurso, ponderaba en la tribuna francesa la felicidad suprema que disfrutaban los que morian en el instrumento que él había inventado, y que se llamó *guillotina*; pero se ve por los escritos y documentos de la historia de Escocia, que Guillotin era solo un plagiario, y que el instrumento terrible de la libertad hacia mucho tiempo que había servido ya para separar de los hombros las cabezas de los nobles y de los poderosos.

VIII

TALES fueron los sucesos principales de esta época terrible, en que un hijo en el trono tenia que estar enviando al suplicio á los que defendian el honor, la belleza y los derechos legítimos de una madre, y tal el fin trágico de todos los amigos y enemigos de la reina cautiva, que desde su cuna hasta su muerte, dejó á su paso por la tierra un abundante rastro de sangre y de lágrimas. Amantes, esposos, defensores, amigos, enemigos, todos pasaban como unos fantasmas, que iban rápidamente á precipitarse en la oscura y sangrienta vorágine de la guerra civil.

Antes de entrar en la narracion de los dolorosos pormenores de los últimos dias de la reina de Escocia, dedicaremos algunas líneas mas, para dar á conocer tanto como es posible su carácter y su vida.

En Francia llamaban á María la reina Blanca, no solo por su hermosura, sino porque á la muerte de su esposo Francisco II, se vistió de blanco con mucha elegancia, cuya costumbre no se cambió sino hasta 1559, en el funeral de Enrique II. Desde que pasó á residir á Escocia, adoptó de preferencia para ella y sus cuatro doncellas, el traje oscuro, con grandes mangas, y adornado con los mas exquisitos encajes blancos que se fabricaban entonces. Su principal esmero lo ponía en el peinado, que lo usaba muy diferente de la moda de ese tiempo, y parecido al que hoy se usa, y que da una gracia singular á la fisonomía de las mujeres.

Parece que María Seaton era la que siempre acostumbraba peinar á la reina, la cual decia, que difícilmente se podía encontrar en Europa una mujer que tuviese mas gracia y mas destreza para el tocador. El traje interior era de lo mas fino, todo bordado y calado, y casi nunca usaba medias que no fuesen bordadas de oro: se cuenta que la reina Isabel tenia únicamente dos pares, mientras pasaban de treinta los que siempre tenia la soberana de Escocia.

Era, dicen los escritos de su secretario Melvill, una mujer que se parecia á su madre María de Guisa, en su alta, majestuosa y bien proporcionada estatura: su pelo era mas bien oscuro que rubio, sus ojos grandes y de color de castaña, su nariz como la de su padre, un poco larga, su cutis limpia y aterciopelada, y su fisonomía de ese marcado y bello tipo de la Grecia. La opinion general, aun de sus propios enemigos, la proclamaba mas hermosa que su rival la soberana de

Inglaterra. María tenia la timidez nerviosa propia del sexo delicado; y un ruido repentino, una amenaza del furibundo Knox, la hacian quizá estremecer; pero en las ocasiones solemnes tenia toda la decision y valor de los de su raza; así es que hacia largas y en aquel tiempo peligrosas excursiones á caballo, asistia á las batallas, y se ponía á la cabeza de los escuadrones de caballería para perseguir y amedrentar á los que se rebelaban contra su autoridad. En los primeros años de su vida, su carácter fué ligero y apasionado, la impresion del momento la dominaba, y no pensaba ni en los obstáculos, ni en los inconvenientes; así fué que sus casamientos fueron desgraciados, y en medio del influjo de su hermosura y del poder que tenia como reina, su vida doméstica fué, por lo general, llena de sinsabores y de desagradables altercados, particularmente con Botwell, que por sus hechos y por las referencias que de él hacen las historias, parece que no cabe duda en que era un hombre de modales groseros, de una educacion comun, de un corazon depravado, incapaz de ningun sentimiento delicado y generoso; sin embargo, María, por un capricho inexplicable, le conservó desde su prision de Lochleven un afecto delicado, á que, en verdad, no era acreedor. Pudo muy bien la reina de Escocia haber escogido entre los principes de Europa el que hubiera querido, pero parece que dejó á un lado todas las consideraciones de política, y no se guió en la eleccion de sus esposos mas que de las inclinaciones de su corazon, que fueron por cierto fatales y desgraciadas: uno de los que con mas calor

pretendió su mano, fué el duque de Leicester, y como María parece que rehusó aun entrar en explicaciones, se concitó un mortal enemigo, que mas tarde ayudó con su influjo, en la corte de Inglaterra, á precipitar al cadalso á la que antes habia solicitado para esposa.

María, además de ser diestra en el manejo de las armas y del caballo, era una notabilidad en las obras de aguja y de bordado: su imaginacion activa nunca le permitia estar ociosa; así es que cuando iba al parlamento, ó asistia al consejo, trabajaba alguna obra de mano, y desde luego esto se usaba entre las personas mas nobles en aquel tiempo, pues alguno de los escritos dice: «La reina, siempre que asistia al parlamento, lo hacia ocupándose en hacer algun tejido u otra obra de aguja, como *convenia á una persona de su rango.*»

Los sufrimientos y soledad de los diez y siete años de prision, hicieron una revolucion en el carácter de la reina. Prudente, religiosa, resignada, humilde, sin descender nunca del rango y de la dignidad en que la habia colocado su nacimiento, pudo soportar su desgracia, ser superior á las ingratitudes de los de su familia, á las venganzas de sus enemigos y á la inaudita crueldad de la reina de Inglaterra, dejando á la posteridad una imagen siempre luminosa y brillante, que ni entonces ni despues pudo oscurecer el soplo emponzoñado de las pasiones políticas y religiosas.

Su correspondencia, publicada en dos volúmenes por esa distinguida escritora, que ha dado á conocer el carácter verdadero de las reinas y princesas ingle-

sas, como no lo habian hecho, ni el filósofo Hume, ni sus continuadores Smollet y Aikins, demuestra el talento sólido que poseia la reina de Escocia, superior á muchos de los altos personajes de su tiempo, y da á conocer, como se conoce en la correspondencia privada y familiar, el fondo del verdadero carácter descubriendo aun los mas ocultos rincones de la conciencia.

De la narracion que hemos hecho de las aventuras de la reina, puede deducirse que tuvo poca ó mucha parte en algunos de los actos violentos y criminales que se cometieron; pero de la correspondencia nada se puede traslucir que indique, ni pasiones, ni resentimiento, ni odios, ni culpabilidad; pero todavía pueden sacarse mas amplias pruebas de las acusaciones de sus propios enemigos, que en medio de su implacable furor y de los vehementes deseos que tuvieron para conducirla á la deshonor y á la muerte, nunca pudieron presentar datos bastantes para condenarla; pero aun cuando la reina, mal guiada quizá por las pasiones ardientes de la juventud, hubiese tenido parte en alguno de los actos atroces y bárbaros de que están llenas las páginas de la historia de Escocia en aquella época, los tormentos de la segunda mitad de su vida, que soportó con la resignacion de una santa, habrian sido mas que suficientes para proporcionarle en la tierra el perdon de los hombres. Raza de víboras, como decia Jesucristo, perdonan al fuerte y al poderoso; pero jamas transigen ni con la debilidad ni con el arrepentimiento.

En efecto, las cartas todas de la desgraciada cau-

tiva, dirigidas al embajador de Francia, al duque de Guisa, á Enrique III, al arzobispo de Glasgow y aun á la misma reina Isabel, demuestran bien sus penas y sus martirios. Ya la privaban de la servidumbre á que estaba acostumbrada, ya le impedían que diese sus paseos por el campo, ya la rodeaban de hombres armados de mosquetes y grandes puñales, que no se separaban de ella un momento, ya, en fin, le escaseaban hasta los alimentos diarios; así tenía continuamente que escribir á este ó al otro personaje, para obtener lo que le faltaba, ó para quejarse del injusto tratamiento que se la daba. Su idea dominante, como la de todo prisionero, era la libertad: así al menos durante muchos años, conservó esta esperanza, que era como un fanal que lucía entre las siniestras sombras de los castillos á que la conducían prisionera.

Dos cosas amargarón mucho la existencia de la reina durante su cautividad: una fué la ingratitud de su hijo, y otra las calumnias de la condesa de Shrewsbury. En cuanto á su hijo, Jacobo VI, en los primeros años de las desgracias de María nada podía hacer en su favor, porque era un niño: cuando tuvo mayor edad, dominado por la reforma, subyugado por los cortesanos, y príncipe débil y pobre al lado de Isabel, rica y poderosa, nada pudo hacer para salvar á su madre de la muerte, y sus cartas eran interceptadas: las que llegaban á las manos de María, eran dictadas por otros, y en consecuencia secas, frias, severas tal vez, como si un juez las escribiese á un reo.

—Tengo herido, traspasado el corazón, con la in-

gratitud de mi hijo, y me veo tentada de lanzar mi maldición sobre su cabeza, decía María Estuardo; y el hijo, después de la muerte de la madre escribía:

—Soy impotente para vengar el horrible asesinato de mi adorada madre, cometido por los antiguos enemigos de mi stirpe y de mi reino.

Así, la una con el corazón lleno de amargura, y el otro con el despecho de la impotencia, y engañados por el comisionado Patricio Gray, que por mucho tiempo se creyó que Jacobo VI había enviado á Inglaterra para apresurar la ejecución de María, vivieron los últimos años heridos en los sentimientos mas santos y delicados del corazón. La madre murió sin recibir el último adiós de su hijo, y el hijo sin recibir la bendición de la reina mártir, que volaba purificada á los cielos.

Durante el tiempo que estuvo la reina confinada en Sheffield, en Wingfield fueron sus custodios ó carceleros el conde y la condesa de Shrewsbury, y parece que en el último punto había un castillo, que no era de la corona sino que pertenecía á esta familia.

Jamás estuvo María mejor tratada que entonces, particularmente por la condesa: nada de lo que apetecía, se le negaba, y se puede decir que se adivinaban sus pensamientos: el conde, por su parte, nada dejaba que desear á María: complaciente, afable, caballeroso, no había cosa que pudiera agradar á la cautiva que el conde no se apresurara á hacerla. Como la desgracia vuelve el carácter desconfiado y suspicaz, no dejó de llamarle la atención á María la conducta de sus carce-

leros, que positivamente era una extraña novedad, y en breve tuvo las mas fundadas presunciones de que los dos le hacian traicion. La condesa le repitió frecuentemente que no habia que fiarse mucho de su marido, sino de ella, que empeñaba su palabra de que en caso que corriera peligro su vida, ella la salvaria, para lo cual tenia tomadas sus medidas, siendo una de ellas el tener á su hijo Carlos Cavenedish en Londres.

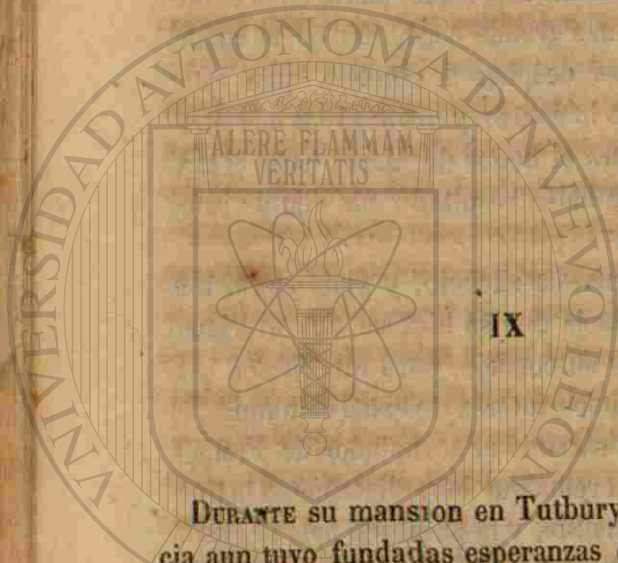
La pobre María creyó, como cree todo enfermo en su salud; pero su sorpresa fué mayor que su esperanza, cuando supo que el plan de la condesa de Shrewsbury era colocar en el trono de Escocia á Aravela Estuardo, y casarla con Roberto, hijo del conde Leicester. Verdad es que los dos futuros soberanos eran unos niños; mas de todas maneras, mas tarde ó mas temprano, era necesario que la condesa, para llevar adelante su proyecto, se desembarazase de María Estuardo. Todas sus cartas, escritas desde 1584 en adelante, indican el temor que tenia de que la noche menos pensada y con pretexto ó sin él, fuese víctima de algun horrendo atentado. En efecto, existia un partido en la corte de Isabel, que opinaba porque se hiciese morir repentina y secretamente á María Estuardo, en vez de esperar una ocasion para que cayese en alguno de los muchos lazos judiciales que le tendia á cada momento la pérvida política de la corte inglesa.

Luego que María estuvo cierta del doble manejo de la condesa, escribió una larga carta á Mr. de Mauvisiere, embajador de Francia, rogándole que impusiera muy detenidamente y en la mayor reserva á la rei-

na Isabel, de la *traidora conducta* de la condesa de Shrewsbury.

Parece que al escribir esta carta, María tenia el mejor concepto y la mas grande confianza en el conde; pero pocas semanas despues la condesa fingió estar celosa, ó realmente lo estuvo, y propagó las mas atroces calumnias contra el honor de María, hasta el grado de asegurar que habia resultado un hijo de estos amores criminales.

María no pudo guardar silencio, y pidió con la mayor energía é instancia que se hiciese una averiguacion ante la reina y su consejo, para que fuesen castigados severamente los autores de estas calumnias, al mismo tiempo que escribió al embajador de Francia para que rogase á la reina que inmediatamente la trasladasen á diverso castillo, y la pusiesen bajo la custodia de otras personas que no fuesen el conde y la condesa de Shrewsbury. Parece que los pasos que dió el embajador surtieron efecto, pues María fué trasladada á *Tutbury*, y en el archivo de Estado consta una declaracion de la condesa y de sus dos hijos, en que aseguran que todas las calumnias y especies que circularon fueron enteramente falsas, y que nada tenian que decir contra el honor de la reina de Escocia.



DURANTE SU mansión en Tutbury, la reina de Escocia aun tuvo fundadas esperanzas de que tendría fin su cautividad. Se negociaba entonces un tratado, cuya base principal era su libertad; y por otra parte, Mr. de Mauvisiere, embajador de Francia, incansable en servir á la reina, con dinero, con correos secretos que condujeran su correspondencia á todas partes, y sobre todo, con las relaciones é influjo que le proporcionaba su posición, había sido en esos días convidado á la mesa del duque de Leicester, y allí había aprovechado la oportunidad para interceder con este poderoso personaje y con la condesa su esposa, en favor de su desgraciada protegida. El conde de Leicester le aseguró que ningún resentimiento tenía contra María por las cosas pasadas, y que aunque había ya caído mucho de la

gracia de la reina Isabel, y por consiguiente no tenía el influjo que se le suponía, prometía hacer bajo de cuerda y con la mayor reserva, cuanto pudiese en obsequio de la soberana de Escocia: la condesa de Leicester parece que tomó con mas calor el asunto, y prometió, con mas sinceridad y menos misterios, emplear su valimiento con el secretario Walsingham y con la reina misma, para que fuese puesta en libertad la cautiva.

—Este conde de Leicester, escribía el embajador á María Estuardo, es un solemne hipócrita; pero creo que la condesa obra de buena fe, y algún partido podremos sacar del influjo que tiene en la corte.

Estas doradas esperanzas se desvanecieron en breve; pues un complot, de los que en ese tiempo se formaban con frecuencia, decidió definitivamente de la suerte de María.

Antonio Babington, que era un jóven entusiasta y decidido por la causa de la reina de Escocia, formó, en union de otros cuatro, el proyecto de asesinar á Isabel y restablecer á María, no solo en su trono de Escocia, sino tambien en el de Inglaterra. Babington no solo estaba animado á la ejecución de su proyecto por el amor y veneración que hacia tiempo había concebido por una soberana desgraciada é injustamente perseguida, sino que tambien se creía autorizado por la bula del Papa, para extirpar para siempre del suelo inglés á la perseguidora de la religion romana y á la enemiga jurada de Jesucristo. Otro tanto decían los protestantes de María, y así se tomaba á la Divinidad por instrumento de crueles venganzas y de horrendos

crímenes, cuando en el fondo no había mas que los intereses políticos, y los celos y rivalidad que entre las dos soberanas producian la mayor ó menor belleza con que la naturaleza las había dotado.

Antonio Babington fué desgraciadamente descubierto, y él y sus compañeros arrastrados á una prision y sentenciados á muerte: se pensó que María Estuardo, no solo no sería extraña á esta conspiracion, sino que de seguro sería la motora y directora de ella. En consecuencia, se le trasladó violentamente á Chartley, y de allí á Tixall, y entretanto los agentes de Isabel, fracturando sus muebles y sus cofres, se apoderaron de todos los papeles y alhajas que le pertenecian. Hecho esto, la trasladaron al castillo de Fotheringay.

La reina Isabel nombró cuarenta y siete pares y miembros de su consejo privado, para que formando un tribunal juzgasen á María por el delito de alta traicion. María, por una, dos y tres veces rehusó reconocer la autoridad de la reina de Inglaterra para juzgarla de esa manera, y protestó contra todos los procedimientos de la comision; pero al fin, treinta y seis de los miembros que la componian se reunieron en Fotheringay, y María tuvo que comparecer ante ellos y contestar á los cargos que se le hicieron, lo que hizo con dignidad y firmeza, negando cuantas acusaciones se le hicieron, asegurando que era enteramente extraña al complot de Babington, y protestando de nuevo contra cualquiera sentencia que pudiera emanar de esta junta de enemigos, que se había convocado con el intento expreso de condenarla á muerte.

Babington y sus cómplices fueron ahorcados, y la reina Isabel, desconfiando todavía de la comision, á pesar de su bien probada parcialidad, ordenó que no tomase ninguna resolucion definitiva hasta su regreso á Lóndres.

Tan luego como los jueces regresaron á la metrópoli, se volvieron á reunir, y casi por unanimidad condenaron á María Estuardo al último suplicio. El parlamento confirmó inmediatamente la sentencia, y como si la pobre mujer, que tenían encarcelada, pudiera escaparse, las dos cámaras, por unanimidad, hicieron una peticion para que la sentencia fuese ejecutada sin dilacion. No cabe duda que la raza anglo-sajona siempre ha dado pruebas de una sangrienta actividad.

Los príncipes católicos, que habían visto realmente con apatía y abandono la causa de una soberana independiente, reducida por tantos años á los martirios de la cautividad, comenzaron á moverse y á obrar con mas actividad, sin éxito alguno. Felipe II dió instrucciones, y remitió fondos á su embajador D. Bernardo de Mendoza; Enrique III, de Francia, envió despachos urgentes á Mr. de Mauvisiere; el mismo hijo de la infortunada María, encadenado con su propia debilidad, despachó unos comisionados cerca de Isabel. Todo fué en vano, todo se estrelló contra la voluntad inflexible de la hija de Enrique VIII, y contra la preponderancia del partido protestante, que á toda costa queria el sacrificio de una víctima ilustre, como para dar testimonio de que la severa santidad de la reforma exigía un holocausto de sangre que llegara hasta los piés

del Criador, para lavar los excesos y crímenes de la corte romana. ¡De qué grandes delitos y de qué monstruosas inconsecuencias han pretendido los hombres en todos tiempos hacer cómplice á la Divinidad!

La pobre reina de Escocia, una vez que perdió ya su última esperanza, se refugió, como se refugian todos los corazones desgraciados, en la resignacion.

En Noviembre de 1586, María Estuardo tenia ya la conviccion plena de la suerte que la esperaba, y escribia desde Fotheringay á D. Bernardo de Mendoza:

«Estoy ya juzgada, y no espero que me perdonen; pero supuesto que estoy destinada á morir, recibiré de Dios la recompensa de la injusticia con que me tratan en la tierra. Como si fuése yo una mujer ya muerta y sin rango alguno, el lunes, á despecho de todas las razones que pude oponer, vinieron y se llevaron mi trono y mi dosel. En este momento están trabajando con gran actividad en levantar un patíbulo en el salon, y supongo que yo estoy destinada á representar el último acto en esta tragedia.»

La reina decia muy bien, y su sentencia era irrevocable. Luego que fué sabida de ese pueblo de Londres, modelo hoy de parsimonia y de gravedad, las campanas de todas las iglesias repicaron á vuelo, la ciudad se iluminó, y se improvisaron unos fuegos artificiales, tan buenos como lo permitian los conocimientos pirotécnicos de aquel tiempo.

Mr. de Mauvisiere, afligido y alarmado en extremo, solicitó una audiencia de la reina Isabel, la que pudo eludirla con diversos pretextos por dos ó tres dias, pe-

ro al fin tuvo que concederla á Messieurs de Bellievre y Chateaufort, á quien el rey de Francia envió de embajadores, con el solo y exclusivo objeto de hacer el último esfuerzo en favor de la reina de Escocia.

Despues de una larga conferencia, y de agotar los embajadores cuantos argumentos les sugeria su talento, Isabel les dió su respuesta con una calma glacial.

«Su Majestad, escribian los embajadores á Enrique III, volvió al asunto de la reina de Escocia, diciendo: «Os he dado varios dias para que me propongais los medios de preservar la vida de la princesa, sin peligro de la mia; pero no habiéndose encontrado ningun expediente que me satisfaga sobre este particular, no parece acertado que yo sea cruel conmigo misma, y su Majestad de Francia deberá considerar que no es justo *que yo, que soy inocente, muera, para que se salve la reina de Escocia, que es culpable.*»

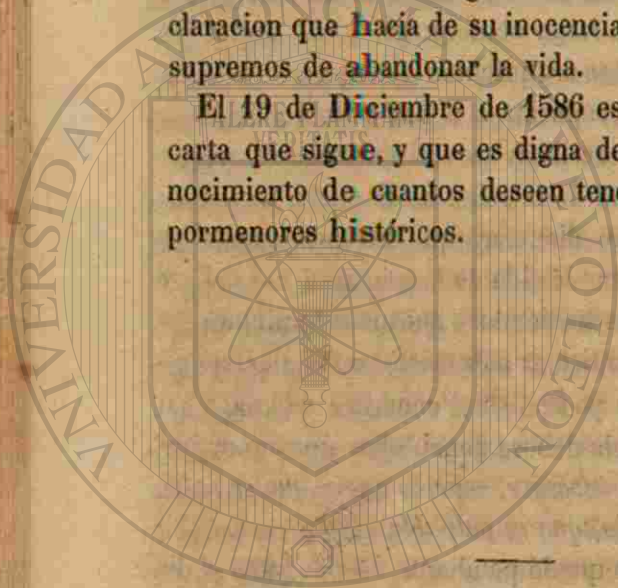
Aunque todavía quedó pendiente de dar para el dia siguiente una resolucion final, los embajadores, en vez de una noticia favorable, se encontraron con que Isabel habia publicado una proclama, declarando que la reina de Escocia era traidora, incapaz de suceder en la corona, y digna de la pena de muerte.

Los embajadores, sin embargo de todo esto, no se dieron por vencidos, sino que solicitaron nueva audiencia; y se valieron de cuantos resortes fueron posibles, hasta que perdida toda esperanza, pidieron sus pasaportes y se retiraron á Francia.

María Estuardo, abandonada ya de todos, hasta de sus propios secretarios Nau y Curl, que aprehendidos

con motivo de la conspiracion de Babington, hicieron las revelaciones que les sugirió el miedo de la muerte, se presentó ante su enemiga, digna con su humildad, fuerte con su resignacion, santificada con la declaracion que hacia de su inocencia, en los momentos supremos de abandonar la vida.

El 19 de Diciembre de 1586 escribió á Isabel la carta que sigue, y que es digna de trasmitirse al conocimiento de cuantos deseen tener noticia de estos pormenores históricos.

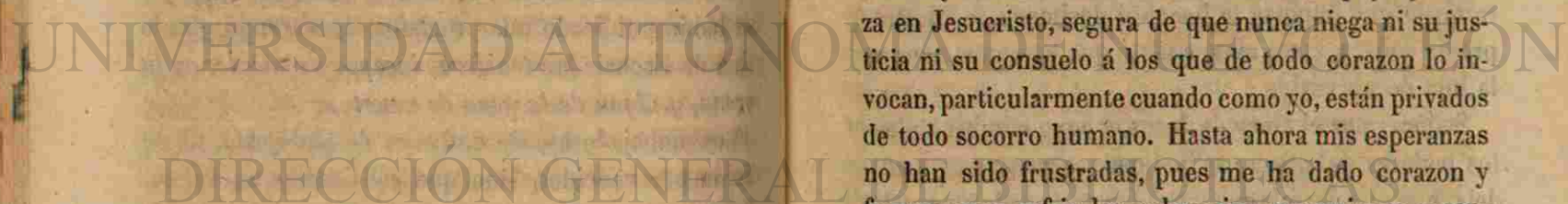


LA REINA DE ESCOCIA Á LA REINA ISABEL.

Fotheringay, Diciembre 19 de 1586.

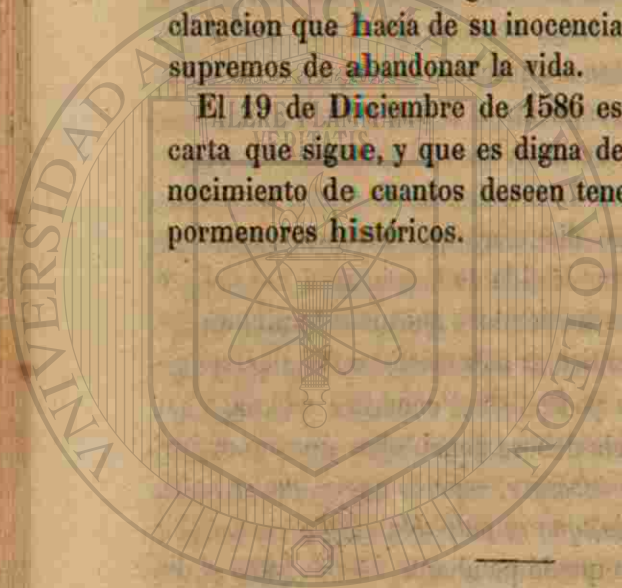
SEÑORA: Con mucha dificultad he obtenido permiso de los que me custodian, para dirigirme á vos, de ciros todo lo que siente mi corazon y procurar al mismo tiempo, que aquellos con quienes me ligan los lazos de la sangre, estén persuadidos de que jamas he cometido ninguna ofensa contra ellos, ni acto alguno de mala voluntad. Deseo tambien daros á conocer, que lejos de que yo haya atentado contra vos, he procurado siempre la conservacion de vuestra vida y la paz y quietud de esta isla.

Estoy resuelta á buscar únicamente apoyo y fuerza en Jesucristo, segura de que nunca niega ni su justicia ni su consuelo á los que de todo corazon lo invocan, particularmente cuando como yo, están privados de todo socorro humano. Hasta ahora mis esperanzas no han sido frustradas, pues me ha dado corazon y fuerzas para sufrir las calumnias, acusaciones y sentencia de los que ninguna jurisdiccion tienen sobre mí, hallándome en la firme resolucion de sufrir la muerte, por conservar la obediencia y la autoridad de la Iglesia católica, apostólica, romana.



con motivo de la conspiracion de Babington, hicieron las revelaciones que les sugirió el miedo de la muerte, se presentó ante su enemiga, digna con su humildad, fuerte con su resignacion, santificada con la declaracion que hacia de su inocencia, en los momentos supremos de abandonar la vida.

El 19 de Diciembre de 1586 escribió á Isabel la carta que sigue, y que es digna de trasmitirse al conocimiento de cuantos deseen tener noticia de estos pormenores históricos.

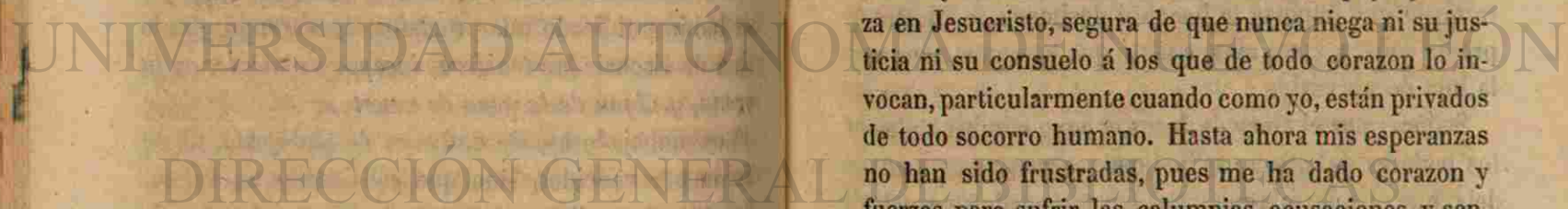


LA REINA DE ESCOCIA Á LA REINA ISABEL.

Fotheringay, Diciembre 19 de 1586.

SEÑORA: Con mucha dificultad he obtenido permiso de los que me custodian, para dirigirme á vos, de ciros todo lo que siente mi corazon y procurar al mismo tiempo, que aquellos con quienes me ligan los lazos de la sangre, estén persuadidos de que jamas he cometido ninguna ofensa contra ellos, ni acto alguno de mala voluntad. Deseo tambien daros á conocer, que lejos de que yo haya atentado contra vos, he procurado siempre la conservacion de vuestra vida y la paz y quietud de esta isla.

Estoy resuelta á buscar únicamente apoyo y fuerza en Jesucristo, segura de que nunca niega ni su justicia ni su consuelo á los que de todo corazon lo invocan, particularmente cuando como yo, están privados de todo socorro humano. Hasta ahora mis esperanzas no han sido frustradas, pues me ha dado corazon y fuerzas para sufrir las calumnias, acusaciones y sentencia de los que ninguna jurisdiccion tienen sobre mí, hallándome en la firme resolucion de sufrir la muerte, por conservar la obediencia y la autoridad de la Iglesia católica, apostólica, romana.



Desde que por orden vuestra, pusieron en mi conocimiento la sentencia confirmada en la última sesión del parlamento, Lord Buckhurst y Beale me han aconsejado que me prepare para el fin de mi larga y fastidiosa peregrinación.

Sir Amays Paulet me informó, aunque falsamente, que habíais tenido la bondad de ordenar que se me dejase á mi capellan, y se me restituyese el dinero que me habian quitado. Os doy sinceramente las gracias por todo esto, y os suplico como última petición que tendré que haceros, y que por muchas razones á vos sola quiero dirigirla, que me concedais este favor, que no deseo merecer á ninguna otra persona, convencida, como estoy, de que los puritanos en quienes, como Dios sabe, reside hoy la primera autoridad, son mis mas crueles y encarnizados enemigos. A nadie acuso, y antes por el contrario, deseo yo perdonarlos á todos con un corazón sincero, como deseo, que todos, y Dios el primero, me concedan su perdón; pero conozco que vos, mejor que cualquiera otra, debe sentir en su corazón lo que importa la honra ó deshonor de vuestra propia sangre, tanto mas, cuanto que sois una reina y la hija de un rey.

Señora: por el amor de Jesus, á cuyo nombre todos los poderes de la tierra se inclinan, os ruego que mandéis, que cuando mis enemigos hayan saciado su crueldad en mi inocente sangre, se permita á mis pobres y desconsolados sirvientes, que puedan conducir mi cuerpo y sepultarlo en un lugar sagrado, con las otras reinas de Francia, mis predecesoras, y especialmente

junto de la última reina mi madre. Os hago esta recomendación, porque recuerdo que en Escocia los cadáveres de los reyes han sido ultrajados, y las iglesias profanadas y abolidas, porque supongo que en este país no se me concederá un lugar entre los monarcas, vuestros antecesores, que á la vez son tambien los míos, y porque de acuerdo con las creencias de mi religion, deseo ser sepultada en un lugar santo.

Ya que, segun se me ha dicho, no se trata de torturar mi conciencia, ni de hacerme prescindir de mi religion, y se me ha concedido un sacerdote, tampoco me negueis la última súplica que os hago, de que cuando mi alma esté separada, concedais á mi cuerpo una libre sepultura, ya que cuando estuvieron unidos nunca pudieron obtener su libertad, ni vivir en un reposo tal como vos lo procurais para vos misma. Dios puede hablar por mí, y Él os hará conocer la verdad despues de mi muerte.

A causa de que temo mucho la crueldad y tiranía de las gentes en cuyas manos me habeis abandonado, os conjuro á que no permitais que se lleve á efecto la ejecución sin vuestro conocimiento, no por miedo de los tormentos que estoy dispuesta á sufrir, sino á causa de los siniestros rumores que pueden esparcirse, si se me hace morir sin otros testigos que mis verdugos.¹ Deseo, pues, que mis criados asistan á mi último fin, y den fe de que muero en el seno de la Iglesia y en

¹ María con mucha razón tenía temor de que muriendo secretamente, se hiciera correr despues la voz de que se habia suicidado, en cuyo caso se veria privada de la sepultura, conforme á los ritos de la Iglesia católica romana.

obediencia de mi Salvador. Despues que todo haya pasado, pueden reunirse, y dar modo de trasladar mi pobre cuerpo tan secreta y prontamente como os agrade, sin tomar ninguno de mis bienes, excepto lo que yo les deje á la hora de morir..... que será bien poco, para premiar tan largos y buenos servicios.

Tan pronto como sea de vuestro agrado, os enviaré, con mis últimas palabras, una joya que recibí de vos en mejores tiempos.¹

Todavía tengo que suplicaros de nuevo, que me permitais que con la bendicion de una moribunda, envíe yo una joya á mi hijo, que ha estado privado hace tanto tiempo de mis cuidados y de mi bendicion maternal.

Creo que sabeis que en vuestro nombre me han quitado mi sillón y mi dosel; pero despues he sabido que no ha sido por vuestro mandato, sino por instigacion de algunos de vuestros consejeros íntimos. Doy gracias á Dios por que tal acto de malevolencia no haya venido de vos, y antes bien se ponga de manifiesto la intencion dañada que han tenido de aflijirme. Dejo de escribiros algunas otras cosas por este estilo que han hecho conmigo; y baste deciros que han ejecutado cuanto ha estado en su arbitrio para degradarme y humillarme, diciéndome que ya era una mujer muerta, incapaz de ninguna dignidad. ¡Gracias á Dios por todo!

Deseo que todos mis papeles, sin reserva alguna, os

¹ Era probablemente un anillo de diamantes, que como una prenda de amistad, le envió Isabel á la reina de Escocia á los pocos dias de haber desembarcado. Era, dice Melville, una costumbre inglesa regalar un diamante, el cual se devolvía en tiempos de desgracia ó cuando terminaba la amistad.—Nota de A. S.

sean entregados, y entonces vereis de manifiesto que el cuidado de vuestra seguridad no estaba realmente confiado á los que han estado tan solícitos para perseguirme. Os ruego que sobre esto deis vuestras órdenes, pues de otra manera, lejos de entregarlos todos escogerán los que les agrade.

Para concluir, ruego al Todopoderoso, recto y justo Juez, que os conceda su gracia, os ilumine con su santo espíritu, me dé la gracia bastante de morir con perfecta caridad, como estoy dispuesta á hacerlo, perdonando á todos los que han causado ó cooperado á mi muerte. Tal será la plegaria en mi último fin, el cual pienso será la señal de persecuciones, porque preveo venganzas en esta isla, donde ni se adora ni se reverencia á Dios, y en donde la política y la vanidad lo gobiernan todo.... Repito, que á nadie acuso ni á nadie señalo particularmente; con todo, al tiempo de dejar este mundo, y prepararme para partir á otro mejor, deseo recordaros que un día sereis llamada á dar cuenta del cargo que ejercéis y de la conducta de todos los que están á vuestras órdenes, y seguramente entonces se hará un recuerdo de mi sangre y de mi patria. Desde el momento que tenemos la suficiente razon para comprender nuestras obligaciones, tenemos necesidad de inclinar nuestro entendimiento á ejecutar las cosas de este mundo, de manera que nos den su resultado en la eternidad!

Vuestra hermana y prima, presa injustamente,

MARÍA, REINA.

El conde de Leicester, que segun vimos, ofreció sus buenos servicios al embajador de Francia despues de una opípara comida, escribía al secretario Walsingan, en una carta que original se encuentra en el museo británico:

« Hay una carta de la reina de Escocia, que ha hecho derramar lágrimas á la reina Isabel: *no creo que las volverá á derramar; pero con todo, cualquiera dilacion será muy peligrosa.* »

Con efecto, la reina Isabel no volvió á derramar mas lágrimas, ni permitió que asistiese á María Mr. De Preau, que era su capellan católico, ni seguramente se acordó mas que de recoger todos los papeles. En cuanto al entierro, se cumplió la voluntad de María, mas allá de lo que deseaba, como veremos mas adelante.

X

EL 7 de Febrero de 1557, el conde de Kent y el conde de Shrewsbury, acompañados del sheriff ó juez del condado, pasaron al castillo de Fotheringay á intimar á la reina de Escocia su sentencia de muerte.

Como cosa de las nueve de la noche entró Lord Beale á las habitaciones que ocupaba la prisionera, y encontrando á una de sus camaristas, le preguntó si la reina se disponía á acostarse.

—Creo que sí, contestó la doncella, porque su majestad se ha quitado ya la manteleta.

Entonces entró la camarista, y advirtió que Lord Beale estaba en la antesala y deseaba hablarle.

La reina, que efectivamente se iba á acostar, volvió á ponerse la manteleta y mandó que abriesen la puerta y que Lord Beale entrase.

—Señora, le dijo, soy portador de malas noticias; pero siendo un fiel servidor, debo deciros de parte de la reina de Inglaterra, que os prepareis para sufrir la ejecucion de la sentencia de muerte que hace pocos dias se dió contra vos.

—A qué horas? preguntó la reina.

—Mañana á las diez, respondió Lord Beale.

La reina, sin dar muestras de miedo, y con una voz firme y entera, prosiguió:

—Gracias á Dios, que ha tenido la bondad de poner término á los padecimientos que hace diez y nueve años sufro por la injusticia de mi hermana la reina de Inglaterra, sin haberle hecho jamas, como Dios es testigo, ningun mal! Pronto voy á entregar mi alma inocente en manos de Dios, y Él verá que me presento con un corazon puro y una conciencia limpia de todos los crímenes que se me imputan.

La reina siguió, con la elocuencia propia de su situacion, hablando con el Lord Beale, hasta que las doncellas de su servidumbre, entre las cuales, todavía hermosa, fiel y paciente aparece María Seaton, escucharon tan funestas noticias, y prorumpieron en amargas lágrimas. La reina, lejos de llorar, con una voz siempre entera, aunque algo conmovida, las exhortó á la paciencia de que Jesucristo, para nuestra enseñanza, dió tantas pruebas en su pasion: les rogó que tuvieran valor para acompañarla en sus últimos momentos, y que no dejasen de rogar á Dios por ella despues de su muerte.

Suplicó que se le permitiese al capellan entrar un

momento. En vez del capellan católico, le introdujeron un pastor protestante. La reina no quiso hablar ni una palabra con él, lo despidió y entró á su gabinete.

Su testamento lo escribió de su propia mano. Dejaba ordenado el pago de diversas deudas, y el resto distribuido en pequeños legados á los que durante su desgracia la habian servido bien. Este documento por sí solo revela el agradecimiento y la exactitud de una persona, que aun en los momentos extremos de congoja, no olvidaba ni los mas insignificantes pormenores. Generalmente se nota esta escrupulosidad en los detalles, en los testamentos de Isabel la católica, de Cortés, de Napoleon y de otros personajes históricos.

La reina, sin embargo, se creía mas rica de lo que en sí era: real y positivamente no tenia que testar sino muy poca cosa, tanto que el parlamento de Paris, á petición del duque de Guisa, tuvo que dar un decreto ordenando que todos los acreedores y legatarios de la reina se reuniesen para nombrar dos comisionados para la ejecucion del testamento, porque solo existian algunos fondos en poder de su tesorero, una casa de poco valor en Fontainebleau, y lo demas enredado en procesos y litigios difíciles é interminables.

Fatigada la reina de escribir, se recostó en su lecho y logró conciliar algunas horas de sueño: despues se levantó y se dirigió á su oratorio, donde permaneció rezando hasta que amaneció. En seguida salió á la antecámara, y allí se encontró con sus doncellas y servidores.

—Amigos míos, les dijo, me da un profundo pesar

el poseer tan poco, porque no puedo recompensaros como quisiera, y como merecen los fieles y eficaces servicios que me habeis prestado en mi desgracia. Una sola cosa puedo hacer, y es, añadir una cláusula á mi testamento, ordenando á mi hijo el rey de Escocia que cumpla con los deberes que yo no puedo ahora cumplir, y que os deje contentos despues de mi muerte: le escribiré además sobre esto y sobre algunas otras cosas que particularmente quiero decirle.

Volvió entonces á entrar á su gabinete, y escribió mas de dos horas. Cuando estaba ya á punto de concluir la carta para su hijo, Sir Amyas Paulet y Lord Beale le tocaron la puerta, para advertirla que ya habia llegado el momento de caminar al suplicio. Les rogó que le otorgaran media hora mas para concluir lo que estaba escribiendo. Habiendo accedido á esta petición, la reina volvió á entrar á concluir su carta para Jacobo VI, mientras que Lord Beale y Paulet, escrupulosos al extremo, ó degradados como hoy los llamariamos, no quisieron separarse de la antecámara, y esperaron de pié que saliese su víctima.

Cuando la reina salió, y observó que no se habian movido de su puesto los dos servidores de Isabel, les dijo:

—Si es ahora cuando debo morir, decidmelo, porque estoy ya preparada para ello con toda la resignación necesaria que Dios ha servido concederme; pero al mismo tiempo decid á la reina Isabel, mi hermana, que los que han dado contra mí una sentencia tan inicua, que no tiene ejemplo en ninguna monarquía de

la cristiandad, deberán sufrir durante su vida los remordimientos de la conciencia, y dar despues de su muerte una estrecha cuenta á Dios de la sangre inocente que han derramado.

Rogóles en seguida que dejaran acercarse á dos de sus doncellas que estaban á lo lejos aterrorizadas y llorosas, y apoyándose en ellas salió de sus habitaciones.

En el patio principal del castillo habian levantado un alto patíbulo, al cual se subia por cuatro ó cinco gradas ó escalones cubiertos con terciopelo negro.

La reina de Escocia tenia el dia de su ejecución cosa de cuarenta y cinco años, y aunque su salud habia padecido en los últimos tiempos de su prision, los baños que le permitieron tomar en Buxton, la hicieron recobrar su frescura. «La reina, dice uno de los que presenciaron y escribieron la relacion de sus últimos momentos, era de una alta estatura, de hombros anchos y blancos, de fisonomía franca, de abundante cabello y de expresivos y negros ojos.»

Ni en los últimos momentos de su vida desmintió el esmero y cuidado que habia tenido en el tocado. Vestia un traje negro de seda, guarnecido con botones tejidos con perlas: unas mangas cortas, tambien negras, servian de fondo á otras mas anchas, que, lo mismo que el corpiño, eran de terciopelo carmesí. De sus hombros pendia un luengo manto de lana negro con la orla bordada y adornada con encage. Su abundante cabello lo tenia recogido con un peinado de encage y una cadena de oro. Su calzado era de fino taflete español, y sus medias bordadas de oro y de plata. De su cue-

llo pendia un relicario con un *Agnus Dei*, y en la mano tenia un Crucifijo.

Cuando la reina bajó al patio, habia una multitud de personas del pueblo, que se habian reunido para presenciar la ejecucion, y escuchar sus últimas palabras.

Con mucha firmeza subió las gradas del patíbulo, se arrodilló, juntó sus manos, y levantó sus ojos al cielo.

Un profundo silencio reinó entre los espectadores.

« Mi Dios, mi Padre, mi Criador, dijo la reina con voz fervorosa; y Tú, su Hijo único Jesucristo, Señor y Redentor mio, que eres la esperanza de los que viven, y el consuelo de los que mueren en tu fe. Desde que ordenaste que mi alma fuese separada de mi cuerpo mortal, te supliqué humildemente que tu bondad y clemencia no me abandonase en este trance supremo, sino antes bien, me asistieses con tu santa gracia, perdonándome todas las faltas que he cometido contra tus santos mandamientos, ya que por bondad me hiciste reina consagrada y participante de tu santa Iglesia. Nunca he creído que esta grandeza pudiera servirme para disminuir las faltas cometidas contra tí, porque todos los mortales somos iguales ante tus rigurosos juicios, muy diferentes por ciertos de aquellos que nacen del corazon y del entendimiento de los hombres. Sirva de ejemplo la sentencia que la envidia, la miseria y la ambicion han sugerido á la reina de Inglaterra, que tenia hace muchos años meditada mi sangrienta muerte. No ignoro, Dios mio, y antes bien francamente confieso, que yo me he separado mucho del recto camino que marcan tus preceptos; y por todas las faltas, cuales-

quiera que sean, que yo haya cometido, te suplico humildemente, Dios mio, que me perdones y me des toda la bondad de corazon que necesito para perdonar á los que me han ofendido, y me han condenado por una sentencia inicua á sufrir tan cruel muerte. Permite, mi Dios, que para mi justificacion, y sin ofender tu clemencia, diga en pocas palabras, á los que asisten á este momento supremo en que voy á entregarte mi alma, que protesto ante esta monarquía y ante la cristiandad toda, que nunca he conspirado, ni autorizado, ni aun aconsejado ninguna conspiracion que tuviese por objeto turbar la paz del reino ú ocasionar la muerte de nadie, ni hacer daño alguno á los que me han tratado con tanta inhumanidad y han dado en mi contra tan cruel sentencia. Es verdad que he procurado con mis hermanos los católicos, de este y de otros reinos, concertar el modo de recobrar mi libertad, y salir de las miserables prisiones donde me han tenido, pero esto sin ofender en lo mas leve á tu Majestad Divina, ni turbar la paz de este reino; y si esta confesion que hago, no fuese la verdadera que me dicta mi corazon, deseo que mi alma pueda ser privada perpétuamente de la participacion de tu gracia y de los frutos de la pasion y muerte de Jesucristo mi Señor y tu Hijo querido; y siendo como soy, inocente de toda traicion, remito mis otros pecados á tu santa y divina justicia; invocando á la Santa Virgen María y á todos los ángeles y bienaventurados, que están en el Paríso, para que intercedan por mí, y pueda ser participante y reunirme con ellos para siempre en tu gloria celestial.»

Concluida esta oracion, que hizo derramar lágrimas á muchos del pueblo, que con justicia pensaban que no podia ser criminal una reina que así se expresaba, en los momentos de morir, se levantó y se dispuso para la muerte.

El Dr. Fletcher, dean protestante de la catedral de Peterborough, no quiso perder la ocacion de ganar un alma, y se acercó á la víctima, y despues de un discurso un poco ampollado, como lo acostumbraban los protestantes de aquel tiempo, le dijo que pensara en tres cosas. Primera, en su estado pasado y en la gloria transitoria de la tierra; segunda, en la condicion presente en que estaba cercana á morir; tercera, en el estado en que debia morir, y del cual dependia su dicha ó su infelicidad eterna.

La reina, tres ó cuatro veces, pues el dean no queria separarse de su lado, le dijo:

—Os suplico, señor dean, que no os molesteis ni me molesteis á mí: habiendo nacido en la religion católica apostólica romana, quiero morir en ella, y no debo, por tanto, escuchar vuestras exhortaciones.

El dean no se dió por vencido, hasta que la reina tuvo que suplicar á los lores que lo quitaran de su lado.

Despues del dean siguió el verdugo. En las comedias, en los dramas, siempre se pinta al verdugo con los mas negros coloridos; pues bien, nada es capaz de igualar al original en ferocidad, en avaricia y en una brutalidad no comun ni en las fieras. Los verdugos de María, dicen las crónicas y papeles recogidos por el príncipe Labanoff, y que nos han servido de guía en

esta lúgubre narracion, eran dos, y estaban vestidos de terciopelo negro. Luego que acabó la reina su oracion, se arrodillaron delante de ella para pedirle perdon de su muerte.

—Os perdono con todo mi corazon, respondió María, porque espero con la muerte el fin de todas mis penas.

Las dos doncellas comenzaron entonces á desnudar á la reina; pero los verdugos, á pesar de haber pedido perdon á la soberana, hicieron á un lado á las damas, y quisieron hacerlo ellos mismos: uno le arrancó del cuello el relicario que contenia el *Agnus Dei*, y dijo que lo queria para regalárselo á una de sus mujeres: el otro le tiró tan violentamente de las mangas para sacarle el vestido, que poco faltó para que la dejara desnuda delante de los espectadores.

La reina, sin perder su dignidad, y sonriendo tristemente, se volvió á sus damas, y les dijo:

—Nunca habia pensado tener tales camaristas, ni desnudarme delante de tal concurrencia.

Los verdugos no hicieron gran caso de esto, y arrancaron por fin el manto y el corpiño de la reina, dejando desnudos su pecho y sus blancos hombros. Le quitaron tambien el peinado y la cadena que lo sujetaba, y sus cabellos cayeron á velar por un momento unas formas todavía redondas, bellas y peregrinas. Las doncellas, al contemplar tanto ultraje no pudieron contenerse y exhalaban amargos sollozos.

—No lloreis, hijas mias, que yo he rogado ya por vosotras.

Diciendo esto les besó las mejillas, las abrazó, lo

mismo que á sus demas sirvientes, y todos se retiraron de la plataforma del patíbulo, dejándola sola con los verdugos.

La reina se arrodilló resueltamente en el cojin, sin dar muestra alguna de miedo á la muerte, é inclinó la cabeza sobre el tronco.

Uno de los verdugos levantó el hacha y la dejó caer sobre el cuello de la reina, y la hirió sin matarla.

La reina se estremeció, y se quejó en voz baja; pero cruzó los brazos, reunió sus piernas como un acto de energía, y colocó de nuevo su cabeza en el madero. El otro verdugo levantó su hacha, y hasta los tres golpes no pudo separar del cuello la cabeza, que cayó en la plataforma.

El verdugo la tomó por los cabellos, y mostrándola al público, dijo en alta voz:

—*God save the Queen.* (Dios salve á la reina.)

El dean, que no quiso dejar de figurar ni de ser gratuito y religioso cómplice de este crimen, dijo:

—*Así perecen todos los enemigos de la reina.*

El conde de Kent se acercó entonces al cuerpo, y dijo en voz baja:

—*Este es el fin de todos los enemigos de la reina y del Evangelio.*

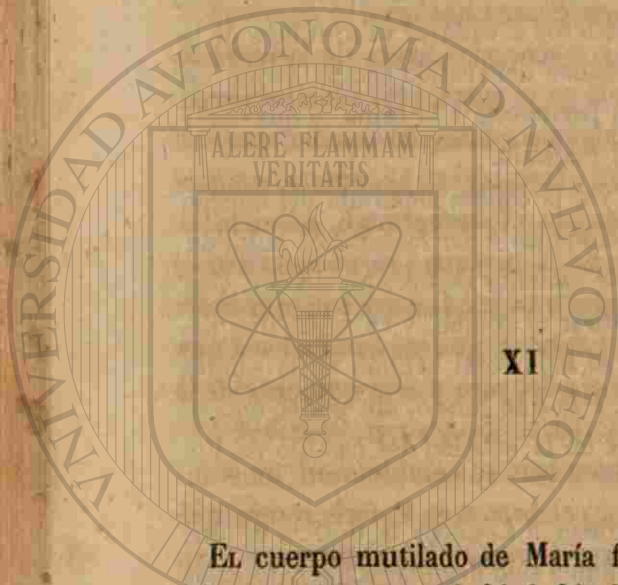
Las doncellas, transidas de terror y derramando abundantes lágrimas, subieron al patíbulo y cubrieron la cabeza sangrienta y desfigurada de María Estuardo con un velo negro.

Un incidente que ocurrió imprimió un carácter mas horroroso al espectáculo.

Uno de los verdugos, que con toda la impudencia de su profesion, y que parece que autorizaban las leyes ó las costumbres bárbaras de esa época, se acercó á quitarle los ataderos al cadáver ya mutilado de la reina: entre los pliegues del vestido estaba oculto un perro pequeño, que pertenecía á la reina, y que nadie había visto subir al patíbulo.

Apenas el perro vió la cabeza separada del cuerpo de su ama, cuando comenzó á dar lastimeros aullidos, y á lamer y acariciar aquellos restos sangrientos. Con trabajo pudieron retirar al animal, y tuvieron que llevarlo despues que se habia casi bañado en la sangre de su querida ama, á la que buscó, sin poder encontrar mucho despues en la soledad del castillo de Fotheringay.

Tan luego como llegó á Lóndres la noticia de que la reina de Escocia habia sido degollada, las campanas repicaron á vuelo, todos los edificios se iluminaron, y un pueblo numeroso acudió á los fuegos artificiales, que se quemaban en celebridad de la muerte de María, de la enemiga de Dios, de la infame traidora, que habia, durante tantos años, amenazado la vida de la grande y augusta Isabel de Inglaterra.



El cuerpo mutilado de María fué conducido á la misma recámara que habia habitado, y á la misma cama en que habia dormido. Allí los médicos lo embalsamaron y lo depositaron en un ataud de plomo, y ese ataud de plomo lo colocaron en otro de madera fina y aromática.

El 30 de Julio de 1587 un ruido extraño que se oyó en la parte de afuera del castillo, turbó el duelo silencioso que hacian en las solitarias habitaciones los pobres sirvientes y doncellas que habian amado en vida á la reina, y que la lloraban muerta de una manera tan sangrienta.

Un carro, tirado por cuatro caballos, revestido de terciopelo negro y adornado con banderolas, donde se

hallaban bordadas las armas de Escocia y las de la casa de Anjou, se presentó á la puerta. A poco llegó el rey de armas, seguido de veinte caballeros enlutados, y despues algunas otras personas mas.

A las nueve de la noche el cadáver de la reina de Escocia fué colocado en el carro, y la fúnebre procesion, precedida de algunas gentes del pueblo, que con antorchas en la mano alumbraban el camino, salió de Fotheringay, y se dirigió á Peterborough, á donde llegó cosa de las dos de la mañana. El obispo, con el dean y canónigos, abrieron la iglesia, y salieron hasta la puerta á recibir el cadáver, que fué conducido á una sepultura hecha debajo del coro y á la izquierda de la tumba de la reina Catarina de Aragon.

El hines los preparativos se completaron, unos funerales magníficos se celebraron en Peterborough, que concluyeron, como era de costumbre entonces, por un banquete á [que asistieron por orden de Isabel las personas mas notables de Inglaterra.

Diez y seis años despues murió Isabel, y la sucedió en el trono Jacobo VI de Escocia, hijo de María Estuardo, el que mandó trasladar á Westminster el cadáver de su madre, y demoler el castillo de Fotheringay.

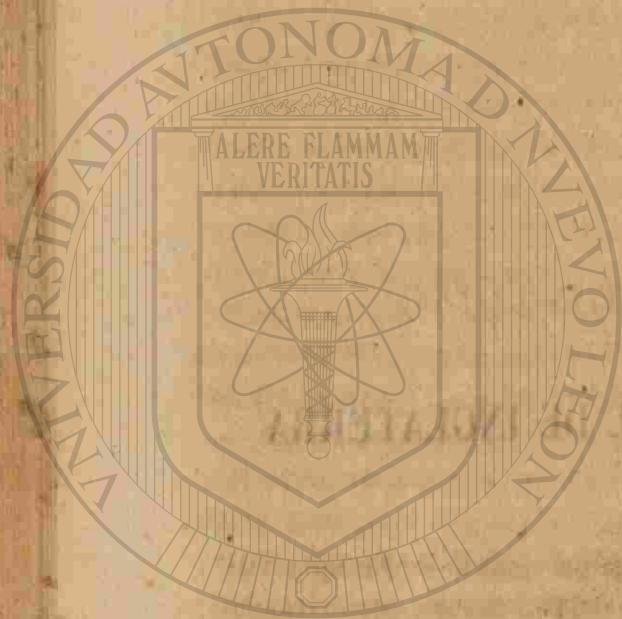
México, 1860.



ISABEL DE INGLATERRA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ISABEL DE INGLATERRA.

El año treinta y uno del reinado de Enrique VIII se publicó un estatuto del parlamento, que arreglaba la sucesión del trono de Inglaterra. En consecuencia, luego que acaeció la muerte de este monarca en 1547, Hersfotrd se hizo protector y duque de Somerset, y Eduardo VI fué proclamado rey. Eduardo reinó hasta el año de 1553 en que murió, sucediéndole de pronto Juana Gray, que fué proclamada reina; mas á poco los derechos de Lady María fueron reconocidos, y en efecto ocupó el trono. Esta es la célebre María Tudor, que restableció el catolicismo y condujo despues á Juana Gray y á su marido al suplicio. María murió á los cinco años, y el de 1558 subió al trono Isabel, hija segunda de Enrique VIII y de Ana Bolena. Su elevacion

fué vista con un regocijo infinito de parte de los protestantes, á la vez que los católicos ó papistas presintieron su ruína y total esterminio. En efecto, uno de los primeros actos de la soberana fué restablecer el culto anglicano, acaso mas bien porque esto le granjeaba popularidad, que no por las convicciones de su corazon, pues aunque el clero bajo se opuso fuertemente á estas medidas, como multitud de nobles y barones profesaban las nuevas doctrinas, quedaron irrevocablemente establecidas. Arreglado ya este asunto, Isabel se dedicó con una política y un talento admirables á mejorar todos los ramos del Estado; y la marina, la milicia y el comercio que habia comenzado sus empresas atrevidas desde el tiempo de la reina María, recibieron considerables aumentos. El reinado de Isabel es sin duda uno de los mas gloriosos que ha tenido la Inglaterra, pues se elevó á un grado de esplendor tan grande, que todos los esfuerzos de la España, entonces poderosísima, no bastaron para intimidarla. Isabel, sin duda como mujer de talento, de una fina política y de un exquisito tacto para los negocios públicos, es sin duda admirable; mas juzgando su carácter como mujer privada, aparece violenta, orgullosa, presumida al extremo, de su hermosura, aun en los dias de su vejez, y obrando siempre mas bien como un tirano con sus enemigos y rivales, que no con el corazon y el alma bondadosa de una reina. La cabeza de Isabel era excelente, el corazon era malo.

Cuando Isabel subió al trono tenia poco mas de veinticinco años, y su rostro, si no era lo que puede lla-

marse hermoso, sí tenia un atractivo y un encanto irresistible, que realzaba con el lujo y esplendor de sus adornos y vestidos. Sus ojos no eran muy grandes ni rasgados, pero estremadamente negros y de una viveza extraordinaria; sus carrillos mórbidos y frescos, y su sonrisa entre altanera y maliciosa. Añádase á esto un elegante peinado lleno de perlas y piedras preciosas un cuello y pecho hermosos, descubiertos enteramente, y una talla verdaderamente de reina, y tendremos una idea de lo que era en los primeros dias de su poder la soberana de Inglaterra, amada hasta la idolatría por los anglicanos, temida por sus enemigos, y respetada hasta cierto grado por los papistas. Su carácter, enérgico y terrible algunas veces como el de su padre, afable y cortesano otras, le habian proporcionado guardar esta posicion en medio de un pueblo tambien altanero y caprichoso, y dividido por los cismas religiosos y por el fanatismo político.

La fama de la belleza y talento de Isabel no se cerraba solamente en las islas británicas, sino que volaba por los mas poderosos reinos del extranjero. Los monarcas, condes, duques y nobles, se enamoraron perdidamente de la reina Isabel. Felipe II fué el primero que formalmente la pidió en matrimonio por medio de su embajador el duque de Frias; y nótese esta circunstancia: el rey inquisidor queria por mujer á la enemiga del Papa y del culto católico. Isabel, por estas y otras consideraciones rehusó tal enlace, y envió al monarca español una respuesta evasiva, aunque demasiado política. Isabel se manifestó algo enamorada de Fe-

lipo II, pues siempre hablaba de él en términos lisonjeros, é hizo colocar su retrato en su propia recámara.

Cárlos de Austria, primo de Felipe II é hijo de Fernando emperador de Alemania, fué el segundo novio; jóven, bien parecido y lleno de amabilidad, lisongeó la vanidad de Isabel; pero la diferencia de religion opuso un obstáculo invencible, y Cárlos prescindió de este enlace y se dirigió á María Estuard, viuda de Francisco II; mas tambien este enlace se desbarató, sin que se haya encontrado un motivo ostensible.

Mientras el príncipe austriaco estaba ocupado en enamorar á Isabel, llegó á Inglaterra Juan, duque de Finlandia, á solicitar la mano de la reina para su hermano Enrico, rey de Suecia.

Casi al mismo tiempo llegó tambien otro novio. Era Adolfo, duque de Holstein, enviado y protegido por el rey de Dinamarca. Adolfo era de esos tipos encantadores del Norte, de esos hombres perfectos y lindos como el Apolo de Belvedere. Adolfo, además, era soldado y conquistador. Isabel se enamoró de él, lo hizo caballero de la Jarretiera y le concedió una pensión vitalicia; sin embargo, no se decidió la reina á casarse; pero sí fué, en concepto de sus contemporáneos, feliz y muy feliz con su amante del Norte.

Si tantos príncipes venian de lejos tierras á enamorar á Isabel, debe pensarse que entre sus propios súbditos contaba innumerables apasionados. El conde de Arran la amaba con delirio, y aun le sacrificaba sus creencias religiosas. Los condes de Morton, Glercain y Mutilan hablaron á Isabel de este matrimonio, á lo que

contestó que le agradaba infinito la vida de virginidad que habia llevado: que el matrimonio le parecia una carga muy pesada, y que por otra parte queria consagrarse enteramente al cuidado de sus súbditos. Luego que el conde de Arran supo esta negativa, cayó en una melancolia profunda, y á pocos dias se volvió loco.

Sir William Pickering, con mas talento y mas retentiva que el pobre de Arran, se insinuó en los favores de la reina. Era bien parecido, tenia mucha viveza y gracia para hablar, y estas circunstancias le hicieron el no ser muy desgraciado. Isabel lo olvidó á poco tiempo. A este amante sucedió con menos éxito el conde de Arundel. Si Arran se volvió loco, Arundel disipó toda su fortuna en saraos y convites, y trenes, y lujo, y boato, y gastos mil que lo redujeron á la pobreza; y ya incapaz de servirle á la reina, ni para sus planes políticos ni para sus entretenimientos personales, lo despidió de su presencia, no solo con frialdad, sino con dureza, segun asienta el muy juicioso doctor Lingard.

Todos estos amantes, los unos ricos, los otros con una corona en la sien, los unos bellos y jóvenes, los otros poderosos y magníficos, apenas habian dejado una huella en el corazon de la reina. Enrique VIII tuvo seis mujeres, su hija Isabel era mas avara en materias de amor, como se ha podido ver por lo que va referido. Las ilusiones de Isabel se desvanecian pronto, y entonces, alegrándose de no haber contraído un enlace, deseaba un amor, pero de esos amores grandes y verídicos de que tienen necesidad no solo las reinas, sino hasta las pobrecitas zagalas del campo.

Roberto Dudley, hermano del duque de Northumberland, proscripto por conspirador contra la reina María, y aun contra la misma Isabel, se reconcilió con su soberana, y con una humildad y una mónica sin ejemplo, se inició en su favor. Fué nombrado primeramente caballerizo mayor, y de repente, con asombro universal, fué creado caballero de la Jarretiera y conde de Leicester. Dudley era casado con Amy Robsard, á la cual prohibió se presentase en la corte, y la confinó á una residencia, solitaria en el castillo de Cumnor, donde súbitamente murió de una caída. El público calificó esto de un asesinato. Este suceso dió á Walter-Scott asunto para su preciosa novela titulada el Castillo de Kennilworth, donde con tanta maestría dibuja el carácter de la reina y del favorito, y nos presenta á la pobre Amy, pura, inocente, llena de virtudes, y víctima de un marido ambicioso y de una soberana llena de celo y de orgullo. Isabel amó apasionadamente á Leicester¹, abandonó la vergüenza y decoro, y vivió con él casi de una manera escandalosa.

Leicester, despues de mucho tiempo de privanza, cayó de la gracia de la reina por haber intentado casar al duque de Foxfolk con María Stuard.

El conde de Essex lo reemplazó, y tuvo el fin trágico de que su reina y querida lo enviara al cadalso.

María Estuard tenía derechos al trono de Inglaterra

¹ María Stuardo, refiriéndose á lo que le decia Lady Shrewsbury escribió á Isabel: «qu' un auquel elle disoit que vous aviez fait promesse de mariage devant une dame de votre chambre avoit couché infinis fois avecques vous avec toute la licence et privaulte qui se peut user entre mari et femme.» (Lingard. hist. de Ingl.)

como hija de Margarita Tudor, y tuvo la desgracia de pretender hacerlos valer en Francia. María Estuard era una de esas hermosuras divinas que pueden llamarse muy bien la maravilla de una época; María Stuard además era católica. Estas tres circunstancias le granearon el odio de su prima Isabel. La reina de Escocia era su rival en poder, en hermosura y en creencias; así fué que Isabel la persiguió como reina, como mujer y como religionaria. Fué una larga lucha que duró veinte años, y en que salió vencida María, para que se cumpliera tambien en ella la fatalidad que habia pesado sobre toda la infeliz raza de los Estuardos. Diez y nueve años tuvo Isabel prisionera á María, conduciéndola de castillo en castillo, vigilándola y poniéndola bajo la tutela de sus mas crueles enemigos; diez y nueve años, en los cuales un momento no dejó de soplar el demonio de la envidia en el corazón de la reina de los ingleses. Cuantas glorias, cuanto esplendor circundó su reinado, no han sido bastantes para borrar esta mancha vergonzosa. ¿Una mujer constituirse en verdugo de otra? ¿Una reina poderosa martirizar durante diez y nueve años á una reina desgraciada? Esto no tiene ni tendrá ejemplo en la historia. María Estuard cometió en verdad sus faltas; pero estas quedaron purificadas con su largo y doloroso martirio. Las faltas de Isabel se realzan mas con esta prueba inaudita de crueldad, digna solo de uno de los bárbaros emperadores romanos.

Los últimos dias de Isabel fueron horribles, eran los gritos de su conciencia, eran los recuerdos de sus

placeres, era el sentimiento de haber perdido su belleza, era la perspectiva de un fin próximo; eran por fin, todos los sufrimientos morales que puedan imaginarse, los que asaltándola en tropel, la hacían caer en una melancolía profunda, que terminaba después con arrebatos de cólera, y desahogaba prodigando los mas crueles denuestos, y las mas graves injurias á los que la rodeaban.

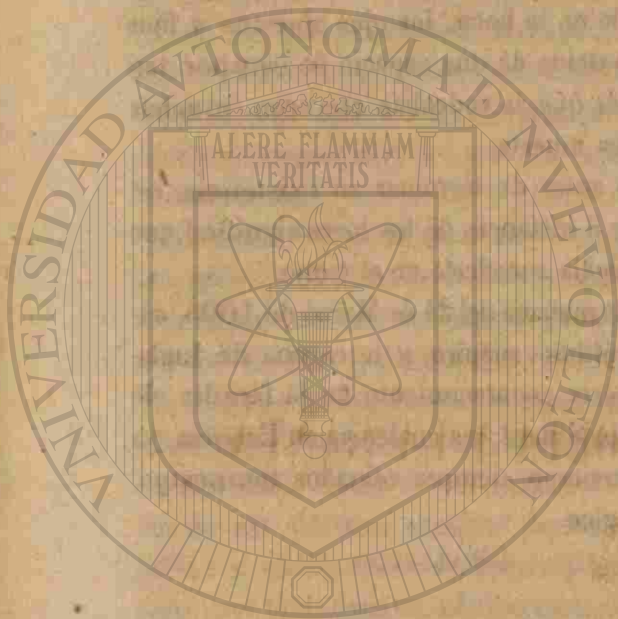
En estos ratos veía pasar unos tras otros á todos los amantes que había tenido: los príncipes del Norte, rubios hermosos, con sus cuerpos gallardos, habían vuelto á sus nieblas y á sus hielos y olvidado para siempre á la belleza de Inglaterra; el conde de Arran, loco y miserable; Arundel, pobre y despreciado; Leicester envenenado; Essex en un patíbulo!!! y luego en medio de esa fúnebre comitiva de amantes, el cadáver pálido y aun hermoso de María, se levantaba enseñándole una línea roja de sangre en su cuello de nieve, y entreabriendo los labios para bendecir á Dios en sus últimos momentos y perdonar á su rival....

Un día del mes de Febrero de 1603, húmedo, sombrío y tempestuoso, en que Isabel estaba atormentada moralmente con estos pensamientos, y sufriendo á la vez unos terribles dolores reumáticos, abandonó el palacio de Westminster, y se dirigió á Richmond. Su indisposición se aumentó allí, á pesar de la cual rehusó obstinadamente tomar ninguna medicina ni alimento. A esto vino á reunirse la muerte de la condesa de Nottingham, su amiga íntima, la cual hizo que la reina pasase ocho dias llorando y suspirando, sin hablar

mas que de la muerte de Essex y de las pretensiones de Arabela Stuard. A cabo de los ocho dias mandó traer unos cojines, se echó en ellos y permaneció diez dias con el dedo en la boca, los ojos abiertos y fijos en la tierra, y poseída de una especie de estupor tan singular, que los que la rodeaban creyeron muchas veces que estaba muerta.

Un momento antes de terminar su existencia, recobró la razón, y á instancia de los lores significó que Jacobo Stuard debía sucederle en el trono.

A las tres de la mañana del 24 de Marzo de 1605, exhaló Isabel el último suspiro, y la corona de Inglaterra pasó por este acontecimiento de la familia de Tudor á la de los Stuard, los cuales ya en Escocia, ya en Inglaterra, tuvieron siempre reinados tempestuosos y un fin trágico.



EL POETA Y LA SANTA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

EL POETA Y LA SANTA.

NARRACION HISTORICA POR A. THIERRY.*

(Años de 520 á 580.)

NACIDO en las cercanías de Trevisa, y educado en Ravena, Fortunato había venido á la Gaula para cumplir un voto piadoso en la tumba de San Martin; mas como encontrase diversiones de todo género, no se apresuró mucho á terminar la devota peregrinacion. Después de haberla concluido en Tours continuó su paseo de ciudad en ciudad, siendo en todas partes acogido

* Este trozo que presentamos, traducido de las obras del inmortal autor de la « Conquista de Inglaterra por los normandos, » da una idea del fluido y agradable estilo del historiador, y presenta un curioso cuadro de las costumbres dulces y tranquilas, que la religion católica proporcionaba en medio de las escenas sangrientas que diariamente acaecian durante el dominio de los reyes francos y gaulos en la Francia. Los lectores encontrarán tanto agrado en leer esta narracion, que nos perdonarán bien el haberles dado tantas páginas traducidas, y se admirarán al reflexionar, que después de mil doscientos años que han trascurrido, desde la fundacion del monasterio de Poitiers, y al través de tantas modificaciones como ha recibido la civilizacion, las costumbres sencillas de los monasterios de religiosas son casi las mismas. Al leer la descripcion de la vida de las monjas de Poitiers, salvo algunas excepciones, se creeria que se hablaba de algun convento de México. Suplicamos á los suscritores lean esta narracion de historia, confiados en que no les disgustará.

—El T.

y apreciado por los hombres ricos y de alto rango que se la daban todavía de cortesanos y de elegantes. De Mayencia á Burdeos, y de Tolosa á Colonia, recorría la Gaula, visitando en su tránsito á los obispos, á los condes, y á los duques, ya fuesen de origen franco ó gaulo, y encontrando en la mayor parte de ellos, obsequiosos huéspedes, y verdaderos amigos.

Cuando los dejaba despues de una mansion mas ó menos larga, en su palacio episcopal, casa de campo ó castillo, los invitaba á seguir una correspondencia, y contestaba sus cartas con trozos de poesía elegiaca, donde consignaba los recuerdos ó incidentes de su viaje. Hablaba á cada uno de las bellezas naturales ó de los monumentos de su país, describía los sitios pintorescos, los rios, los bosques, la cultura de las campiñas, la riqueza de las iglesias, y la hermosura de las casas de campo. Estas pinturas algunas veces demasiado verídicas, y otras enfáticas y exageradas, estaban mezcladas de cumplimientos y adulaciones. El flexible talento del poeta ponderaba entre los señores francos, el aire de bondad, la hospitalidad, y la perfeccion en conversar en lengua latina; y entre los nobles galo-romanos, la habilidad política, la finura, la ciencia de los negocios y del derecho. Alelogio de la piedad de los obispos y de su celo por construir y consagrar nuevas iglesias, unia la alabanza de los trabajos administrativos dedicados á la prosperidad, ornato y seguridad de las ciudades. A uno lo elogiaba por haber restaurado un pórtico, unos baños, ú otro edificio antiguo de ese género; al otro por haber desviado el curso de un rio y

excavado canales, y á un tercero por haber edificado una ciudadela guarnecida de torres y de máquinas de guerra. Es menester confesar que todo esto estaba marcado con el signo de la extremada decadencia literaria, escrito en un estilo á la vez que ampolludo y desaliñado, lleno de incorrecciones y de frases pueriles; mas abstraccion hecha de esto, es demasiado interesante el contemplar que á la aparicion de Fortunato en la Gaula, destellase una última luz de vida intelectual, y que este extranjero fuese el lazo comun de los que en medio de un mundo que declinaba á la barbarie, conservaban aisladamente el amor á las letras y á los placeres del entendimiento. De todas sus amistades la mas viva y la mas durable fué la que lo ligó con una mujer, con Radegunda, una de las esposas del rey Clotario I, retirada entonces en Poitiers en un monasterio que ella fundó, y donde habia tomado el velo como simple religiosa.

En el año de 1529, Clotario, rey de Neustria,¹ se habia unido en clase de auxiliar de su hermano Teodorico, que marchaba contra los turingianos, pueblo de la confederacion sajona, vecino y enemigo de los francos de Austrasia. Los turingianos perdieron varias batallas; los mas valientes de sus guerreros fueron destrozados en las riberas del Unstrudt; su país destruido por el fuego y el acero, fué hecho tributario de los francos, y los reyes vencedores se repartieron

¹ La Francia, bajo la dominacion de los bárbaros, se dividió en cuatro porciones: cada una de las cuales fué dada en patrimonio á los hijos de Chlothar. Una de estas partes, ó por mejor decir, el mediodía de la Francia se llamaba Neustria. — El T.

por mitad el botín y los prisioneros. En la parte que tocó al rey de Neustria, fueron incluso dos muchachos de raza real, el hijo y la hija de Berther, antepenúltimo rey de los turingianos. La muchacha (era Radegunda), tenía apenas ocho años; mas, su gracia y su temprana hermosura produjeron tal impresión en el alma sensual del príncipe franco, que resolvió educarla á sus expensas, para que llegado el día fuese una de sus mujeres.

Radegunda fué educada con esmero en una de las casas reales de Neustria, situada en el dominio de Aties sobre la *Somme*. Por un capricho de su señor y esposo futuro, digno de alabanza, recibió, no la simple educación que se daba á las muchachas de raza germánica, que consistía en hilar y seguir la caza á galope, sino la refinada crianza de las señoritas de origen gaulo. Además de los elegantes trabajos de una mujer civilizada, se le hizo emprender el estudio de las letras romanas, la lectura de los poetas profanos y de los escritores eclesiásticos. Sea que su inteligencia estuviese dispuesta á recibir las impresiones delicadas: sea que el recuerdo de su país y de su familia, y las escenas de la vida bárbara que había presenciado, la predispusiesen á la tristeza, ó sea en fin, que los libros le abriesen un mundo ideal mejor que el que le rodeaba, el caso es, que se entregó apasionadamente á la lectura. Cuando leía la escritura y las vidas de los santos, lloraba y deseaba el martirio, y probablemente pensamientos menos sombríos y ensueños de paz y de libertad acompañaban á sus otras lecturas; pero el en-

tusiasmo religioso que entonces absorbía lo que hay de mas noble y de mas generoso en las facultades humanas, dominó en breve á la joven bárbara, que ape- gándose á las ideas y las costumbres de la civilización, la abrazó en su tipo mas puro y mas delicado, que era la vida cristiana.

Desviando mas y mas su pensamiento de los hombres, y de los acontecimientos de ese siglo de brutalidad y violencia, vió acercarse con terror la edad nubil, y el momento en que debía de ser la mujer del rey que la tenía cautiva. Cuando se dió la orden de conducirla á la residencia real para la celebración del matrimonio, arrastrada por un sentimiento de repugnancia invencible, se puso en fuga; pero se le alcanzó y condujo á Soissons, donde casada con el rey vino á ser reina, ó mas bien, una de las reinas de los francos neustrios, porque Clotario, fiel á las costumbres de la antigua Germania, no se contentaba con solo una esposa, aunque tuviera tambien varias concubinas.

El poder y las riquezas no podían disminuir los disgustos que siguieron á esta unión forzada del rey bárbaro con su mujer, cuyo temple de alma se había fortalecido con la educación, y la cual tenía perfecciones morales que la separaban para siempre de su esposo.

Para evitarse al menos los deberes de su estado, Radegunda se imponía otros mas rigurosos en la apariencia, y consagraba todos sus ratos de ocio á hacer obras de beneficencia ó actos de austeridad cristiana, dedicándose personalmente á la asistencia de los pobres y enfermos. La casa real de Aties, donde había

sido criada, y que se le adjudicó como regalo de boda, se convirtió en hospital para las mujeres indigentes. Uno de los pasatiempos de la reina, era el de ir á este lugar frecuentemente, no para hacer simples visitas, sino para desempeñar el oficio de enfermera en todos sus ramos, aun los mas minuciosos y repugnantes. Los festines de la corte de Neustria, los ruidosos banquetes, las cacerías peligrosas, las revistas, las justas de los guerreros, y la sociedad de los vassallos de talento inculto y de áspera voz, la fatigaban y la ponian triste; mas si llegaba algun obispo ó algun clérigo, letrado y político, hombre de paz, de afable trato y sabrosa conversacion, en el momento abandonaba cualquiera otra compañía por la suya, y permanecia enagenada horas enteras. Cuando llegaba el momento en que su visita se retiraba, la colmaba de regalos en señal de recuerdo, le decia mil veces adios, y volvía á caer en su habitual tristeza.

Siempre dilataba cuanto era posible la hora de comer, y sea por olvido ó de intento, permanecia absor-ta en sus meditaciones ó en sus ejercicios de piedad. Era, pues, necesario llamarla muchas veces, y el rey fastidiado de aguardarla le hacia frecuentes reconven-ciones, sin lograr por esto que fuese mas puntual y exacta. En la noche pretestaba cualquier cosa, se levantaba de la cama y se acostaba en el suelo sobre una piel ó un cilicio, y no volvía al lecho conyugal si-no ensangrentada y transida de frio, asociando así de una manera singular las mortificaciones cristianas á los sentimientos de aversion que experimentaba por

su marido. Tantos signos de disgusto no resfriaban el amor del rey de Neustria, el que no era hombre capaz de formar delicados escrúpulos. Con tal que la mujer cuya hermosura le deleitaba permaneciese en su posesion, no le importaban nada las violencias morales que le hacia sufrir. La repugnancia de Radegunda le impacientaba sin causarle un verdadero sufrimiento, y en sus alternativas conyugales se limitaba á decir: *tengo una mozueta y no una reina.*

En efecto, para esta alma hostigada por todos los la-zos que la ataban con el mundo, no quedaba mas que un solo refugio: la vida del claustro. Radegunda aspira-ba á esto con todo su corazon; mas los obstáculos eran tan insuperables, que traseurrieron seis años antes que se atreviese á arrostrarlos. Una última desgracia de fa-milia le inspiró el valor necesario. Su hermano, que se habia criado en la corte de Neustria, fué condenado á muerte por orden del rey, acaso por algunos proyec-tos patrióticos, ó por algunas inconsideradas y ame-nazantes expresiones. En cuanto la reina supo tan hor-rible noticia, se afirmó en su resolucion: pero le pa-reció prudente disimularla. Fingiendo buscar solamen-te algunos consuelos religiosos, pero pensando en el fondo encontrar un hombre capaz de ser su libertador, se dirigió á Noyon, cerca del obispo Medard, hijo de un franco y de una romana, personaje célebre en toda la Gaula á causa de su reputacion de santidad. Como Clo-tario no concibió la menor sospecha, lejos de impe-dir á la reina esta piadosa expedicion, él mismo dis-puso el viaje, porque las lágrimas de Radegunda lo

importunaban y deseaba verla mas tranquila y de un humor menos sombrío.

Radegunda encontró al obispo de Noyon oficiando en el altar. En cuanto se vió en su presencia, los sentimientos que la agitaban y que hasta entonces habia reprimido, se exhalaban, y sus primeras palabras fueron un grito de dolor. « Santo padre, dijo, deseo abandonar el siglo y cambiar de trage. Te suplico, santo obispo, que me consagres al servicio del Señor. » A pesar de la intrepidez de su fe y de su ardiente fervor, el obispo, sorprendido de esta brusca petición, titubeó y pidió el tiempo necesario para reflexionar. En efecto, se trataba nada menos que de romper un matrimonio real, celebrado segun la ley sálica y conforme á las costumbres germánicas, costumbres que la iglesia detestaba; pero que toleraba por temor de enagenarse la voluntad de los bárbaros.

A esta lucha interior entre la prudencia y el celo, se reunió otro motivo mas poderoso que puso á San Medardo en el caso de sostener un combate de otro género. Los señores y los guerreros francos que habian seguido á la reina, la rodearon, exclamando con gritos amenazantes: « No te atrevas á dar el velo á una mujer que se halla unida con el rey. Sacerdote, guardá-te bien de arrebatár al príncipe una reina con quien se ha casado solemnemente. » Los mas furiosos pusieron las manos sobre el obispo, y lo arrastraron desde las gradas del altar hasta la mitad de la nave, en tanto que la reina asustada del tumulto buscaba en union de sus damas un refugio en la sacristía; mas en este lugar, recogiendo su espíritu en vez de entregarse á la

desesperacion, concibió un expediente en el que la astucia femenil tenia tanta parte como la fuerza irresistible de la voluntad. Para tentar de la manera mas fuerte y poner á prueba el celo religioso del obispo, se puso sobre sus vestidos reales un sayal de religiosa y se adelantó así revestida hasta el santuario donde San Medardo se hallaba sentado, triste, pensativo é resolutivo. « Si tú tardas en consagrarme, le dijo con una voz firme, y temes mas á los hombres que á Dios, tendrás que darle cuenta, y el pastor te hará cargo á la oveja descarriada. » Este espectáculo imprevisto y estas palabras misteriosas, hirieron la imaginacion al anciano obispo, y reanimaron súbitamente su desfallecida voluntad. Haciendo superior su conciencia de sacerdote á todos los temores humanos y á las consideraciones políticas, no titubeó, y de propia autoridad disolvió el matrimonio, consagrando de novicia á Radegunda. Los señores y los vasallos francos participaron de esta fascinacion, y no se atrevieron á conducir por fuerza á la residencia real, á la que tenia para ellos el noble carácter de reina y de mujer consagrada á Dios.

El primer pensamiento de la *convertida* (esta era la palabra con que se designaba entonces á las que renunciaban al mundo), fué despojarse de todos los adornos y joyas preciosas con que estaba adornada. Depositó sobre el altar los adornos de la cabeza, sus brazaletes, sus broches de piedras, sus bordados de oro y de púrpura: rompió ella misma su rico cinturón de oro macizo y lo dió á los pobres; despues pensó ponerse al abrigo de todo peligro, emprendiendo una

pronta fuga. Libre de escoger el camino, se dirigió hacia el mediodía, alejándose del centro de la dominación franca, por su propia seguridad, ó acaso mas bien guiado del delicado instinto que la conducía hacia las regiones de la Gaula, donde la barbarie habia hecho menos destrozos. Así, pues, se dirigió á la ciudad de Orleans, se embarcó en la Loire, y descendió hasta Tours. Allí hizo alto para aguardar, bajo la salvaguardia de los numerosos asilos que habia cerca de la tumba de San Martin, lo que decidiria el esposo á quien ella habia abandonado. Pasó algun tiempo la vida inquieta y agitada, de los proscritos refugiados á la sombra de las basílicas, temblando de miedo de ser sorprendida si daba un paso fuera del recinto protector, y enviando al rey cartas, ya altaneras, ya suplicantes, y negociando por medio de los arzobispos el que se resignase á no verla mas, y le permitiese cumplir sus votos monásticos.

Clotario se mostró al principio sordo á las súplicas y á las amonestaciones; reclamaba sus derechos de esposo, apoyándose en la ley dada por sus antecesores, y amenazaba á la fugitiva, prometiéndole que marcharía personalmente á apoderarse de ella. Herida de terror, cuando la voz pública ó las cartas de sus amigos le comunicaban semejantes noticias, Radegunda redoblaba entonces la austeridad de su vida, y pasaba el tiempo entre la vigilia, el ayuno, las maceraciones por medio de la disciplina ó el cilicio, con el doble fin de obtener la asistencia del Señor, y perder el resto de hermosura que impulsaba á Clotario á perseguirla con

su amor. El rey, sin embargo, no se desanimó, y una vez vino hasta Tours bajo un falso pretexto de devoción; mas las enérgicas amonestaciones de San German, el ilustre obispo de Paris, le impidieron ir mas adelante. Encadenado, por decirlo así, por el poder moral, contra el cual se habia estrellado mas de una vez la fogosa voluntad de los reyes bárbaros, consintió mas á fuerza que de grado, que la hija de los reyes turinianos fundase en Poitiers un monasterio de mujeres, á imitación de lo que habia hecho en Arles una matrona gallo-romana llamada Cesaria, hermana del obispo Cesarius, ó San Cesario.

Todo lo que Radegunda habia recibido de su marido, segun la costumbre germánica, por dote y regalo de mañana, fué dedicado al establecimiento de la congregación, que debia proporcionarle una familia de su elección, en reemplazo de la que habia perdido por los desastres de la conquista y por la tiranía inaudita de los vencedores de su país. Sobre un terreno que poseia en las puertas de la ciudad de Poitiers, hizo cavar los cimientos del nuevo monasterio, que serviría de asilo á todas las que quisiesen por medio del retiro evitar las seducciones humanas y las invasiones de la barbarie. A pesar de la actividad de la reina y de los auxilios de Pientius, obispo de Poitiers, trascurrieron muchos años antes de que el edificio se acabase; era una quinta romana con todos sus departamentos, oficinas, jardines, pórticos, salas de baños, y una iglesia. Sea por un pensamiento simbólico, sea por una precaución de seguridad material contra la violencia de los

tiempos, el arquitecto habia dado un aspecto militar al recinto exterior de este pacífico asilo de las mujeres. Las paredes eran altas y fuertes á guisa de murallas ó parapetos, y varios torreones se elevaban en la fachada. Estos preparativos, un tanto cuanto extraños, hirieron las imaginaciones, y el anuncio de su progreso corria tan velozmente como una gran noticia. « Ved, se decia en el lenguaje místico de la época, ved la arca que se construye cerca de nosotros contra el diluvio de las pasiones y contra las tempestades del mundo. »

El dia en que todo estuvo listo, y que la reina entró en ese refugio, de donde conforme á sus votos solo deberia salir muerta, fué un dia de fiesta y de gozo popular. Las plazas y las calles por donde debia pasar, estaban inundadas de multitud de gente; las puertas, ventanas y azoteas estaban igualmente llenas de espectadores ansiosos de verla pasar, ó siquiera de ver cerrarse detrás de ella las puertas del monasterio. Recorrió á pié todo el camino, acompañada de multitud de doncellas que debian participar de su reclusion, atraídas cerca de ella por el renombre de sus virtudes cristianas, y acaso tambien por el brillo de su rango. La mayor parte eran de raza gaula, hijas de senadores y á propósito para llenar las piadosas intenciones de su directora, por el hábito que tenian de gozar de una paz y tranquilidad doméstica inalterables, en vez que las mujeres de raza franca conservaban aún en la austeridad del claustro, alguna cosa de los vicios originales de la barbárie. Su celo era ardiente, pero poco durable; incapaces de guardar ni regla ni medida, pasaban

bruscamente de una rigidez intratable, al mas completo olvido de todo deber y de toda subordinacion.

Fué el año de 550 cuando comenzó para Radegunda la vida de retiro y de paz que tan largo tiempo habia deseado. Segun sus ensueños y fantasías, esta vida era un término medio entre la austeridad del claustro y las costumbres voluptuosas y elegantes de la sociedad civilizada. El estudio de las letras figuraba en primer lugar entre las ocupaciones impuestas á la comunidad. Se debian consagrar á esto dos horas diarias, y el resto del tiempo se dedicaba á los ejercicios religiosos, á la lectura de los libros sagrados, y á trabajos propios del sexo femenino. Una de las hermanas leia en alta voz mientras trabajaba la comunidad, y las mas inteligentes, en vez de hilar, de coser ó de bordar, se ocupaban en otra sala en copiar los libros para multiplicar los ejemplares. Muy severa la regla en ciertos puntos, como por ejemplo, en la abstinencia de carne y de vino, permitia no solo algunas comodidades, sino hasta ciertos placeres de la vida: el uso frecuente de los baños en vastas piscinas de agua tibia, y las diversiones de toda especie, entre las que se contaba el juego de dados, eran permitidas. La fundadora y preladas del convento recibian en su compañía no solamente á los obispos y á los miembros del clero, sino aun á los laicos de alto nacimiento ó distinguida posicion social. Una suntuosa mesa se hallaba casi siempre puesta para obsequiar á los amigos y visitas; se les servian viandas delicadas, y algunas veces eran unos verdaderos banquetes, en los cuales presidia la reina Rade-

gunda por política, bien que nunca probaba un bocado. Esta necesidad de compañía y de sociabilidad, hacia que concurrieran al convento reuniones de otro género, y en ciertas épocas se representaban funciones dramáticas, en las cuales disfrazadas con brillantes trages, figuraban en primera línea algunas muchachas de la ciudad, y probablemente tambien algunas novicias del convento.

Tal fué el orden que estableció Radegunda en el monasterio de Poitiers, mezclando sus inclinaciones personales á la tradicion conservada despues de un medio siglo en el convento de Arles. Despues de haber trazado, por decirlo así, el camino que debia seguirse, sea por humildad cristiana, sea por un paso de alta política, abdicó toda autoridad oficial, é hizo que la comunidad eligiera otra abadesa, que, sea dicho de paso, no tardó, así como todas las hermanas, en someterse á la voluntad de la reina. Escogió para la dignidad de abadesa á una mujer llamada Inés, procedente de la raza gaula, y la cual mas jóven y sencilla, le era muy adicta desde la infancia. Descendida voluntariamente al simple rango de religiosa, Radegunda hacia su semana de cocina, aseaba la casa y acarrea agua y leña como las demas; pero á pesar de esta aparente igualdad, era siempre la reina en el convento, por el prestigio de su nacimiento real, por su título de fundadora, y por el ascendiente que sobre las demas le daban su talento, su saber y su bondad. Era ella la que conservaba la regla ó la modificaba á su voluntad, la que por medio de diarias exhortaciones,

fortificaba á las almas débiles y vacilantes en el camino de la virtud, la que comentaba y explicaba á las novicias jóvenes el texto de las Santas Escrituras, mezclando graves *homilias* y saludables advertencias llenas de una gracia y una ternura verdaderamente femenina. «*Vosotras, hijas mías, sois mis escogidas y mis plantas tiernas, el objeto de todos mis cuidados, mis ojos, mi vida, mi reposo, mi única y verdadera dicha....*»

Hacia como quince años que se hallaba establecido el monasterio de Poitiers, y llamaba mucho la atencion del mundo cristiano, cuando Venatius Fortunatus, que andaba en su devota peregrinacion, lo visitó como una de las cosas mas notables que podría encontrar en sus viajes. Fué acogido con muestras de una esmerada atencion, y el afecto con que la reina acostumbraba recibir á los hombres de finura y de talento, le fué manifestado de una manera ostensible como al huésped mas amable y mas distinguido. Vióse colmado de finas atenciones, de obsequios y sobre todo de alabanzas. Esta admiracion, reproducida diariamente bajo todas las formas, y por decirlo así, destilada en los oídos del poeta por dos mujeres, la una mayor que él y la otra mas jóven, le causó un encanto inexplicable que lo detuvo mas tiempo del que creía. Las semanas y los meses trascurrieron sin sentirlo, y agotados los pretextos posibles, para disimular su demora, el viajero anunció definitivamente que iba á ponerse en camino. Entonces Radegunda le dijo: ¿Por qué quereis partir? Por qué no os resolveis á permanecer con nosotras? Esta súplica amistosa fué para Fortu-

natus una orden que fijó su destino; así no pensó en volver á pasar los Alpes, se estableció en Poitiers, tomó las sagradas órdenes, y se hizo definitivamente sacerdote de la Iglesia metropolitana.

Facilitadas por este cambio de estado sus relaciones con sus dos amigas que él llamaba con los nombres de madre y hermana, se hicieron mas delicadas y mas íntimas. A la necesidad que por lo comun tienen las mujeres de ser gobernadas por un hombre, se reunian para la fundadora y abadesa del convento de Poitiers, circunstancias imperiosas que exigian el auxilio de una voluntad y una firmeza varoniles. El monasterio tenia bienes considerables que era necesario no solo administrar, sino guardar con nímia y diaria vigilancia de las rapiñas sordas ó de las invasiones á mano armada. No se podia conseguir esto, sino por medio de decretos reales, de excomuniones fulminadas por los obispos y de perpetuas negociaciones con los duques, condes y magistrados poco interesados por el deber; pero que valian mucho cuando se interponia el interés ó las afecciones privadas. Semejante trabajo requería astucia, actividad y frecuentes viajes á la corte de los reyes, y el talento necesario para lisonjear á los hombres poderosos y tratar con todo género de personas. Fortunatus empleó con tanto éxito como celo los conocimientos que tenia del mundo y los recursos de su talento, á tal grado, que llegó á ser el consejero, el agente, el embajador, el secretario y el mayordomo de la abadesa y de la reina. Su influencia absoluta en los negocios exteriores, no era menor

que la que ejercia en el orden interior y en la policía de la casa: era el árbitro en las pequeñas disputas, el regulador de las pasiones rivales y de los mezquinos odios femeniles. La severidad de la regla se moderaba por su influencia; las licencias, las gracias, las comidas excepcionales, y las diversiones se concedian por su influjo ó cuando él lo pedia. Tenia á su cargo hasta cierto punto la direccion de las conciencias y sus advertencias y consejos, que algunas veces redactaba en verso, se inclinaban siempre al lado menos rígido.

Por lo demas, Fortunato reunia á la flexibilidad de su talento una mezcla rara de costumbres: cristiano sobre todo, por la imaginacion, como se ha dicho que son los italianos, sus máximas eran irreprochables; mas en la práctica de su vida, sus costumbres eran voluptuosas y sensuales. Se entregaba sin medida á los placeres de la mesa, y no solamente era un alegre convidado, sino un regular bebedor é inspirado cantor en todos los festines con que lo obsequiaban sus ricos amigos, ya romanos, ya bárbaros; y no contento con eso, frecuentemente se regalaba él solo á usanza de la Roma imperial, con espléndidos banquetes, en los cuales se cubria la mesa varias veces de tan diferentes cuanto opíparos manjares. Hábiles como lo son todas las mujeres en conservar un amigo, halagando los flacos de su carácter, Radegunda é Inés rivalizaban por complacer la grosera inclinacion del poeta y adular tambien el otro defecto, aunque mas noble, de su vanidad literaria. Diariamente enviaban á la casa de Fortunato las primicias de la comida del convento, y no

satisfechas con esto, preparaban con toda delicadeza algunos manjares que agradaban al poeta y que á ellas les era prohibido gustar. Eran carnes sazonadas de mil maneras, legumbres con salsas de miel servidas en platos de plata, de jaspe ó de cristal, y aves exquisitas condimentadas sabrosamente. Otras veces lo convidaban á comer al monasterio, y entonces no solamente las viandas eran magníficas, sino que los adornos del comedor respiraban una coqueta sensualidad; guirnaldas de flores aromáticas tapizaban las paredes, y un lecho de hojillas de rosa cubria la mesa en vez de manteles. El vino se desbordaba de las curiosas copas que se presentaban al convidado, el cual lo saboreaba, porque ningun precepto ni voto se lo prohibia; en una palabra, habia una próxima semejanza, una sombra de los banquetes descritos por Horacio ó Tibulo, en estos festines elegantes, preparados á un poeta cristiano por dos reclusas muertas para el mundo.

Los tres actores de esta extravagante escena, se dirigian con este motivo epítetos tiernos, cuyo sentido tal vez habria disgustado á un pagano. Los nombres de *hermana* y de *madre* en la boca del italiano, eran acompañados de expresiones significativas, tales como *mi vida, mi luz, delicia de mi alma*, etc.; mas todo esto en el fondo, no era mas que una amistad exaltada, pero casta, una especie de amor intelectual. Con respecto á la abadesa, que no tenia mas que treinta años, esta íntima amistad pareció sospechosa, y fué objeto de malignas interpretaciones. La reputacion de Fortunatus se menoscabó, y se vió obligado á defen-

derse protestando que no tenia por Inés mas sentimientos que los de un hermano, un amor puramente espiritual, una afeccion casta, celeste. Esto lo hizo en unos bellos versos, donde pone por testigos de la inocencia de su corazon á Jesucristo y la Santísima Virgen.

Este hombre de humor alegre y ligero, que tenia por máxima gozar de lo presente y mirar todas las cosas del lado risueño, era en sus conversaciones con la hija de los reyes turingianos, el confidente de íntimos y secretos padecimientos, de melancólicas reminiscencias que lo contristaban en alto grado. Radegunda habia llegado ya á la edad en que los cabellos se emblanquecen, sin olvidar ninguna de las impresiones de los primeros dias de su infancia, y á los cincuenta años el recuerdo del tiempo pasado en su país y rodeada de sus parientes y amigos, se le presentaba tan fresco, tan vivo y tan doloroso como en el momento de su cautividad. Acontecia frecuentemente que se le escaparan algunas quejas amargas. Yo no soy mas que una criatura huérfana, decia; y luego encontraba la mayor complacencia en referir minuciosamente las escenas de desolacion, de asesinato y de violencia de que habia sido testigo y en parte víctima. Despues de tantos años de destierro, á pesar del cambio total de costumbres y de gustos, la memoria del hogar paterno y las antiguas afecciones de familia, era para ella un objeto de culto y de veneracion, el único resto, por decirlo así de una vez, del carácter y de las costumbres germánicas. La imagen de sus parientes muertos ó desterrados no cesaba de presentársele delante, á despe-

cho de las nuevas obligaciones que habia contraído y del sistema de paz y de quietud á que se le habia reducido. Habia alguna cosa de atrevido, un ardor casi salvaje en los raptos de esta alma, cuando recordaba á los últimos restos de su raza y pensaba en su tío refugiado en Constantinopla y á sus primos nacidos en el destierro y rodeados de la desgracia. Esta mujer, que en la tierra extranjera no habia podido amar nada mas que lo que tenia cierto sello de civilizacion y cristianismo, coloraba sus recuerdos patrios con un tinte de poesía montaraz é inculta, que se semejaba á los cantos nacionales que habia escuchado otro tiempo en los palacios de madera de sus antecesores, ó en las florestas de su país. . . . Se halla una muestra aunque debilitada en algunas piezas en verso, donde el poeta italiano hablando en nombre de la reina, ha tratado de consignar íntegras estas dolorosas conversaciones.

He visto mujeres conducidas á la esclavitud con las manos atadas y los cabellos en desórden. La una caminaba con los piés desnudos por encima de la sangre de su esposo, la otra pasaba sobre el cadáver de su hermano.

Cada uno ha tenido por qué llorar; pero yo he derramado lágrimas por todos.

He llorado por mis parientes muertos, y tengo tambien que llorar por los que han quedado vivos.

Cuando mis lágrimas cesen de correr y mis suspiros se extingan, aún quedarán vivos mis pesares dentro del corazón.

Cuando el viento murmura, me parece que debe traer-

me algunas noticias. En vano; ninguno de mis parientes se presenta delante de mí.

Un mundo entero me separa de los que amo. ¿En dónde están? Yo lo pregunto al viento que sopla y á las nubes que pasan, y desearia que alguna ave me diese noticias de ellos.

¡Ah! si no estuviera detenida por la sagrada clausura del monasterio, me verian llegar adonde están el día que menos lo aguardaran. Me embarcaria á pesar del mal tiempo, bogaria con regocijo en medio de la tormenta. Los marineros temblarian, y yo no tendria miedo. Si el navío se hacia pedazos, me asiria de una tabla y continuaria mi camino, y si no podia apoderarme de ningun resto del buque, iria nadando hasta donde están ellos.

Tal era la vida que tenia Fortunatus desde el año de 1567, vida mezclada de religion sin tristeza, y de afecciones sin inquietud, y alternada entre serias y graves ocupaciones, y recreos agradables y fútiles. Este último y curioso ejemplo de alianza entre la perfeccion cristiana y los refinamientos sociales de la vieja civilizacion, habrian pasado sin dejar huella, si el amigo de Inés y de Radegunda, no hubiese marcado en sus obras poéticas los mas minuciosos pormenores de la vida feliz que por instinto habia elegido. Allí se encuentra inscrita dia por dia la historia de esta sociedad de tres personas ligadas íntimamente por una viva amistad, por el gusto de las cosas elegantes, y por la necesidad de cultivar por la conversacion el talento. Hay versos para todos los pequeños sucesos de que

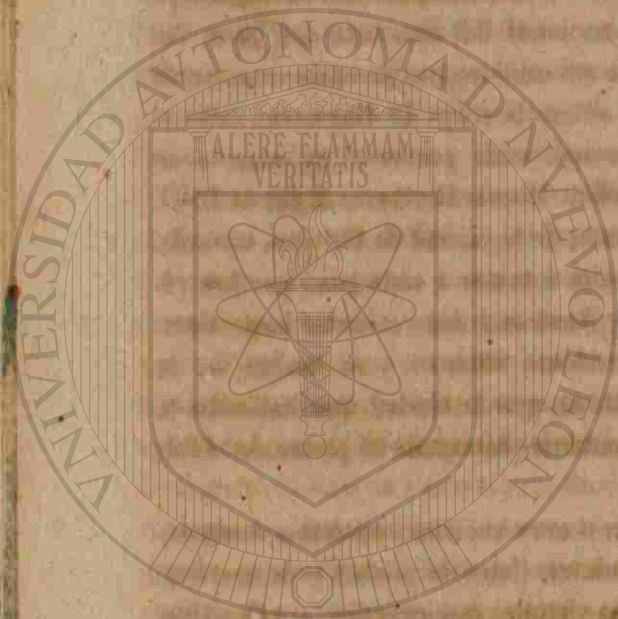
se componia esta vida dulce y monótona, sobre las penas de la separacion, el fastidio de la ausencia, el gozo de la vuelta; sobre los regalos dados ó recibidos, sobre las flores, las frutas y toda suerte de chucherías; sobre las cestillas de junco que el poeta tejia con sus propias manos para ofrecérselas á sus dos amigas. En fin, se encuentran versos dedicados á los dias felices ó tristes, que forzosamente traia cada año, tales como el dia de su santo de Inés, y el primer dia de cuaresma en que Radegunda obedeciendo á un voto, se encerraba en su celda á pasar el tiempo del ayuno mayor. ¿Dónde se oculta mi luz? ¿Por qué no la miran mis ojos? exclamaba entonces el poeta, con un acento apasionado, que hubiera podido creerse profano. Cuando llegaba la Pascua y con ella el fin de la ausencia de Radegunda, mezclando á la ternura del madrigal los graves pensamientos de la fe cristiana, decia á Radegunda: «Te habias llevado mi alegría, y ella vuelve contigo; así celebro doblemente este dia solemne.»

A la dicha de una tranquilidad única en este siglo, reunia el emigrado italiano una gloria que podría muy bien prestarle ilusion sobre la inmortalidad de una literatura moribunda, de la cual fué el mas frívolo representante. Los bárbaros le admiraban hasta el punto que los mas insignificantes opúsculos, las cartas escritas con precipitacion, los simples dísticos improvisados, pasaban de mano en mano, y eran leídos, copiados y aprendidos de memoria; sus poemas religiosos y sus versos dirigidos á los reyes eran un objeto de atencion pública. A su llegada á Gaula habia celebrado

en estilo pagano las nupcias de Sigiberto y de Brunchilda, y en estilo cristiano, la conversion de Brunchilda á la fe católica. El carácter guerrero de Sigiberto, vencedor de las naciones del otro lado del Rhin, fué el primer tema de sus adulaciones poéticas; mas tarde establecida en Poitiers la corte de Hariberto, hizo el honor á este príncipe, nada guerrero, de trazarle un elogio del rey pacífico. Muerto Hariberto el año de 1567, la situacion precaria de la ciudad de Poitiers, tomada, abandonada y vuelta á tomar á cada paso por los reyes de Neustria y Austrasia, hizo guardar largo tiempo al poeta un prudente silencio, y su lengua no se desató hasta el dia en que la ciudad que habitaba le pareció definitivamente entregada al poder de Chilperico.

Radegunda murió muy anciana y sin haber desmentido nunca su carácter, lleno de piedad y de unción. Esto, reunido á las virtudes que practicó, ocasionaron el que despues de su muerte se le venerara como una santa.

Fortunatus escribió la vida de la reina Radegunda, así como Gregorio, obispo de Tours, que precisamente vivia en ese tiempo, y fué conducido á Poitiers ante un tribunal por falsas calumnias de los enemigos de la Iglesia católica.



EL CASTILLO DEL BARON D'ARTAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSO
RIBERA Y UN
L. B. B.



EL CASTILLO DEL BARON D'ARTAL.

GRANDES fueron los honores, inmarcesibles los laureles que conquistó el baron Guy-d'Artal, en los famosos sitios de Nice y Dorilea, aunque como oscuro caballero combatiase de incógnito en las brillantes filas de Godofredo.

Las albas plumas de su penacho soberbio indicaban siempre el lugar mas empeñado de los combates, y bravo entre los bravos, atrevido y generoso, era uno de esos tipos nobles y singulares que engalanados con los atavíos mas poéticos nos ha trasmitido la romanesca historia de los siglos medios.

Era el 7 de Junio de 1099, cuando con un acento

fervoroso saludó la cumbre del Gólgota aquella cruzada que convocó la audacia inaudita de Pedro el ermitaño.

No es nuestro objeto describir los terribles encuentros entre cristianos y musulmanes, en los treinta y tantos días que duró el sitio; el 23 de Julio se desbordó por las calles y plazas de Jerusalem el torrente impetuoso, que rugiendo amenazante desde el seno de la Europa, habia venido á derribar las murallas de la ciudad santa.

Guy-d'Artal se distinguió como siempre en aquel día de memoria eterna, cuando inmediato á la torre de David, donde habian perecido cerca de diez mil mahometanos, perdió el caballo, y gravemente herido, se defendia aún heroicamente de los ataques desesperados de algunos sarracenos.

Reducido al último extremo, fatigado de herir su robusto brazo, hubiera sin duda alguna sucumbido, si la presencia de un caballero con la visera calada, sin divisa el escudo, ni plumas el casco, ni signo alguno de distincion, hubiera venido á su auxilio. No es mas veloz el tigre del desierto, que el caballero en sus movimientos; púsose al lado de Guy-d'Artal, mezcló su sangre generosa con la de su compañero, y repeliendo á sus adversarios, le abandonó los honores del vencimiento con una caballerosidad, llena de generosa delicadeza.

No limitó á esto sus atenciones el incógnito guerrero: curó las heridas del baron, lo colmó de atenciones, lo trasladó en sus brazos á su campo, y se mos-

tró tan cortesano y galante en sus cuidados, como habia sido ardiente y temerario en la batalla.

Suplicó Guy-d'Artal dijese su nombre, excusóse el caballero; pretendió con la finura mas exquisita galardónarle, y rehusó el encubierto soldado, y únicamente por signo de amistad cambiaron sus aceros en memoria de un suceso que deberia reunirlos con vinculos fraternales.

Despues de proclamado Godofredo rey de Jerusalem, regresaron á sus respectivos países cubiertos de gloria la mayor parte de los que lo acompañaron en la reconquista del santo sepulcro; Raul, que este era el nombre del valeroso libertador del baron d'Artal, permaneció entre los quinientos caballeros que quedaron á las órdenes del famoso Tancredo.

En aquel tiempo Felipe I de este nombre, guardaba una posicion embarazosa, y apenas podia libertarse de los frecuentes ataques de la iglesia.

Favorecidos por su indolencia en el mando, entre los vasallos habia estallado una horrorosa anarquía, algunos se revelaran contra su rey, otros manifestaron hostilmente sus deseos de independerse, y los otros entre sí decidían á mano armada sus querellas con sus vecinos.

De todos los puntos de la antigua Galia, el reino de Francia, en aquel tiempo, sin duda alguna era el peor gobernado.

Aun no habia reposado el caballero d'Artal de sus fatigas en Palestina, cuando renovó una antigua querella con un vecino suyo, Rodolfo de Beauviers; asal-

tó su castillo, hizo prisioneros á sus habitantes y condujo con violencia despótica á sus estados al propio Rodolfo y á sus dos hijas, Leonor y Gabriela de Beauviers.

Inútiles fueron las quejas por la perpetracion de tal escándalo: en Francia todo enmudecia.

Las violencias de Guy-d'Artal no hubieran conocido límite, si la profunda impresion que le produjo la belleza extraordinaria de Leonor, no hubieran dado rumbo diverso á sus pensamientos, elevando á la noble prisionera al rango de señora de su corazón.

Los desdenes de Leonor irritaron mas y mas la passion y el orgullo del opulento baron: en vano su padre encanecido le hacia palpar las ventajas del enlace, la salvacion de sus intereses, el nuevo lustre que adquiria su nombre, y lo risueño que entonces aparecería á sus ojos el porvenir.

Leonor respetuosa, sí, pero firmemente resuelta, mostraba á su padre la violencia de tal matrimonio; pero concertada entre ambos señores la boda, se consultaba la voluntad de Leonor mas bien para cubrir las apariencias, que como requisito indispensable para que tuviese verificativo el contrato nupcial.

Ya los halagos de una futura grandeza con su séquito de ilusiones deslumbradoras, ya las amenazas de la indignacion paterna, se empleaban diestramente para seducir á la jóven, que con el fanatismo sublime de una passion desdichada ofrecia á su cristiano ausente, la persecucion y los sacrificios que padecia por su amor.

Exasperado por fin el sufrimiento del baron, pone un término perentorio al señor de Beauviers para la celebridad de la boda, con aire tan decidido y amenazante, que la menor demora hubiera sido el presagio de un rompimiento implacable, trayendo consigo fatales consecuencias.

El padre de Leonor que conocia los amores de esta con un jóven que habia partido como aventurero á Palestina á ganar prez y conquistar lauros para su señora, reconoció el origen de resistencia tan obstinada, y resolvió á toda costa remover este obstáculo que obstruía la realizacion de sus proyectos de ventura.

Cuando el caballero Artal le hizo relacion de sus hazañas en la Tierra Santa, no omitió la pintura del trance que pasó en la torre de David, contándole con aire de misterio la intervencion del apuesto caballero á quien debia la existencia, y mostrándole la espada que conservaba en memoria de su valiente libertador.

El caballero de bauviers reconoció por su mal aquel acero, se mostró indiferente á las alabanzas apasionadas con que encarecia su arrojo el baron, y desvió la plática de un asunto en que temia que su viva conmocion le traicionase.

Como hemos dicho, deseaba el padre de Leonor alejar del corazón de esta toda esperanza, y urdió una trama con el mayor sigilo, para que se persuadiese que Raul habia muerto combatiendo á los sarracenos.

No le fué difícil complicar en su intriga á uno de los muchos peregrinos que errantes por la Europa, ganaban su vida contando sus hazañas, y revistiendo de

maravillosas relaciones los sucesos mas insignificantes de la Cruzada.

Para darle mas aspecto de verdad á su farsa, se apoderó ocultamente de la espada de Raul, preparó un momento oportuno, y con el carácter mas romancesco hizo á Leonor se persuadiese de la muerte de Raul, que palpase su espada, que uniese sus lágrimas á las del hipócrita mensajero que se decia hermano y compañero del ídolo de su alma.

Después de esta revelacion extraordinaria del peregrino, Leonor se entregó á la mas profunda melancolía; la muerte misma de su adorado Raul, santificó en su alma virginal un sentimiento que purificaba su corazon, que la concentraba en su pasion, que la hacia amar su dolor y su llanto, porque reconocia por origen al que era alma de su memoria y objeto del culto de su corazon.

Las pardas almenas del castillo en que vivia, sus elevadas torres, sus garitas y sus ferradas ventanas, exaltaban su imaginacion: su libertad se la daria la muerte.

Como hiere el granizo los pétalos delicados de una flor naciente, herian y marchitaban su espíritu estos pensamientos, y cuando paseaba sobre la extensa muralla del parque del castillo, y veia mas allá del manso rio que le servia de foso, los valles y los montes, las risueñas praderas y el horizonte inmenso detrás del cual habia encontrado su tumba su amante, gemia desolada, como la ave presa en la red en medio de los campos. ¡Pobre Leonor!

En tanto, trascurrian los dias; los agasajos del baron

eran su martirio; los aprestos suntuosos de su boda, los veia como contempla un reo los instrumentos crueles de un atroz suplicio.

Su padre se habia conjurado en su contra; su hermana era su sola confidente; pero su verdadero solaz lo hallaba en el templo del castillo, donde á los piés de la Virgen María derramaba su llanto y sus preces, á la luz de una lámpara solitaria, al vislumbre opaco de la luna, que penetraba pálido por las altas ventanas de la capilla que daba al rio.

Una noche, que con mas fervor elevaba su plegaria á la Riena de los Ángeles, con su rostro cándido inclinado, con sus mejillas empapadas en lágrimas, se levantó de repente sobresaltada, fijó su atencion, y solo escuchó el murmurio apacible del tranquilo rio, y el manso ruido de los árboles que mecía el viento en el parque vecino.

Sin duda su imaginacion habia creído escuchar el suspiro quejoso de un laud que conocia, de un laud interprete en otro tiempo de sus delirios de amor, de sus sueños de oro, de ilusion; del laud de su trovador.

Era una melodía que se habia desprendido y llegado á su corazon, empapada en el aroma de las flores, fresca con la brisa que rizaba las ondas del rio, radiante con el vivo fulgor de la luna argentada.

¡Ay! no era ilusion, era la realidad sublime de un contento; era la resurreccion en su alma de la juventud, del amor, de la felicidad suprema: la noche siguiente á la misma hora, escuchó distintamente el con-

cento sonoro del laud, y la voz de su Raul, que así se querellaba con ternura:

TROVA.

Conquisté en Salem divina
Timbres de eterna memoria,
Alivié mi sed de gloria
Con las aguas del Cedron.

Por qué combates, guerrero?
Me preguntaba la fama;
Yo respondí: por mi dama
Y el sepulcro de mi Dios.

Gloria, gloria! enternecido
Miré fulgar tu lumbré,
Sobre la sagrada cumbre
De la montaña de Sion.

La muerte sobre mi casco
Sus negras alas tendia,
Y yo ardiente combatia,
Que era tu amante, Leonor.

Entre los viles despojos
Del altivo mahemetano,
Miré flotar del cristiano
El triunfante pabellon.

Yo decia al ver los lauros
De mis compañeros fieles:
Yo depondré los laureles
A los piés de mi Leonor.

Mas voluble cual la arena
Al simoun de Palestina,
Tú fuiste, Leonor divina,
Y tu ingrato corazon.

Es irrisión mi renombre,
Es un sarcasmo mi gloria,

Tú no guardas ni memoria
De tu tierno trovador.

Yo he proclamado tu nombre
En el campo, en el desierto,
En la orilla del mar Muerto,
Donde espiró el Redentor.

Volví: mis sueños de gloria
Desbarató la falsía;
Palpa al menos la agonía
De tu amante trovador.

A la vista amenazante
Del terrible sarraceno,
Mi corcel tascaba el freno
Relinchando con valor.

Coreel, alerta, al combate;
Vuela, levanta la frente,
Quiero mostrarme valiente,
Soy amante de Leonor.

Y entretanto, tú, perjura,
Vendida á tirano dueño,
Sonreías en tu sueño
Con tu péfida pasión.

Vé, te esperan los altares,
En ellos nuevo dominio;
Tu sí, será el exterminio
De tu amante trovador.

La vibración dolorosa de esta última expresión de angustia, espiró entre los sollozos del trovador, como los clamores de la embarcación que naufraga entre las olas del mar irritado.

La conmoción que sufría Leonor no es para escrita: podría formar una ligera idea de ella quien la hubiera visto levantándose maquinalmente sobre las gradas

del altar, la expresion atónita, el pelo caido sobre su espalda, y sucediéndose en su fisonomía los afectos del asombro, de regocijo y de ternura que combatian su alma.

Con las manos tendidas hácia adelante, los ojos desencajados en aptitud de escuchar; los labios entreabiertos como para responder; así escuchó la trova, así la oyó morir entre los congojosos sollozos de Raul: no pudo contenerse; trémula, arrebatada, fuera de sí, quitó algunas flores del altar, las arrojó despues de haberlas cubierto de besos, por una de las ventanas, y cayeron aun tibias por su aliento, sobre la lira del trovador, cuyas cuerdas se estremecieron ligeramente, advirtiéndole de su felicidad al enamorado cantor.

Este fué el momento de unas explicaciones y una correspondencia, que cobraba de dia en dia nuevos atractivos con los peligros y con la proximidad misma de la boda.

Raul, por su parte, estaba en imposibilidad absoluta de descubrirse, porque perteneciendo á los señores rebelados del castillo de Monthleri, su familia entera era objeto de la implacable persecucion de *Luis el Grueso*, que acababa de compartir con su padre el mando del estado, y dando rienda á su carácter belicoso, reprimia con severidad extraordinaria las revueltas que levantaban en contra del reino algunos audaces vasallos.

Por fin, aplazóse el dia de la boda, prevínose con pompa régia, y la animacion del castillo anticipaba la solemidad del festin.

Leonor estaba en una posicion verdaderamente crítica; por una parte temia que su resistencia despertase sospechas sobre el paradero de su amante, y entregarlo á manos de sus verdugos; por la otra no quedaba pretexto para una nueva demora; y por último, jamas habia sentido con mayor vehemencia su pasion á Raul.

Este, por su parte, fingiendo una resignacion de que distaba mucho, pidió á Leonor una última entrevista, el dia de su boda, en que toda sospecha deberia estar lejana, y que la religion ponía entre ambos una barrera eterna.

Vió la luz de un hermoso dia el castillo del baron d'Artal en medio de esos regocijos cortesanos y militares, galanes y austeros, con que se celebraban las bodas de los caballeros en aquellos tiempos.

En la noche debian celebrarse las nupcias en la capilla, que estaba soberbiamente engalanada.

Llegó el momento de la última entrevista.

En el salon del castillo se escuchaban los gritos de regocijo y las músicas festivas; en la plaza de armas, iluminada suntuosamente, veíanse los soldados y la servidumbre bebiendo en medio del gusto y la algazara.

El baron complaciente, acordó gracias, derramó con profusion el oro, y llevaba á todas partes el gozo y la satisfaccion.

Leonor conferenciaba con su hermana sobre la entrevista.

Fuera de la muralla del castillo, del lado del parque, se veia en un dócil corcel de crin guedejuda, ca-

beza descarnada, cuello ancho y ojos vivos y audaces, á un mancebo que esperaba con impaciencia, y fijaba la atencion mas allá del muro, impaciente de que no lo dejase escuchar con claridad la corriente del rio que chocando con los piés de su caballo, redoblaba el ruido.

La luna brillaba llena, algunas nubes volaban dispersas entre las estrellas rutilantes: sobre las almenas del castillo se percibía una franja de luz vivísima de su iluminacion, que se perdía á poca distancia en el espacio bañado de una apacible claridad.

Por fin, el crujir de los vestidos de seda, se escuchó en el muro.

Fué una conversacion de recuerdos, de reconvencciones, de juramentos sin encadenamiento, sin órden; pero tan apasionada, tan enérgica, tan llena de ternura intensa, de esa elocuencia íntima que el corazon comprende y no pueden revelar los labios. Mil veces sobresaltada Gabriela por algun ruido, la interrumpia, y otras tantas recobraba su calor, su vehemencia, su idealidad angélica, su fuego inagotable.

La ausencia de la novia parecia dilatada en el castillo, los convidados reclamaron su presencia, el padre y el esposo fueron á su aposento á llamarla al altar, espieron por la cerradura, y no hallándola, fueron, sin decir la causa, á los lugares mas apartados del castillo: repentinamente suspéndese el regocijo, crece la inquietud, y todos se agolpan al parque en seguimiento del baron.

El ruido, la luz de las hachas, y la vista de la muchedumbre sorprende á Gabriela.

Raul esperaba ese instante; como si fuese una ave, con la delicadeza que se toma un niño temiéndolo despertar, trasladó á su caballo á Leonor, que muda de rubor, apenas pudo extender su mano á su hermana, y atravesando el rio, partió con la velocidad del viento en el corcel inteligente y atrevido.

Pero esta operacion no pudo ser tan rápida que dejasen de notarlo los que venian en su persecucion, y el baron, trémulo por la afrenta que se le inferia, pidió su caballo de batalla, requirió su acero, y seguido de algunos caballeros, fué en pos del insolente raptor.

La claridad de la noche, lo extenso y despejado del valle que circundaba el castillo, y la distraida atencion del caballero por la preciosa carga que conducia, entorpecieron su marcha, de manera que á poco les dió alcance el baron.

El caballero saltó rápido de su corcel, que quedó inmóvil y manso como un cordero, guardando el delicado depósito, y afrontó la numerosa comitiva.

El baron contuvo á los que lo seguian, avanzó él solo, descendió de su caballo, y comenzó una lucha mortal.

El baron era robustísimo: pocos podrian competir con Raul en destreza; solo se oia la respiracion entrecortada de los combatientes, y el choque de los aceros que se enlazaban como serpientes, vibraban á la claridad de la luna, y describian en el aire figuras rapidísimas.

El combate se prolongaba, el baron hizo un último esfuerzo, creyéndose aprovechar de un instante de

distracción de su adversario: los espectadores lanzaron un grito de espanto; las dos puntas de las espadas brillaron en lo alto, los dos puños estaban unidos, los gavilanes trabados, y los combatientes devorándose con sus miradas de fuego.

En aquellos instantes, una nube lóbrega que envolvía á la luna se desprendió, dejándola brillar, y la luz reflejó sobre el puño de los aceros.

El baron se retiró sorprendido; habia reconocido su acero dado á su libertador.

Raul no sabia á qué atribuir la suspension súbita del combate.

El baron limpió el sudor que bañaba su frente, y despues de un instante de vacilacion, exclamó:

—Conducidlos al castillo.

La multitud se arrojó á los prófugos, y Raul fué conducido al lugar del interrumpido festin.

El baron mandó á la música que continuase, ordenó que los preparativos de la boda siguiesen, y se dirigió con todos á la capilla.

Cuando el sacerdote llamó á los novios al altar, el baron, con un aire de majestad y dulzura extraordinaria, tomó á Raul de la mano y le dijo:

—Tomadla, es vuestra esposa.

Los circunstantes guardaron silencio; Leonor besa como insensata la frente de Raul.

—Yo tenia con vos una deuda: sois valiente, sois leal, y habeis combatido como guerreador diestro; y que á quien me dió la vida, le usurpara yo la dama, fuera villanía; y el baron d'Artal es noble.

Entonces refirió las acciones de Raul, prometió su influjo para alejar de él el enojo del rey, y dió por terminadas sus hostilidades con el baron de Beauviers: las lágrimas de gratitud de los esposos contestaron al generoso baron.

Durante la ceremonia permaneció tranquilo; algunos dicen, que al pronunciar los novios el solemne *si* su vista se oscureció por un momento; pero esa lágrima nadie la vió correr por sus mejillas.

EL BIBLIOTECARIO.



LA LÁMPARA

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA LÁMPARA.¹

1

Una tarde á la hora del crepúsculo salió Galeswinta á pasearse con su nodriza por los alrededores de Toledo. Toledo no era entonces como ahora, una gran ciudad, sino una especie de cortijo donde estaban plantadas las tiendas de campaña de los guerreros súbditos de los reyes godos.

Galeswinta era una niña hermosa; pero no tenía la hermosura delicada de las damas de hoy; hermosura que se marchita como las flores con solo el soplo del viento, ó el calor del sol.

Galeswinta tenía unos ojos azules, una tez blanca y

¹ El fondo de esta leyenda es histórico. Véase la obra de A. Thierry, titulada: «Narraciones de los tiempos Merovingianos.»

trasparente y una alta y erguida estatura, que indicaba procedía de esas razas del Norte, que se establecieron en el Mediodía de la Europa.

Galeswinta, como Diana la cazadora, corría con su arco y sus flechas tras de los venados, perseguía á los jabalíes en los bosques, lanzaba piedras á las águilas, y trepaba á las rocas y á los precipicios ligera como una gamuza de los Alpes. La alma de Galeswinta era como su fisico, hermosa y dotada de una sinceridad salvaje que estaba retratada en su frente bruñida de alabastro.

En esa tarde la nodriza se quedó sentada debajo de un árbol, admirando el espectáculo que presentaba el sol al ponerse, lanzando sus rayos de oro y carmin al través del espeso follaje de las encinas y de las hayas. La joven siguió maquinalmente la orilla de un arroyo, absorbida en esa especie de melancolía que nos asalta algunas veces, sin que sepamos la causa. Galeswinta siguió la corriente del arroyo, donde arrojaba las florecillas silvestres, y miraba suspirando cómo arrebatadas por el agua, y conducidas velozmente, corrían quizás al mar. ¡Oh, sí! como estas flores, decía Galeswinta contemplando su blanco rostro, que se retrataba en los cristales de las aguas, seré algún día arrebatada del seno de mis padres y llevada á lejanas tierras, donde no tenga ni estos solitarios bosques, ni estos deliciosos arroyos.

Galeswinta se recostó á la sombra de un álamo, y en breve el sueño descendió á sus ojos.

—Galeswinta, azucena de las selvas, rosa de los pra-

dos, diosa de estas soledades! dijo una voz grave, pausada, ¿por qué te alejas tanto de tu hogar? ¿por qué tan confiada duermes en estas soledades?

Galeswinta entreabrió sus grandes ojos azules, separó de su frente las rubias trenzas de su cabello que, como los rayos del sol, ocultaban á medias su faz de nieve, y poniéndose de rodillas, exclamó sobresaltada:

—¿Qué voz misteriosa ha escuchado mi corazón?

—Soy yo, Atar Gull, el solitario de las selvas: no temas nada, hermosa doncella, que antes bien he velado siempre por tu seguridad. ¿Te acuerdas cuando próxima á caer en el fondo de un precipicio, una mano se apoderó de tu túnica de lana y te salvó? ¿Te acuerdas cuando la corriente de un río te iba á arrebatarte, que encontraste una cuerda de que asirte? ¿Te acuerdas cuando una serpiente te iba á ahogar entre sus anillos, que una hacha trozó al monstruo?

—Sí, padre mio; me acuerdo muy bien.

—Pues esa mano era la de Atar Gull: esa cuerda era la de la túnica de Atar Gull; esa hacha era la que sirve á Atar Gull para cortar su leña y calentar su gruta en el invierno.

—Gracias, padre mio; gracias, mi libertador.

—Quieres venir á visitar la gruta de Atar Gull?

—Venía con intencion de buscaros; no os conocia, pero sabia que érais tan bueno y tan docto, que.....

—Ven, azucena de las selvas; ven, y sígueme.

Atar Gull era un anciano que tendria setenta años, de rostro venerable, de cabeza calva y de una barba de nieve que le llegaba hasta cerca de la cintura. Ves-

tia una gruesa y luenga túnica de lana; calzaba unas sandalias á usanza de los monges cristianos.

Atar Gull tomó de la mano á Galeswinta y la condujo por las orillas del arroyo hasta una gruta, cuyas paredes estaban entapizadas de campánulas y madre-selvas, y en cuyo suelo de delicado musgo brotaba un manantial de agua purísima que daba origen al arroyo. Era la habitación del solitario.

—Padre mio, le dijo la doncella luego que hubieron entrado: venia á consultaros; pero no me atrevo.....

—Te evitaré el trabajo de hablar: sé lo que tienes. Tú amas.

—Sí, amo; amo con todo mi corazon; pero no es eso.

—Entonces.....

—Una tristeza secreta atormenta mi alma, y un presentimiento vago de desgracia hace latir violentamente mi corazon; así, querría.....

—Querrias que te dijera yo tu porvenir, infeliz?

—Estoy resuelta á saberlo, ó de lo contrario no saldré de esta gruta, esta gruta tan fresca y tan hermosa, donde mi corazon se ha ensanchado, y donde he respirado mas libremente.

Conque así, padre mio, continuó hincándose de rodillas, y presentando al anciano las palmas de las manos; decidme, decidme el porvenir sin temor, que la hija de las selvas tiene tanto valor para seguir un venado entre los precipicios, como para soportar con valor su destino; lo que no quiero es la duda.

—Los arcanos del porvenir de las criaturas, solo puede saberlos aquel Sér sabio que habita arriba de noso-

tros. Los hombres que como yo se han dedicado á la ciencia y observado el curso de los astros, apenas podemos....

—Sé, venerable anciano, que sois muy sabio, y que ningun secreto se os oculta, interrumpió Galeswinta: así, decidme....

—Pues tú lo quieres, hija mia, cumpliré tu voluntad.

Atar Gull examinó cuidadosamente las líneas de las manos de la doncella, y despues de un momento de meditacion, exclamó:

—Galeswinta, tu belleza te proporcionará un alto rango.

—Galeswinta, ira yucia á esos amores, porque tú serás dentro de breve la esposa de un rey.

—Galeswinta, reina llena de pompa derramará lágrimas por su familia y por su país, porque irá á otra ciudad lejana.

—Galeswinta, tu vida será feliz; pero cuando una lámpara de alabastro se rompa delante de tí, el dia de tu exterminio no estará lejos.

—Este es tu destino, Galeswinta, y deberá cumplirse.

En cuanto la jóven acabó de oir estas palabras, se levantó, besó la mano del viejo, salió de la gruta y se encaminó á su casa.



Un año despues llegó á Toledo Hilperico, rey de Neustria, y deseando aliarse con los guerreros godos, pidió una mujer para casarse.

El primer día se presentaron á Hilperico cien muchachas hermosas. Hilperico no escogió á ninguna.

El segundo día otras ciento de rostro blanco, de labios rojos, de cabelleras blondas, vestidas de ricas túnicas de lana y adornadas con esmero: Hilperico no escogió á ninguna.

El tercer día le presentaron una jóven vestida sencillamente, Hilperico la escogió inmediatamente por esposa. Era Galeswinta, la ninfa del desierto, la azucena de las selvas.

Todos los godos, gefes y vasallos, ancianos y jóve-

nes sintieron amargamente que aquella flor pomposa, que aquella planta magnífica de Toledo fuera á ostentar su hermosura á otros climas lejanos; pero el destino habia querido hacer de Galeswinta una reina, y las predicciones del anciano de la gruta debian cumplirse.

Hilperico dispuso un séquito numeroso de guerreros y doncellas, y partió acompañado de su futura esposa, á la corte de Neustria, donde deberia celebrarse el matrimonio.

La madre de Galeswinta acompañó á su hija una jornada, despues otra y otra, pues en el momento que trataban de separarse se abrazaban estrechamente, y no habia poder humano que pudiese separarlas. La madre tenia tal vez un secreto presentimiento: en cuanto á la hija, además de haber renunciado al amor que tenia por un jóven guerrero de su reino, se acordaba de las palabras de Atar Gull.

La madre y la hija se separaron al fin. La una regresó á Toledo, y la otra llegó á la corte de Neustria, donde fué recibida con aplauso universal de todos los vasallos francos, porque su belleza cautivaba los corazones de cuantos la miraban.

El casamiento de Hilperico se verificó; pero á pocos días tuvo que salir á una campaña contra los francos de Austrasia, y dejó á su esposa en uno de los palacios reales.

Galeswinta, divertida con las suntuosas fiestas que á causa de su casamiento se habian celebrado en la corte de Neustria, y contenta con las caricias y aten-

ciones del rey su esposo y señor, habia olvidado las predicciones del anciano, y su tristeza se habia disipado un tanto.

Galeswinta vivia sola en un magnífico palacio, custodiada por algunos soldados, pues expresamente pidió al rey que así la dejara, no teniendo todavía ningunas gentes de su confianza para elegir las por compañeras. El día lo ocupaba en bordar algunas piezas de ropa para regalarlas á su esposo cuando regresara, y en la noche se retiraba á una rica estancia de mármoles donde estaba su lecho.

Una vez, á la hora de acostarse, toda su antigua melancolía, todos sus negros presentimientos se agolparon á su frente, como suelen las negras y tempestuosas nubes cubrir de improviso el azul purísimo del cielo.

Galeswinta tuvo que poner la mano sobre su corazón para contener sus latidos; se acostó en su lecho, y le pareció una tumba; quizo gritar, pero la voz espiró en la garganta; ocultó su rostro entre los cojines rojos de seda, y sus ojos permanecieron secos. Galeswinta, despues de retorcerse en el lecho á impulsos de un dolor sordo, desconocido, inaudito, logró conciliar, no el sueño, sino permanecer en esa especie de sopor con el cual sentimos nuestras potencias físicas, torpes y adormecidas; pero el espíritu vigilante, despierto y presa de dolores y martirios intensos.

Una hermosa lámpara de alabastro colgada de la techumbre, alumbraba débilmente la estancia, y sus débiles rayos iban á morir en el lecho de Galeswinta,

dejando ver como al través de un velo de gasa, ó como cubiertas con la niebla de la mañana, sus formas torneadas y blanquísimas, su rostro mas interesante por el sufrimiento, y su cabellera blonda y delgada, cayendo en desordenados rizos por los hombros y la espalda.

De repente la luz de la lámpara arrojó una vivísima claridad, crujió el vaso de alabastro y la lámpara rota cayó al suelo y se apagó. Galeswinta levantó la cabeza, arrojó un doloroso grito, y ocultó su rostro entre las ropas.

La oscuridad y el silencio eran profundos, solo se oían los latidos del corazón de la reina.

A poco una mujer de formas colosales, vestida de una túnica oscura, un candil en una mano, y un puñal en la otra, penetró en la estancia, y dirigiéndose al lecho de la reina, gritó con voz ronca:

—Galeswinta, Galeswinta, te tengo entre mis manos, y no te escaparás ahora.

—Qué quereis de mí, señora, dijo Galeswinta levantando un poco su linda cabeza de los almohadones?

—Qué quiero? y lo preguntas? Soy Fredegunda, la querida del rey.

—Fredegunda! Fredegunda!

—Sí, Fredegunda, á quien le has arrebatado el corazón de Hilperico; Fredegunda, á quien querias que se desterrase de la corte; Fredegunda, á quien has tratado con el desprecio de una esclava.

—Fredegunda: he oido tu nombre con horror porque me han referido tus crímenes, porque sé que tienes el corazón de una hiena, y que por satisfacer tus pa-

siones y saciar tu venganza, no has perdonado ni á tu padre ni á tus hermanos, ni á tus amigos, ni á tus fieles servidores; y que con el veneno y el puñal, has hecho bajar á la tumba muchas víctimas.

—Ja! ja! interrumpió Fredegunda lanzando una carcajada infernal: ¿conque ya me conocias? ¿conque sabias quién era? tanto mejor; entonces sabrás que nada tienes que esperar de mí. Reina de un día, belleza altanera, mujer hermosa de la estirpe goda, arrodilláos, si teneis algo que pedirle al cielo, porque vais á morir.

—A morir! exclamó Galeswinta, cubriéndose el rostro con las manos! ¡á morir, cuando tengo diez y seis años! ¡Ah, señora! perdonadme, no me mateis, no me hagais mal! Yo era una muchacha inocente; el rey me buscó, el rey me sacó del lado de mi madre; el rey me trajo á su corte, y os digo con verdad que habría dado diez años de mi vida por quedarme en mis bosques de Toledo, al lado de mi madre, en compañía del que yo amaba.

Fredegunda sonreía.

—Mirad, señora; esta misma noche me iré del palacio, aunque sea sola y á pié; buscaré el camino de mi país, y cuando el rey venga le direis que me he muerto, y jamas, jamas....

—Bien, muy bien, exclamó Fredegunda riéndose estrepitosamente; queria yo veros llena de miedo, temblando, anonadada, pedirme perdon, y humillaros ante mi poder. Reina de los francos, arrodilláos, que yo os lo mando. Vais á morir; y como habeis dicho, soy una

hiena que deseo venganza. No os perdonaré, reina cobarde é infame; no os perdonaré, aun cuando sepa que con mi vida debo pagar la vuestra.

—Pues bien, miserable esclava, infame prostituta, dijo la reina, animada de un valor sobrenatural, no me vereis temblar ni os pediré gracia: haced lo que querais.

—Arrodilláos, y besadme los piés.

—Salid de aquí, Fredegunda, yo os lo mando, la reina ordena á la mujer vil que se quite de su presencia: guardias, guardias, socorro.

Fredegunda, veloz como un tigre, dejó la luz sobre una mesa, saltó al lecho de Galeswinta y la tomó por la garganta. Galeswinta, que era robusta, luchó valerosamente; pero la fuerza hercúlea de Fredegunda triunfó. Las dos mujeres se revolvían en el lecho, como unas panteras que luchan; se escuchaba la respiración trabajosa de ambas; los gemidos de rabia ahogados por las fatigas, y los miembros blancos de las dos atletas se enroscaban unos con otros, se torcían, desaparecían un momento entre las ropas, reaparecían de nuevo aquellos dos bustos de alabastro, agitándose en una lucha mortal. Por fin, Fredegunda logró enlazar con sus trenzas el cuello de la reina, y haciendo un esfuerzo desesperado....

La lucha cesó, Galeswinta quedó inmóvil en el lecho, Fredegunda arrojó sobre el cadáver una mirada de satisfaccion, tomó la lámpara y el puñal, y se salió, dejando la estancia entre las tinieblas.

Quando Hilperico volvió de la campaña se le dijo que Galeswinta se habia suicidado, ahogándose con sus

propias trenzas. El rey estuvo muchos días inconsolable: Fredegunda lloraba también con el rey la prematura muerte de su esposa.

La madre de Galeswinta desde que partió su hija había caído en una melancolía profunda que le causó una enfermedad; esta enfermedad la tenía en las puertas del sepulcro; un día mandó llamar al anciano de la gruta y le dijo:

—Anciano, he soñado que la lámpara que alumbraba mi estancia, se había caído, y haciéndose pedazos con estrépito me había dejado en una profunda oscuridad, á pesar de la cual distinguí un esqueleto pálido que se asemeja á mi hija. Explicadme, anciano, este sueño.

—Madre de la reina, vuestra hija no existe ya, contestó el anciano de la gruta.

Al oír estas palabras la madre, volvió la cabeza y espiró.

Agosto 16 de 1844.

PEPITA.



PEPITA.

El capitan y su teniente.

—Qué hay de nuevo, mi capitan?

—Poca cosa, teniente: una partida de doscientos caballos debe acercarse dentro de ocho dias, con la intencion de entrar al pueblo y saquearlo.

—Y la batiremos, mi capitan?

—Es cosa de pensarse, teniente Dávalos, porque esos hijos de Satanás, segun me han dicho, están muy bien montados y armados, y....

—Entonces tendremos que volver grupas, contestó el teniente sonriéndose sardónicamente.

—Volver grupas?.... Eso no, interrumpió el capitan algo colérico; una vez que entremos en batalla....

—Esa es la dificultad.

—Qué quiere decir eso, teniente?

—Nada, mi capitán, nada; esos hijos de Lucifer están bien armados y bien montados, y...

—Y así pudiera ser una legión de fantasmas que...

—Conque si se acercan, saldremos á su encuentro?

—Sin duda, respondió el capitán, arrojando una mirada al teniente Dávalos, en la que se traslucía una de esas resoluciones enérgicas, que solo Dios tiene el poder de cambiar.

El teniente bajó los ojos; una sonrisa convulsiva pasó por sus labios, y sus mejillas aguardientosas se pusieron un poco pálidas; mas haciendo un esfuerzo contestó: —Bien, muy bien; esas fiestas son la delicia del teniente Dávalos: si los enemigos están bien montados, tanto mejor, tendremos cosecha de excelentes caballos para los valientes muchachos; pero siempre será bueno, mi capitán, el indagar cómo andan las cosas, porque si los realistas son muchos, no sería prudencia el exponernos á un lance....

—Los militares siempre tienen necesidad de exponerse; si no es vd. de mi opinión, teniente, entonces los conventos están abiertos; abrirse una corona, vestir un sayal, y buenas noches.

—Mi capitán, respondió el teniente mordiéndose los labios, vd. fué el que primero hizo esas reflexiones.

—Pues bien; ahora no reflexiono mas, y repito que si los rebeldes se acercan, los batiremos.

—Muy bien; yo estoy á las órdenes de vd., y á la hora del peligro veremos....

—Sí, á la hora del peligro veremos....

Los dos interlocutores se hallaban en un cuarto amueblado con toscas sillas de madera blanca, una pesada mesa con una carpeta de paño azul, y en un rincón un catre con fina sobrecama y aseados almohadones. Era el aposento del capitán, el cual era hombre de mediana estatura, sumamente delgado y un tanto pálido; de manera que á primera vista se le podía creer débil, enfermo, é incapaz de llevar á cabo ninguna empresa militar.

El teniente Dávalos, por el contrario, era alto, de anchas espaldas y muñecas gruesas. A su rostro, tostado y enrojecido por el sol, daban sombra un espeso bigote y unas alborotadas patillas, y sus ojos algo torvos y hundidos, completaban el aspecto casi feroz de su fisonomía. La luz vacilante de una mecha de aceite chisporroteaba de vez en cuando, y entonces marcaba distintamente el contraste de las fisonomías de estos hombres que durante el diálogo que se acaba de referir, habían permanecido en pié uno enfrente del otro. La escena pasaba en un pueblo del Departamento de Morelia, y es inútil decir que era la época de la independencia. El capitán, que se llamaba Luis Castillo, era uno de tantos hombres que armaba sus guerrillas y peleaban por su cuenta contra el gobierno español, y cuya memoria se ha extinguido con su vida, como la de tantos otros, que á pesar de verter su sangre por la libertad, la fortuna no les permitió que conquistaran un nombre en la historia.

El teniente, como se habrá conocido, no creía que un hombre de un físico tan débil como el capitán pu-

diera ser valiente en la campaña. El capitán, que acababa de ajustar á sueldo al teniente Dávalos, no había formado juicio exacto de si su valor moral estaría en armonía con su constitución física, y así ambos sin haber tenido ocasión de conocerse, se tenían en poco.

Mientras hemos hecho al lector estas cortas y necesarias explicaciones, nuestros dos personajes han permanecido en silencio: por fin, el teniente lo rompió.

—Tiene mi capitán algo que ordenar? dijo con voz hipócrita y tomando un ancho sombrero jarano con forro de hule, que había dejado sobre una silla.

—Nada, por ahora, teniente Dávalos: mucho cuidado con la tropa; que los caballos coman bien, y que la gente esté lista, porque me temo que dentro de algunos días tengamos mucho que trabajar.

—Muy bien, mi capitán.

—Si hay alguna novedad, que me avisen.

—Sí, mi capitán: conquie adios.

—Hasta mas ver, teniente; á la hora de la diana estaré en el cuartel.

Los dos se dieron las manos.

—Este diablo de teniente es un *jayan*, dijo el capitán cerrando la puerta; poco faltó para que me hiciera astillas la mano. Puf, qué bárbaro; mas temo que sea una gallina en campaña: pronto lo hemos de ver.

—Este capitán, dijo el teniente al dar vuelta por un callejón oscuro del pueblo, es débil como un alfeñique: con un soplo lo derribaba yo al suelo. Y parece algo atrevido y baladron: pronto lo hemos de ver.

II

La enferma.

Preocupado el capitán con la conversacion que acababa de tener con el teniente, y meditando en toda la malicia que había expresado con su risa sardónica y sus palabras equívocas, resolvió no acostarse, aunque eran mas de las once de la noche, y se salió á dar unos paseos por la acera de su casa, pues la noche era una de esas tibias de la estación del verano, y los olores de los árboles frutales que había en el pueblo venían de cuando en cuando con las ráfagas de una brisa fresca y deliciosa.

De esta especie de meditacion importuna y molesta, salió el capitán á causa de haber oído primero gritos, y luego quejidos, que parecia exhalar alguna persona enferma y dolorosa. Fijó su atención, y halló que tal

rumor salía de una casa de pobrísima apariencia, situada frente á frente de la suya. Movido por un impulso de curiosidad llamó al asistente.

—Sabes, José, le dijo á su asistente, quién vive en esa casa.

—Toma! ¿qué no sabe su merced, mi capitán?

—No sé.

—Mi capitán que conoce á todas las muchachas bonitas del pueblo, ¿cómo ha de haber dejado de mirar á doña Pepita?

—Doña Pepita! ¿y quién es esa doña Pepita?

—Toma! repuso José, es nada menos que una de las muchachas más bonitas del pueblo; no hay más sino que la madre, Dios la perdone, es una mala cabeza; suele beber vino, y entonces da terribles golpes á la niña.

—Y serían por esta causa los gritos que he escuchado?

—Eh! sin duda; ¿oyó su merced gritar?.... pues seguro; era esa infernal vieja Gregoria que martirizaba á su hija. ¡Ojos de bruja! Con razón nunca la he podido ver!....

Los quejidos continuaban, en tanto que José, el asistente, charlaba, y el capitán no pudo evitar el ir á la casa, movido ya por la compasión, ya por la curiosidad. Apenas hizo un leve esfuerzo, cuando la puerta, que solo estaba detenida con una escoba, cedió, y el capitán se encontró en un cuarto amplio, con las paredes de adobe cenicientas y llenas de telarañas é insectos; el suelo sin enladrillado, y los únicos muebles que ha-

bía era una gran caja pintada de encarnado, algunas sillas pequeñas amarradas con mecate, un tinajero con algunos platos y una tinaja de agua, de barro ordinario: una vela de sebo pegada á la pared alumbraba débilmente esta estancia y le daba un aspecto más lúgubre, de suerte que el capitán se asustó al contemplar tal habitación. Una ojeada le hizo descubrir una mujer acostada en un rincón del cuarto que roncaba como un lechón, y otra en el otro extremo que se quejaba dulcemente.

El capitán tomó la vela y alumbró á una de las mujeres: era de rostro grueso amoratado, de sus labios aun destilaba el licor, y su sueño inquieto y sus ronquidos procedían de los espíritus que habían trastornado su cerebro. El capitán apartó la vista disgustado.

La otra mujer era una niña de diez y seis años á lo más. Estaba acostada en un petate, tenía un banco y unos harapos de cabecera, y la cubría una tosca frazada. Su rostro era bello, aunque encendido por la calentura; sus pequeños labios amoratados, y al derredor de sus ojos, sobre los cuales estaba tendido su párpado, sombreado de negras y rizadas pestañas, había una línea cárdena. Se quejaba dulcemente y sus manos encrespadas y cadavéricas, como en actitud de rogar al cielo, se habían quedado enclavijadas sobre su pecho de alabastro: un pequeño pié, aunque algo descarnado y amarillento, sobresalía de las ropas y reposaba sobre la tierra fría del pavimento. La niña hacía ocho días que en aquella situación sufría una fiebre nerviosa.

—Esta debe ser la hija, y aquella infame la madre,

dijo el capitán limpiándose una lágrima que le arrancó la contemplación de la pobre criatura. Veamos; ó no hay justicia en el cielo, ó esta vieja la debe pasar muy mal en la otra vida.

El capitán salió, y á poco regresó acompañado de José, que traía un catre, ropas limpias de cama, y almohadones. Con mucho cuidado levantaron á la enferma, la colocaron en la cama, le aplicaron unos sinapismos en los piés, la abrigaron mucho, conduciendo á la vieja á otro cuarto que había en la casa. Retiróse el capitán ya mas tranquilo y resuelto á prestar á la moribunda en cuanto amaneciese el siguiente día, todos los auxilios necesarios.

De hecho; en cuanto amaneció, el capitán envió á buscar un médico, y una mujer que se encargase de asistir cuidadosamente á Pepita. Luego que vinieron, el capitán se dirigió á la casa, y tuvo el gusto de encontrar á la enferma un poco mejor. La vieja, á quien se le habían disipado los humos del licor, se hincó ante el capitán lloró, pidió perdón á Dios, y prometió asistir á su hija con todo esmero. En efecto, vigilada por el capitán, cumplió su palabra, y el médico por su parte se portó bien, pues al cabo de diez días la enfermedad hizo crisis, y Pepita se vió fuera de peligro, aunque sí extremadamente débil y extenuada.

Cuando la muchacha volvió al uso de sus sentidos, su sorpresa fué grande. Recordaba, aunque vagamente, que su único lecho había sido una miserable estera, y despertaba, por decirlo así, en una magnífica cama, y se veía rodeada de cuidados y atenciones. La

cuidadora le hizo entender que todo lo debía al capitán Castillo: así es que la primera vez que este fué á informarse de su salud, Pepita quiso manifestarle su reconocimiento; pero no pudo, porque la voz se le anudó en la garganta, y el llanto nubló sus grandes y negros ojos.

—No hay que hablar de esto, Pepita, le contestó el capitán conmovido. Lo que he hecho con vd. lo haría con todo el mundo. ¡Voto á Dios! ¿había yo de acostarme tranquilo en mi mullido colchón, mientras una linda muchacha se moría en el duro suelo? Guarde vd. lo que le he dado, pues su salud está delicada y necesita cuidarse. ¡Eh! y no hablar mas de eso, ni llorar, porque le hará á vd. mal.

El capitán no omitió ningún gasto ni ningún género de cuidado para asegurar el completo restablecimiento de la niña, y empleó para esto tantas atenciones y cuidados, que Pepita no tenía palabras con que darle gracias, y solo cuando lo veía se le encendían sus mejillas de rubor.



Dos meses despues de la fiebre, Pepita era un serafin; la enfermedad bastante cruel y peligrosa sirvió para que despues se desarrollaran sus proporciones físicas. Creció y se puso erguida, ligera, esbelta y flexible como una palma; sus mejillas llenas de salud y de vida, eran redondas, y de ese blanco trasparente y delicado que se asemeja á las hojillas que están en el corazon de las rosas; sus ojos tomaron un brillo y expresion indefinibles, y sus piés y manos pequeñitos se tornearon perfectamente y llenaron de primorosos hojitos, que tambien se le formaban en los carrillos, cuando abría para sonreirse sus labios aterciopelados y dejaba ver dos hileras de dientecitos blancos, incrustados en sus frescas encías de nácar. Pepita, repito, era mas bella que los primeros lampos de luz de la mañana, que los jardines de flores, que el crepúsculo de la tarde, que..... solamente un ángel del cielo

podia ser comparado á esa pura é inocente criatura.

De paso sea dicho, que el capitan tenia mucha parte en esta alegría y belleza de Pepita, pues no limitándose á cuidarla cuando se hallaba enferma, le habia continuado enviando ropa y dinero, y eso con tal delicadeza, que en los dos meses apenas la habia saludado dos ocasiones desde la puerta de su casa.

Una tarde de esas brillantes y diáfanas, estaban sentadas en la puerta Pepita y enfrente la vieja Gregoria: calculó á todas sus anchas lo hermosa que era su hija, y concibió un proyecto infernal, que no deja de ser frecuente en la clase baja de la sociedad, que no tiene ideas ningunas de moral. Gregoria resolvió vender á su hija.

Al dia siguiente, muy de mañana, se dirigió Gregoria á casa de un rico hacendado, viejo de esos inmorales y disolutos que compran sus placeres con el oro.

—Buenos dias, Gregoria; ¿qué vientos te traen por acá? Estás ya mas humana? le dijo el rico sátiro, soltando una carcajada que dejó ver su boca con solo dos dientes negruscos y temblorosos?

—Venía yo á saber si su merced tiene siempre cariño á mi hija Pepita.

—Ya sabes que la adoro, mujer, y que sus desdenes no han hecho mas que encender mi amor.

—Pues entonces su merced me dirá.....

—Ya te he dicho: proporcióname una entrevista, y estos doscientos pesos son tuyos.

El viejo sacó una bolsita con oro, y la sonó á los oídos de Gregoria.

Gregoria dejó ver en sus ojos colorados una expresión de una avaricia infernal, y luego dijo:

—Se conoce que su merced no tiene maldito el cariño á mi hija.

—Por qué?

—Porque ese dinero es poco.

—Bien; doblaré la parada.

—Es poco.

—Doblaré la parada.

—Ochocientos pesos! contestó la vieja, después de un momento de reflexión.

—Ochocientos, vieja de Lucifer, contestó el viejo animado de un gozo siniestro.

—Está concluido el trato, repuso Gregoria, inclinándose á la oreja del viejo. Mañana á las doce de la noche, hora en que el capitán Castillo estará recogido, aguardo á vd.

—Y ese maldito capitán Castillo!

—Ha protegido á mi hija en su enfermedad, y aunque casi no la ve, tal vez...

—Convenido; á las doce.

—Dos palmadas muy suaves.

—Corriente.

—Ahora necesito algún dinero.

—Toma, miserable, toma, dijo el viejo arrojándole en el seno una bolsita de seda con oro. Si me engañas, te hago emparedar.

La vieja salió; y el sátiro, riéndose á sus solas y restregándose las manos de júbilo, se dejó caer en una enorme butaca de cuero.

IV

La Providencia.

El simple relato de la conducta de la madre de Pepita, habrá hecho á los lectores llenarse de cólera. Este es un género de moral, expresado, por decirlo así, de un modo nuevo y que se le debe al romanticismo. Basta presentar sencillamente una escena de esta clase para llenarse de indignación contra esas almas pervertidas que chocando contra la moral universal, contra las máximas de la religión cristiana y hasta contra las costumbres establecidas en la sociedad, labran la desgracia eterna de las criaturas que tienen á su cuidado. Gregoria, entregada á un vicio detestable, trató de matar la existencia física de su hija, y no habiendo podido hacerlo, trataba de matar su existencia moral. Como queda dicho, por una desgracia

estos acontecimientos horribles son frecuentes en el mundo, y mis lectores no encontrarán nada de inverosímil. Gregoria era necia, idiota, no tenía en el fondo de su alma mas que un resto de superstición, y un instinto para hacer el mal. Así, cuando salió de la casa del viejo sátiro, ni un solo remordimiento ni un solo pensamiento triste le vino á la mente. Pensó simplemente que encendiendo unas velas á la Virgen, y mandando decir unas misas al cura, se purificaba de su crimen; y por otra parte, pobre como era su hija, nadie se habia de casar con ella, y no se habia de quedar para *vestir santos*; palabra sacrilega y profundamente horrible en boca de una madre.

Eran las doce de la noche; reinaba en el pueblo un profundo silencio, y como las calles estaban sin alumbrado, la oscuridad era completa. Un hombre embozado se deslizó entre las sombras, tocó suavemente una puerta. A la tercer palmada se vió brillar por la abertura una luz; el hombre entró, y la puerta se volvió á cerrar tras él. Todo quedó de nuevo en silencio.

La perdición de Pepita estaba decretada, y se hallaba entre dos verdugos, que no le tendrían compasión.

El capitán, contra su costumbre, habia permanecido en el cuartel entretenido con sus eternas disputas con su teniente Dávalos, y poco despues de las doce de la noche se retiraba á su casa, soñoliento, cansado

de tanta charla del valenton. Acaso un presentimiento le hizo pasar por la puerta de la casa de Pepita; oyó gemidos, sollozos ahogados, blasfemias y juramentos proferidos con una rabia concentrada por una voz masculina. Empuja... la puerta cede.... Pepita en cuanto lo reconoce se arroja á sus piés, y abraza sus rodillas.

—La Providencia, exclama llorando, envió á vd. la otra vez para salvarme la vida; la Providencia tambien manda á vd. ahora para salvarme el honor. ¡Capitan, capitan, han querido hacer una infamia conmigo!

El capitán comprendió al momento todo, y dijo á Pepita:

—Te fías en mi honor, y en mi probidad?

—Sí, haced lo que querais.

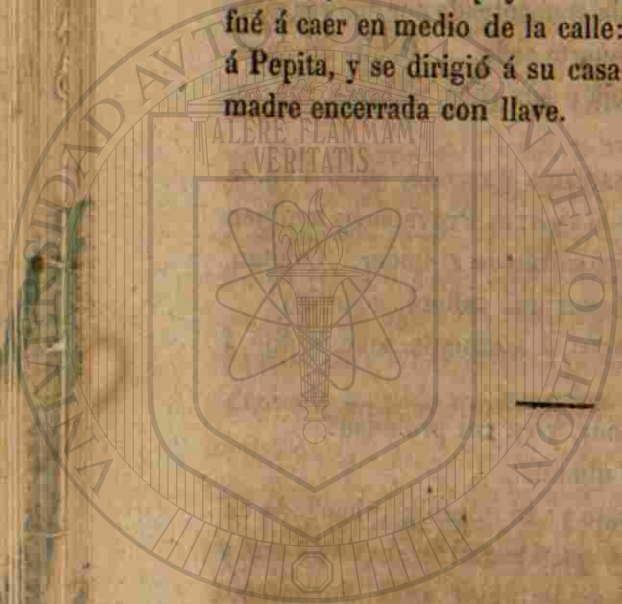
—Pues bien; levántate y ven conmigo, abandona esta casa donde se te ha querido cubrir de vergüenza y de infamia; y vos, miserable viejo, salid al momento de aquí: en cuanto á vd., señora, continuó dirigiéndose á la madre, olvide que ha tenido una hija.

El viejo habia permanecido petrificado con la súbita aparición del capitán; mas recobrándose un poco lo asaltó un raptó de cólera, y sacando un puñal, de un salto se puso al alcance del capitán. Este, protegiendo con un brazo á Pepita, con el otro asió la muñeca del viejo y la apretó fuertemente, de manera que le hizo soltar la arma, y hacer horribles gestos á causa del dolor.

—Infame seductor! le dijo, tened cuenta con que esta criatura es ya mi hija; si volveis á maquinare con

tra su inocencia, no dejaré ni escombros de vuestra casa ni de vuestra hacienda. Salid.

El capitán condujo al viejo hasta el umbral de la puerta, y allí lo empujó violentamente, de suerte que fué á caer en medio de la calle: luego tomó del brazo á Pepita, y se dirigió á su casa con ella, dejando á la madre encerrada con llave.



La cena.

El capitán Luis Castillo, á pesar de lo que va expresado, no era hombre de la mejor moral en punto á mujeres. Joven, soldado y con algun dinero, siempre estaba metido en aventuras y escenas amorosas; pero la influencia que Pepita ejercia sobre él, era increíble.

Es tan respetable la inocencia de una mujer, é interesan de un modo tan vivo sus desgracias, que ciertamente no inspiran otro sentimiento que el del respeto. Casi desde la enfermedad de Pepita, el capitán la amaba apasionadamente; pero no queriendo abusar de la influencia que tenia sobre la muchacha á causa de los beneficios que le habia dispensado, jamás la habia hecho la menor insinuación, y por el contrario la veia muy pocas veces.

Tres días habían corrido despues de los sucesos que van referidos, cuando el capitan llamó á José el asistente.

—Dime, José, le dijo, ¿cómo le ha ido á Pepita?

—Ta, ta, no muy bien mi capitan; la pobre niña ha llorado mucho.

—Eso es natural.

—Sí, es natural, mi capitan, porque como ella dice, es una huérfana que no tiene mas amparo que Dios y mi capitan; pero cuando vuelva con su madre.... Ya sabe vd., mi capitan, esa maldita vieja bruja, tiene el vicio de beber vino, y entonces ese otro hipócrita de D. Diego.... y á propósito, mi capitan, no le parece á vd. bueno que en desquite de lo que queria hacer con la niña doña Pepita, le demos un golpe á su hacienda? Qué caballos tiene el hijo de su madre! Sobre todo, hay en la caballeriza un prieto y un alazan que vendrian como de molde para la silla de mi capitan.

—Mas adelante pensaremos en eso, José; por ahora, dime si has tratado bien á Pepita.

—Como á mi propio capitan. Buena comida, su botella de vino, el catre muy aseado, y yo pendiente de sus labios para servirla.

—Muy bien, José, muy bien; mereces que te dé una gala para que bebas aguardiente.

El capitan tiró sobre la mesa una media onza de oro: José la recogió y dió gracias al capitan; este continuó:

—Y has oido hablar algo de mí?

—A quién, mi capitan?

—A Pepita.

—Bueno fuera que pudiera hablar. Apenas quiere mentar el nombre de vd., cuando sus ojos son dos fuentes de agua....

El capitan sonrió primeramente, y despues fingió que tosia, y se volteó á limpiar una lágrima.

—José, ve á decir á Pepita que me daría mucho placer en acompañarme á cenar; y si accede, has que pongan dos cubiertos aquí en este cuarto. Ve....

El asistente salió, y el capitan se puso á medir á grandes pasos el aposento. A poco volvió José.

—La señorita, dijo, viene ya; la cena está en disposicion.

—Bien, contestó el capitan, dispon la mesa, sirve la comida y déjanos solos.

—Buenas noches, capitan, dijo Pepita entrando al aposento, y echando sobre sus hombros un rebozo de seda con que tenia la cabeza cubierta.

—Buenas noches, Pepita; mucho te agradezco que te hayas dignado acompañarme á cenar.

—Es vd. un poco cruel, capitan, tengo una queja que darle.

—Te habré ofendido en algo?

—Sí, y mucho.

—Veamos; explicate.

—Hace tres días que estoy en su casa de vd., y no me ha visto.

—Era preciso dejarte sola, hija mía: tus pesares han sido grandes, tendrías necesidad de desahogarte, de llorar, de gritar tal vez....

—Es verdad, mucho he llorado.

—Ahora que te consideré mas tranquila te he convidado á cenar, y en lo de adelante si tú consientes comeremos juntos. . . . José trae, segun creo, un excelente pollo asado, una fresca ensalada. . . . ¡Eh! no hay mas que resignarse á pasarla mal, Pepita; en casa de un hombre solo la comida no puede ser muy agradable.

José llegó en efecto, puso un limpio mantel, cubiertos, platos, vasos de plata, y colocó sobre la mesa unos manjares aromáticos, y que incitaban el apetito.

—José es una alhaja, dijo Pepita; si fuera vd. casado, capitan, no estaria mejor servido.

—José es un buen muchacho, respondió el capitan; y para mí tiene hoy una nueva recomendacion.

—Cuál es?

—El haberte servido con esmero, y el tener por tí particular cariño.

—El pobre José! es verdad, ha estado pendiente de mi voluntad para servirme, y en todo esto no he visto mas que nuevas finezas del capitan.

—No hablemos de eso, Pepita, y piensa en otra nueva vida y en un porvenir mas halagüeño.

Pepita suspiró.

—Veamos: te diré mis planes respecto á tí, y puede ser te tranquilices con esto. Yo no tengo ni madre ni mujer, mis parientes se han olvidado de mí, y yo de ellos: soy solo, completamente solo. Consientes en ser mi hija? Serás tan bondadosa que reemplaces el vacío inmenso que la soledad ha dejado en mi alma?

—Capitan, el corazon generoso dé vd. lo hace hablar así. Pero reflexione que va á perder su indepen-

dencia, su libertad; que en lo de adelante seré yo un obstáculo para sus campañas, para todo: una mujer, capitan, es una carga muy pesada.

—Una mujer, sí, ¿pero un ángel como tú, Pepita? Mas déjame concluir. Decia que tú serás para mí cuanto hay en el mundo. La maledicencia de las gentes, dirá que eres mi querida, que tú eres una mujer ligera, y yo un seductor que he abusado de tu desgracia. Poco importa todo esto, con tal que tu conciencia esté tranquila y yo satisfecho de haber obrado bien. A tu madre le daremos con que viva, ó por mejor decir, tú le darás, porque quiero que seas la dueña de cuanto tengo. ¿Lloras, Pepita, y por qué?

—De gratitud, capitan.

—Aceptas?

—Podria hacer otra cosa?

—Bien, muy bien; tú vivirás en los aposentos retirados de la casa, y yo aquí. Cuando estés de buen humor, cuando quieras, me harás compañía en la mesa. Por lo demas eres dueña de tu voluntad, y me tratarás como á un padre, como á un hermano, como á un amigo, porque yo soy tu verdadero amigo. Serás tú mi hija, mi hermana.

Pepita tendió una mano al capitan, y este se la besó respetuosamente. En seguida llamó á José y le dijo:

—Pepita es la ama y la dueña de la casa; ordena á todos los criados que la obedezcan como á mí propio. En cuanto á tí, José, no tengo que recomendarte.

José inclinó la cabeza y se retiró diciendo:— Como hay Dios, que me alegro que la niña Pepita sea nues-

tra ama. Al fin, tarde ó temprano el capitán había de haber traído una de sus comadres; vale mas que sea esta niña, tan buena y tan amable.

Si ha chocado á los lectores el lenguaje culto y la educacion esmerada de Pepita, que parece inverosímil cuando se ha dicho quién era su madre, les haremos una corta explicacion. Pepita desde muy niña se habia criado en una casa española y aprendido cuanto se enseñaba en aquel tiempo, á la vez que su corazon se habia nutrido con las máximas de una sólida virtud. Cuando estalló la guerra de independencia, la familia dispersa y emigrada tuvo que abandonar á Pepita, así como á otras huérfanas que por caridad educaba. Pepita volvió al lado de su madre, mujer brutal y viciosa, y el curso de esta historia ha dado á conocer la clase de vida y de peligros á que estaba expuesta.

VI

La escaramuza.

Una noche el capitán Castillo recibió un parte en que se le noticiaba que una gavilla de realistas estaba á cuatro leguas del pueblo, en la falda de una loma. Inmediatamente se dirigió al cuartel, dió todas las órdenes convenientes para la marcha, dejó la tropa al cuidado del teniente Dávalos, mientras regresó á su casa á cenar con la buena y amable Pepita, cuya dulzura y cuyo talento fascinaban cada vez mas y mas al capitán.

—Esta noche, le dijo, sentándose á la mesa, y procurando afectar alegría, será necesario que yo me quede en el cuartel, así tú y José cuidarán la casa: ambos son valientes, continuó riéndose, y si vienen los enemigos serán rechazados.

—Y habrá inconveniente en que yo acompañe á vd. al cuartel, capitan?

—Acaso tendremos que salir, y entonces seria....

—No decia yo á vd. bien, capitan, que una mujer estorba?

—Lo que hay de cierto, hija mia, es que antes era un motivo de regocijo para mí el batirme con los enemigos, y ahora tengo cierta pesadez, cierta repugnancia... ya se ve, antes no tenia yo nada que me uniera con la vida, y ahora te tengo á tí, y por cierto que no querria yo dejarte abandonada.

—Por mi parte tengo tambien cierto susto, cierto presentimiento.... ¿Qué habrá acaso algunos enemigos?

—Sí, una partida muy corta; unos cuantos tiros los harán correr, y todo se concluirá en el momento.

—Pero, calle!.... son las doce.... Adiós, Pepita, le dijo el capitan, dándole un beso en la frente. José, mucho cuidado con la casa.

El capitan se fué al cuartel, la tropa estaba montada, y solo lo esperaban á él para ponerse en marcha, lo cual ejecutaron con mucho silencio, desfilando en hileras por las calles mas solas del pueblo. Toda la noche caminaron entre las tinieblas y los precipicios; á la madrugada avistaron la loma en cuya falda debia estar el enemigo. Cuando la luz comenzó á salir, y el horizonte pintado de gualda y nácar despedía luz bastante para distinguir los objetos, el capitan reconoció al enemigo formado en batalla y dispuesto á resistir.—Eran como doscientos caballos; pero despues de la conversacion que se ha referido del teniente Dáva-

los y del capitan, este no hubiera reculado un paso aunque hubieran sido doscientos mil los enemigos. Dividió su fuerza en dos trozos. Con uno de cincuenta caballos determinó acometer el centro del enemigo y desorganizarlo, y el otro al mando del teniente Dávalos, serviria para flanquearlo y cortarle la retirada por el lado derecho, pues en el izquierdo habia un barranco profundo; combinado así su plan, lo puso en ejecucion con la prontitud de un relámpago. Antes de que el enemigo pensase en nada, el capitan ya habia acometido su centro con los cincuenta caballos, y los dragones repartian golpes á diestro y siniestro como si fueran impulsados por una máquina de vapor. El enemigo desconcertado comenzó á dispersarse, y unos se rendian é imploraban compasion, otros dejaban su caballo y corrian á esconderse en la barranca; y otros mas resueltos se abrian paso y apelaban á la velocidad de sus caballos. Todo esto pasó en momentos. Cinco soldados muertos y algunos heridos fué la pérdida que experimentaron los insurgentes. El caballo del capitan habia recibido un balazo en el pecho y echaba sangre á borbotones; pero este no lo habia notado, hasta que el animal, vacilante y moribundo cayó al suelo con el ginete.

El capitan quiso levantarse; pero unos brazos que lo enlazaban lo detenian. Era Pepita.

—Tú aquí, Pepita? Tú aquí, hija mia? exclamaba el capitan.

—Era una crueldad dejar á este valiente José sin parte en la victoria; y por otra parte, ninguna mano

mas amorosa que la mia te habria levantado del suelo, contestó Pepita sonriéndose. Algo han de hacer las mujeres por los valientes, continuó mirando apasionadamente al capitan; y sobre todo, yo que te debo la vida y todo.....

—Capitan, interrumpió una voz plañidera, soy un villano, un cobarde, que me he portado muy mal: perdóneme vd., ó máteme.

—Quién diablos piensa en eso, teniente Dávalos! respondió el capitan lleno de alegría, y teniendo enlazada con un brazo la cintura de Pepita. Acuérdesese vd. de la conversacion que tuvimos una noche, y basta. Levántese vd., acabe de amarrar á los prisioneros, reuna la tropa y venga al pueblo, que yo me adelanto con este ángel, con este tesoro de amor y de hermosura.

VII

La fuga.

Algunos meses vivieron el capitan y Pepita en la mas completa armonía. Excusado será decir que fueron felices. Se amaban ambos con una pasion ardiente, y los antecedentes que habian mediado y que ya conoce el lector, eran mas que suficientes para formar los elementos de una sólida ventura. Pepita cada dia se pone mas linda y mas interesante, y el capitan renunciando á sus devaneos y locos amores, pensaba seriamente en casarse con ella. Una noche á la hora de la cena, pensó en darle parte de sus proyectos, cuando José el asistente entró despavorido.

—Mi capitan, el caballo está ensillado; sálvese vd.

—Cómo! Qué quieres decir con eso, José?

—Que el teniente Dávalos ha vendido á vd., y ha ofrecido entregarlo á los españoles.

—Imposible! eso no puede ser.

—Por Dios, mi capitán, prosiguió José hincándose de rodillas, que se salve vd.; dentro de cinco minutos estarán aquí.

—Nos defenderemos.

Pepita se interpuso, y le dijo con un acento ternísimo: —Sálvate, por Dios; sálvate, y no espongas tu vida.

José el asistente llevó maquinalmente al capitán y lo montó en el caballo.

—Quiere mi capitán que lo siga, ó que me quede?

—Quédate con Pepita, y adios. ¡Ah! toma esta llave, hija mía. Encontrarás en el cajón de mi mesa algún dinero. Es para que puedas vivir mientras que nos volvemos á ver.

—Mi capitán, el tiempo se pasa, y despues.....

—Adios. El capitán salió, y al cuarto de hora llegó el teniente Dávalos con un piquete de tropa á ejecutar su traición.

—Dónde está el capitán? preguntó Dávalos.

—Acaba de irse al cuartel, mi teniente, respondió José con mucha calma.

El teniente se retiró; y ya se deja entender que no pudo dar palmada al capitán.

VIII

Verte, y morir.

En una tarde nublada y triste del otoño se hallaba el capitán sentado detrás de una vidriera de una casa situada por el rumbo de Belén. Estaba mas pálido que de costumbre, y sumergido en una honda cavilación. Habían transcurrido catorce meses, y durante ese tiempo los horrores de la miseria y del destierro habían pesado sobre él. Fugitivo de pueblo en pueblo, y sin esperanza de regresar al lado de su querida Pepita, tomó el partido de entrar ocultamente á México, y negociar por medio de algunos amigos su indulto; mas estos pasos no surtieron ningún efecto, y por consiguiente era necesario que permaneciera incógnito entretan-

to se ponian nuevos medios en accion para conseguir su perdon. Mientras, sus recursos se habian agotado enteramente, y se hallaba en el caso de no tener que comer al dia siguiente.

De esta especie de vértigo doloroso, lo sacó una voz que con acento entrecortado y conmovido, le dijo:

—Mi capitan, qué es eso? qué le sucede á vd. que está tan abatido y tan triste?

El capitan volvió la cara y se encontró con el asistente José.

—Buen José, le dijo, arrojándose á sus brazos.

—Mi capitan!

—Y Pepita? le preguntó tímidamente Luis, temiendo recibir una mala noticia.

—No hay por qué aflijirse, mi capitan, la señorita está aquí. La cosa es muy sencilla; hemos sabido por la carta última de vd., la situacion en que se hallaba. ensillamos los caballos, y ya estamos aquí. Todos buenos, la niña tan hermosa como siempre. El alazan gordo, qué brioso! y yo. aquí me tiene mi capitan; pero la niña espera con ansia.

El capitan como si acabara de salir de un profundo letargo se dejó conducir por el asistente, bajó al patio, montó en su antiguo caballo alazan, y á cabo de breve rato se halló en brazos de Pepita, que lo aguardaba en una de esas bonitas y modestas casas de la Piedad.

—Vamos, no tengamos pesares, ahora que despues de tanto tiempo nos volvemos á ver, le dijo Pepita limpiándose los ojos. Voy á enseñarte una alhaja que te

traigo, y dirigiéndose á la cama tomó en sus brazos una niña de pelo blondo, ojos azules y cutis fino y delicado. ¿Reconoces á tu hija, Luis? Pobre Matilde, ya sabe decir papá. Pepita mecía á la niña entre sus brazos, la aproximaba al capitan, y cuando él la queria tomar la retiraba y sonreía. Toma, toma y besa, y haz cariños á Matilde, continuó entregando la criatura á Luis, mientras voy tambien á demostrarte que soy una mujer económica.

Luis tomó en sus brazos á la niña, le besó la frente, los ojos, los pequeñitos y suaves labios, la estrechó contra su corazon, y corrió con ella por toda la pieza, brincando y saltando como un loco, y repitiendo: Pepita, Pepita, como si se le figurase que la criatura era un retrato, una miniatura de la que adoraba.

—Pepita volvió entretanto y puso en las manos del capitan unos cartuchos de onzas. Tú no debes estar muy rico ahora, Luis, y esto nos servirá para vivir algunos dias con descanso.

—Pero este oro, Pepita? preguntó el capitan alarmado.

—Este oro es el que me dejaste: he trabajado para vivir, y solo tomé alguna cantidad cuando esta buena alhaja salió al mundo. ¡Cómo sufrí sola, y con las ideas que me asaltaron de que te habias muerto! continuó apoyando su mórbida mejilla en el hombro de Luis.

Como despues de un año de ausencia mucho tendrian que decirse los amantes, dejémoslos platicar todavia tres horas mas, á cabo de las cuales el capitan con el corazon lleno de placer y de esperanza regresó

á su habitacion acompañado de José, y no volvamos á verlos hasta pasados ocho dias.

Reinaba entónces en México una fuerte epidemia de fiebres. Pepita, de constitucion robusta por una parte, y predispuesta con la irritacion y los trabajos de un largo camino, fué atacada de la enfermedad; pero durante tres dias lo disimuló por no alarmar á Luis. El cuarto le fué imposible levantarse, y considerando la cosa seriamente, envió á José en busca de Luis. Este llegó en efecto á poco: en cuanto lo vió Pepita, le dijo:—Tenia yo desde que llegué, una tristeza secreta, un desasosiego inexplicable; nada te habia dicho por que creí que eran preocupaciones, pero ahora conozco que era el presentimiento de mi muerte.

—De tu muerte, Pepita? tú deliras, eso no es verdad, tú estás hermosa, robusta, buena, completamente buena.

—Luis!

—Ah! eso no es posible; Dios no querría arrebatarte del mundo, no por mí, sino por este inocente.

—Luis, es forzoso resignarse. En cuanto á mí, deseaba únicamente verte y morir. Dios ha cumplido mi deseo; en lo demas, hágase su santa voluntad.

Pepita cerró los ojos y Luis le tocó la frente y los pulsos, y tuvo el doloroso desconsuelo de cerciorarse que la devoraba la calentura. Comenzó á pasearse á grandes pasos por la estancia, á golpear las paredes

con los puños y á proferir, ya maldiciones, ya plegarias á Dios.

—No hay tiempo que perder, Luis, exclamó Pepita con una voz débil. Mañana no estaré ya con mis sentidos cabales y es fuerza pensar en mi alma.

—Es verdad, es verdad, exclamó con despecho Luis.

—Búscame un confesor.

—Un médico.

—El médico servirá de poco; un sacerdote: Luis, mañana ya no será tiempo.

Luis corrió por un confesor y José por un médico; entretanto quedó Pepita al cuidado de unas buenas gentes que vivian frente á su casa.

José llegó con el médico, el cual la pulsó, la examinó minuciosamente y salió meneando la cabeza.

—Qué le parece á vd., señor doctor? le preguntó José.

—Que se disponga, porque mañana se declara una fiebre nerviosa, y no tiene remedio.

El capitan llegó con el sacerdote al tiempo mismo que se acababa de marchar el doctor.

Luis se retiraba para dejar sola á Pepita con el médico del alma; pero esta dijo:

—Mi confesion está dicha en dos palabras. He amado mucho á Luis, y no tengo otro pecado.

—Y yo, padre, el no haber legalizado con el matrimonio el amor de este ángel.

Pepita tendió su mano, Luis se la estrechó, y el sacerdote bendijo esta union. Despues escuchó la confesion de Pepita, y salió diciendo:

—En efecto, esta niña era un modelo de virtud.

A los tres días Pepita espiró, y su hija Matilde, como había mamado la leche de la enferma, murió también en el seno de su madre.

Luis regaló á José los caballos y el dinero, y se encerró en el convento de San Diego de Tacubaya, de donde no salió sino al cabo de mucho tiempo.

EL BIBLIOTECARIO.

GRANADITAS

RECUERDOS HISTÓRICOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—En efecto, esta niña era un modelo de virtud.

A los tres días Pepita espiró, y su hija Matilde, como había mamado la leche de la enferma, murió también en el seno de su madre.

Luis regaló á José los caballos y el dinero, y se encerró en el convento de San Diego de Tacubaya, de donde no salió sino al cabo de mucho tiempo.

EL BIBLIOTECARIO.

GRANADITAS

RECUERDOS HISTÓRICOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



GRANADITAS.

UNA de las jornadas mas deliciosas que puedan hacerse en Diligencia por el Interior de la República, es la de Querétaro á Guanajuato: entiéndase esto á la buena estacion del año, pues cuando las aguas están muy avanzadas, las vertientes de toda la serranía inundan lo que propiamente merece el nombre de Bajío, y las cuarenta y dos leguas que hay de camino forman materialmente una sucesion de lagunas y de atolladeros donde es molestísimo y aun á veces imposible caminar. Pero no quiero conducir á mis lectores por en medio de los tristes nubarrones y de las recias tormentas que se forman en las crestas elevadas de los Andes mexicanos en los meses de Junio á Setiembre, sino por el contrario, en esos días diáfanos y puros

del mes de Abril, en que la naturaleza rejuvenecida, galana y bellísima, parece una égloga de Virgilio, un canto de amor de Lamartine. Entonces al entrar á Querétaro se percibe la ciudad, meciéndose materialmente entre las copas de los árboles, y al salir se divisa como una canasta de flores, resplandeciendo las velas de las torres y las cúpulas de los cimborrios, con esa luz dorada, viva y trasparente del cielo de México. El camino, á poca distancia de Querétaro, es perfectamente plano é igual, y la Diligencia volando pasa por una sucesion de calzadas y de bosques de mesquite y de huizache, salpicados con flores y matas silvestres. No es en verdad la perspectiva voluptuosa y oriental de los bosques de liquidámbar y guayaba de Jalapa; pero sí una sucesion no interrumpida de paisajes tranquilos, de escenas de sosiego y de paz, que hacen gozar al alma de una suave delicia. En los bosques de Jalapa es preciso recordar el amor, las pasiones enérgicas y violentas, que hacen de la vida un sabroso martirio. En las llanuras del Bajío se medita en la vida quieta, en la paz doméstica, en la existencia profunda y silenciosa de los campos. De los plantíos de naranjos y plátanos de Jalapa, cree uno ver salir una de esas jóvenes ardientes, de ojos negros y de sonrisa fascinadora, que nos prometen con sus miradas y con su voz sonora, un mar de delicias, un paraíso en la tierra. En los valles extensos y verdes del Bajío cree uno ver vagar una de esas figuras pálidas y resignadas de una madre de familia que tiene su amor en sus hijos y su pensamiento en Dios. Tales son las ideas que me han

ocurrido, cuando en diferentes ocasiones y épocas de mi vida, me he visto por una y otra parte metido en una Diligencia, con compañeros absolutamente desconocidos y extraños, y redutido á encerrarme en mis propios pensamientos y á entretener el cansancio del camino con estas meditaciones interiores.

El Departamento Guanajuato es uno de los mas ricos y mas hermosos de la República. La Providencia sin duda en un momento de buen humor sacudió sus manos sobre ese pequeño rincon de tierra, y cayó el oro y la plata en las montañas, y los gérmenes de vida en los valles y cañadas. Así el viajero ve una sucesion de sementeras de caña, de maíz, y unos inmensos trigales que agitan sus espigas amarillas, y forman oleaje como un océano, donde los granos producen hasta doscientos por uno, y observa que el límite de estas llanuras es la cordillera, atravesada toda como un cuerpo humano, de arterias de plata y oro. La agricultura y la minería se dan la mano: el minero y el labrador duermen en una misma cabaña. Esto es prodigioso, y parece ya imposible aglomerar en un pequeño espacio de tierra mas elementos de vida y de prosperidad.

Luego que se ha pasado por el frondoso pueblito de Apaseo, que se ha visto el magnífico puente y el bellísimo Cármén de Celaya, que se ha recorrido rápidamente á Irapuato, desaparecen las haciendas y las llanuras; el paisaje cambia totalmente. El carruaje va sobre los cerros, y delante se ven otros cerros altísimos y majestuosos. En el corazon de esas montañas está edificado Guanajuato, ó mas bien, incrustado en

las peñas como un mosaico. Pasada la cañada de Marfil, que es un verdadero laberinto, se entra á Guanajuato; pero Guanajuato no se ve hasta que se halla uno dentro de sus calles.

La entrada de Guanajuato es por una calzada de piedra bien construida. A la izquierda se nota inmediatamente un extenso y bello edificio cuadrado, de gruesas paredes, altas almenas, y que por las cornisas y troneras que tiene, puede conocerse á primer vista que fué construido con el fin de que sirviera de fortaleza. En efecto, creo que la primera intencion fué esa; mas despues se dedicó á que sirviera de alhóndiga para encerrar los granos, y hoy tiene simplemente el prosáico nombre de fábrica de cigarros. Sea lo que fuere, fortaleza, alhóndiga ó fabrica de cigarros, Granaditas ha pasado ya al dominio de la historia, pues pasaron dentro de este edificio algunos de los acontecimientos mas terribles que pueden citarse en la historia de la independencia de México.

El movimiento que comenzó en Dolores la noche del 16 de Setiembre de 1810, bajo la direccion de D. Miguel Hidalgo, se aumentó mas de lo que el gobierno español esperaba, y aun acaso sobrepujó á las esperanzas del mismo caudillo insurgente. El pueblo en esta ocasion, á semejanza de esas figuras fantasmagóricas que aparecen del tamaño de una mosca, y rápidamente toman una forma gigantesca, se presentó grande, imponente y terrible. El dia 16 á las once de la noche, menos de una docena de hombres gritaron LIBERTAD, y el 19 habia delante de Guanajuato cerca

de 20,000 hombres. Una vez que el dedo de Dios traza un camino á los acontecimientos, no está en el poder de los hombres volver atrás.

Dejemos por un momento esa masa de hombres desorganizados, y sin armamento ni disciplina; pero que se agitaba, rugia, lanzaba muerte y destruccion, como esas hidras fabulosas, y entremos un momento á Guanajuato.

Luego que cundió la noticia de la llegada del ejército insurgente, la conmocion fué grande; aquellas calles angostas y pendientes de Guanajuato, se llenaron de gente, que corria en todas direcciones, se atropellaban y preguntaban temerosas cuál seria la suerte de la poblacion. Muchos españoles que calcularon que las cosas no habian de pasar muy bien, tomaron su resolucion definitiva, y recogiendo parte de sus intereses y poniendo en seguridad el resto, se marcharon de la ciudad por los caminos no ocupados por las tropas insurgentes. Esta emigracion produjo una consternacion difícil de pintar; pero fué forzoso que quedaran los que no tenian posibilidad de huir, ó los que demasiado entusiasmados por la causa del rey, creian en la victoria.

Por entonces el conflicto hubiera sido mucho mayor, si un hombre sobreponiéndose al peligro y aun á sus opiniones privadas é íntimas, no hubiera con su actividad y sangre fria asegurado mediamente á la ciudad. Este era el intendente Riaño, y del cual es forzoso hablar dos palabras. Riaño era uno de esos tipos raros, donde por una feliz concurrencia de circunstan-

cias están reunidas las cualidades mas brillantes, tanto físicas como morales. Hombre de instruccion, de experiencia y de buen juicio, comprendia perfectamente que los pueblos, como las familias, es forzoso que trascurriendo un número dado de años, mas ó menos corto, se emancipen y formen otra sociedad. Esta reproduccion continua, esta indispensable formacion, es la que ha criado las naciones y ha dividido al mundo en pequeñas porciones. Así, pues, en el fondo de su conciencia, no solo opinaba por la causa de la independencia, sino que calculaba que una vez encendido el fuego, solo se apagaria con los escombros y las ruinas del gobierno colonial; mas español y caballero, leal ante todo, como esos soldados casi fabulosos é increíbles, que seguian á Gonzalo de Córdoba, en los momentos de peligro acalló la voz de su corazon, y no escuchando mas que el grito del deber, que como primer funcionario público le obligaba á defender al gobierno, se preparó á una obstinada resistencia, calculando que el resultado no podia ser otro sino sucumbir. Así sucedió; Riaño trazó el plan para edificar el fuerte de Granaditas, sin pensar que erigia su sepulcro. Siempre es un dolor que el destino reserve un fin trágico á esos hombres, que cualquiera que sea su creencia política son un modelo de honor y de virtudes. Mas volvamos á nuestra narracion.

Riaño, con una actividad increíble mandó abrir fosos en las calles, construir trincheras, animó á los moradores, ya decaidos y abatidos, y puso sobre las armas cuanta fuerza le fué posible. Ejecutadas estas me-

didas, en las que empleó tres dias y tres noches, sin dedicar ni una sola al descanso, pasó revista á sus tropas, y aguardó mas tranquilo los acontecimientos. Una circunstancia vino á alarmar al gefe y á los propietarios. Pensaron, y racionalmente, que la fuerza era muy corta para defender la ciudad, y en este concepto las tropas insurgentes se derramarían por algunas calles, entregándose á la matanza y al saqueo. La cosa era urgente; así es que despues de un largo debate entre los personajes de mas categoría y Riaño, se decidió que los caudales del gobierno y los de los particulares que quisieran, se encerrarían en el fuerte de Granaditas, y allí la defensa se haria con éxito. La medida no hubiera sido del todo mala, si Granaditas no se hallara dominado por el cerro del Cuarto y otros edificios; pero como ya no era posible mas dilacion, se adoptó la medida que va referida. Inmediatamente comenzó á trasportarse dinero, plata y oro en pasta, baulles de efectos preciosos, alhajas, ropa, y en una palabra, cuanto tenían de mas valor y estima los riquísimos comerciantes, mineros y propietarios de la ciudad. En los dias 25 y 26, una cadena no interrumpida de cargadores, estuvo entrando al fuerte y depositando los tesoros en las salas mas cómodas y seguras del edificio. Esta tarea concluida, ya que no habia mas tesoros que encerrar, se introdujo maíz y otros víveres, y los dueños con sus armas y municiones entraron en el edificio, cerraron con dobles cerrojos y con fuertes trancas las puertas y esperaron al enemigo.

Este no se hizo aguardar: en cuanto al pueblo, no

era difícil pensar lo que haría, tanto más, cuanto que también tenía un caudillo esforzado que lo guiara. Este era un muchachillo de poco más de veintinueve años, pelo rubio, ojos azules y fisonomía inteligente y picaresca. Había sido peon en las minas, y después barretero; poseía como toda esta gente ocupada en recios y peligrosos trabajos, un grado de valor y de audacia casi prodigiosos. Luego que el cura Hidalgo se aproximó á Guanajuato, el atrevido muchacho salió á reconocer la clase y número de gente de que se componía el ejército invasor, y con aquel instinto natural que muchas veces excede á los cálculos de la ciencia y de la política, pensó que el negocio iba á ser funesto á los guanajuatenses. En consecuencia, el muchacho se dirigió á Mellado, allí tomó una tea, y descendiendo rápidamente por aquellas lóbregas cavernas, comenzó á gritar: «á fuera muchachos; ya tenemos independencia y libertad.» Los barreteros no comprendían absolutamente el sentido de estas palabras; mas el muchacho les añadió: «que una vez entrado el cura Hidalgo, como de facto entraria vencedor en Guanajuato, los tesoros encerrados en Granaditas serian del pueblo.» Desde aquel momento no hubo más que una voz: *afuera muchachos: á Granaditas!* Aquellos hombres ya preparados á la furia y á la matanza, abandonaron sus trabajos, desoyeron la voz de los capataces y salieron de las minas vociferando palabras de muerte y de exterminio. Algunas bandadas de hombres se dirigieron al cerro del Cuarto, al de San Miguel y á diversas alturas, y otros se desparramaron por las calles de

Guanajuato y cercanías de Granaditas, formando grupos silenciosos y afectando una especie de indiferencia fría y terrible. Riaño, que había contado con el auxilio de la plebe, miró con pavor estas masas de gentes que amenazaban con su silencio terrible, y se convenció que no tenía ya que esperar más auxilio que el de Dios.

El 28 se presentaron como comisionados de Hidalgo, el coronel Camargo y el teniente coronel Abasolo. En la trinchera de la calle de Belén fueron detenidos; y habiendo manifestado el primero que deseaba entrar al fuerte y hablar verbalmente á Riaño, se le vendaron los ojos, y en esta forma se le condujo hasta la sala, donde reunida una especie de junta de guerra se discutía lo que sería conveniente resolver. Abasolo no quiso aguardar y se retiró al campo insurgente.

—Estais en disposicion de hablar, señor coronel? dijo Riaño á Camargo, con voz afable y serena: decid el objeto de vuestra comision.

Camargo sacó un pliego cerrado, y sin contestar palabra lo entregó á Riaño; este lo abrió, lo recorrió rápidamente con la vista, y luego volviéndose á los que componían la junta, les dijo:—El cura Hidalgo me manifiesta, que habiéndose pronunciado por la libertad, un numeroso pueblo lo sigue.....

Un rumor sordo circuló entre los circunstantes: Riaño, que lo advirtió, prosiguió con calma:

—Hidalgo quiere evitar la efusion de sangre, y nos amonesta para que nos rindamos, garantizando nuestras vidas y propiedades; leed:

El oficio se leyó en voz alta por un individuo; un silencio profundo sucedió; ni el aleteo de una mosca se escuchaba, y si acaso un ténue ruido que provenía del latido del corazón de aquellos hombres, cuyos rostros lívidos y descompuestos, cuyas miradas tristes y descarriadas anunciaban que estaban poseídos de espanto y de pavor.

Riaño, que notó estos sentimientos, continuó con voz tan tranquila y dulce, como si estuviera en una conversacion familiar:—Mi deber como magistrado me ha obligado á tomar algunas medidas de defensa; pero esto no quiere decir que vdes. deban sacrificarse á mis ideas, á mis caprichos. El ejército de Hidalgo puede ser muy numeroso; traerá sin duda artillería, y en este caso, la resistencia es inútil y pereceremos.....

—Es verdad, dijeron dos ó tres voces.

—En ese caso, vale mas rendirse que no hacer una necia resistencia.....

Hubo un silencio de algunos instantes, durante los cuales Riaño y Camargo cambiaron una mirada de alegría, hasta que una voz ronca y firme gritó:

—No: nada de capitulacion; nada: *vencer ó morir*.

—Sí, *vencer ó morir*, clamaron tambien los demas, animándose súbitamente.....

—Sí, enteramente.....

—Entonces, como español y como gefe, vereis que sé cumplir con mi deber. Una vez que sé vuestra opinion, no tendreis que quejaros de mí. Al decir esto, sentóse en una mesa y escribió la contestacion negativa, y levantándose la dió al coronel Camargo, sin que

una sola faccion de su rostro se alterara; sin que su voz perdiera ni su firmeza, ni su dulzura; sin que una sola de sus miradas pudiese revelar lo que pasaba dentro de aquel hombre que veía ya el sacrificio muy cercano.

—No habrá ya medio de allanar estas cosas mejor? dijo Camargo.

—Ninguno; esta gente no vuelve atrás, y yo no puedo tampoco hacerles mas instancias; dirian que soy un cobarde. Camargo fué llamado á almorzar en compañía de Iriarte y de algunos otros españoles; cuando hubo concluido, se dirigió á Riaño:

—Conque por fin.....

—Está ya dada la respuesta, le dijo Riaño; pero añadid á Hidalgo, que á pesar de la desgraciada posicion en que nos encontramos por la diferencia de nuestras opiniones, le agradezco en mi corazón su amistad, y acaso aceptaré mas tarde su proteccion y asilo.

Camargo y Riaño se estrecharon la mano: despues vendaron los ojos al primero y lo condujeron así hasta afuera de la trinchera.

—Ahora, dijo Riaño con voz de trueno, y mirando que todos permanecian en la inaccion, es menester defenderse; y pues no hay otro remedio, morir como buenos españoles. Inmediatamente dió sus disposiciones y formó á toda la tropa disciplinada en la plazoleta de la Alhóndiga; á los que tenian mejores armas los colocó en las troneras del edificio, y otra porcion la destinó á la noria y azotea de la hacienda de Dolores, que se comunicaba con Granaditas y dominaba la calzada.

En cuanto al ejército insurgente, luego que llegó Camargo con la contestacion negativa, un solo grito se dejó oír, y fué el de «mueran los gachupines,» y aquella masa enorme de hombres armados con picas, palos y machetes, comenzó á moverse. Era una larga serpiente, la que retorciéndose por los cerros y por el camino se dirigia á Granaditas. A la una del día ya la multitud habia ocupado todas las alturas que dominan á Guanajuato, y los sitiados podian oír los gritos de furor, que de vez en cuando lanzaban los enemigos, y ver las banderolas azules, amarillas y encarnadas, formadas con mascadas, y que eran los estandartes á cuyo rededor se agrupaba todo el populacho. Los españoles de la hacienda de Dolores dispararon algunos tiros y mataron á tres indios. Esta sangre fué como la chispa que necesitaba esta inmensa cantidad de combustible. Un clamor tremendo se escuchó, que fué reproduciéndose desde las cercanías del fuerte, hasta la vanguardia de los insurgentes, y una lluvia de piedras cayó inmediatamente sobre los sitiados.

El ejército se dividió en dos trozos, uno de ellos se dirigió al cerro del Cuarto y á las azoteas y alturas vecinas, y otro al cerro de San Miguel. Los grupos de barreteros que habian aguardado inmóviles y silenciosos el principio de este sangriento festin, se levantaron como impulsados por una máquina y corrieron á reunirse con los insurgentes y hacer altísimas trincheras de piedras. Un trozo de caballería se dirigió á las prisiones, puso á los criminales en libertad, y recorriendo las calles, rompiendo puertas, y arrollando cuan-

to encontraba á su paso, volvió finalmente, aumentado con mucha plebe, al lugar del combate. A las dos de la tarde todo el pueblo de Guanajuato se habia hecho insurgente: los únicos realistas eran los que estaban en la Alhóndiga. En cuanto á las gentes temerosas y pacíficas, se habian encerrado en sus casas, asegurando las puertas con los colchones y trastos, y esperaban con la agonía en el corazon el desenlace de este horrible drama.

Puede asegurarse que desde la conquista hasta hoy, el único movimiento verdaderamente popular que ha habido en México, es el de Guanajuato. Quiero que por un momento el lector se figure colocado en un punto dominante de Guanajuato, y trasladándose con la imaginacion al momento en que estos sucesos pasaban, contemple aquellas masas enormes de gente, gritando furiosas, conmoviéndose agitadas como las olas de un mar tempestuoso, cayendo en un profundo y momentáneo silencio, para tronar despues de la explosion de las armas de fuego que disparaban los enemigos, como las nubes que con el contacto eléctrico revientan lanzando mil rayos. En efecto, aquellas montañas se movian, aquellos edificios tenian voz; de aquellas profundas grutas salian aullidos horribles, aquellas calzadas parecian agitarse, levantarse y estrellarse contra el punto defendido por los españoles. Eran los elementos, eran las materias inertes las que se animaban; eran los peñascos los que pretendian lanzarse solos en el aire y caer sobre los enemigos. Cualquiera que á sangre fria hubiera visto

estas escenas, habríase creído presa de un vértigo, al contemplar una vision que tenia mucho de sobrenatural y de fantástico. . . . A las dos de la tarde, el ataque estaba en toda su fuerza: las descargas de piedras no cesaban, y continuamente se veía en el aire una nube de pequeños peñascos que caía en la azotea de Granaditas, como si los cerros hubieran estado haciendo una erupcion. En cuanto á los sitiados, no recibían mucho daño físico, por estar á cubierto en las troneras y bardas. De tiempo en tiempo se suspendía instantáneamente la lucha, y sitiados y sitiadores guardaban un silencio profundo: un casco de fierro de azogue hendía los aires y caía sobre la multitud que se apartaba, se postraba en tierra: despues, cuando el frasco relleno de pólvora reventaba y hacia un estrago espantoso, rompiendo el cráneo, y los brazos y piernas de los desgraciados que estaban cerca, aquella masa infinita se oprimía, se lanzaba hasta las trincheras, arrojando alaridos de venganza. En estos momentos, los españoles aterrorizados no tenían fuerza ni para mover el gatillo de sus fusiles. A poco, el ruidoso estruendo de la fusilería, los gritos y algazara se aumentaban de una manera tal, que se oía en todo Guanajuato. Riaño entretanto, con la serenidad y sangre fria que lo caracterizaban, recorría los puntos de mayor peligro, animaba á los defensores del fuerte, y hacia escuchar su voz de trueno para dar sus disposiciones: su valor llegó á tal grado, que habiendo visto que un centinela habia abandonado el puesto y dejado el fusil, lo tomó y comenzó á hacer fuego. Allí terminó la existencia

de este leal español: una bala certera le atravesó la frente, y cayó moribundo y cubierto de sangre.

El cuerpo de Riaño fué conducido al interior del fuerte, y retirándose tambien la tropa situada en la plazuela, cerraron la puerta y la atrincheraron cuanto fué posible. El hijo de Riaño estaba en el fuerte. Luego que vió el cuerpo de su padre desfigurado y cubierto de sangre se arrojó á abrazarlo, lo regó con sus lágrimas y exhaló las mas dolorosas quejas; y luego acometido de un furor inaudito quiso exprimirse una pistola en el cráneo.

—Qué haceis? le dijo uno: vale mas que antes de morir vengueis á vuestro padre. Cerca están los enemigos; id, la sangre y la matanza calmarán vuestro dolor.

—Decís bien, decís bien, contestó soltando la arma: necesito sangre, necesito venganza. Al acabar estas palabras se dirigió á la azotea, desde donde continuamente arrojaba frascos de azogue llenos de pólvora.

El generalísimo Hidalgo miraba pasmado esta conmocion horrible del pueblo, en que todas las pasiones hervían ardientes é imponentes en los corazones, y conocia que no podían concluirse estas escenas sino con la toma del fuerte; así, dirigiéndose al leperillo vivaracho de que se ha hablado al principio, le dijo:

—Seria bueno quemar la puerta de la Alhóndiga, Pípila.

—Ya se ve que sí, contestó el muchacho, dejando asomar una sonrisa en sus labios.

—Pues la patria necesita de tu valor. . . .

Pípila, sin contestar una palabra, tomó una gran losa, y poniéndola en sus espaldas cogió una tea en las manos, y así se fué acercando á la puerta. Los espectadores contuvieron el resuello, y todos los ojos se fijaron en el atrevido muchacho. En cuanto á los del fuerte, hicieron caer una lluvia de balas sobre Pípila; pero todas se estrellaban en la losa, de suerte que llegó á la puerta y arrimó la tea.

En este momento una bandera blanca flotó en lo alto de las almenas, y varias voces gritaron: «se han rendido: paz, paz;» pero algunos de los que guarnecían la hacienda de Dolores, ignorando esto hicieron fuego. Entonces un grito terrible de «traicion» se hizo oír, y los insurgentes se agolparon á la puerta, que ya incendiada no tardó en arder y caer á pedazos.

Por en medio de las llamas y de los escombros se precipitó el pueblo con puñales y hachas en la mano, y derramándose por patios, escaleras y salones comenzó á ejecutar una horrible matanza. Unos se defendían obstinadamente, otros abrazados de las rodillas de algunos sacerdotes pedían á Dios misericordia, y sucumbían traspasados á puñaladas. Los que guarnecían la hacienda de Dolores, viendo que los enemigos habían destruido un puente de madera de la puerta falsa, se replegaron á la noria, y allí se defendieron desesperadamente; pero acosados y oprimidos por la multitud, tuvieron que sucumbir, arrojándose muchos en la noria.

A las cinco de la tarde un río de sangre corría por las escaleras y patios de Granaditas, y uno que otro

había escapado, ocultándose debajo de los cadáveres. En cuanto á las riquezas que había encerradas, fácil es concebir lo que sucedería con ellas. En una hora desapareció el inmenso caudal aglomerado durante muchos años por los propietarios de Guanajuato.

En la noche, toda esta multitud frenética se desbandó por las calles, y recorría con teas y puñales en la mano, saqueando las casas, sacando de las tiendas los barriles de licores y entregándose á todo género de excesos.

Hidalgo tuvo mucho trabajo para contener estos desórdenes con que se anunció la Independencia de México. Como si el pueblo en aquella vez hubiera tenido presentes los tiempos primeros de la conquista, la matanza de Santiago y el asesinato de Guatimoc, se vengaba de una manera inaudita. ¿Acontecerán siempre estos hechos históricos, y las culpas de los padres caerán irremisiblemente sobre las cabezas de sus hijos?



EL LUCERO DE MÁLAGA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL LUCERO DE MÁLAGA.

Si los lectores no lo saben, es menester que lo sepan. Málaga es un puerto de España, situado en la costa del Mediterráneo, y el puerto mas bonito, mas concurrido, mas alegre de la Península, excepto Cádiz.

Málaga tiene fama por sus buenos vinos, por sus pescados, por mil cosas; pero mas que todo, por las muchachas que produce su suelo, mas hermosas que las flores, mas gallardas que las palmas, mas sabrosas... que el mismo vino de Málaga, que es cuanto hay que decir.

Entre las lindas hijas de Málaga, habia una mas linda que todas; y no era sin embargo un prodigio, como podrá juzgarse de su retrato. Ojos picaruelos y negros, que cuando miraban despedian rayos; boquita con sus

labios encarnados y suaves; nariz.... su nariz era como todas las narices, que no son ni corcovadas, ni sumamente agudas, ni defectuosamente chatas. Las mejillas de Paquita, que así se llamaba la malagueña, eran primorosas. La salud, la frescura, la juventud, estaban rebotando en ella, sin hacer mérito de lo mas gracioso, es decir, de dos hoyuelos donde un poeta clásico habria albergado un nido de Cupidos. Si á estas facciones del rostro de Paquita se añade un pelo negro, lustroso, delgado y abundante, y una tez apiñonada, tendremos un conjunto muy agradable.

Paquita, como además de todo esto tenia diez y seis años, un talle de abeja, un aire garboso, un aquello.... un *no sé qué* en su voz, en sus movimientos, en la expresion de su rostro.... Paquita no era despreciable; y examinándola con mas detencion, se hubiera podido tambien admirar en ella un pié de niña y una pantorrilla torneada. ¿Qué autor de romance pinta á su heroína con un pié inglés?

La historia de Paquita puede contarse en dos palabras. Su padre era un atrevido marinero, y su madre una honrada paisana: ambos idolatraban en Paquita

y procuraron darle una educacion esmerada. Le enseñaron de niña á rezar, á coser, á bordar y á leer; pero cabalmente lo que no enseñaron á Paquita fué lo que mejor aprendió; mas claro, Paquita bailaba primorosamente á los doce años, y dia por dia aumentaba en este ramo su talento, hasta el grado de que muchas gentes honradas aconsejaban al padre y á la madre que llevara á Paquita al teatro de Cádiz ó de Madrid, y que haria una gran fortuna, ó se trasformaria en una duquesa ó marquesa, porque los duques y marqueses de Europa siempre han gustado del baile muchísimo. Ya se deja entender que á los quince años Paquita era un primor; tanto, que todos los mancebos mas guapos del puerto le llamaban el Lucero de Málaga, y todos aspiraban á ser, no solo sus adoradores, sino sus maridos. ¡Pobre Paquita! Si á veces suele salir malo un marido, ¿qué será cuando se trate de muchos? Desde que nació, hasta los diez y seis años, Paquita habia pasado una vida completamente feliz; pero la vida, como el mar, tienen sus variaciones continuas; y además, si la historia de Paquita no tuviera mas incidentes, aquí acabaria mi penosa tarea.

La noche del cumpleaños de Paquita, que era nada menos que el dia de Santa Genoveva, pues se llamaba María Josefa Genoveva, hubo en casa del viejo mari-

nero un lucido baile, y á él concurrió lo mejor de la juventud marinera de Málaga. Figúrese el lector á Paquita vestida de curra, con su corpiño de seda entallado perfectamente, y que dejaba lucir á las mil maravillas su cintura de abeja: su traje apenas le llegaba al tobillo, y sus piés ligeros apenas tocaban el pavimento, y luego bailó boleras y fandango... ¡Jesus!... Quien hubiera asistido al baile y contemplado despacio tanto hechizo y tanta perfección, habría confesado que había mucha razón en llamar á tan primorosa criatura el Lucero de Málaga. El baile estuvo magnífico: la pompa régia de un trono era nada junto á la casa del marinero. No había diamantes ni grandeza real; pero los ojos, la sonrisa, las gracias de Paquita valían un mundo entero. Se cantó, se bailó, se bebió alegremente, todo en celebridad del cumpleaños de la muchacha.

IV

Paquita esa noche era completamente feliz. Estaba bailando, y esto basta para formar la felicidad de una mujer; pero el diablo que en todas las cosas se mezcla, quiso dar otro giro á la vida de Paquita. Como decíamos, el diablo metió tan terribles celos en el cora-

zon de dos de los mancebos que asistían al baile, que en el discurso de la noche buscaron mutuamente la ocasión para entrar en una riña. Como los dos eran robustos, y jóvenes, y vigorosos, y les hervía la sangre en las venas, encontraron fácilmente ocasión de venir á las manos; y los acentos dulces de las guitarras fueron interrumpidos repentinamente por furiosos gritos y maldiciones. Todo se puso en movimiento, y la confusión mas horrenda siguió inmediatamente. Varios de los concurrentes procuraron ayudar á separar á los contendientes; pero ¡bah! buena empresa es querer tranquilizar la sangre española. Algunos de los contendientes tenían armas, y la sangre corría por el patio de la casa. En medio de esta confusión apareció un hombre de talento, un varón justo que se llamaba Pablo. Confesaba y comulgaba cada ocho días, no levantaba los ojos del suelo, y Paquita solía darle algunas veces una palmadita en el hombro llamándole con voz meliflua, Luisito Gonzaga. Ese varón justo, que vio que todos se herían y se mataban, que ninguno se entendía, que la madre clamaba á los santos del cielo, que el padre procuraba con todos sus esfuerzos aplacar la tormenta, y que Paquita, pálida y casi sin vida, yacía desmayada en el suelo, tomó el mejor partido para cortar disputas y poner en paz á todos. ¡Oh varón sabio! y cuánto te asemejas á nuestros hombres públicos, que cuando menos se piensa dan un golpe de alta política.

V

Los lectores tendrán curiosidad de saber lo que hizo Pablo. Pues les diremos en una palabra, que el golpe de alta política que dió Pablo fué robarse á la muchacha. Envolvióla en el primer lienzo que encontró, echó sobre sus fuertes hombres su preciosa carga, y con la mayor calma del mundo salió de la casa, y se encaminó al puerto. Por el extremo opuesto venia ya ahogándose la justicia á poner fin á la tragedia. La justicia, que es en los casos graves inexorable, sentenció que todos debian ir á la cárcel; y buenos y sanos, y lastimados, que eran los mas, en el mejor orden fueron disponiéndose á obedecer. Entonces la madre con voz dolorida y echándose de rodillas ante los alguaciles, exclamaba: mi hija Paquita no, el Lucero de Málaga no va á la cárcel.—Pero, ¿quién es Paquita? adónde está? respondieron los ministros de justicia. Entonces comenzaron á buscar por todos los rincones, por todos los lugares imaginables, hasta en los agujeros de las cerraduras. Paquita, debe suponerse que no pareció, y nadie, nadie se atrevió á pensar mal del virtuoso Pablo. El padre furioso queria estrellarse la cabeza contra las paredes. La madre cayó sin sentido, exclamando: mi hija, mi pobre hija, ¿dónde estás?—Una madre es tan buena y tan amorosa con sus hijos....

VI

Pablo, que parece que tenia meditado el lance, y que era hombre de expedientes infinitos, consideró que el desmayo de Paquita podria pasar pronto. Así, para prolongarlo, sacó un pomito de la bolsa, é hizo tragar á Paquita algunas gotas: despues depositó su carga á bordo de un buque frances que iba á darse á la vela para el Archipiélago; y muy tranquilo con el buen éxito de su empresa se retiró á su camarote á dormir.

A la mañana siguiente despertó Paquita, se restregó los ojos, miró como espantada á todas partes, tentó con sus manitas torneadas el camarote y la débil tabla de madera que la separaba de las ondas; despues, exhalando un suspiro se alzó el cabello negro, que en graciosas ondas caía sobre su frente y mejillas, y lanzando un profundo gemido cayó de nuevo en la tosca almohada, cubriendo con sus manos sus negros ojos que se cerraron paulatinamente. A poco, Paquita se levantó de nuevo; pero con un vigor desusado en una muchacha, gritó: ¿dónde estoy? qué infamia se ha cometido conmigo? dónde está mi padre y mi madre?.... ¡Oh! pronto, pronto volvedme á mi casa. El virtuoso

Pablo estaba de rodillas delante de Paquita, confuso, atemorizado, y temblando como el reo ante su juez.

—Vamos, Pablo, dime por qué estoy aquí, repitió la muchacha con voz imperiosa.

—Estás aquí, Paquita, porque te he salvado la vida por un milagro de la Providencia: sí, te he arrancado de las manos de los asesinos. Si por esta buena acción quieres maldecirme, todo lo sufriré con resignación; pero jamás, jamás me arrepentiré de haber obrado bien. Esto lo decía el mancebo con un acento de verdad tan grande, que Paquita lo creyó por un momento. Había también la circunstancia de que Pablo no era un joven del todo despreciable. Rollizo, con unas mejillas encarnadas, unos ojos melancólicos y rasgados, una dentadura de marfil, parecía una de esas buenas pinturas con que los maestros españoles han inmortalizado su nombre.

Paquita algo más tranquila, pudo preguntar á Pablo, adónde iban.

—Al Archipiélago, contestó este.

—Al Archipiélago! repuso Paquita azorada; ¡oh! no. Ese debe ser un lugar horrible: yo quiero volver á mi casa á vivir con mi padre, con mi buena madre.

Tus padres están muy seguros, Paquita hermosa, y pronto volverás á verlos; mas por ahora es preciso ir al Archipiélago. Es un país muy hermoso, que pertenece á los griegos, y también puede ser que veas á los turcos.

Paquita no muy satisfecha con las explicaciones geográficas de Pablo, permanecía silenciosa, y este con

la más dulce voz procuraba persuadirla que el Archipiélago era un jardín. ¡Oh! yo no quiero ver á los turcos ni á los griegos; quiero ir á mi casa, á mi puerto de Málaga, mis españoles queridos. Paquita se puso á llorar como una niña.

Todo el día se pasó en estas explicaciones: á la tarde, como el viento estaba fresco, la mar tranquila y el cielo despejado y azul, Paquita consintió en subir sobre cubierta. El capitán, el piloto, hasta los muchachos grumetes se encantaron con ella, y se disputaban la honra de adivinar sus pensamientos. El virtuoso Pablo estaba devorado interiormente de fuertes celos.

VII

La «Cornelia», que así se llamaba la fragata francesa en que navegaba la linda malagueña, además de tener un nombre histórico, era muy velera, y cuando el viento refrescaba un poco, la «Cornelia» extendía sus alas y volaba sobre la superficie de las aguas como un pájaro fantástico. Paquita, triste unas ocasiones, alegre otras, llorando cada vez que se acordaba de su patria y de sus parientes, iba pasando los días, y ningún incidente digno de atención ocurrió. En la isla de Malta se detuvo dos días la «Cornelia» para hacer agua y provisiones frescas, y siguió su viaje sin que Paquita

por nada de este mundo hubiese consentido en bajar á la tierra de los famosos y renombrados caballeros.

El capitán de la «Cornelia» por miedo de los piratas, turcos y griegos, no enderezó la proa al mar Jónico, sino que siguiendo el Mediterráneo costó la isla de Candia, dobló el cabo de Salomon, y entró al Archipiélago por entre las islas de Scarpando y de Rodas. Mas todas esas islitas, bahías, y puertecillos de la costa del Asia, son otros tantos nidos de piratas, y la «Cornelia» se vió impensadamente rodeada de enemigos. Apeló á sus alas y logró salvarse por aquel momento y ponerse fuera del alcance de sus perseguidores. Pablo comenzó á pensar seriamente que su situación era bastante crítica, y que en un momento de desgracia podía un desalmado pirata robarle á su preciosa alhaja. Como hombre de resolución, resolvió declararse en la noche misma, y de grado ó por fuerza hacer que Paquita uniese su destino al suyo.

La noche que escogió para poner en planta su determinación, era una de esas noches claras, limpias y hermosas, en que las estrellas del cielo se retratan en las aguas de la mar.—El viento perfumado de las islas griegas venia de vez en cuando á bañar el rostro de la muchacha; y Pablo, sin acordarse ya del riesgo de los piratas, respiraba el aliento de la malagueña y bebía en sus ojos un mundo de ardientes ilusiones. Pablo no era un mozo vulgar; habia recibido esmerada educación; y sea dicho de paso, tenia el dinero necesario para sufragar los costos de un rapto, y además la picaba de erudito.

Mira, Paquita, con la luz del día verás las tierras mas poéticas del mundo. Por estas islas anduvieron largos años los dioses, y Vénus, y Vulcano, y Psiquis y Hebe, y otra porción de muchachas alegres tuvieron sus aventuras amorosas. Despues verás á Atenas y á Tebas, y el paso de las Termópilas, donde los griegos se portaron como nosotros en el sitio de Zaragoza.

¿Pero qué se han hecho esas diosas y esos dioses, que ahora por rareza los oigo nombrar? preguntaba Paquita con mucho candor.

—Se murieron todos, Paquita, respondió Pablo: solo Dios y la Virgen de Atocha son inmortales, contestaba Pablo con tono sentencioso.

La conversacion concluyó, como todo lo de este mundo concluye, y Paquita se retiró á su camarote y Pablo al suyo.

VIII

Hasta ahora, querido lector he sido tan clásico que te habré cansado..... Perdóname; mas las cosas exigen que comience yo en el estilo romántico..... Perdóname tambien.

Eran las altas horas de la noche: todo estaba en silencio á bordo de la «Cornelia», y aun el timonel y el

vigia de cuarto, desempeñaban con el mayor silencio sus ocupaciones. Pablo, que observó este estado de tranquilidad, se levantó, y de puntillas se dirigió al camarote de Paquita.... ¡Oh! los momentos en que un amante pone en planta sus proyectos, son indescribibles.

Eres un miserable, un hipócrita, un infame, Pablo, exclamó Paquita, cuando despertando vió al mancebo junto á su leche. Ahora conozco tu infamia y tu maldad, y te voy á castigar arrojándome al mar.... ¡Oh! madre mia, madre mia, ¿dónde estás?—Todo este pleito amoroso, quién sabe dónde hubiera ido á parar, si un estruendo, gritería y alarma espantosos, no se hubiesen notado en el buque.

Aquí, aquí mis muchachos, gritaba con una voz de estertor el capitán.

Los marineros obedecieron al momento, y el capitán se halló rodeado de sus muchachos.

Bien: ahora arriba, violentos, y echen hasta las alas y las arrastraderas; les prometo que estaremos en la isla de Milo antes de que estos pícaros nos puedan alcanzar.

Los marineros obedecieron la orden, y un momento despues la «Cornelia» volaba sobre los mares. Pablo, interrumpido tan bruscamente en su tentativa, subió asustado á cubierta.

¿Qué hay, capitán, qué hay....?

Bucr.... le respondió el capitán señalándole dos bu-

ques con el velámen negro, que se acercaban con rapidez.... Pablo cayó anonadado en un banco.

Capitan, capitán, le gritó Paquita: ¿qué es? ¿que es, por todos los santos del cielo?

Nada, hija mia, nada. Te prometo que antes que estos perros pongan un dedo sobre uno solo de tus cabellos, yo y toda la tripulacion habremos desaparecido..... Sacr...., un marino frances jamas deja que impunemente le roben una carga tan preciosa.....

—Los dos buques de velámen negro se acercaban mas á la «Cornelia.»

IX

La «Cornelia» era una buena fragata mercante; pero no pasaba de ahí, y todo su armamento consistia en un par de carronadas y unas cuantas docenas de picas de abordaje y sables marinos.—El capitán frances, perdiendo toda esperanza de escaparse, mandó aferrar las velas y se dispuso á resistir. Los piratas eran dos buquecillos ligeros como las gaviotas, y de diez cañones por banda. El combate se trabó á pocos momentos.

Un combate en la mar es horroroso. Paquita no lo vió: sumergida en el fondo de su camarote oyó las detonaciones de la artillería, el choque de las armas, las

maldiciones de los combatientes, y los ayes de dolor de los heridos. A tanto estrépito, gritería y confusión, sucedió un profundo silencio, y á poco esos turcos y esos griegos que tanto temia ver Paquita, entraron á saquear y á registrar hasta la cala del buque. Entre los efectos que tomaron de mas valía, puede enumerarse al Lucero de Málaga. A Pablo lo encontraron en una bodega poniendo una mecha á un barril de pólvora. Cuando subió Paquita á cubierta, volvió en sí del sopor en que habia estado durante el combate; y al recorrer sus ojos la cubierta del buque llena de cadáveres y de heridos, no pudo menos que derramar una lágrima por el valiente capitán francés que yacia cubierto de heridas. Al virtuoso Pablo le pusieron una soga al cuello, y lo izaron hasta la punta del mas alto palo de la «Cornelia». Embarcaron en una lancha á los cautivos, y un capitán pirata griego cuidó de llevarse á Paquita.

X

Todo el que lea esta fiel y verídica historia creerá que Paquita se desmayó. Pues nada de esto. La muchacha conservó cabales sus cinco sentidos, porque la misma naturaleza da en estas ocasiones fuerzas casi

milagrosas. La goleta pirata puso la proa al interior del Archipiélago, desplegó sus velas, y antes de seis horas de navegacion, avistaron la isla de Policandro. Allí era la mansion del pirata. En el declive de una colina cubierta de césped habia una casa, en cuya construcción se podía notar la pura y sencilla arquitectura de la Grecia. Frente de la casa habia un estanque de agua cristalina, poblado de los peces de escamas de oro, plata, y esmalte del mar de Marmara; y casa y estanque estaban rodeados de bosquecillos, de sicómos, de acacias y de laurel-rosa. Cualquiera que hubiese visto esta mansion tan bella, tan tranquila, tan feliz, hubiera creído que pertenecía á uno de esos filósofos de la antigüedad, y no á un hombre cuya vida era el combate y el peligro. Apenas observaron del mirador de la casa que se acercaba la «Epaminondas», que era el nombre de la temible goleta, y que recordaba la memoria de uno de los mejores y mas valientes guerreros, cuando la familia toda del capitán salió á la playa á recibirlo. Los esclavos y marineros se ocuparon de descargar la goleta, y la familia de abrazar tiernamente al pirata. La familia se componia de un jóven como de veinte años, de tez fresca, y de esa bellísima y varonil fisonomía que distingue á los hijos de la Grecia. Se llamaba Apolodoro: Eufora, su hermana, tenia diez y seis años, y su hermosura podía compararse á la de las ninfas que salian del fondo argentino de las aguas, para asistir á los banquetes de los dioses y alegrar sus amores y festines. Sus ojos eran rasgados, su nariz de esa forma griega, su tez suavísi-

ma, sus formas todas delicadas, redondas y de simétricas proporciones. Eufora tenia en sus miradas una cierta expresion de tristeza, en su sonrisa una dulce melancolía, y en su andar un abandono encantador.

Luego que el pirata puso el pié en tierra, sus dos hijos se le colgaron del cuello, y besando su frente lo condujeron á su habitacion, donde á pocos momentos fué presentada Paquita.

XI

La luz, el clima, el cielo de la Jonia, hicieron nacer en Paquita una sensacion que no habia conocido: el amor. Al cabo de los dos años de habitar la isla de Policandro, de haber aprendido la música, el idioma y la historia de la Grecia, Paquita estaba perdidamente enamorada de Apolodoro, y el jóven ardia igualmente en una devoradora pasion. Eufora queria á Paquita como á su hermana, y el viejo pirata la contaba ya entre su familia; así, á la primera indicacion, el enlace fué determinado, así como el de Eufora con otro jóven de la isla de Milo.

XII

El dia fijado para el enlace de las dos muchachas, todo era júbilo y regocijo. Multitud de doncellas de las islas vecinas habian venido á asistir á las bodas. La casa estaba regada y adornada con guirnaldas de flores: las ovejuelas peinadas, y con sus vellones mas blancos que la nieve triscaban por la colina, y hasta los peces de la fuente parecia que tomaban parte en el gozo de su señor. Iban á renovarse en esta ceremonia las escenas llenas de poesía y de sencillez de los tiempos antiguos.—La mañana se pasó en los preparativos, y la hora de la caída del sol era la destinada para la celebracion de la ceremonia. Paquita estaba encantadora: habia reemplazado sus vestidos malagueños por el traje de las griegas, y los dos años de amor y de ese inefable bienestar que produce el clima de la Jonia, habian desarrollado sus formas, dado á su tez un color rosado primoroso, y á sus fogosos ojos un brillo mágico é indefinible; pero ese dia justamente en que iba á tocar la felicidad, el recuerdo de sus padres que tanto la amaban vino punzante y terrible á oprimir su corazon. Ocultó su tristeza al novio; pero al tiempo de adornarse ella y Eufora, regaron con lágrimas las adel-

fas y las azucenas que embalsamaban el tocador.—El sol iba declinando, sus rayos de fuego encendían las aguas de la mar, y la brisa de la noche que comenzaba á soplar, traía los perfumes de la isla de Chipre, de Samos y de Cos, como si aun hoy, tiempos de desgracia y de duelo, los dioses tuvieran fijada la mansion en la patria de Homero.

En la morada del pirata se encendían las luces de los pebeteros de plata, se elevaban débiles columnas de humo, la música comenzaba á preludiar sus armonías, y las risas de placer se escuchaban en aquellos bosques floridos de acacias y de mirtos. Un criado entra, habla en silencio con el pirata, que estaba recostado en un rico divan de damasco. Las facciones del pirata se desencajan: una amarga sonrisa vaga por sus labios: se levanta y sale precipitado en union del criado. Los que observaron esta escena quedaron helados de pavor, pues conocían que alguna cosa terrible iba á pasar. El pirata y el esclavo se dirigieron en silencio á una roca escarpada, situada en la orilla de la playa, y allí con la vista penetrante de marineros registraron el horizonte.

No cabe duda, ellos son, dijo el pirata, y dentro de una hora habrán llegado aquí.—Con paso firme bajó de la roca, se dirigió á sus cuarteles, dió sus órdenes, y con una fria calma se sentó otra vez en el divan, murmurando entre dientes: arruinado, arruinado, mis gentes no están aquí. La goleta «Epaminondas» había salido pocos dias antes con lo mejor de la gente de la isla de Policandro.

XIII

En efecto, pasada una hora el aspecto de la isla habia cambiado enteramente, la música habia cesado, las luces se apagaron, y solo turbaba el silencio triste uno que otro sollozo ahogado que salía probablemente del pecho de Eufora y de Paquita.

Seis galeras turcas abordaron á la isla, y de ellas brotaron multitud de hombres armados y del aspecto mas feroz. Comenzaron á desembarcar en la playa sin oposicion alguna; mas apenas una mitad lo habia verificado, cuando de las alturas vecinas recibieron un fuego horroroso de fusilería.

Fuego, fuego, repitieron los piratas turcos, y acabando de desembarcar contestaron con otra descarga, avanzando rápidamente con espada en mano hacía la casa situada en la falda de la colina, y la cual conocen ya los lectores.

Mis hijas, mis hijas, gritó una voz de trueno, y descendiendo de las alturas, en union de la gente que guardaba, corrió el pirata griego al alcance de sus enemigos.

En una altura suave y tapizada de césped, que con-

ducia al pórtico de la casa, se trabó la mas horrible y encarnizada lucha que pueda imaginarse. Los griegos defendian su vida con desesperacion: los turcos atacaban, resueltos á morir ó vencer, porque no tenian ya mas arbitrio.

Pasaron veinte minutos. veinte minutos horribles en que los aceros se chocaban con estrépito arrojando chispas: en que las maldiciones de rabia y los ayes de dolor se confundian: en que la luz del fogan de un fusil ó de una pistola disparada, alumbraba los cadáveres mutilados, las cabezas palpitantes, los arroyos de sangre que descendian enrojeciendo el verdor de aquel risueño césped, donde por la tarde se habian impreso las huellas delicadas de Eufora y de la linda hija de Málaga. La gente del griego era valiente y decidida, pero muy poca, como se ha dicho; así, despues de veinte minutos, casi todos habian sucumbido ó buscado su salvacion en los botes amarrados en el otro extremo de la isla. Cuatro ó cinco griegos, fieles y adictos á la familia, á cuya cabeza estaba Apolodoro, aun defendian como unos leones la puerta de la entrada.

Paquita, Paquita, gritó una voz que hizo erizar los cabellos de la muchacha. Paquita, ya me ves, te vengo á libertar: no temas, aquí estoy contigo, á tu lado para no separarme jamas; y al mismo tiempo un hombre con trage turco y cubierto de sangre, rompiendo las vidrieras del gabinete y derribando los vasos de porcelana de China, que contenian las azucenas y jazmines de que tanto gustaba Eufora, se presentó, con una tea en la mano, delante de las muchachas, que

sobrecogidas de terror y espanto, permanecian abrazadas estrechamente. Ese hombre, era Pablo el ahorcado.

En una palabra, continuó Pablo, antes de que partamos, te diré mi historia. Hace dos años que iba yo á prender un barril de pólvora á bordo de la «Cornelia,» para que nadie pudiese arrebatarte, y los dos, los dos fuésemos una misma suerte.—La fortuna no me ayudó, y tú me viste que me izaron hasta el palo mas alto de la fragata. Aquí están las señales, dijo Pablo, mostrando á Paquita una señal cárdena que tenia al derredor del cuello.

Paquita, obedeciendo involuntariamente, miró al cuello de Pablo, y retrocediendo cubrió su rostro con sus manos, y las dos muchachas se estrecharon una contra otra fuertemente.

—Un marinero compasivo, de la otra goleta negra, en el mismo instante, prosiguió Pablo, me descolgó, y moribundo me llevó á la cámara de su buque en el momento que la «Cornelia» se hundia en el abismo de la mar.

Y el capitan? preguntó Paquita como si estuviera magnetizada.

El capitan.... el capitan, respondió Pablo con risa sardónica, se ahogó probablemente.

Fuí llevado á la costa de Asia: allí el mismo marinero que me salvó la vida me dió la libertad; y como yo sabia que tú habitabas el Archipiélago, quise buscarte, quise ser hombre, quise ser mas fuerte, mas poderoso que los que habian asaltado la «Cornelia.»

El ruido de las armas de los que se defendían en la puerta de la casa, terminó con un profundo gemido que penetró hasta lo íntimo del corazón de las muchachas.

Apolodoro, Apolodoro mío, gritó Paquita, desprendiéndose de los brazos de Eufora, y corriendo hacia la puerta donde en efecto el muchacho había caído exánime y cubierto de heridas.

Oh! no: tú no perteneces mas que á mí, gritó Pablo: venid, venid, y vereis que no hay ya mas esperanza ni mas auxilio.—Pablo, en los dos años que habían transcurrido, había aprendido la lengua árabe: había atravesado los desiertos con las caravanas; había luchado en diversos encuentros con las tribus errantes; en una palabra, tanto en la tierra como en el mar, había dado pruebas de un valor, de una destreza y de una fuerza física admirable. Pablo, decimos, con un imperio irresistible, arrebató con una mano los brazos de las muchachas, y con la tea en otra y un alfanje turco chorreando sangre, colgado en el brazo, las condujo afuera de la habitación, y alumbró el espectáculo horroroso que producía la vista de tanto cadáver ensangrentado y deforme. Apolodoro, bello como el Adonis de la fábula, yacía tendido en el césped, donde arrastrándose había ido á espirar. El pirata griego también había sucumbido, luchando hasta el último instante de la vida.

Eufora con los cabellos erizados, los ojos desecados, la boca entreabierta, y todas sus facciones crispadas y descompuestas, paseaba la vista como una

loca por los cadáveres sangrientos, que Pablo con una feroz complacencia mostraba á las muchachas. ¡Oh! maldito seas, maldito seas, asesino de mi padre, gritó Eufora, sacando repentinamente un puñal de su seno y hundiéndolo en el corazón de Pablo, el que arrojando una maldición, cayó á plomo en el suelo, extinguiéndose la tea y la vida del aventurero, que sus compañeros llamaban Abdalla el ahorcado. Las tinieblas duraron por un momento; pues pocos minutos después, una llama rojiza brotó por el techo de la linda habitación griega, á la que los piratas habían prendido fuego. Eufora y Paquita, con el instinto que da la propia conservación, huyeron; pero como multitud de piratas andaban aún saqueando las habitaciones, cayeron en sus manos y fueron conducidas á bordo de las galeras, que acabado el destrozo y el pillaje, y cargadas de todas las riquezas que encerraba la isla de Policandro, dieron á la vela para Constantinopla.

XIV

Fácil es adivinar la suerte de Eufora y Paquita: ambas fueron llevadas al mercado de Constantinopla, y vendidas como esclavas. Comprólas un viejo traficán-

te en cautivas, y que las llevaba á revender á los ricos señores de la Romelia y de la Bulgaria, el cual las condujo inmediatamente á Ipsála, donde habia un turco riquísimo y afecto hasta por demas á tener gran abundancia de mujeres: sin examinar siquiera la calidad de muchachas que compraba, pagó el dinero que el comerciante pidió y las mandó encerrar en el Harem.

El turco se llamaba Osman, y era, en la extension de la palabra, un dandý parisiense. Habia viajado, no solo por la Asia, sino tambien por la Europa: sabia inglés, frances, griego, y algo de italiano; tenia los mejores caballos de la Turquía y bebia los mas ricos y añejos vinos, sin cuidarse absolutamente del precepto del profeta. Habitaba una suntuosa casa en la orilla de un ancho y trasparente rio: tenia entre jardines primorosos, llenos de flores y de frutas, la mas bonita coleccion de muchachas que pueda imaginarse; y su placer era reunir las de todas las naciones. Le faltaba una española, y por esta razon dió por Paquita el dinero que quiso el comerciante.

En la noche, luego que llegó de las correrías que todas las tardes acostumbraba hacer á caballo, quiso ver á sus nuevas esclavas. Tuvo el disgusto de encontrar á Paquita presa de una fiebre, y á Eufora muda, y con unos accesos de furor que rayaban en demencia.—Buena compra he hecho yo, por Alá, dijo entre dientes: ese pícaro me ha vendido á una loca y á una moribunda, y será menester mandarlo degollar luego que se presente otra vez en mi casa.—Eh! gritó á sus esclavas, cuidad de esas nuevas sultanas, y llamad al

médico, el cual me responderá con su cabeza si se mueren.—El turco se dirigió al aposento de Gradesca, que era la favorita, y por cierto que lo merecia. Era una gran muchacha, alta, gallarda, de ojos de gacela, de aspecto orgulloso, de formas peregrinas, y de cutis de seda. Gradesca habia nacido en una ciudad de la Romelia, del mismo nombre. Osman la vió una tarde y resolvió robársela, lo que ejecutó dejando muertos en el campo á dos hermanos de la muchacha. Gradesca, en los primeros dias, aborrecia de muerte á su raptor; mas al cabo de un año le habia concedido sus favores y lo amaba perdidamente. Osman pasó una parte de la noche satisfaciendo á Gradesca por la venida de la española; y al fin salió mohino y resuelto á no volverla á ver, lo que ejecutó, pues en mas de un mes no volvió ni á preguntar por la sultana. Esta le juró una venganza horrible.

XV

Osman, como si fuera un amante de novela, preguntaba á cada momento por la salud de la española, y todos los dias le hacia una visita de dos horas, tratándola con mil atenciones. Al cabo de un mes Paquita estaba ya convaleciendo, y Eufora mucho mas calma-

da de sus arrebatos de locura, aunque siempre muda, porque la última palabra que salió de su boca, fué la maldición que lanzó contra Pablo el ahorcado.

Paquita, pálida y extenuada con la fiebre, tenía cierto atractivo indefinible: era de esas lindas caras que no inspiran al verlas sino compasión. El turco acabó por enamorarse de Paquita, aun antes de que acabara de sanar. La favorita había, por una especie de venganza contra Osman, hecho mil agasajos á la pobre Eufora, y pasados algunos días había concluido por tenerle un verdadero cariño: tenía razón. Eufora, trascurridos los primeros impulsos de locura producida por la catástrofe que hemos descrito, se había convertido en una criatura dócil y apacible. Todas las esclavas y queridas de Osman la compadecían y amaban. Cuando alguna la trataba mal, sus grandes ojos negros se llenaban de lágrimas, y al momento iba á echarse á llorar en el seno de Gradesca, la cual, celosa, despreciada y envilecida, lloraba también, abrazando la frente pálida de la infeliz griega.

XVI

Una mañana, cuando Paquita se levantaba y se disponía para dar un paseo por el jardín, entró Eufora, con el cabello erizado, en el mismo estado de agitación

que se apoderó de ella cuando hundió el puñal en el corazón de Pablo. Paquita retrocedió horrorizada, porque conocía que alguna cosa terrible pasaba en el alma de la muchacha. ¿Qué tienes, qué tienes, hermana mía? le dijo, procurando atraerla suavemente á sus brazos. Eufora quería hablar, hacia esfuerzos prodigiosos, y sus gestos y contorsiones manifestaban que deseaba decir á Paquita alguna cosa de mucho interés.

—Eufora, Eufora, le dijo Paquita con la mayor dulzura, no hagas un esfuerzo que vaya á reventar alguna de tus venas, porque si tú te mueres también moriría yo, hermana mía.

—Eufora, sin poderse contener, seguía su penosa gesticulación, hasta que haciendo un esfuerzo sobrehumano, dijo: ¡sangre! ¡sangre! y puso un dedo en la boca de Paquita en señal de silencio, y salió lentamente para los jardines.

A poco entró Osman: encontró á Paquita triste y pensativa.—¿Qué tienes, española mía, estás aún enferma?—No; triste, muy triste, y mi corazón presiente una desgracia.—Niñerías, quimeras de que la mente queda llena después de una enfermedad. Vamos, cuéntame tu historia.—Paquita, con una sencillez y ternura indecibles, contó al turco sus desgracias.

Este, con voz grave y como enternecido del infortunio que había perseguido á tan interesante criatura, le dijo:

—Y qué deseas para ser feliz?

—Volver á mi patria.

—Oh! eso no; jamás, dijo Osman con mal humor,

levantándose y saliendo de la estancia de la española.

Paquita volvió á caer en ese éxtasis triste en que la había sorprendido Osman.

A la noche vino Eufora, tomó de la mano á la española, la condujo al jardín, y ambas se ocultaron detrás de un grupo de naranjos.

Pasada media hora, vino Gradesca en union de dos eunucos y el mayordomo de Osman.

—¿A qué horas? dijo Gradesca.

—A las diez, cuando salga del cuarto de la española, respondió el mayordomo.

—Y el tesoro?

—Todo está en mi poder.

—Y los caballos?

—Están listos, y llegando á la costa están preparados los buques para la isla de Samos.

—Quién es el encargado de la ejecucion?

—Yo, señora, respondió el eunuco.

—Y yo, señora, me encargaré de matar á la española, dijo el otro eunuco.

—Pero los demás esclavos? preguntó el mayordomo.

—Todos deben morir, excepto Eufora que marchará con nosotros.

—Cuidado con no cumplir con mis órdenes, Abenazar, dijo Gradesca.

—Todas serán cumplidas, señora.—Los eunucos se retiraron, y Gradesca y Abenazar siguieron hablando. Eufora tiró suavemente á Paquita y la condujo hasta su habitacion, sin que Gradesca pensase que la habian escuchado.

Paquita inmediatamente mandó llamar á Osman, el que á poco se presentó en la estancia.

—Os voy á hacer un servicio; no pido mas recompensa sino la que vuestra generosidad me conceda.

—Todo lo que quieras, excepto irte de mi lado.

—Y si estando á vuestro lado me debiérais perder? le preguntó Paquita.

—Entonces, respondió vacilando el turco, no sé lo que haria.

—Muy bien, interrumpió Paquita: mi gratitud me dicta que debo deciros lo que pasa; no importa el porvenir, y á todo me resignaré despues de haber hecho esta buena accion. ¿Qué horas son?

—Las nueve y media, contestó Osman, sacando un hermoso reloj inglés.

—A las diez debeis ser asesinado y robado por las gentes de vuestra casa.

El turco dió un salto, como un leon herido por una bala, y tomando su rostro una expresion de enojo terrible, tomó la mano de Paquita, y le dijo; ¿Me dices la verdad?

Lo juro por el Dios que adoro, contestó la muchacha, haciendo con la mano la señal de la cruz.

—Muy bien, prosiguió el turco calmado completamente, y como si nada hubiese pasado en su alma: toma este puñal y cierra tu habitacion; no abras sino á mí, ó á la griega. El que rompa tu puerta dále la muerte. Ahora, cuéntame lo mas que sepas.

Paquita le refirió minuciosamente todo lo que habia pasado.

El turco salió, y Paquita con una resolución digna de la situación en que se hallaba, prometió á Osman ejecutar al pié de la letra lo que se le encargaba.

Osman se dirigió á su habitación, vistió á un esclavo con su ropaje, y le ordenó que en punto de las diez saliese de la estancia de la española y atravesase un pasadizo de naranjos, por donde acostumbraba transitar todas las noches á esa hora. En seguida llamó á un criado maltés, de quien tenía mucha confianza; y ambos, envueltos en unos *burnuces* rojos, se colocaron en el pasadizo de naranjos, detrás de unas estatuas de alabastro.

A las diez, el fingido Osman atravesó el pasadizo, dándose el aire y la importancia de su señor. Al salir del pasadizo, el eunuco pagado por Gradesca lo asaltó y le dió una puñalada en la garganta. Entonces Osman salió de su escondite, y de un tajo echó al suelo la cabeza del asesino.

Esta era la prueba que yo aguardaba, Libori. Esta noche he de hacer una justicia ejemplar. Venid.

En primer lugar se dirigieron al cuarto de Abenazar; luego que este vió entrar á Osman, pálido y sin voz, cayó de rodillas.—Cortadle la cabeza, Libori.

Libori sacó un alfanje, y de un tajo echó á rodar por el suelo la cabeza del traidor.

En seguida fueron al cuarto de Gradesca, la que sonriéndose tendió los brazos á Osman.

—Haced vuestro deber, Libori.

Libori alzó su alfanje ensangrentado, y antes de que Gradesca tuviese lugar de pedir misericordia, el mal-

tés había dividido en dos partes el hermoso cráneo de la sultana.

Ahora, Libori, carga de cadenas y da tormento al otro eunuco; y á todos los que confiese que tienen parte en esta conspiración, los degüellas. Los cadáveres de estos perros que los echen al río, dijo, arrojando al salir una mirada al cuerpo de Gradesca, que estaba tendida en el pavimento. Toda esta escena de horror pasaba en medio del lujo, de las flores, de los perfumes. Osman cambió sus vestidos, se lavó, se perfumó, y con el rostro tranquilo y alegre se dirigió al cuarto de Paquita.

—Todo está terminado, le dijo, tendiéndole la mano; ahora tú serás la Hurí de este Edén y yo tu esclavo.

—Terminado! interrumpió con alegría Paquita; y ¿cómo?

—Todos han muerto, dijo el turco con calma. Paquita horrorizada se estremeció.

—Ahora mi libertadora, mi Hurí, mi delicia, dijo Osman con amor, ¿qué quieres?

—Volver á mi patria, dijo tímidamente la muchacha.

Osman se levantó, besó la frente de Paquita y se retiró á su estancia; se metió en su lecho y durmió con la tranquilidad de un inocente.—Paquita mandó buscar á Eufora, la que encontraron en su lecho narcotizada.

Ocho días despues de pasada esta escena, entró Osman á la habitación de Paquita. Hija, mia, he sido justiciero y quiero tambien ser generoso. Tú no serás

nunca feliz sino en tu patria, y yo seré desgraciado mirándote morir de tristeza. Mañana partirás para Constantinopla en union de Enfora, y mi fiel criado Libori te acompañará hasta Malta. Toma para que en tu país puedas ser completamente feliz. Osman sacó unos bolsillos y los puso en manos de Paquita. Los bolsillos contenían, oro, diamantes, topacios, esmeraldas y otras piedras preciosas.

Paquita, llorando de gratitud, se echó á los piés del turco, el cual cariñosamente la levantó, diciéndole: Sé feliz, hija mia; la felicidad es el mayor tesoro. Ni los caballos, ni las mujeres, ni el oro, me han hecho á mí feliz. Mañana me voy á viajar por la Rusia, y probablemente no nos volveremos á ver.

En el año de.... hubo una gran solemnidad en el monasterio de las Salesas de Madrid. Era la toma de hábitos de dos hermosas y ricas jóvenes que se decia eran viudas de dos comerciantes del Oriente. Todos sus bienes los dejaron á los pobres. —Una de las señoras dejó una fundacion de beneficencia en Málaga, y la otra.... la otra no era española, hablaba con mucho trabajo; y se decia que habia sufrido muchas aventuras y considerables desgracias.

UN VIAJE Á VERACRUZ,

EN EL INVIERNO DE 1843

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

INSTITUTO VENEZOLANO DE BIBLIOTECAS



nunca feliz sino en tu patria, y yo seré desgraciado mirándote morir de tristeza. Mañana partirás para Constantinopla en union de Enfora, y mi fiel criado Libori te acompañará hasta Malta. Toma para que en tu país puedas ser completamente feliz. Osman sacó unos bolsillos y los puso en manos de Paquita. Los bolsillos contenían, oro, diamantes, topacios, esmeraldas y otras piedras preciosas.

Paquita, llorando de gratitud, se echó á los piés del turco, el cual cariñosamente la levantó, diciéndole: Sé feliz, hija mia; la felicidad es el mayor tesoro. Ni los caballos, ni las mujeres, ni el oro, me han hecho á mí feliz. Mañana me voy á viajar por la Rusia, y probablemente no nos volveremos á ver.

En el año de.... hubo una gran solemnidad en el monasterio de las Salesas de Madrid. Era la toma de hábitos de dos hermosas y ricas jóvenes que se decían viudas de dos comerciantes del Oriente. Todos sus bienes los dejaron á los pobres. —Una de las señoras dejó una fundacion de beneficencia en Málaga, y la otra.... la otra no era española, hablaba con mucho trabajo; y se decia que habia sufrido muchas aventuras y considerables desgracias.

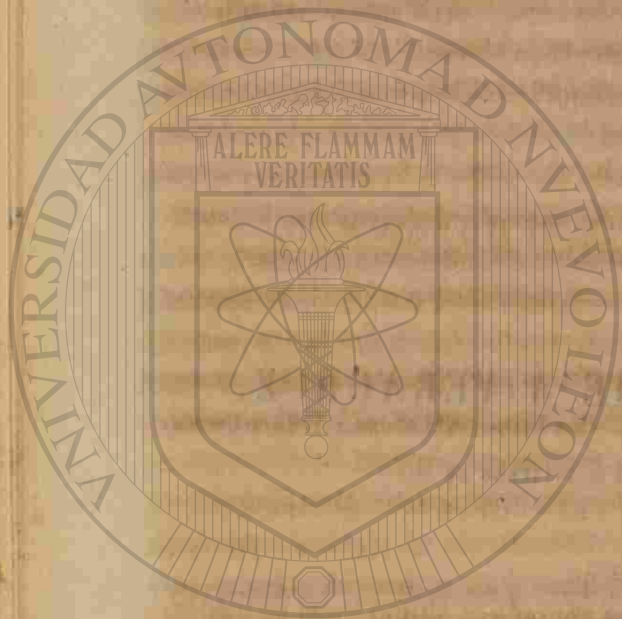
UN VIAJE Á VERACRUZ,

EN EL INVIERNO DE 1843

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

REPOSICION GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

UN VIAJE Á VERACRUZ, EN EL INVIERNO DE 1843.

La casa de Diligencias.—Los Lagos.—El Camino.—Vista de Puebla.

QUERIDO FIDEL:

Luego que hube apurado el último trago de madera me despedí de O*** él se metió en la cama y yo me dirigí al dormitorio general, situado allá en el fondo de la casa de Diligencias. Este establecimiento, como sabe todo el mundo, está situado en el callejon de Dolores; que era antes, á pesar de que se halla en el centro de la ciudad, uno de los mas sucios y feos. Ahora se encuentran en él algunas casitas bastante aseadas, donde por lo regular hacen sus mansiones los hijos de la alegría, para que los *payos* y *extranjeros* no tengan que andar á tientas en esta clase de asuntos. Por lo demas, tal callejon tiene en la entrada una especie

de pórtico y sus *arriates* con árboles y flores, de uno y otro lado. Con verdad la casa de Diligencias de México podía ser mucho mas cómoda y digna de una negociacion tan vasta. Los cuartos solos son demasiado pequeños, y los dormitorios generales para los pasajeros, lo mas molesto que pueda imaginarse. En cambio hay un magnífico comedor, y en él una mesa redonda bien servida, y donde, salvo los inconvenientes que presenta la compañía de algunos comelones que suelen ocurrir, y que como agiotistas se absorben con extraordinaria presteza los manjares mas exquisitos, se observa todo el decoro y educacion que puede desearse. ¡Ah! y el jardín flotante *d'apres*, un dibujo de los de Semíramis? Sériamente este terrado con sus barriles de naranjos y macetas de flores, no es del todo malo para tomar el fresco y una buena tasa de café en las tardes calurosas.

Mas vamos con mi cuento. Guiado por el *criado de guardia*, que llevaba una candela en la mano, el mal humor en su fisonomía y el sueño en su andar, vacilante y *flojizo*, entré en el dormitorio, y á fe que tuve que reir alguna cosa.

Un bárbaro, un cíclope, un cafre, un hotentote, un demonio de la *ruidera*, yacia acostado en un catre, roncando de una manera tan bronca y tan terrible, que se creían los rugidos de un leon, ó los truenos de un volcán próximo á reventar. Frente de él habia un viejo, en camisa y calzon de lana, flaco y seco como el Hidalgo de la Mancha, que de pié en su cama interrogaba al roncador:

—Vecino, vecino, ¿se lo están llevando á vd. todos los diablos?

El vecino roncaba mas fuerte.

—Vecino, despierte vd., ó va á morir de pulmonía.

El vecino roncaba mas ténue.

—Así, vecino, quedito, siquiera nos dejará conciliar el sueño.

El vecino lanzaba un ronquido terrible.

—Maldita sea su estampa de vd., vecino, y una legion de diablos cargue con semejante animal.

—Tres horas hace, caballero, me dijo, dirigiéndose á mí con ademán ternísimo, que sufro la ruidera infernal de este hombre, y por supuesto no he podido pegar los ojos. ¿Que horas son?

—La una de la mañana, le contesté.

—Ahí tiene vd.; á las tres nos despiertan, y...

—Y como tengo experiencia, le repliqué, que casi siempre encuentra uno en estas posadas con un roncador, de ahí es que preferí charlar hasta estas horas con un amigo, y.... pero, ¿quiere vd. que despertemos á ese hombre?

—Cómo si quiero?

—Pues bien; finjámos un pleito vd. y yo, y caigámos sobre su catre, á ver si le rompemos la nuca.

—Hombre!

—A no ser que se conforme vd. con escuchar por dos horas mas esta música.

—No, con mil diablos: y esto diciendo, descendió de su cama y comenzó á decirme sendas majaderías: se las contesté; nos abrazamos; hicimos una ruidera

espantosa en el pavimento de tablas, y concluimos por caer sobre el catre del *roncador*.

Pensará el lector que hizo algun aspaviento? Pues no.... Se esperezó, entreabrió los ojos, se arrebujó en las ropas, se volteó del otro lado y siguió roncando.

El caso era para haberle dado un tiro en la mitad del cráneo. El viejo estaba frenético y tenia deseos.... Hubo de acostarse, y lo mismo hice yo.

Debe hacerse un elogio del colchon y de las almohadas, pues mas bien parecen de cantería que de lana.

Apagamos la vela, y entonces siguió el concierto mas infernal que pueda imaginarse. El roncador impávido recorría todos los tonos de la escala, desde el *dó* hasta el silbido mas agudo: los otros vecinos que se vanagloriaban de no roncar, se durmieron y hacían falsete á mi hombre: el viejo bilioso también concluyó por dormirse y roncar. Ya era un canto llano de canónigos acabados de comer; ya parecía una piara de cerdos alborotada; ya una porción de matracas de Jueves Santo; ya una bandada de cuervos graznando. ¡Qué armonías! Qué semi-tonos! Qué *morendo* y qué *crescendo*!

Por supuesto, el ronquido del vecino del viejo sobresalía sonoro y enérgico: era el Galli de aquel diabólico concierto. ¡Dios mío, qué noche! Dieron las tres de la mañana y nos levantaron, por lo que bendije á la Providencia. De esta narración, que parecerá vacía y frívola, sacará el lector una lección; á saber: que cuando tenga que viajar en Diligencia, ó acuda á buena hora, ó mande separar un cuarto solo, pues en el

dormitorio general se pasa siempre, á poco mas ó menos, una noche tan agradable como la que acabo de referir.

Salimos al comedor: uno pidió chocolate; otro café; yo fui de los que pedí té. Despues de media hora, me llevaron una tetera con agua caliente: la devolví; mas tres veces consecutivas hicieron lo mismo: así es que me resigné á tomarlo, esperando en que, como dicen las viejas, la agua caliente *abriga el estómago*. No obstante, en venganza, aconsejé á un extranjero que estaba junto de mí, que apuntara en su cartera de viaje lo siguiente:

«En la casa de Diligencias de México cobran por una taza de agua caliente, sucia, que tienen el atrevimiento de llamar *té*, la cantidad de *un real*.»

Todavía cargados de sueño y friolentos, estuvimos como una media hora en el patio de la casa, hasta que sonaron las cuatro en el reloj de la catedral.

Partieron: un coche para Querétaro, Guanajuato, Lagos y Guadalajara; otro para Cuernavaca; otro para Puebla, Jalapa y Veracruz; y otro para Puebla solamente, en el cual estaba yo instalado en la amable y desconocida compañía de nueve individuos, entre los cuales había un párvulo y dos hembras. Es menester acuñarse pierna con pierna, brazo con brazo, espalda con espalda, pues de otra suerte no es posible ir en un carruaje de seis asientos, donde el empresario acomoda nueve gordos ó flacos, además del cochero y el postillon en el pescante, el correo y dos ó tres mas que suelen ir en el techo. Con todo, la Diligencia vuela y

hace jornadas hasta de cuarenta y dos leguas, ¡y en los caminos de México! No puede negarse que este establecimiento es uno de los mas útiles que hay en la República, y que el gobierno debia fomentarlo, activando la composicion de esos caminos, de esos caminos que sin duda por ironía se llaman así. Seria muy conveniente que el empresario introdujera ciertas reglas que darian por resultado la mayor seguridad y comodidad de los viajeros; por ejemplo, no poner caballos brutos ó mañosos, que volcan frecuentemente el carruaje; numerar los asientos, y dar á cada pasajero su billete numerado, para evitar el que á la hora de partir sea materialmente necesario tomar el asiento por asalto, y las disputas desagradables que por tal motivo se originan en el camino; establecer buenas y decentes posadas en los puntos del tránsito, donde se almuerza, come ó duerme; en fin... termino porque mi exclusivo oficio no es consejero sino narrador, y narrando con fidelidad se deducirán sencilla y naturalmente los defectos de los caminos.

La Diligencia atravesó rápidamente las calles solitarias y silenciosas de la capital, y á poco estábamos en el barrio de San Lázaro. Los barrios de México tienen un aspecto tan chocante como singular. De dia se ven las calles sucias, sin aceras ni empedrados; las casas negruzcas, y muchas amenazando ruina; multitud de léperos, envueltos en sábanas ó sucias frazadas, están bebiendo en las tabernas, ó jugando á la *rayuela*: mujeres impúdicas y sin gota de vergüenza, recogiendo las basuras de los muladares; y muchachos desnu-

dos revolcándose en la tierra y en el lodo como unos cerdos. Este cuadro chocante en que resaltan á competencia la holgazanería y la suciedad, no da por resultado sino las bandas de ladrones que infestan los caminos y asaltan muchas veces aun las casas de la ciudad, la multitud de mujeres públicas que recorren el centro, y el hábito de la indolencia y holgazanería en la juventud, que por otra parte posee inteligencia y viveza.

De muchos años á esta parte la policía, si es que puede llamarse policía, ó los corchetes que nombran *aguilitas*, cuyo oficio es extorsionar á los pobres indios, traficantes y *puesteras*, jamas se ha ocupado de cortar radicalmente los abusos de la infima clase del pueblo, que vive entre los inmundos albañales de los barrios de México; en recoger la multitud de hombres sin oficio que se levantan diariamente, sin mas arbitrio para mantenerse que el juego ó la rapiña; en obligar á que concurren á las escuelas lancasterianas á esas criaturas desgraciadas que nacen y viven en el seno de la miseria y de la corrupcion; en obligar á los dueños de fincas á que las mantengan en buen estado de servicio y aseo, para evitar las enfermedades consiguientes á personas que duermen entre los insectos y basura, respirando un aire corrupto y dañado. Estas cosas de tan fácil remedio, patentes y claras á los ojos de todo el mundo, no sé por qué no han ocurrido á los innumerables prefectos y gobernadores que México ha tenido en sus diversos sistemas de gobierno. El caso es que no hay extranjero que por primera

vez venga al país, que no señale estas faltas, y que como nosotros, no deje de lamentar tan imperdonable indolencia. Un empadronamiento exacto de la gente que vive en los barrios, y la imposición á los dueños de fincas, de que dieran una noticia de las gentes que habitan en sus casas, evitaria la tranquila existencia de esos vagos, que servirían muy bien para destinarlos al ejército, con preferencia á esa gente sencilla y humilde, dedicada á las labores del campo, y que con agravio de la humanidad y de la filantropía vemos que enferma y agobiada de fatiga se envía á las costas á que sucumba con el vómito y la fiebre.

Por las noches, como toda esa abundante coleccion de pillos descansa y duerme en sus pocilgas, los barrios, como el resto de la ciudad, están silenciosos y solitarios; mas ese confuso hacinamiento de casas ruinosas y paredones, esos montones de basura, que llaman *muladares* y esas plazuelas lúgubres, forman un cuadro bastante triste, cuyos pormenores ya referidos alumbraba diariamente la luz del sol. Para los barrios no hay progreso ni mejoras.

Afortunadamente ni nos asaltaron los ladrones en el barrio de San Lázaro, cosa que con mengua de la prefectura del centro y de los cinco mil hombres que guarnecen la capital, ha sucedido varias veces, y los guardas abrieron la garita con mas prontitud de la que les es genial, excepto cuando se trata de decomisar los quesos ó mantequillas de los míseros descendientes de Guatimoc y Moctezuma. Así, querido Fidel, ya nos tienes rodando por una calzada ámplia y pareja,

que va con direccion al Peñon-Viejo. A los lados, y con la débil claridad de las estrellas, solo podían distinguirse llanuras lóbregas, terminadas por la cordillera, que como unas altísimas murallas limitaban el horizonte.

Comenzaba á nacer el día cuando llegamos á la posta del Peñon-Viejo.

El Peñon-Viejo era el lugar donde antiguamente habia aguas termales, y en el día subsiste una casa bastante grande y un enorme peñon de tezontle (lava moderna), á cuyo pié hay algunas chozas y barracas de los trabajadores ocupados en labrar una cantera tan singular.¹ Por lo demas, es un sitio árido, á causa de los derrames del lago salado de Chalco, desabrigado, y donde constantemente soplan ya los nortes en el invierno, ya los sudestes en la primavera. Uncieron á la Diligencia un magnífico tronco de caballos bayos, y partimos como una exhalacion. Nada es mas elegante ni mas pintoresco que una Diligencia con buenos caballos, y corriendo á escape por una calzada plana y recta. Una línea anaranjada comenzaba á dibujar el horizonte, y varias nubes ligeras se pintaban levemente de grana y gualda. El ángel de la mañana, como dice nuestro poeta en prosa, D. Luis de la Rosa, sacudia sobre la tierra sus alas de rosa. Recogí una cortina de la Diligencia, y procuré ver estos divinos paisajes que se dibujan diariamente en los cielos á la salida de la

¹ Todos los extranjeros han admirado las casas construidas con esta escoria volcánica; pero hoy ha perdido la ciudad uno de sus mas raros adornos, con haber blanqueado y enjarrado muchas casas de tezontle.

luz; paisajes religiosos que comunican al alma una dulce melancolía y un bienestar indefinible.

Me acuerdo que cuando viajaba Lamartine por el Oriente, y contemplaba la salida de la aurora en la popa del barco, tomaba su pluma y decía: «pintemos;» y el hombre tierno, poético y religioso, trasladaba al papel, por medio de los signos convencionales, que se llaman idioma, esos cuadros magníficos que todos los hombres comprenden con su corazón; pero que pocos pueden explicar. Así, si yo fuera Lamartine, te describiría un cuadro brillante y espléndido, de esos que dan en el mundo una idea del poder de Dios, y de la poesía con que reviste todas sus magníficas creaciones.

La Diligencia caminaba por un sendero algo estrecho, y bordado de una y otra parte de sauces, fresnos y perús: no se veía mas horizonte que el de los matorrales verdes y brillantes, con el trémulo rocío que como una lluvia de diamantes se desprendía lentamente al suelo. De improviso el camino torció por la izquierda, y entonces se presentó á mi vista el gigante volcán coronado de nieve. Detrás de él salía el sol: sobre la cima brillante de plata copella del rey de los montes, se elevaba un círculo inmenso de fuego y oro; y mientras por el éter azul se esparcían volando como los ángeles del sol las nubes de carmin y violeta, una ligera niebla que se levantaba del suelo dejaba ver esa sucesión de azules y verde-oscuro que forman las lomas y desigualdades del terreno. Al lado del Popocatepetl, la *mujer blanca*,¹ mas pequeña, pero con su

¹ Iztaccihual.

cintura de plata, parecía como una maga reposando tranquila sobre los vellones de oro y de carmin, que trémulos y hermosos flotaban en los aires. No perdí de vista esta perspectiva encantadora hasta que llegamos á Ayotla, que es un pequeño pueblo donde se encuentran los corrales contruidos con *órganos* y *magueyes*.

Todo este camino, desde que se pasa del Peñón-Nuevo hasta las cercanías de Ayotla, está practicado entre los lagos, y fué construido por los antiguos soberanos de México, para facilitar las comunicaciones entre la corte azteca y los reinos de Texcoco, Ixtapalapan, Chalco y otros, situados en las orillas de las lagunas de estos nombres. Nada hay mas bello ni mas pintoresco que estos lagos, que parecen colocados como de intento, para reflejar en sus cristales tantos pueblos esparcidos en sus orillas, tantas lomas de lapizlázuli y esmalte, y tantos sauces como brotan las amenas calzadas del valle de México.

Cuando yo pasé y eché una rápida mirada sobre los lagos, estaban tristes y sombríos; las aguas, algun tanto agitadas por el viento, estaban cenicientas; la niebla reposaba sobre estas llanuras líquidas y espaciosas de cristal, y las nubes que el sol empujaba al horizonte, cubrían el santuario de Guadalupe y esas pequeñas y coquetas colinas que posan ufanas en las orillas; mas en algunas estaciones del año son pintorescos é interesantes los lagos. Cuando el cielo está de un azul purísimo, el horizonte claro y el campo verde y florido, entonces es delicioso deslizarse en una *chalupita* lige-

ra, sobre esa superficie diáfana y tranquila. Ya pasan por los aires bandadas de garzas, que van á posar en el lago como las blancas azucenas del agua; y millares de patos, con sus plumajes verde-oscuro y oro, se zabullen y vuelven ufanos á la superficie sacudiendo sus alas tornasoladas; ya son las gallaretas, y las gallinas del agua, que como la mosca-pep, apenas rizan la superficie de las dulces olas. Entretanto la *barquilla* se desliza rápida y ligera como una alcion, y el viajero ve pasar ante sus ojos, con la rapidez del relámpago, las chozas, las torrecillas de las iglesias, los árboles, las blancas casas, los ganados, los cerros, todo como una vision óptica, como un sueño delicioso, como un cuento de las Mil y una Noches.

En ciertas estaciones del año la cacería de aves que se hace en los lagos forma un ramo considerable de comercio entre los indios que viven en los pueblos cercanos y los habitantes de México. Muy diversos modos tienen de cazar los patos; el mas comun es el de poner un mampuesto con tres ó cuatro líneas de esmeriles, repartidos gradualmente desde el nivel de la agua hasta la altura donde regularmente vuelan en el primer ímpetu los patos. Esta especie de máquina infernal se dispara á la vez, y muchas veces de un solo tiro resultan dos ó trescientos patos muertos por la nube de munición que arrojan esas armas.

Usan frecuentemente los indios otro modo mas ingenioso de cazar. Enhuecan una calabaza grande y se la ponen en la cabeza, abriéndole solamente unos agujeros para ver y respirar. Armados de esa suerte

se sumergen en el agua hasta el pescuezo, de manera que parezca que la calabaza flota en las aguas por casualidad. Los patos acostumbrados á esto, no tienen el menor susto, y lejos de inquietarse se agrupan á picotear la calabaza. Entonces el cazador con mucha destreza va tomando de uno en uno los patos por los piés, sumergiéndolos dentro del agua y atándolos á los hilos que de antemano tiene en la cintura. Continúa así por mucho tiempo su operacion, hasta que finalmente abandona el disfraz y sale á tierra con un cendal de aves.

Los lagos presentan hoy un espectáculo tranquilo. Surcados por *canoas tragineras*¹ que hacen el tráfico, cargadas de botas de miel, de tercios de azúcar, de cebada, paja, frijol y otros efectos; por chalupas pescadoras, y esparcidos en sus orillas pueblecitos agricultores y pacíficos, jamas turba la tranquilidad de sus aguas mas que el estallido de la escopeta de los cazadores, ó las canciones melancólicas y medio salvajes de los indios remeros.

En otros tiempos los lagos han sido testigos de escenas bastante trágicas y sangrientas.

Como sabe todo el que tiene medianos conocimientos en la historia antigua de México, esta ciudad, las de Texcoco, Chalco, Xochimilco, Tacuba, Coyoacan é Ixtapalapan, se hallaban fundadas en el seno de los lagos, y magníficas y grandes como eran, parecia que como por arte de encantamiento flotaban en las aguas

¹ Llámase canoas tragineras, las de *alto bordo*, que cargan hasta sesenta y cien quintales.

esas macizas y pesadas construcciones de la arquitectura mexicana. La comunicacion entre estas ciudades estaba establecida por medio de calzadas atrevidamente arrojadas en medio de los lagos, como inmensos y dilatados puentes; y por lo demas las canoas, piraguas y chalupas servian para atravesar las calles. Eran unas lindas y populosas ciudades flotantes, que solo la infinita barbarie de nuestros conquistadores pudo haber destruido.

Así, Hernan Cortés cuando se cercioró de que seria menester largos y sangrientos combates para asegurarse el tranquilo dominio de las fantásticas y poéticas ciudades de los lagos, se decidió á construir bergantines y embarcaciones de guerra, para pelear con tanto enemigo que se hallaba en plena posesion de esas aguas.

Trece bergantines fueron botados al lago, y aparejados con sus jarcias, velas, armas y demas cosas necesarias. En esta época, Moctezuma II, grande y magnífico monarca de los mexicanos, habia sucumbido, víctima de su debilidad, de las inconsecuencias y traiciones de los aventureros, y de la ingratitud y fanatismo de sus súbditos. El cetro del imperio habia recaído en Guautimoc, príncipe joven, valiente, enérgico, celoso de la conservacion de la independencia y libertad de sus dominios. El estado de debilidad y abatimiento en que los mexicanos habian caído en los últimos dias de Moctezuma, habia desaparecido, sucediendo en cambio una actividad y una extraordinaria animacion en las medidas de guerra, que pusieron en gran conflicto á Hernan Cortés.

Era un día diáfano y sereno del año de 1521, cuando aparecieron en los lagos los trece bergantines de Cortés, llenos de flámulas y banderolas, y flotando galanos como una parvada de flamencos.¹ Luego que los mexicanos vieron el aparato hostil de estas embarcaciones, aprestaron las suyas. Cuatrocientas canoas de alto bordo, tripuladas por lo mas selecto y escogido de la nobleza mexicana, formaban la vanguardia. Seguíanlas multitud de piraguas y chalupas pequeñas² De cada casa salia una embarcacion; cada señor tripulaba su chalupa con sus sirvientes, y cada sirviente era un soldado. Todos eran guerreros; y la nobleza, llena de vistosas plumas, de finos mantos de lana recamados de oro, y cubierta de pompa y de esplendor, era la primera en derramar su sangre en defensa de su patria. ¿Dónde habian aprendido estas ideas tan griegas, tan eminentemente patrióticas y civilizadas? ¿Las practicaban por instinto, ó una civilizacion anterior habia venido á este Nuevo-Mundo? Estos son misterios con que á cada paso se tropieza en el estudio de la historia antigua.

La escuadra española formaba una media luna, y las canoas mexicanas, cubiertas de flecheros, ocupaban un espacio considerable del lago. Las canoas, ignorando la resistencia material y el poder de los barcos, descargaron una nube de flechas y una lluvia de piedras sobre ellos, y arremetieron con tanto furor, que se pusieron á menos de tiro de pistola de sus enemigos, pro-

¹ Pájaros muy grandes, blancos y de color de rosa.

² Bernal Diaz asegura que pasaban de cuatro mil

vocándolos con un furor verdaderamente terrible. Pero estas armas eran impotentes: las flechas se rompían contra los costados de los buques, y las piedras no hacían mayor daño á los soldados europeos, cubiertos con sus cascos y cotas de maya. Los bergantines no desperdiciaban su tiempo: disparaban su artillería, y cada rociada de metralla hacía desaparecer muchos guerreros mexicanos, á la vez que los arcabuceros atrincherados detrás de la obra muerta, cazaban abundantemente á las tripulaciones de las piraguas que componían la vanguardia. No obstante, la lucha estuvo indecisa por mas de media hora. Los mexicanos nublaban el aire con sus flechas y piedras, y cada canoa, rota por las balas enemigas, que se tragaban las aguas del lago, era un nuevo motivo que redoblabá su furor. Un incidente favorable á los españoles, decidió la lucha mas pronto de lo que era regular. Sopló un viento bastante fresco, y los bergantines pudieron desplegar sus velas, y atropellando con su fuerte popa las canoas, y vomitando torrentes de fuego y de metralla, se abrieron paso por en medio de las canoas enemigas, de las cuales multitud se fueron á pique, y el resto corrió á refugiarse en los canales de la ciudad.

Este fué el primer combate que se dió en los lagos. La sangre de la mas leal y valiente nobleza del imperio tiñó las aguas, y en vez de las garzas y los cisnes, flotaban los cadáveres de los guerreros, envueltos en una nube de humo y de azufre.

Las hijas, las esposas, las madres, las queridas, presenciaron esta sangrienta escena, pues todos los que

no tomaron las armas asistieron al combate desde los templos y terrados de la ciudad.

En otra ocasion, y á muy pocos dias del suceso que va referido, las cosas no pasaron muy á gusto de los españoles. Deseosos los mexicanos de destruir los bergantines que tantos daños les habian causado, clavaron estacas en el fondo del lago, y dispusieron unas piraguas emboscadas en unos tulares. Los españoles, deseosos de apresar dos canoas de víveres, cayeron en la celada. Entonces los indios salieron de su emboscada y acometieron con un furor terrible á las tripulaciones. Muchos españoles heridos, y la muerte del capitán Juan Portillo, fué el fruto de este ardid de guerra; pero al fin los bergantines lograron salir de la estacada, y las canoas huyeron á los tulares.

Repetidos y obstinados combates tuvieron lugar, así en los lagos como en las calzadas y calles de la ciudad; pero el último y decisivo fué en el que Guautimoc, abandonando las fortificaciones de Tlaltelolco, se refugió en las piraguas. Despues que vió caer cuantos valientes tenía á su lado, cuando las aguas estaban rojas con la sangre de sus súbditos, y estos sin fuerzas físicas para pelear, entonces confió en la generosidad de sus enemigos, y se rindió prisionero al capitán García de Holguin, recomendándole solo, que la jóven emperatriz y sus damas fueran tratadas con respeto y decoro.

Un imperio de miles de años se hundió entonces en las aguas de los lagos: las esperanzas y el porvenir de una generacion, quedó allí sepultado para siempre.

A contar desde este día, los mexicanos ya no fueron dueños ni de su país ni de sus casas, ni de sus mujeres, ni de sus bienes. Los conquistadores fueron poco á poco invadiendo sus costumbres y sus propiedades. Demolieron las ciudades, que era la obra física del sér moral, y degradaron, reduciéndolo á la esclavitud, al sér moral, que era la obra de Dios. Así, no ha quedado de lo primero mas que algunas ruinas, y de lo segundo, una escoria miserable y degradada, que nos anuncia que sus ascendientes fueron los dueños y señores de la civilización en el Nuevo-Mundo.

En cuanto á Guatimoc, señor sin reino, emperador sin vasallos, y guerrero sin soldados, pasó una parte de su vida tristemente, agobiado de humillaciones y de padecimientos, hasta que terminó en un suplicio, sin que tanto valor y tanto heroísmo lo libertaran de una muerte horrorosa, y que sin embargo soportó con un valor que admiró aun á sus iníquos verdugos.

Enajenado con estas profundas contemplaciones históricas, llegué á la posta de Buena-Vista, punto elevado, desde donde se descubre todo el interesante panorama que presenta todo el valle de México con sus lagos de plata, sus colinas azules, y sus pueblecillos brotando al parecer de entre la verdura y sauces de las calzadas.

Todos sus guerreros con sus penachos de vistosas plumas, acampados en las fértiles savanas del valle; todas estas piraguas de colores que como aves cubrían la superficie de las aguas; todos esos caballeros forrados de acero y de fierro; toda esa nube de flechas que

oscurecía el aire, esos ayes roncós y tristísimos de los que morían en la lucha, todo, todo lo veía y lo escuchaba; mi corazón estaba suspenso de temor, y asistía con mi mente á las últimas solemnes agonías, á los terribles gemidos que exhalaba el poderoso imperio de los aztecas, al sepultarse en las aguas de los lagos para no aparecer jamás..... El humo del combate ha desaparecido con las brisas aromáticas; los guerreros aztecas se han reducido á polvo; la raza de conquistadores se ha extinguido.... todo ha pasado.... Nada mas que el recuerdo ha quedado en la historia de tanta sangre vertida y tanto valiente sacrificado, de tantas lágrimas y lamentos como han poblado el viento.

Las colinas aparecen, sin embargo, alegres y llenas de verdura, los lagos cristalinos y serenos, y los sauces copados y levantando sus ramajes á los cielos. Las obras del Señor son eternas; las de los hombres apenas dejan huellas en la tierra. ¿Que digo? las huellas desaparecen también con el tiempo.

Larga es esta carta, y para no fastidiarte, en otra te seguiré contando mi viaje de Río-frio á Puebla.

Rio-Frio. — San Martín. — Recuerdos de Cholula.

QUERIDO FIDEL:

Uncieron los caballos, y pasamos rápidamente el camino hasta la venta de Córdoba: allí comenzamos á subir por una calzada ancha y recién compuesta, que atraviesa un espeso monte de pinos, ocotes y encinas, donde se encuentran algunos árboles propios para arboladuras de barcos. Todo este monte, aunque exuberante y frondoso, se halla destruido por los carboneros y cortadores de madera, que jamás plantan por lo menos tres árboles cuando derriban uno, conforme á lo prevenido en el reglamento de montes, y mandado observar despues por el virey conde de Revillagigedo. Este abuso, lamentable por cierto, ocasionará el que los bosques lleguen á destruirse enteramente, y sea necesario por mucho tiempo recibir maderas del extranjero, ó traerlas á costa de gastos y dificultades, de puntos distantes de la capital.

El monte de Rio-frio es hermoso, y la sucesion interminable de palos en que se pierde la vista, es interesante; pero no se halla allí ninguno de esos árboles vetustos y encanecidos por los años, que parecen los

padres de las selvas. El hacha del leñador ha derribado esos venerables troncos, y no perdona ni aun á los renuevos tiernos que brotan merced á la fertilidad del terreno.

En este punto la temperatura cambia de improviso y á causa de la elevacion y de las nieblas que continuamente reposan en las copas de los árboles, el frio es intenso, y llueve casi todo el año.

Con muchísimo trabajo, y teniendo necesidad de apearnos para aligerar el peso á las mulas, pasamos el monte y llegamos con buen éxito á Rio-frio á las doce del dia. Es un pueblo compuesto de algunas casas de madera y piedra, situado en medio de montañas cubiertas de árboles, y cuya perspectiva presenta un hermoso, pero melancólico paisaje, muy semejante á esas pintorescas láminas de los Alpes que solemos ver en los dioramas. La fonda, que está á cargo de una familia alemana con algunos pequeñitos retoños, rollizos y atrevidos, y fuertes como los cachorritos de una leona, está mejor servida de lo que pudiera esperarse: una comida entre francesa y alemana, y un regular vino de Burdeos se presentó á la vista de los pasajeros, los cuales la devoraron tiritando de frio, en un momento, pagando la módica suma de un peso.

Engancharon los caballos, y acomodándonos perfectamente, y cerrando los vidrios del coche, seguimos nuestro camino entre las nieblas y la llovizna helada que caía.

Nada presenta notable el camino hasta San Martín, pueblo de alguna consideracion, á causa de estar si-

tuado entre dos ciudades de importancia, y vivir en él muchos de los agricultores dueños de las excelentes haciendas y ranchos cercanos. La temperatura de este pueblo, aunque mas fria que cálida, es extremadamente sana, los víveres baratos y la poblacion compuesta de gente sencilla y de afable trato. Mientras remudaron los caballos fui á ver la iglesia, que me pareció muy elegante y pintoresca, por su buena arquitectura y las labores de azulejos engastadas en la fachada. Como estaba cerrada no pude verla por dentro; pero teniendo á la vista la descripcion que hace de ella un viajero frances, no me parece inútil traducirla aquí, advirtiéndole que la juzgo algo exagerada.

«El interior de la iglesia es uno de los mas ricos que he visto. Ninguna, ni aun la de España, puede comparársele. El altar mayor cubierto de esculturas, está dorado enteramente. Candeleros de plata, obra maestra del arte, atestiguan la generosidad del fundador. Ricos frontales y soberbios encajes adornan el altar, cuyo delantero está formado de un enorme trozo de piedra ágata de mucho valor.

«En una capilla lateral noté un cuadro que representa á la Virgen y al Niño Jesus, rodeado de los Santos, de los Padres de la Iglesia y de los doctores. Esta obra ha debido ser una de las mejores de Murillo: la composicion es de mucha belleza. Desgraciadamente, y sea porque en el viaje padeciera algunas averías, sea porque la humedad haya podido alterar algunas partes, un pintor mexicano nombrado Juan Sedeño tuvo la temeridad de poner una mano sacrilega sobre el

lienzo, y no contento con retocarle, lo pintó de nuevo, como lo atestigua él mismo en una inscripcion con letras encarnadas, colocada en la parte baja del cuadro, y que dice así: ESTE CUADRO SE REPINTÓ, AÑO DE 1773, POR JUAN SEDEÑO.

«Algunos remordimientos experimentó sin duda, pues la cabeza de la Virgen y las de dos ó tres santos quedaron intactas, y por estos fragmentos se puede juzgar muy bien de la pérdida que las artes han hecho, por las indiscretas atenciones de un embarrador de pueblo.»

La Diligencia se detuvo un poco mas de lo regular á causa de una pendencia que se trabó entre Juan el cochero y un caballo tordillo, caprichudo y caviloso como un abogado nuevo. No había forma de uncirlo al carruaje; por lo que Juan decía pestes y le aplicaba sendos garrotazos. Cualquiera que haya caminado alguna vez en Diligencia conocerá al impávido Juan, que habiendo caído una vez del pescante, prefirió que la rueda del coche le acabase de quebrar la pierna antes que soltar las riendas de los caballos, que iban derechos á volcar en un precipicio á los pasajeros. Es hombre original, que tiene largas conversaciones con todos los caballos de las postas, y amenaza á los postillones y mozos; pero por lo demás es excelente, conduce el carruaje con cuidado, y es algunas veces complaciente con los viajeros.

Un círculo de gentes se habia reunido á ver las cabriolas del maldecido caballo; mas al fin, Juan y los postillones triunfaron, y el coche partió llevado en alas

de una legion de demonios. Dos ó tres perros machucados y algunos puestos de naranjas destruidos, fueron los rastros que dejamos en el pueblo de San Martin, de nuestro fantástico y precipitado tránsito.

Desde dicho punto hasta Puebla el camino es absolutamente llano: las montañas de la cordillera se alejan por uno y otro lado, quedando en medio vastas y fértiles llanuras donde se cultivan el maíz, el trigo, la cebada y otros granos. Este terreno, si no es tan fértil como el del valle de San Juan del Rio, ocupa por lo menos un lugar distinguido entre los mas propios para la siembra. Por ambos lados del camino hay tierras labradas, y observé en algunas de ellas una mejora notable en la distribucion de los surcos. Un frances que venia en la Diligencia, me dijo que esos campos estaban labrados lo mismo que se usa actualmente en Francia.

El paisaje de todo este tránsito no es sorprendente, pero sí tiene cierto tinte de dulzura que indica que toda la pacífica gente labradora que habita las haciendas y pueblos cercanos, disfruta de grande tranquilidad y bienestar. No perdía de vista á los magníficos volcanes sobre cuya cima, velada con caprichosas nubes, reflejaban los últimos rayos del sol.

La cumbre de los volcanes es como la gran antorcha del Señor, que diariamente enciende el sol. Lo primero que se ilumina por las mañanas, y lo último que se apaga por las tardes, es la cima de esas grandes pirámides, edificadas por el Arquitecto del Universo.

El Popocatepetl fué visitado por Hernan Cortés cuando hizo su mansion en Tlaxcala. Entonces la inmensa montaña estaba encendida y constantemente se elevaba desde su cima hasta los cielos una nube de humo. Por las noches vomitaba lavas y peñascos encendidos que como una lluvia de aerolitos iluminaban una circunferencia de muchas leguas.

Uno de los conquistadores, Diego de Ordaz, se atrevió á reconocer este volcán, y los historiadores antiguos aseguran que subió hasta la cima, donde halló un ancho cráter en cuyo seno hervian en azufre la pómez y las lavas, como en una caldera infernal. Esta hazaña que dió por resultado el proporcionar mas adelante á los españoles materiales para fabricar pólvora, fué generosamente recompensado por Carlos V, quien entre otras condecoraciones concedió á Diego de Ordaz la de que en un cuartel de su blason, pintara un volcán arrojando llamas.

Pasamos por el puente llamado de S. Martin, que es un arco atrevido, arrojado en el precipicio, por donde corre el rio Atoyac cristalino, y de amenas y fértiles riberas en algunas estaciones del año. Este rio era para mí demasiado interesante, desde que nuestro jóven amigo Félix Escalante lo ha poetizado en algunas de sus hermosas composiciones, insertas en los tomos 1.º y 2.º del Museo.

Desde el puente á Puebla es una inmensa llanura árida y sin mas belleza que la vista del horizonte, donde se destacan las cumbres brillantes del Pico de Orizava, el Popocatepetl, el Iztacchihual y la serranía de Tlax-

cala. Muy cerca del camino real, y en primer término de estas gigantescas montañas, se ve la pirámide de Cholula (*Cholollan*), que parece una colina natural, y á la que llaman los habitantes del país el *Monte hecho á mano*.

Este es uno de los monumentos mas antiguos del mundo, pues fué construido sin duda por los toltecas ó acolhuas, puesto que por los años de 1190 que llegaron los aztecas, lo encontraron existente. En la cima de esta pirámide habia un *teocalli* consagrado á *Quetzalcoatl*, dios del aire, antiguo rey y sacerdote de los pueblos de Anáhuac, que llegó á ser adorado merced á las frecuentes peregrinaciones que hacia descalzo sobre los magueyes y biznagas, sin duda se cansó de morar por estas tierras, y marchó por el rumbo de Goatzacoaleos, donde desapareció. Cuando los españoles vinieron, Moctezuma creyó que no eran otros sino los terribles y furibundos descendientes del dios del aire.

En cuanto á la pirámide, los aztecas creían que era construida por un gigante. Copiaré un trozo de la obra del sabio baron de Humboldt, titulada: *Vistas de las cordilleras y de los monumentos de América*, donde se refiere esta curiosa tradicion.

«Examinando á mi regreso á Europa, los manuscritos mexicanos de la Biblioteca del Vaticano, he visto esta tradicion consignada en un manuscrito de Pedro de los Rios, religioso dominico, que en 1566 copió todas las pinturas geroglíficas que pudo conseguir: «Antes de la grande inundacion (*apachihuiliztli*), que

«aconteció cuatro mil años despues de la creacion del mundo, el país de Anáhuac estaba habitado por gigantes (*Tzocuilixque*): todos los que no perecieron fueron trasformados en pescados, á excepcion de siete que se refugiaron en las cavernas: cuando las aguas desocuparon la tierra, uno de estos gigantes, Xelhua, conocido con el sobrenombre del Arquitecto, se dirigió á Cholollan, donde en memoria de la montaña Tlaloc, que habia servido de asilo á él y á seis de sus hermanos, construyó una montaña artificial en forma de pirámide: á cuyo efecto dispuso se fabricasen muchos adobes en la provincia de Tlamanalco, situada al pié de la sierra de Cocotl; y para trasportarlos á Cholula, colocó una línea de hombres que los pasasen de mano en mano. Los dioses vieron con indignacion este edificio, cuya cima debia llegar á las nubes, é irritados de la temeridad del gigante, lanzaron fuego sobre la pirámide. Muchos de los operarios perecieron, y la obra quedó sin concluirse. Mas adelante se consagró á Quetzalcoatl, dios del aire.»

«Cholula era una santa y magnífica ciudad, habitada por una nacion eminentemente civilizada y religiosa. Tenia hermosas calles anchas y tiradas á cordel, muchos templos y torres suntuosas. Los habitantes, que pasaban de veinte mil, eran sagaces y de un fino trato exterior, muy hábiles y despiertos en las artes, pues fabricaban una porcelana tan fina como la de Francia, segun asienta Herrera en sus Décadas, y tambien lo indica Hernan Cortés en sus cartas á Carlos V.

« De la gran república de Tlaxcala, se resolvió el conquistador á pasar por Cholula, para sublevar contra Moctezuma una nacion poderosa, que segun se aseguraba, habia resistido constantemente á las usurpaciones y demasías de los monarcas aztecas.

« Todo el pueblo agrupado en las calles presenci6 la entrada de Cortés, quien fué recibido en las puertas de la ciudad por veinte doncellas coronadas de laurel, y con ramos de flores en las manos, que ofrecian á los soldados. Despues venian los caciques soberbiamente vestidos de plumajes exquisitos, y los sacerdotes con sus largas vestiduras de lana blanca y púrpura: innumerables músicos cerraban esta comitiva donde Cholula procuró ostentar toda la riqueza, magnificencia y cortesía de sus hijos.

« Algunos dias despues de estos regocijos le fué revelada á Cortés una conspiracion que tramaban los cholultecas; y con aquella santa piedad con que justificaban los conquistadores todas sus acciones, sorprendieron á los conspiradores en las calles, y comenzaron á matar á cuantos se oponian á su paso. Conspiradores é inocentes, acosados por el fuego y el acero, se refugiaron á los templos. Allí la artillería y las llamas los siguieron, y los conquistadores incendiando esos edificios, encendieron las grandes hogueras, que destruian ignominiosamente al hombre con sus obras; obras de una curiosa y singular civilizacion, que podrian muy bien haberse conservado sin inconveniente alguno.

« Herrera asegura que pasaron de seis mil las per-

sonas sacrificadas en las calles de Cholula, y que ocho dias despues no cesaba el saqueo que los avaros aventureros hicieron en todas las casas de la poblacion.»

Son por cierto lamentables y tristes tales recuerdos que me mantuvieron mudo y sombrío hasta las inmediaciones de Puebla.

Ya me tienes frente de una ciudad situada en una vasta llanura; ciudad grande, llena de cúpulas, de azulejos, de graciosas torres y de elevados miradores. A un costado, inmóviles están los volcanes; solo se observa en su cima iluminada por el postrer rayo del sol una ligera luz, como la de una antorcha próxima á extinguirse. Mientras llegamos á la garita, las tinieblas nos rodearon, y no ví sino confusamente paredones, casas medio arruinadas, y calles sin acera ni empedrados. Los barrios son á poco mas ó menos parecidos á los de México.

Conforme la Diligencia avanza, las calles aparecen mas hermosas; las casas altas y elegantes; muchas tiendas de comercio iluminadas; multitud de gente y vendedores de dulces y otras cosas, forman un murmullo y confusion bastante agradable.

Hemos llegado á la casa de Diligencias; por ahora concluyo mi carta, dejando para otro dia, darte cuenta de mis excursiones en la patria del mole.

Rápido paseo en Puebla. — La casa de Diligencias. — Algunos edificios públicos. — Paseos. — D. José Manzo.

QUERIDO FIDEL:

Segun la opinion de algunos, Puebla es un México en miniatura; segun otros, la ciudad de los Ángeles es la rival de la gran Tenochtitlan. Si preguntas á un *tapatio*, dirá inmediatamente que Guadalajara es la segunda ciudad de la República: en cuanto á los poblados, sostienen por lo comun que el cielo de Puebla es mas azul que el de México; el campo mas verde; la ciudad mas hermosa; las torres de su catedral mas altas, y sus conventos de religiosos mas elegantes. Estas son afecciones provinciales que no tienen peso, segun conocerás muy bien. En cuanto á mí, he tratado de despojarme de toda clase de afecciones, y juzgar á la famosa patria del *mole* con absoluta imparcialidad: te advierto, sí, que no busques filosofía, ni cuadros de costumbres, ni sermones de moral, ni aplicaciones políticas, ni cosa que tenga especie de sustancia, porque cuando no se vive largo tiempo en una ciudad, ni se conoce el carácter y la índole de sus moradores, y

solo se ven los objetos como al través de una vision óptica; es en vano querer pasar la plaza de filósofo y de profundo observador. Así, pues, en estos apuntes, como en los que van ya publicados, solo he tratado de dejar correr la pluma, y trasladar sin elegancia y sin estudio, las sensaciones que han hecho en mis sentidos los objetos que he visto.

En mi carta anterior te dije que Puebla en los suburbios, presenta el mismo aspecto que México, es decir, la miseria y la indolencia de la plebe personificada, en esa inmensa sucesion de accesorias y casas bajas, llenas de suciedad y de abandono. Solo hay la notable diferencia, que estando mejor nivelado el terreno de la ciudad y teniendo buena corriente las aguas, no es comun el que se formen en las calles esos depósitos de agua represa y fétida, que corrompe constantemente la atmósfera. Ya en el centro, la ciudad es elegante y bellísima. Las calles anchas, enlosadas perfectamente y tiradas á cordel, son formadas por sólidos edificios de piedra ó tezontle, con primorosas fachadas de ladrillos, en las cuales están engastados cuadros muy bien hechos de azulejos de colores. Todas estas construcciones que competen en comodidad y alegría, tienen sus puertas de medio punto, su balconería de fierro, sus cortinas y columnas labradas curiosamente, y sus almenas en la azotea. De algunas calles de Puebla puede decirse lo que del Empedradillo de México, á saber: que es una sucesion de palacios y no de casas.

La plaza principal es bellísima: en un lado se halla

el costado gigantesco de la catedral, y los tres restantes son formados de casas iguales absolutamente, con su portalería ancha y cómoda. En el centro hay una especie de atrio, rodeado de una banqueta, con unos asientos con su respaldo de fierro, que son mandados construir por el actual gobernador, general D. Isidro Reyes, el que asimismo ha reunido fondos para colocar en el centro una estatua ecuestre, que está fundiendo ya el aplicado joven Olivares. Si la fachada de la catedral estuviese al frente de la plaza, podría rivalizar en belleza, aunque no en magnitud, con la de México.

En ninguna parte como en Puebla se echa de ver tanto la influencia que la piedad y celo que los primeros frailes que vinieron al Nuevo-Mundo, ejerció en el aumento y embellecimiento de la ciudad. Por donde quiera que se dirijan los pasos se encuentra una iglesia, una capilla, un convento de monjas, y todos estos edificios con sólidas paredes, con altas torres, con magníficas cúpulas de azulejos que brillan con los rayos del sol, fantásticos como los minaretes de las mezquitas turcas. Asombraría el cálculo de las sumas que ha costado la construcción de tanta iglesia y tanto convento. Es verdad que no se encuentra una academia, un liceo, un conservatorio de artes, ni una biblioteca moderna, ni ninguno de esos monumentos debidos á la cultura é ilustración de los tiempos; pero en cambio y mientras esta viene (porque tarde ó temprano hemos de ver plantados estos edificios en las ciudades principales de México), se encuentran aún

los restos de esos monumentos donde los celosos jesuitas se dedicaban á enseñar á la juventud, esos asilos donde huyendo del bullicio del mundo, se retiraban las vírgenes que querían consagrarse al servicio de Dios, y esas mansiones de donde los infatigables discípulos é imitadores del venerable obispo Las-Casas, salían con su Crucifijo y su corazón henchido de religión y de fe á conquistar lejanas tierras, y á auxiliar con la palabra evangélica á las tribus bárbaras del desierto. El corazón se comprime cuando se reflexiona el estado de mercantilismo en que han caído todas las clases de la sociedad. En el día no se sirve á Dios ni á la patria. Las gentes sin creencia religiosa y sin fe política, están naturalmente dominadas por el egoísmo, y el egoísmo corroe lenta, pero indefectiblemente, los cimientos de la sociedad, y esa sociedad cae algún día. Así puede explicarse solamente, por qué á toda hora, y en todos momentos, se halla abatida y humillada por las naciones extranjeras una República con ocho millones de habitantes inteligentes, libres y valientes. Hoy ni los frailes vagan en los desiertos, ni la piedad cristiana levanta templos, y lo mas sensible es, que la ilustración moderna tampoco levanta liceos, bibliotecas, ni penitenciarias. ¿En qué pensamos? ¿Qué herencia y qué porvenir dejaremos á nuestros hijos? ¿En qué invertimos este tiempo de vida y de juventud que Dios nos ha concedido?

Pero ¡alto ahí! lo que estoy diciendo son disparates y falsedades. La civilización moderna y el progreso han invadido á Puebla formalmente. Tienes esta-

blecidos en la calle de Mercaderes algunos peluqueros, con su vidriera á la calle, y detrás de ella sus botes de perfumería, su agua de colonia, sus trenzas y rizos de pelo, sus cepillos, y sus treinta mil baratijas que venden á peso de oro: tienes en Puebla algunas tiendas con gruesas letras de oro en campo azul ó verde, que dicen: *Madama N***, modista de Paris*: tienes sombrererías, mercerías, cafés. ¡Oh! ¿No vale la pena este rápido progreso, esta súbita trasformacion de pagar 600,000 pesos, y todavía quién sabe cuánto mas?

Es menester reir, cuando se piensa sobre esto, ó maldecir el día en que se vió la luz en un país que con tan poca justicia y delicadeza es ultrajado á cada momento.

Dejando esto á un lado, el comercio de Puebla es bastante activo, y las calles de los Herreros, Mercaderes y Portales, presentan un aspecto de alegría y actividad durante las primeras horas de la mañana, y en la tarde á la caída del sol, si bien se observa en ellas muy poca gente decente del bello sexo.

Por la mañana recorrí cuantas calles me fué posible, y mi idea sobre la irregularidad y buena construcción de las casas y calles, se afirmó mas. En cuanto á los templos, son sin duda mas bellos que los de México. Churiguera no hizo una invasion tan completa como aquí, y las fachadas menos recargadas de esos bajo relieves, y de esas molduras sin gusto y sin elegancia, presentan un aspecto tanto mas agradable cuanto que es mas sencillo. La mayor parte de las torres y

portadas son del orden compuesto, y las cúpulas bastante elevadas y vistosas.

Ya fatigado con el sol, di la última vuelta por la plaza, donde encontré hermosas anonas, chirimoyas, naranjas, plátanos, verdura y abundantes vituallas, vendidas por los descendientes de los famosos republicanos tlaxcaltecas y cholulanos. Los pobres restos de los espartanos y atenienses de este nuevo mundo, han venido á quedar destinados á proveer los placeres gastronómicos de la tercera entidad que resultó de los soldados de Hernan Cortés.

¡Así son todas las cosas del mundo! En el sistema geológico están siempre los terrenos de alubion sobre las rocas primitivas.

Así, pian piano, entre riendo y llorando al ver á los pobres indios con sus semblantes de bronce, amables, humildes y resignados, me retiré á la casa de Diligencias.

Este establecimiento está situado en la calle de Chavarría, á inmediaciones del colegio de la Compañía, en una amplia y hermosa casa que perteneció á un coronel, D. Francisco Maldonado, de feliz memoria. En Puebla, tan barato; en Puebla, donde hay tan magníficas casas; en Puebla, que se dice la segunda ciudad del Anáhuac, creerás que hay una magnífica casa de Diligencias, bien servida, con soberbia mesa, etc., etc.? Yo creía lo mismo; pero me engañé miserablemente. La casa, aunque es buena, como he dicho, está desaseada, y en un gran salon han dispuesto unos enrejados de madera, cubiertos con indiana y divididos con

mucha economía. Cada division de estas forma un cuarto, que parece mas bien jaula propia para una fiera. Un mal catre de madera, ó una detestable cama con banco verde y cabecera; un espejo (*en miniatura*) roto, una mala mesa, y un peor aguamanil, forman el conjunto de los muebles de una habitacion donde apenas puede uno moverse. Agréguese á esto, que las toses, los ronquidos, el ruido.... el.... y todo cuanto pueden hacer de mas molesto los pasajeros, son como el sol y el aire, para todos los miseros que tienen la necesidad de pasar una ó mas noches en esas viles, degradantes é infames *periqueras*.

Comprimido mi corazon con la oscuridad y la estrechez de un aposento tal como lo he descrito, y que la criada pomposamente llamaba *cuarto número 4*, supliqué al encargado me concediese otro separado, á lo que accedió, á condicion de ponerme en él un compañero, si los pasajeros eran muchos. El nuevo local era mas amplio efectivamente; pero tan desvencijado como el primero: siempre la fatal cama verde con cabecera; siempre el espejo en compendio, y ni un cepillo, ni un peine, ni nada de lo mas indispensable para el aseo de un viajero.

En la casa de Diligencias hay una mesa redonda, presidida por el encargado, que es un jóven español de finisimos modales y buen trato, excepto algunas ocasiones en que se levanta mohino á las cuatro de la mañana á despachar los coches. A las diez se almuerza y á la oracion se come. Los platos no son ni muy abundantes ni del mejor sazon, á pesar del *cocinero*

frances; esto es relativamente. En otro punto, en Nopaluca por ejemplo, la comida de Puebla podria creerse un banquete régio; pero donde hay tan buenas carnes, tanta abundancia de vituallas y tanta baratura en los comestibles, me parece que podria presentarse una mesa mucho mas bien servida.

Esta crítica no va de ninguna suerte contra el actual encargado, ni contra nadie, si se quiere; es simplemente una meditacion filosófica, que da por resultado el convencerse que en nuestro país nada se hace completo. Si en Puebla, que es adonde van de México la mayor parte de la semana, dos Diligencias diarias, y regresan ocho coches mensualmente de Veraeruz, está la casa lo mismo ó peor que nuestros celebrados mesones, ¿qué será en las demas partes? Ya veremos....

Luego que cayó el sol tomé un *simon* de los muchos que hay frente de la catedral, y que por lo comun tienen todos excelentes mulas, y me dirigí á visitar algunos edificios públicos.

La iglesia de la Compañía, construida por los jesuitas, así como el colegio Carolino, es uno de los monumentos que mas llama la atencion. El estilo de la arquitectura es á primera vista parecido al de Churiguera; pero observándolo atentamente, se nota una imitacion mas aproximada al *gótico*, y bastante génio y atrevimiento en el arquitecto que la ejecutó.

Tiene avanzado una especie de peristilo con tres puertas con verjas de fierro: sobre los arcos de estas puertas están elevadas las torres. El todo del edificio es en-

jarrado de blanco y lleno de labores y molduras, como una pieza de alfeñique.

Hay, segun creo, tres locales donde se hacen coloquios y comedias; pero el que merece atencion es el recientemente construido y nombrado *Teatro del Progreso*. Es pequeño, de forma semi-circular, con lunetas, palcos primeros y segundos, y galería, y muy parecido al de Nuevo-México. La estremada propiedad, el aseo y gusto de este pequeño local, lo hacen ya digno de que buenas habilidades drámaticas ocupen su foro. El telon de boca es mucho mas ingenioso que los de nuestros teatros. Representa una alegoría de las musas, de la pintura y de la comedia, bastante bien ejecutada al fresco. Multitud de génios conducen y recogen las obras de los autores dramáticos, y van en pos de la musa. Allí están las obras de Racine, de Moliere, de Hugo, de Dumas, de Shakespeare y otros autores extranjeros, y el que inventó tal alegoría no olvidó poner á nuestro querido poeta Fernando Calderon y al desgraciado Rodriguez. Así, pues, están honrados nuestros literatos dramáticos, y honrada la pequeña vanidad y orgullo nacional. Aun no han trabajado en este teatro mas que las ambulantes compañías que representan coloquios; pero es de esperarse que pronto lo ocupen algunos buenos actores, y se despierte en Puebla el gusto por el teatro, por esta diversion eminentemente civilizadora en opinion de algunos, y en la mia mas conveniente que otra alguna.

Del Teatro del Progreso me dirigí á la Alameda de San Francisco, donde era el paseo antiguo, y que con-

siste solamente en una calle de álamos con sus asientos de piedra en los costados. Este paseo comienza al costado del convento, y sigue la márgen del rio de San Francisco, que es un barranco con una escasa cinta de agua sucia en tiempo de secas, y en el de lluvias un torrente que suele llevarse en sus crecientes algunas de las casas de adobes que hay en las inmediaciones. Como no hay allí nada de particular, excepto una fábrica de estampados, que dí por vista, y algunas mujeres que lavan ropa, ordené á mi *simon* me condujese á la Alameda nueva. Atravesamos la ciudad, y nos encontramos á poco en un recinto cercado con su balaustre de piedra y sus puertas en los costados y esquinas, adornadas de vistosos jarrones de piedra. Como los árboles están recién plantados, mas bien puede llamarse un jardin que una Alameda; pero es con verdad un bonito jardin, con sus fuentes, sus calles ordenadas y vistosas. En el extremo occidental hay un obelisco embutido, donde está conservada la memoria del distinguido patriota D. Miguel Bravo, por medio de un epitafio que ya ha copiado el Sr. Lic. Escudero en sus apuntes de un viaje á Puebla y Tlaxcala. «Enfrente de este monumento hay un gracioso templete con una cúpula sostenida por doce columnas corintias. En el centro del templete está una base cuadrada que sostiene un globo dorado, y sobre el globo sentada la América, teniendo á su izquierda la águila mexicana.»

Despues de dar un paseo por las frescas calzadas de la Alameda, y contemplar la vista pintoresca que se goza, teniéndose al frente el alto cerro llamado la

Malinche, á la izquierda un grupo de casas y cúpulas de una parte de la ciudad, y á la espalda las cimas resplandecientes de los volcanes, me dirigí á San Javier, convento abandonado, situado en la parte oriental de la Alameda, y donde aunque lentamente y con mil aflicciones se está construyendo una famosa cárcel ó penitenciaria, por el arquitecto D. José Manzo.

Cuando ví el gusto y la gracia con que están contruidos el templete, los balaustres y las puertas de la Alameda, pregunté quién los habia dirigido. Se me dijo que todo era obra de D. José Manzo; que este D. José Manzo, á quien no tuve el honor de conocer, habia ido á Roma con el señor obispo Vazquez, y regresado á su patria, no como muchos, es decir, llenos de orgullo y de fatuidad, alabando los helados de Nápoles, las piernas de la Taglioni y la voz de Julieta Grissi, sino con su cabeza llena de poesía para el arte, y aprovechado en sus estudios.

La penitenciaria me confirmó en esto; pues aunque por el estado de la obra no puede formarse todavía una idea exacta, el modelo pequeño de madera que ví concluido, indica que el autor no es un hombre comun. No es simplemente el pensamiento de un edificio, sino el pensamiento filosófico y moral de que aquellas murallas y separos están destinadas á aliviar las dolencias físicas de los desgraciados, ó á curar y corregir la deformidad moral de los criminales. La penitenciaria debe contener dentro de su seno, casa de correccion para los niños, asilo para los mendigos, lugares de deteniimiento para los acusados, y prisiones para los crimi-

nales de ambos sexos. Todo tiene su distribución regular y exacta, y el arquitecto al concebir su plan ha pensado en la clase de ocupaciones, penas y diversion que deben tener los que vayan á vivir en un asilo tan eminentemente filantrópico.

Estos pensamientos altamente profundos, que tienen por objeto un fin útil á la sociedad, deben encontrar apoyo y proteccion en el gobierno; á él toca hacerlos germinar, él puede recoger esa honra sólida con que la sociedad futura sabe premiar al que de alguna suerte preparó sus adelantos y su bien.

La construccion de la cárcel referida se hace lenta y pausadamente, por la falta de fondos, á pesar de los notorios esfuerzos del arquitecto y del actual gobernador. No será nada extraño que un dia se paralice la obra y se aloje en el local á un regimiento, para que destruya lo poco que á fuerza de paciencia y de constancia se ha logrado construir.

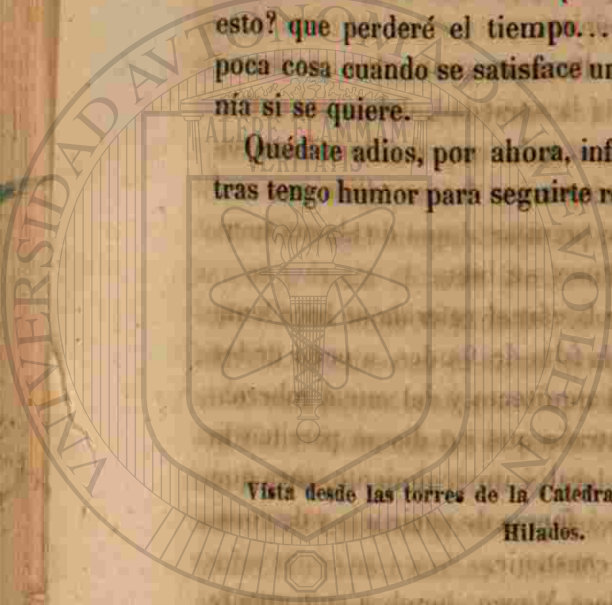
En cuanto á D. José Manzo, hombre sumamente moderado y humilde, está casi en la miseria, pues se me asegura que como arquitecto de la ciudad de Puebla disfruta una corta pensión, y que esa pensión... *no se le paga.*

Al gobierno toca, si llega á sus manos este escrito, elegir si debe reportar el oprobio de tener en la indigencia á un hombre tan recomendable, ó adquirir gloria concediéndole una decente pensión que le sea puntualmente satisfecha.

Por lo que á mí toca, en esta esfera miserable y oscura en que vivo no perderé la oportunidad de elo-

giar los actos del poder que tiendan á proteger las artes, las ciencias y la literatura; así como llenar de cuanto oprobio pueda, á los hombres indolentes que nada hacen en favor de su patria. ¿Qué resultará de esto? que perderé el tiempo. Muy bien; esta es poca cosa cuando se satisface un deseo, una monomanía si se quiere.

Quédate adios, por ahora, infortunado Fidel, mientras tengo humor para seguirte relatando mi viaje.



Vista desde las torres de la Catedral. — Fábricas de Loza.
Hilados.

QUERIDO FIDEL:

Todos estos días el cielo ha estado nublado, á causa del norte que sopla en Veracruz, y empuja las nubes sobre los picos de las cordilleras. Hoy que la mañana está esplendida, he subido hasta el último cuerpo de una de las torres de la catedral, y he podido cerciorarme de dos cosas, á saber: que el cielo, si bien es de un azul purísimo y hermoso, no es superior al de México; y que el valle de Puebla no es ni tan fértil ni tan pintoresco como el de la capital. No obstan-

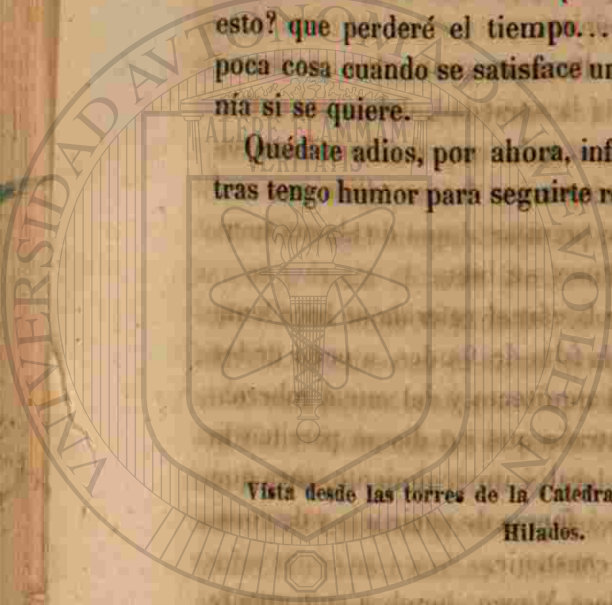
te, el conjunto que presentan las azoteas de las casas, las torres aglomeradas al parecer unas sobre otras, y las calles rectas como unas líneas negras, es demasiado importante. Contemplando un momento esta perspectiva, se cree ver un gran plano de bulto extendido, sobre una rica alfombra verde.

Desde la torre de la catedral se pueden observar clara y distintamente dos cosas especiales: el gran volcán maravilloso y radiante, y la antiquísima pirámide de Cholula. «El Popocatepetl segun Humboldt, tiene 600 metros (716 varas) mas de altura que las mas elevadas cumbres del antiguo continente, y desde el istmo de Panamá hasta el estrecho de Bering, no conocemos mas que una sola altura, el monte de S. Elías, que sea mayor que la del gran volcán de Puebla.» La pirámide de Cholula, cuya construccion, segun te he dicho ya, se pierde en la oscuridad de los tiempos fabulosos de México, es tres metros (3½ varas) mas alta que el Micerino ó la tercera de las grandes pirámides egipcias, y su largo en la parte descubierta excede al de todos los edificios de este género que han encontrado los viajeros en el antiguo continente, pues es casi doble del de la gran pirámide conocida con el nombre de Cheops.

Ya se deja entender que son dos monumentos respetables: el monumento de Dios y el monumento del hombre: el primero es el poder, la grandeza y la mas sorprendente hermosura, personificada en esa pirámide de lavas que hierven interiormente y reverberan con una eterna corona de nieve; el segundo es el testimo-

giar los actos del poder que tiendan á proteger las artes, las ciencias y la literatura; así como llenar de cuanto oprobio pueda, á los hombres indolentes que nada hacen en favor de su patria. ¿Qué resultará de esto? que perderé el tiempo. Muy bien; esta es poca cosa cuando se satisface un deseo, una monomanía si se quiere.

Quédate adios, por ahora, infortunado Fidel, mientras tengo humor para seguirte relatando mi viaje.



Vista desde las torres de la Catedral. — Fábricas de Loza.
Hilados.

QUERIDO FIDEL:

Todos estos días el cielo ha estado nublado, á causa del norte que sopla en Veracruz, y empuja las nubes sobre los picos de las cordilleras. Hoy que la mañana está esplendida, he subido hasta el último cuerpo de una de las torres de la catedral, y he podido cerciorarme de dos cosas, á saber: que el cielo, si bien es de un azul purísimo y hermoso, no es superior al de México; y que el valle de Puebla no es ni tan fértil ni tan pintoresco como el de la capital. No obstan-

te, el conjunto que presentan las azoteas de las casas, las torres aglomeradas al parecer unas sobre otras, y las calles rectas como unas líneas negras, es demasiado importante. Contemplando un momento esta perspectiva, se cree ver un gran plano de bulto extendido, sobre una rica alfombra verde.

Desde la torre de la catedral se pueden observar clara y distintamente dos cosas especiales: el gran volcán maravilloso y radiante, y la antiquísima pirámide de Cholula. «El Popocatepetl segun Humboldt, tiene 600 metros (716 varas) mas de altura que las mas elevadas cumbres del antiguo continente, y desde el istmo de Panamá hasta el estrecho de Bering, no conocemos mas que una sola altura, el monte de S. Elías, que sea mayor que la del gran volcán de Puebla.» La pirámide de Cholula, cuya construccion, segun te he dicho ya, se pierde en la oscuridad de los tiempos fabulosos de México, es tres metros (3½ varas) mas alta que el Micerino ó la tercera de las grandes pirámides egipcias, y su largo en la parte descubierta excede al de todos los edificios de este género que han encontrado los viajeros en el antiguo continente, pues es casi doble del de la gran pirámide conocida con el nombre de Cheops.

Ya se deja entender que son dos monumentos respetables: el monumento de Dios y el monumento del hombre: el primero es el poder, la grandeza y la mas sorprendente hermosura, personificada en esa pirámide de lavas que hierven interiormente y reverberan con una eterna corona de nieve; el segundo es el testimo-

nio auténtico del enlace de la historia sagrada y profana del Viejo-Mundo, con la historia prodigiosa y singular de estos fragmentos de naciones que atravesaron inmensos desiertos y soledades, para venir á fijarse en una tierra, cuya existencia ni aun se sospechó durante miles de años.

Un hábil pintor puede mas bien dar una idea del paisaje que se descubre desde las torres de la catedral, que un embarrador de papel, que se halla agobiado con tanta figura, con tanto claro-oscuro, con tanta belleza; así, pues, permitirás que descienda de la torre sin hacerte un magnífico capítulo de *Puebla á vista de pájaro*.

Luego que me hallé en la plaza me instalé en un regular *simon*, y marchamos á la fábrica de loza. Puebla heredó sin duda de los cholulanos el arte de construir la loza, y aunque nunca la hemos visto tan perfecta como segun aseguran los cronistas se fabricaba en la antigua república, sí ha sido siempre un ramo abundante de comercio en Puebla, y que ha contribuido tal cual á darle fama. En cuanto á la fábrica, actualmente está montada ya bajo un pié europeo; y el barro, el blanquimento y el barniz, se hacen por medio de combinaciones químicas. Despues de molido el barro en unas tahonas, se reduce á masa, y con esta masa se moldean en yeso las jarras, platonés, soperas, etc. En cuanto á las tazas y pozuelos, se hacen en un torno y se recortan y pulen de la misma manera. Despues van á la pintura, que se hace de dos maneras: á mano, la que solo consta de grecas y dibujos de flores sencillas, y

la de paisaje por medio de unos patrones impresos con una lámina de cobre con tinta á propósito. Ambas operaciones se ejecutan con mucha velocidad. En seguida se pone la loza en un horno, y se barniza. Si no puede decirse que sea tan fina como la francesa, sí es igual y mas barata que la corriente que se fabrica en los Estados-Unidos. Las oficinas y los departamentos de la fábrica están en el mejor orden, y el abundante consumo que tiene, hace creer que cada dia se perfeccionará mas la construccion de la porcelana.

De la fabrica de loza me dirigí á la de hilados de D. Estéban Antuñano, que tiene el pomposo título de la *Constancia mexicana*. Está á la orilla de un rio (creo el de Atoyac) cuya agua mueve una gran rueda, y ésta á toda la maquinaria. El edificio es hermoso, parece construido con solidez, y bastante cómodo para las operaciones de la maquinaria, y para que vivan la mayor parte de los operarios. En un primer patio ámplio están distribuidas multitud de viviendas bajas, aseadas y propias, con su jardín pequeño al frente de cada puerta. El segundo patio está destinado para el despacho y oficinas de la fábrica, y desde la entrada se descubre la fachada moderna y elegante de ella. En cuanto á la maquinaria, consta de malacates y telares, movido todo por medio de cilindros y correas, y es absolutamente igual á las de su género que hemos visto repetidas veces. Sin embargo, la curiosidad me hizo entrar, y me detuvo un gran cuadro colocado arriba de una de las puertas, y que merece la pena de describirse.

En la parte alta hay de pié una águila sobre un laurel, y de este laurel penden unos círculos con motes sorprendentes, como *orden, riqueza, etc.*; debajo del águila hay una casa, encima de la casa tres ruedas dentadas, y debajo de ellas una mesa con una manija que agarran tres manos *acéfalas*. De un lado de esta indefinible alegoría hay un camello, y del otro una llama. Todo este conjunto informe, tiene un letrero que dice: *emblema á la industria mexicana inventado por Estéban Antuñano*. No podía concebir, por mas que me devanaba los sesos, lo que querian decir todas las figuras de un cuadro tan singular; hasta que un jóvencito medio maligno que por casualidad me acompañaba, me dijo: Le explicaré á vd. lo que esto quiere decir. El águila significa que nosotros estamos destinados para volar muy alto; pero que estamos entretenidos con la discordia, y esto nos ha tenido desde la Independencia acá con las alas abiertas, pero sin subir una pulgada del suelo. Las ruedas dentadas... ¡Ah! ya ve vd., toda maquinaria tiene ruedas dentadas, y así, esto puede convenir para un molino de chocolate, ó para una relojería, y todo es industria. La casa es prueba de que la albañilería es la primera de las industrias; porque sin hacer previamente un edificio, no podía establecerse una máquina: la manija que agarran esas manos sin cuerpo, quiere decir que sabiendo mover las teclas todo se consigue, y que poco importa que un hombre no tenga cuerpo con tal que tenga manos, porque en estos tiempos las manos por sí solas son industria.

Y los camellos? le interrumpí, satisfecho de la explicacion que me habia dado.

Los camellos, prosiguió, significan la humildad del pueblo mexicano que se arrodilla cuando le van echar una pesada carga, así como el emblema del ayuno y dieta que sufren los empleados y viudas. Vea vd. si no es ingeniosa la colocacion de este camello.

El jóven se retiró, y yo iba á hacer otro tanto, cuando me llamó la atencion otro rubro con gruesas letras, colocado arriba del cuadro, que dice: MIRAD, Y PENSAD.

En cumplimiento de tal precepto *miré*, y pensé: que salvo la verdad ó mentira de las explicaciones del emblema de la industria, es muy fácil edificar una casa, poner telares, y ser entusiasta por la industria, y pasar la vida inventando emblemas y escribiendo *utopías algodonerías*, cuando se encuentra la fortuna de que un gobierno paternal ponga en manos de uno 500 mil pesos, y prohíba la importacion de hilaza y de lienzos ordinarios de algodón. ¡Viva la industria! ¡Viva la patria! La nacion se desquicia y se cae si se permite á esos perros ingleses que introduzcan una hebra de hilaza. ¡Que se quemén los efectos! ¡Que se levante el pueblo!—¡Pún...! ¡Pún...! calló el gobierno.—Entretanto el pueblo, que compra la manta mas cara, está impasible. Los periodistas, por moda y por adular al pueblo, defienden la industria, y la industria gana. ¿Quién es la industria? D. Pedro, D. Juan, y D. Diego, que aparecen llenos de pesos y sonriéndose de su triunfo. ¡Así son las cosas de este mundo! Cuando se analizan los actos de patriotismo, de ciudadanía, de

amor al pueblo, tal vez resulta una sustancia predominante: *Egoísmo*. ¡Qué bestialidades ha dicho este pícaro, este imbécil, este charlatan! ¡Perdon, señores, perdon, y dejen á cada uno pensar con su cabeza: vdes. llenen su bolsillo y ríanse de los folletinistas.

Después de todo lo que dirán de mí por estas líneas, quiero hacerte un ligero *abregée* de la industria, aunque se me tache de vanidoso, y.... quién sabe cuántas cosas más.

Por el año de 30 había un empleado sumamente laborioso y dedicado, que trabajaba al lado de un excelente viejo, D. Ildefonso Maniau. En los ratos de ocio se ponía á revolver libros y á escribir muchos borradores que formaron en breve un cuaderno voluminoso. Este cuaderno contenía nada menos que el proyecto de un colegio de artes, y el establecimiento de un banco nacional de industria. Varios magnates del gobierno de esos que han recorrido la Europa, que pasan por grandes talentos y por profundos políticos; en una palabra, uno de esos hombres funestamente históricos, vió el proyecto, se apoderó de él, lo modificó, lo varió y se proclamó su dueño y autor. La industria entró por casa, y hétenos aquí en el apogeo á un hombre que á la vez que planteaba con los caudales del banco una fábrica, se pavoneaba con la gloria de un pensamiento filantrópico, humano, nacional. Entretanto, el empleado que había sido autor de él estaba en la oscuridad y la miseria, sin tener ni aun con que dar á sus hijos los primeros elementos de educación. Este empleado es una persona que me tocó

muy de cerca, y por quien tengo una afección tierna y respetable para mí.

Desde entonces ya no se habló mas que de industria y de adelantos, y de que el pueblo era libre y.... pero los cilindros y los malacates eran poca cosa para cubrir la sangre de un honrado y buen patriota, y la administración industrial cayó.... No fué la influencia inglesa, no fué el general Santa-Anna, no fué la debilidad del presidente de entonces: fué simplemente el dedo de Dios que quería separar del gobierno á los que se habían manchado con la muerte de un hombre que solo tenía una mitad de sangre en el cuerpo, porque la otra mitad la había vertido en los campos de batalla durante la guerra de Independencia.

La industria volvió á levantarse, y algunas fábricas se establecieron después. En los años de 37 y 40 el gobierno concedió un permiso para introducir hilaza por algunos puertos; y Tejas, esa porción de tierra que constantemente nos arroja lodo é infamia á la frente, iba sin duda á ser recobrada de una manera positiva; pero la prensa clamó y los industriales pusieron su grito en el cielo. Almonte y Arista, que tenían una idea eminentemente nacional, fueron acusados ante la opinión pública de traidores y ladrones cuando ni un solo centavo se echaron en la bolsa, ni una sola idea inoble pasó por su cabeza. Esto juzgo que nadie interpretará como una adulación. El general Almonte, á quien apenas conozco, se halla muy lejos de aquí; y del general Arista, sin mando y lleno de enfermedades, nada puedo temer ni esperar.

Reasumamos la historia de la industria. El gobierno se ha privado en cada año de tres millones de pesos que producian los efectos de algodón; lo que en un período de diez años hace la suma de treinta millones de pesos. El pueblo ha tenido que pagar mas contribuciones para llenar este déficit, y de aquí ha provenido la capitacion, el tres al millar, etc. No se reconquistó Tejas, y es probable que jamas sea ya parte del territorio mexicano. Algunos particulares se han enriquecido, lo cual es poca cosa respecto de la masa total de la nacion. Un número ínfimo de personas trabaja en las fábricas, y ningun aumento sensible se nota en las poblaciones donde están establecidas. Los efectos de algodón no han bajado de precio. La extraccion de numerario es la misma. El gobierno ha gastado en habilitar á los industriales, y por último, en establecer una direccion para industria que no hay. Entretanto Guanajuato, Zacatecas y Durango, cuyas montañas son de plata, están en la miseria. El azogue vale ciento sesenta pesos quintal, y los tesoros se quedarán eternamente debajo de la tierra.

Estos son hechos, y no me meto en la discusion de si debia ó no de haber industria. Esto seria una materia muy ardua, y muy especulativa, y muy seria, y muy fastidiosa tambien.

En cuanto á Puebla, francamente creo que en ningun Departamento mejor que en él debe protegerse la industria. El pueblo es vivo, inteligente y de pasiones exaltadas; se necesita darle pan para que coma, y trabajo para que no esté ocioso. Desde el estableci-

miento de las fábricas en Puebla ha habido poquísimas revoluciones y nunca tan sangrientas y terribles como cuando el pueblo tenia hambre.

No se diga que esto es una contradiccion. De ninguna suerte: lo único que prueba es, que á cada Departamento se debe proteger igualmente, y que una providencia general puede ser conveniente para unos lugares y perjudicial para otros.

La seriedad de esta carta, temo te haya hecho bostezar; así, la dejo aquí, prometiendo hablarte en la otra de cosas mas divertidas.

El coloquio. — El lépero. — La china.

QUERIDO FIDEL:

Un gran cartel con diablos arrojando llamas, y otras figuras análogas, que estaba fijado en la boca del Portal, anunciaba para la noche la representacion de un coloquio en el Palenque de los Gallos. Preferí esta diversion á la de jugar lotería en el café del Comercio; y de hecho, á las ocho de la noche me fuí al sitio consabido. La entrada es por un estrecho zaguan y un lúgubre callejon, alumbrado por una vacilante candileja.

Aun en los mas insignificantes pueblos de la Repú-

blica se encuentra una plaza de gallos. Cuando la poblacion aumenta y el lugar progresa, entonces se construye una plaza de toros. El teatro anuncia ya un grado de civilizacion muy elevado, y en consecuencia solo algunos capitales de los Departamentos poseen estos edificios. La plaza de Gallos de Puebla (donde además segun queda dicho, hay un bonito teatro) es á poco menos igual á las demas; es decir, construida con vigas y tablones, con su foro improvisado cuando las urgencias teatrales lo requieren. Estaba alumbrada con una araña (zancona) en el centro, que contendria hasta diez candilejas, y quince ó veinte mas repartidas en el proscenio y palcos. Así esta luz escasa, vacilante y rojiza, comunicaba á la concurrencia un cierto aire fantástico é imponente. La *cazuela* estaba llena de gente de ambos sexos, y presentaba un conjunto bronceado de fisonomías severas y rarisimas. En los palcos habia tal cual familia medianamente vestida, y uno que otro militar con ancho sombrero jarano y oscuro bigote, que cruzada una pierna sobre otra, jugaba con la guarnicion de su espada con una mano, mientras al descuido hacia con la otra significativas señas á una ó mas mozuelas que estaban cerca de él. En las gradas habia menos gente, y podia distinguirse entre la multitud de anchos sombreros blancos y de palma, uno que otro semblante de ángel, de alguna de esas preciosas chinitas, de que hablaré despues. Todo este cuadro, como digo, estaba iluminado por intervalos por aquella luz medio rojiza; y nada puede compararse al encanto y realidad de esta singular concurrencia, sino

uno de esos cuadros tétricos y raros de la escuela holandesa.

Multiplicados gritos y silbidos anunciaban la impaciencia de los circunstantes; así es que el espectáculo comenzó por las cuadrillas del Mahometo, tocadas por un par de bandolones y un bajo, de que se componia la orquesta. En seguida se levantó el telon y comenzó el coloquio, que se reducía nada menos que á la representacion de la vida de la Virgen, desde sus desposorios con San José hasta el nacimiento de Cristo en Belen.

La Virgen era una muchachita de no mala figura, con voz de tiple, que me recordó la de Cayetana, antigua *prima dona* del teatro de los Gallos de esta capital. En cuanto á San José, era de tez bronceada y acento tan humilde que pasaba á quejumbroso y plañidero. En cuanto á los vestidos, eran exactamente propios y copiados de las esculturas que todos conocemos.

Los desposorios y la encarnacion pasaron sin incidente singular, hasta los celos de San José. Entonces el varon humilde y resignado salta las trancas y hace fuertes reconvenciones á María; mas tranquilizado por un ángel, le pide mil perdones, y siguen ambos esa vida de contemplacion y de arrobamiento, hincados en línea recta.

La orquesta *rasga materialmente* un wals de Marian, y al compás de esa música eminentemente mundana, se van elevando San José y la Virgen hasta las bambalinas, no sin tener gran temor de caer.

Sigue la visitacion de Santa Isabel, la huida á Egipto;

finalmente el nacimiento del Salvador, y todos estos actos parodiales de la manera mas ridícula. Los episodios son todavía mas curiosos. El diablo, que ya tenía sus malicias de que pronto iba á nacer el Mesías verdadero, sale á cada momento á informarse con los pastores, y exasperado con sus respuestas necias ó afirmativas, les da de puñadas, intenta amarrarlos á un árbol, y se establece en el foro una lucha de puñadas, latigazos y carreras, que nunca deja de aplaudir el público. Por lo demas, los tipos de todos los pastores son conocidos: Bato, un goloso sempiterno; Bras, un dormilon borracho perpetuo; Fileno, erudito y taciturno; Gila, en pleito con su marido porque se come los *tamales* (anacronismo que por cierto no es el mas singular); y Menga, celosa de Bras. De todo este conjunto de pastores chocarreros y fastidiosos, resultan parientes de la Virgen, de Santa Isabel, de San José y de Zacarías, y con su eterna y grosera pugna con Satanás, Asmodeo y el Pecado, y sus tonterías y obscenidades hacen reir á carcajadas al auditorio. Me acuerdo que en una escena el diablo quita los calzones á Bato y lo deja en camisa; los pastores salen y rien de verlo desnudo, y el público rie y aplaude semejante indecencia.

En cuanto á mí, divirtiéndome mas con un grupo de concurrentes que no cesaba de comer huevos crudos con sal, y echar sendos tragos de aguardiente, comentando la representacion y diciendo algunos refranes agudos, deploraba la vil parodia que se hacia de la parte mas poética y mas tierna de la religion católica.

¡Qué diferentes ideas se forma uno de la religion cuando ve esas apacibles pinturas de Murillo, que cuando mira representada á la Santa Virgen por una cómica de la legua, ó tal vez por una ramera pública! En tiempos antiguos, es decir, cuando Calderon compuso autos sacramentales, las costumbres eran acaso mas puras, las creencias estaban mas arraigadas, y el pueblo escuchaba con atencion y piedad esas alegorias místicas, en que los vicios y las virtudes eran representados materialmente; pero hoy esa clase de espectáculos son altamente inmorales, pues no contribuyen mas que á poner en ridículo las creencias religiosas, y á despertar singulares dudas sobre las verdades del dogma. Cerca de las once terminó el coloquio con un jarabe y un palomo, bailados por Bato y por Gila.

Al retirarme á la posada reflexioné que dos especialidades sociales componian la mayor parte de la concurrencia del coloquio; á saber: el lépero y la china; digo especialidades, porque sus trages, sus costumbres y su género de vida, es totalmente diferente del de las otras gerarquías de México. No pierdo la oportunidad de hacerte un bosquejo rápido de esta existencia singular, que se ha conservado intacta á pesar de los cambios y vaivenes que se han experimentado en las costumbres del país.

El lépero, procedente de padres pobres, artesanos regularmente, pasa los primeros dias de su vida, no entre el chiqueo y el regalo, sino llorando en una mala cuna, porque su madre es regularmente criada de alguna casa, y sus quehaceres no le permiten cuidar con

esmero á su hijo. Cuando ha crecido, se le manda á una escuela donde apenas aprende á mal leer, y cuando mucho á forjar imperfectas letras. El resto del día lo pasa en la calle, tirando pedradas, empujando un papelote ó revolcándose en el lodo, con algunos otros muchachos de su edad. Los padres por lo regular castigan con infinita crueldad las faltas leves del hijo, mientras le toleran otras graves, como por ejemplo el obsceno lenguaje y los pequeños hurtos que comete en la vecindad.

El muchacho es grande, dicen los padres, y es menester ponerle á oficio. De hecho, se pone á direccion de un maestro zapatero ó carpintero, y allí tiene que aprender el arte por imitacion, á fuerza de golpes y malos tratamientos. Si el muchacho es de mala cabeza, se enfada, huye de la casa paterna, y despues de muchas aventuras, acostumbrado á la ociosidad y necesitando dinero para sus vicios, se convierte en ladron ratero ó en tahir perpetuo. Un día lo cogen de leva, y ya es un soldado; ó bien una riña lo conduce á la cárcel, y se le ve en las calles con una cadena al pié. Si por el contrario, tiene buenas inclinaciones, aprende el oficio, se establece, se casa, y entonces como hombre honrado, se le ve con su ancha calzonera con botonura de plata, su camisa llena de randas, su mascada sujeta con un anillo al cuello, y su gran sombrero con chapetas de plata: concurre, sin embargo, á los toros, á las pulquerías y á las procesiones, porque su instinto de mezclarse con el pueblo y confundirse en esas ruidosas alegrías de la plebe, no lo abandona jamas.

No se crea que en el lépero hay un conjunto predominante de malas cualidades; por el contrario, es vivo, inteligente, posee como nadie en el mundo el sentido de la imitacion; es valiente, generoso y leal con sus amigos, apasionado con furor de su mujer ó de su querida, y liberal hasta tocar en la prodigalidad, pues es sabido que un lépero gasta el domingo y el lunes todo lo que ha ganado en la semana. En Puebla mas que en ninguna otra parte pueden encontrarse multitud de estos originales; porque allí, como en Guanajuato y Guadalajara, la plebe tiene un carácter singular. Los muñecos de cera y de barro, los jabones, los sombreros, la loza y los arneses para sillas vaqueras, pueden atestiguar el talento de los poblanos; así como las heróicas defensas que en las revoluciones han hecho de la ciudad, el valor que les es característico, y que no necesita mas que impulsarse con una causa que los afecte íntimamente.

En cuanto á la china, esa linda y eterna compañera de las aventuras, de las penalidades y de las alegrías del lépero, es menester buscarla en Puebla ó en Guadalajara, dejando á un lado esa multitud de mujeres sin poesía, y llenas de defectos físicos y morales, que con tanta gracia y propiedad han designado nuestros calaveras con el epíteto de *arañas*.

La china no recibe una educacion mas esmerada que los varones. Se la enseña á coser, á guisar al estilo del país, á leer, y de memoria el catecismo del padre Ripalda; pero cuando ella tiene quince años conoce todo el valor de sus atractivos, y no piensa mas

que ostentar ese traje nacional tan elegante, tan peculiar de México, tan lleno de gracia y de sal. El cutis de la china es rosado, suave y delicado como una nutria; sus ojos aceitunados, ardientes y expresivos; su cabello negro y delgado, su cintura flexible, sus piés pequeños, sus formas todas redondas, esbeltas y torneadas. Este cuerpo tan seductor, lo viste con una enagua interior con encages y bordados de lana en las orillas, que se llaman *puntas enchiladas*: sobre esa enagua va otra de castor ó de seda, recamada de listones ó lentejuelas: la camisa es fina, bordada de seda ó chaquirá, y deja ver parte de su cuello, que no siempre encubre con su rebozo de seda llevado con mucho donaire.

La china, á pesar de las alternativas, no deja de ponerse zapato de seda, ni enaguas bordadas: es muy aseada en lo interior de su casa, lava ropa con perfeccion, guisa un *mole* y unas *enchiladas* deliciosas, y compone admirablemente el *pulque* con tuna, piña ó almendra. No hay festividad pública donde la china no esté con su linda carita llena de atractivos: no hay calle por donde no se la vea airosa y galana, arrojar la enagua de una acera á otra, como suele decirse. No hay fandango donde no baile ese jarabe, ese palomo, y esos sones, cuyos autores jamas se conocen, tan alegres y tan bulliciosos. La china es estremadamente celosa, y esto algunas veces la arroja en peligrosas aventuras; es por lo comun desinteresada y noble, y posee una inteligencia natural, y toda su existencia es de un amor que no varía ni con el infortunio

ni con la prosperidad. Cuando su marido está en la cárcel no lo abandona; le prepara su comida y se la lleva, trabaja para proporcionarle ropa y dinero, llora y suplica ante los jueces, y no teniendo unas ideas tan extrictas sobre el honor y la fidelidad, es comun que á cambio de sus favores obtenga la libertad de su esposo; si este es soldado lo sigue á la campaña, participa de sus penas, y se la ve risueña en medio de las balas.

La china, en fin, es un tesoro de hermosura, y un conjunto incomprensible donde sin embargo, así como en el lépero, predominan las buenas cualidades, y las malas se desarrollan por causa de su descuidada educacion.

¡Cuánto bien recibiría México, si los cuidados del gobierno se dirigieran á morigerar las costumbres, y á educar esta clase abatida, pero inteligente y bien inclinada de nuestra sociedad!

Siempre es bueno, moralista Fidel, acabar todas las sandeces que se escriben, con una interrogacion moral. Así con el tiempo, no dudo que adquiriré un renombre de filósofo.

La Catedral de Puebla.

QUERIDO FIDEL:

Las disputas y reyertas de los conquistadores, hicieron pensar á Carlos V en la necesidad de nombrar un virey que gobernara estos dominios, y con efecto fué electo D. Antonio de Mendoza; mas entretanto disponia sus negocios se ordenó al obispo de la Española viniese á presidir la Audiencia, y con este carácter gobernó por los años de 1531 el señor D. Sebastian Ramirez de Fuenleal.

Era este prelado un modelo de virtudes y de caridad, y las colonias tienen mucho que agradecer á su celo y á la afeccion que concibió por México, en el corto período de su gobierno paternal.

Destruídas casi totalmente en esa época las antiguas y poderosas repúblicas de Tlaxcala, Cholula y Huejocingo, el lugar que hoy ocupa Puebla era una llanura estéril donde habia esparcidas algunas chozas de indios, como las tiendas de campaña de una tribu de árabes errantes; pero fué el señor Ramirez Fuenleal quien fundó el obispado de Tlaxcala: envió por el año de 1531 una colonia compuesta de 35 conquistadores, ca-

sados, y 48 que no eran conquistadores, tambien casados, á fundar la hermosa ciudad que hoy se conoce por la Puebla de los Ángeles.

En 1532 y 1533 se comisionó al Lic. D. Juan de Salmeron para que formalizase la poblacion, y pusiese en órden y arreglo la distribucion de terrenos, como en efecto lo ejecutó, y con esto y el establecimiento de Fray Gaspar de Area, dominico; Fray Antonio Martin, agustino; Fray Mateo de Aguilar, franciscano; y Pedro Jimenez, jesuita, que fueron los primeros religiosos que habitaron ese valle, la ciudad comenzó á tomar un rápido incremento.

Era, pues, una necesidad entonces construir inmediatamente una iglesia; tanto mas, cuanto que á una poblacion numerosa ya, y con buenos y celosos pastores en su seno, no faltaba sino el templo en que adorar á Dios.

Colectáronse al efecto algunas limosnas en moneda de oro y plata, y en *tepustli*,¹ y reunida la suma de 750 pesos, y comprometidos los indios de Calpa á trabajar gratis en la obra, partió á España el Lic. Gonzalo Diaz de Vargas, á solicitar permiso de la corte para fundar la catedral. La reina Doña Juana expidió en Valladolid, el año de 1538, una gran cédula en que dejaba el asunto á la deliberacion del virey, que lo era ya D. Antonio de Mendoza.

En 31 de Agosto de 1539, estaba ya concluida la primera parroquia, y se supone que fué consagrada por el primer obispo que existia en este año en Tlax-

¹ Metal con liga.

cala, que lo era D. Fray Julian Garcés. En 1541 se mandó que los canónigos fuesen á residir á Puebla, excepto uno que quedaba en Tlaxcala; y por fin, á solicitud del obispo se trasladó el año de 1543 á Puebla la silla episcopal, de manera que en el año de 1545 hubo solemnes procesiones (y fueron las primeras) en celebridad de la paz concluida entre los grandes y poderosos reyes de España y Francia, Francisco I y Carlos V.

A poco tiempo se arruinó la iglesia; pero los fieles no cesaron de dirigir sus instancias á la corte, hasta que el rey D. Felipe II, que gobernaba entonces la España por ausencia del emperador, determinó en real cédula, expedida en Monzon el año de 1552, que se construyese á costa del erario otra nueva catedral, y aun remitió el plan y monto de ella para que inmediatamente se pudiese por obra.

A pesar de que jamas escaseaba el dinero, ni los materiales ni operarios, la obra no adelantó cosa; entre otras razones, por la indolencia y malversacion de los encargados, pues uno de ellos, nombrado Miguel de Estanga, salió quebrado en 190,000 y pico de pesos.

En 1598 Felipe III habia sucedido en el trono de España á Felipe II, y el nuevo monarca, animado de los mismos deseos de su padre, repitió las órdenes para que de cuenta del erario se continuase la construccion de la catedral, y aun remitió un plan formado por su maestro mayor de arquitectura, que lo era D. Juan Gomez de Mora, y que no se sabe á punto fijo si fué igual al primero que segun se ha dicho habia enviado Felipe II.

El año de 1640 se habian gastado ya en la referida fábrica tres millones de pesos, de cuenta de la real Hacienda, además de otras sumas colectadas de limosna ó regaladas por los particulares, sin que tanto dinero bastase para haber concluido un monumento que se habia comenzado á construir tantos años antes.

Nombrado obispo de la Puebla D. Juan de Palafox y Mendoza, se proveyó antes de salir de España, de una cédula del rey D. Felipe III, en que se ordenaba la conclusion de la catedral, y en efecto un mes despues de la llegada del señor Palafox al reino, el 22 de Agosto de 1640, se reconoció por los maestros alarifes todo el edificio, y el virey marqués de Cerralvo, dió orden para que se reformara el primer plan, pues las naves quedaban sin luz y sin la altura y proporcion correspondientes.

Todo el mundo sabe que despues del señor Fuenleal, el obispo Palafox fué uno de los hombres que mas amor tuvo á los mexicanos, no omitiendo esfuerzo ni sacrificio alguno por su felicidad temporal y eterna. Así, pues, se debe imaginar que uno de sus primeros cuidados era la conclusion de la catedral, para lo cual no perdonó sacrificio alguno, pues aun dió para ello considerables sumas que quitaba de las rentas de su obispado.

El ruidoso pleito que tuvo con los jesuitas, no le dejó el placer de ver concluida su querida iglesia, pues fué llamado á la corte de España á dar cuenta de los graves negocios que se habian suscitado en la colonia.

No obstante, como las naves, altares y capillas, qui-

so consagrar la iglesia antes de irse, y lo verificó el 18 de Abril de 1649, con una solemnidad nunca vista hasta entonces en Puebla, cuya descripción quiero copiar textualmente de un antiguo libro manuscrito que probablemente no ha leído ninguno hasta ahora.

« En la lonja ó atrio exterior, delante de la puerta principal nombrada del Perdon, se formó una enramada airosamente dispuesta, en que se colocó un altar portátil con un Crucifijo, algunas reliquias y cantidad de luces, y llegado el sábado 17 de Abril, á las dos y media, pasó el venerable cabildo á conducir al señor obispo desde su palacio, que estaba enfrente de la dicha enramada, donde lo esperaba el Ayuntamiento de la noble ciudad y personas de distincion de ella, los prelados de las religiones y un gran número de indios, así de esta como de los pueblos de la circunferencia, vestidos á su usanza y adornados de plumajes de diversos colores: al salir el señor obispo de la casa, se comenzó el repique general de todas las campanas de la ciudad, y al llegar á la enramada, la música, á cuyo compás se cantaron solemnísimamente las vísperas y completas, y despues los maitines de la Purísima Concepcion, á quien se dedicaba el templo; y así en esta noche como en las siguientes, se iluminó la ciudad, quemándose muchos y vistosos artificios de fuego, y por el dia se adornaron de colgaduras las calles.

« El domingo 18, á las seis de la mañana, pasó el señor obispo á la enramada, en la que se le habia preparado el sitio, donde se vistió de pontifical y co-

« menzó la función, asistiéndole de diácono interior, para abrir las puertas, el Illmo. Sr. Dr. D. Juan Gomez Merlo de la Fuente, su provisor, y despues obispo de Honduras; de diácono exterior, el Illmo. Sr. arzobispo electo de Manila, Dr. D. Miguel Millan del Poblete; de subdiácono el señor tesorero D. Antonio de Peralta, y de asistentes el Illmo. Sr. Dr. D. Alonso de Salazar Barona, entonces dean, y que murió electo obispo de Honduras; y el Illmo. Sr. D. Alonso de Cuevas Dávalos, entonces arcediano de esta santa iglesia, y despues arzobispo de México; de suerte que asistieron á esta solemnidad dos arzobispos y dos obispos.

« Revestido el señor Palafox de pontifical, comenzó la bendicion de las paredes exteriores del templo, cuyas puertas estaban cerradas, entonando la antífona *Esto Domini*, que prosiguió la música, y despues las letanías mayores, dando tres vueltas, y en cada una de ellas al pasar por la puerta principal, entonando las palabras *atolite portas principes vestras*, á que preguntaba el diácono interior: *Quis isti vero-glories*, y respondia el señor obispo: *Dominus fortis et potens*, y en la última tocando á la puerta con la parte inferior del báculo y repitiendo tres veces *Aperite*, abrió el diácono esta sola puerta, y entró el señor obispo con los asistentes y ministros necesarios, quedándose á la puerta todo el resto del concurso, y fué derechamente á arrodillarse, comenzando á entonar el himno *Venit Creator*, que prosiguió la música con otros diversos cantos, mientras el señor obispo ben-

«dijo solemnemente lo interior del templo, haciendo
«los cinco círculos, cruces, bendiciones de las piedras
«y demas ceremonias que dispone el pontifical.

«Concluida la bendicion se dirigió al sitio, y desde
«allí dirigió una breve y fervorosa plática en que ex-
«plicó las ceremonias de la Iglesia en la consagracion
«de los templos.

«Concluida la plática, leyó en voz alta el señor D.
«Alonso de Cuevas, las sanciones y decretos del San-
«to Concilio de Trento, que tratan de las inmunidades
«de los templos, conservacion de sus bienes etc., y
«habiendo acabado, se levantó el venerable Palafox
«y pasó al asiento en que estaba el señor D. García
«de Osorio y Valdés, conde de Penalba, comisionado
«por el virey D. Márcos de Rueda y Torres, é hizo el
«reconocimiento debido á S. M. por el real patronato,
«entregándole una llave de oro en que estaban gra-
«badas las armas de España, y que despues llevó con-
«sigo el señor obispo, y la puso en manos del rey.

«Comenzó luego la solemnidad de la consagracion
«por las antifonas y salmos prevenidos por el ponti-
«fical, y á tiempo oportuno descendió el prelado y se
«dirigió á la puerta principal acompañado de todo el
«concurso. A este tiempo se abrieron las otras cuatro
«puertas, y dirigiéndose el obispo al altar mayor, lo
«consagró solemnemente, así como las doce cruces de
«las pilastras. Finalizada la ceremonia, se vistió de or-
«namentos blancos y celebró misa con mucha devo-
«cion y fervor. La funcion concluyó á las dos de la
«tarde.»

El 20 salió una procesion de la iglesia antigua á la
nueva, formada de todo el clero, cofradías y personas
distinguidas de la ciudad.

El 21 se trasladaron á la bóveda, debajo del presbi-
terio, los restos de los obispos anteriores de Palafox,
que eran los de los Illmos. Sres. D. Fray Julian Garay,
D. Fernando Villa Gomez, D. Antonio Ruiz de Morales
y Molina, D. Diego Romano de Gerca, y D. Gutierre
Bernardó de Quiroz. El panteon se cerró con una losa
de cantería, donde el señor Palafox mandó grabar la
siguiente inscripcion:

*Quinque, lapis fossa, pastorum contegit ossa quejis
mors vita et humus gloria fossa qui est lumine resplen-
dent, candente peremniter astris salicet hoc habeunt fu-
nere non obeunt.*

*Pastorum ad requiem pastor parat ossa Joanes transtu-
rit et rite corpora texit humo. Anno Domini MDCXLIX.*

El 22 siguieron por la mañana las fiestas religiosas:
en la tarde hubo combate de indios y españoles y de
moros y cristianos, toros y cañas, y mojigangas de más-
cara que recorrian las calles con hachones de brea.

Desde el 23 hasta el 30 se repitieron las mismas
funciones, estando además la ciudad iluminada en to-
das esas noches, y quemándose preciosos fuegos arti-
ficiales.

Tales fueron las fiestas con que se inauguró un tem-
plo que tantos afanes y tantas sumas habia costado.

Mucho faltaba todavía para la final conclusion de la
catedral, pues hasta 1604 no se concluyó la principal,
por el maestro Francisco Gutierrez.

La torre del norte se acabó de construir en 1680, bajo la direccion de Carlos García, de Durango, y costó la suma de cien mil pesos. Tiene 76 varas de altura (cuatro mas que la de la catedral de México) y quince en cuadro de grueso.

La puerta del brazo derecho del crucero no se concluyó sino hasta el año de 1690, siendo obispo D. Manuel Fernandez de Santacruz, y costó veintidos mil pesos.

El hablar del pormenor de los adornos y retablos de las capillas, no seria mas que repetir lo que se acaba de publicar sobre la catedral de Puebla en los números 12 y 13 del «Liceo Mexicano;» por lo cual solo me he ceñido á extractar de los documentos que tengo á la vista, los ligeros apuntes referidos, y que pueden servir de complemento al curioso artículo ya referido.

Por lo demas, la catedral de Puebla perfectamente concluida en la actualidad, es uno de los monumentos que llaman la atencion del viajero. La fachada, de cantería oscura, aunque menos magnífica que la de México, es severa é imponente, como debe ser la arquitectura religiosa. El interior del templo inspira veneracion y respeto: aquellas losas de mármol rojo y negro, aquellas elevadas columnas, el magnífico ciprés de mármol que está en el centro, las rejas maderámen del coro, curiosamente labrado y embutido; las lámparas, jarrones y grandes candeleros de plata que adornan el altar mayor.... todo, en fin, inspira una profunda veneracion y un mágico respeto religioso.

Los cuadros de Cabrera, Ibarra y Zendejas que se encuentran allí, son dignos de mencion; pero dejo el asunto de pintores para tratarlo en una sola carta.

Noticia biográfica de los obispos que han gobernado la mitra de Puebla desde el año de 1527 hasta el de 1774.

QUERIDO FIDEL:

En los tiempos de la administracion colonial, los pastores de la Iglesia, si bien limitados á ejercer la potestad religiosa, influian de una manera positiva en los negocios civiles, y no pocas veces decidian enteramente con su voto, de los mas delicados negocios temporales. Para todos los asuntos se contaba entonces con el prelado, y el medio seguro que encontraban los funcionarios civiles para asegurarse en su puesto, y aun adquirir la estimacion pública, era el de trabar una santa y mística amistad con el pastor de la Iglesia. En México la primera persona era la del virey; la segunda, la del arzobispo; muchas veces éste tenia mas influencia y respetabilidad, como sucedió en tiempo del marqués de Falces. En cuanto á Puebla, donde

no residia el virey, incuestionablemente los obispos representaron un importante papel. Así, pues, no creo fuera de propósito el darte una ligera idea, sobre la vida de los poderosos pastores que gobernaron la abundante mitra de la Puebla de los Ángeles.

Don Fernando Julian Garcés fué el primer obispo que vino á estas colonias, y el que como te he dicho en otra carta, trasladó la silla episcopal de Tlaxcala á Puebla, y logró con sus sacrificios pecuniarios y esfuerzos se comenzase á edificar la catedral.

Nació en Muñegrepa de Aragon, el año de 1452, de padres nobles y bien acomodados. Estudió latinidad y filosofía en la Universidad de Paris, y de vuelta á España tomó el hábito de religioso en el convento de San Pedro en la ciudad de Calatayud. Continuó con teson sus estudios principalmente el del latín, logrando tal perfeccion, que el mismo Nebrija aseguraba que podia ser su discípulo. Su claro talento y su afición á las letras le grangearon honrosas distinciones. Fué nombrado *maestro* por su religion, *predicador* de Carlos V, y *confesor* del arzobispo de Burgos.

En 1527 llegó á Nueva-España, y como queda asentado, tomó grande empeño en la fundacion de la ciudad y en el establecimiento de los religiosos dominicos, que parece tuvo efecto en 1537. Fué un celoso defensor de los indios, y practicó algunas obras de caridad, tales como la fundacion de un hospital en Perote, que puso á cargo del doctor Pedro López.

En Diciembre de 1542 fué atacado de una enfermedad y murió á pocos dias, dejando algunas otras fun-

daciones de Obras pías, que hicieron sensible su muerte y grata su memoria.

Don Pablo Gil de Talavera, fué nombrado en 1545 para ocupar el obispado vacante; sus estudios en el colegio de Santa Cruz de Valladolid, y la reputacion de sabio que disfrutaba, daban suficientes garantías de que fuese un excelente prelado; mas no llegó el caso de conocerle; pues segun unos, murió en el mar; y segun otros, pocos dias de llegado á Puebla.

Don Fray Martin Sarmiento de Osa Castro, ocupó en 1546 la silla episcopal. Era natural de Rioja en el obispado de Calahorra. En su tierna edad tomó el hábito de franciscano en el convento de San Bernardino de la Sierra, en la provincia de Burgos. En 1538 vino á esta colonia á trabajar en la conversion de los infieles. En 1541 regresó á España, á asistir al capítulo general de la Orden que en esa época se celebró en Mantua. A poco regresó con la investidura de comisario general, cuyo cargo desempeñó cinco años. En la fecha expresada fué electo obispo de Tlaxcala, y gobernó la mitra hasta 1558, en que murió de un dolor de costado. Segun aseguran las crónicas, fué varon de gran saber y caridad, y parece esto comprobado con el honroso encargo que obtuvo de redactar y ordenar los decretos del primer concilio mexicano, celebrado en 1555.

Don Fernando de Villa Gomez, fué nombrado en 1559 obispo. Era natural de la villa de Castro Verde en Portugal. Ningunos datos hay sobre su carrera literaria; únicamente consta que durante once años que gobernó la mitra, fundó dos capellanías, y ordenó el

gobierno espiritual (aunque ni se dice cómo, ni de qué manera). Asistió al segundo concilio mexicano, celebrado en 1565, y murió en 1571.

Don Antonio Ruiz de Morales, obispo de Michoacán, fué promovido á la silla de Puebla en 1572. Era natural de la ciudad de Córdoba, caballero del Orden de Santiago, sobrino del maestre y cronista Ambrosio de Morales, visitador de la Universidad de Osuna, conservador de las religiones dominicas de Ubeda, y chantre de la catedral de Córdoba, de donde fué promovido en 1566, para la diócesis de Michoacán. Ninguna noticia hay de sus estudios y talentos, aunque sí de los títulos segun se ve. Durante su gobierno en la mitra, consagró al arzobispo D. Pedro Moya de Contreras (virey que fué tambien), y escribió una historia de la Orden de Santiago. Murió en 1576.

Don Diego Romano de Govea sucedió á Morales, y era hombre de grandes polendas en España. Estudió en la Universidad de Valladolid (su patria) y despues en la de Salamanca, donde recibió el grado de doctor en Teología. En seguida fué nombrado canónigo de Granada, donde fué provisor de la mitra. Despues fué inquisidor de Granada, Llerena, Barcelona, y aun de la suprema de Sevilla.

En 1578 lo consagró en Madrid el cardenal Espinosa, y vino á esta Nueva-España con las importantes comisiones de residenciar al virey marqués de Villa Manrique, y de visitar la Audiencia de Guadalajara; lo cual le ocupó hasta el año de 1585. Despues fundó en Michoacán el colegio de jesuitas de San Ambrosio

y en Puebla el Seminario de San Juan, fomentando el de San Luis de dominicos y estableciendo algunas capellanías para los colegiales; todo, es verdad, no con sus bienes, sino con los de un licenciado bastante rico llamado Juan Larios, que murió dejándolo de albacea. En 1585 asistió al tercer concilio mexicano. En 1600 que murió el beato Sebastian de Aparicio, promovió la causa de su beatificacion, escribiendo sobre esto una extensa carta al Papa. Hombre á lo que se ve de buen talento, no descuidó el fundar un mayorazgo de veinticuatro mil pesos (segun afirmó en su testamento), con los sueldos que habia ahorrado en la visita de la Audiencia de Guatemala. Gobernó treinta años, y murió muy viejo en 1607.

Don Alonso de la Mota y Escobar, vió la luz en el valle Carrion (Atlixco), aunque otros aseguran que fué en la Puebla de los Ángeles. Sea como fuere, lo cierto es que es hijo de México; y que así por esto, como por haber sido uno de los mejores prelados que han ocupado la silla, merece una honrosa mencion. Sus padres, que eran Antonio de la Mota y Escobar y Francisca Orduña, lo dedicaron desde muy jóven á la carrera eclesiástica, poniéndolo de infante de coro en la catedral, donde despues obtuvo una capellanía. En todo el curso de sus estudios manifestó las mas brillantes disposiciones, é hizo progresos muy rápidos. Muy jóven aún recibió en la Universidad de México la borla de doctor en Teología, y fué nombrado en seguida cura de la ciudad de Chiapa. Habiendo regresado á México, la Universidad le confirió sus po-

deres para que pasase á España á desempeñar algunos negocios. Llegó felizmente á la Península, y allí dió á conocer sus claros talentos, tanto en la corte como en la Universidad de Salamanca, donde se graduó en sagrados cánones, y el consejo le propuso al rey para maestro del príncipe. La fama de sus virtudes y talentos había llegado hasta Roma, y hubiera sido sin duda colocado en el sacro colegio de cardenales, á no haber ocurrido en este tiempo la muerte del Papa. Regresó á esta Nueva-España provisto en la dignidad de dean de la iglesia de Michoacán, en donde fué promovido á igual dignidad á la de Puebla, y poco tiempo despues á la de México. Tuvo entonces íntima comunicacion y estrecha amistad con el venerable varon Gregorio López, cuyo entierro ofició de preste el día 21 de Julio de 1596, y fué quien primeramente comenzó á promover las diligencias para su beatificacion.

El rey, que no olvidaba las virtudes de Mota, le presentó para los obispados de Panamá y Nicaragua; pero no habiéndolos admitido, en 1537 fué nombrado para el de Guadalajara, donde pasaba el tiempo en santas obras, reduciendo á los indios idólatras por medio de frecuentes sermones y pláticas en idioma mexicano, que poseia perfectamente, auxiliando á los desvalidos y siendo verdaderamente el padre y el pastor de las ovejas que Dios había puesto á su cuidado.

Estas virtudes le grangearon el amor del pueblo, hasta el grado que habiéndose sublevado una ocasion los indios topias y dispuestos á una obstinada resistencia, el venerable obispo les mandó su báculo y su

mitra en señal de paz. Los indios en vez de apelar á las armas se prosternaron, y concluyó un motin, que de otra suerte habria sin duda costado mucha sangre.

En 26 de Mayo de 1606, fué promovido á obispo auxiliar de la diócesis de Tlaxcala, y en 1608 confirmado en la propiedad por fallecimiento del señor Romano.

En todas partes donde estuvo dejó huellas de su beneficencia. Fundó en el obispado de Michoacán el hospital de Santa Fe del Rio, y otro establecimiento igual en Pátzcuaro. En Puebla dotó con 7,600 pesos los sermones de los sábados de cuaresma, fundó varias capellanías y fincó renta para dotar huérfanas. Además, regaló á la Iglesia una imagen de plata de Nuestra Señora de la Asuncion, unas andas del mismo metal para el Santísimo Sacramento, y mas de cincuenta mil pesos para ornamentos y otras cosas necesarias. Fomentó y contribuyó mucho á la fundacion del convento de religiosas de la Santísima Trinidad, y para la extension de su sitio les regaló su palacio episcopal.

Finalmente, toda su vida la empleó en estudiar, en hacer bienes, y en fundar establecimientos que han hecho grata su memoria, y colocan el nombre de este ilustre pastor en el catálogo de los mas célebres y dignos hijos de México. Murió en Puebla el 16 de Marzo del año de 1625, despues de haber gobernado diez y nueve años.

Don Gutierre Bernardo de Quiroz, octavo obispo de la Puebla, había nacido en la villa de Tineo en las montañas de Oviedo, hijo de los señores de las villas de

Tineo, Barceña y las Montesas. Fué colegial en el de San Pelayo en Salamanca, y despues en el mayor de Oviedo. Sin que se tengan otros antecedentes de su carrera, aparece en el año 1598 nombrado inquisidor de México; donde permaneció hasta Noviembre de 1618, en que fué promovido inquisidor de Toledo. En 1626 fué nombrado obispo de Puebla, y lo consagró en Madrid el señor Perez de la Serna, arzobispo de México.

En tiempo de ese prelado se apareció el Arcángel San Miguel en la Barranca de un cerro, al paso del pueblo de Natividad, jurisdicción de Tlaxcala, á un indio llamado Diego. Este acontecimiento, que acaeció el 8 de Mayo de 1631, fué comprobado por multitud de testigos que examinó el canónigo penitenciario D. Alonso de Herrera, nombrado al efecto para recibir tal información. En 29 de Octubre del año siguiente se colocó en el lugar de la aparición una imagen del Arcángel y se cantó un solemne *Te-Deum*. Poco despues se edificó una capilla, que subsiste hasta el dia, y donde los fieles acuden en romería á celebrar el aniversario de este milagro.

El señor Gutierre fué excelente prelado. Fundó algunas capellanías y obras pias, siendo una de ellas la que tiene por objeto el mantener seis hijos-dalgos mayores de cinco años, dando á cada uno dos reales diarios para sus alimentos y cien pesos cada año para su vestido. Esta obra pia, cuyo capital es de cuarenta mil pesos, ignoramos si se dedica aún al objeto indicado. El señor Gutierre murió el 9 de Febrero de 1638, habiendo gobernado la mitra once años.

Don Juan de Palafox y Mendoza le sucedió en la silla episcopal. Este ilustre y santo prelado, del cual se ha publicado ya una biografía extensa en el «Mosaico Mexicano,» es acreedor á los constantes recuerdos de los mexicanos, por lo cual no me parece conveniente dejar de decir cuatro palabras sobre su vida y virtudes.

Nació el señor Palafox en Titero, lugar corto del reino de Navarra, el dia 24 de Julio del año de 1600; fué su padre D. Jayme Márquez de Arcia. Aunque de jóven le inclinaba la carrera de las armas, obedeció á los preceptos paternales y se dedicó á las letras. Hizo sus primeros estudios en Huesca, y los mayores de Derecho en las Universidades de Salamanca y Alcalá de Henares, con tanta reputacion que á los veintisiete años de su edad fué nombrado fiscal del consejo de Guerra, y despues del de Indias. Habiéndose resuelto á seguir la carrera eclesiástica ocupó el empleo de tesorero en la iglesia de Zarracón. Habiéndose ofrecido la jornada de la Infanta Doña María, que casó con Fernando III, fué nombrado limosnero y capellan mayor de la emperatriz, con lo cual pasó á Alemania. De vuelta á Madrid fué nombrado y consagrado obispo de la Puebla, donde llegó el año de 1640, investido además con el cargo de visitador de la Real Audiencia, y comisionado para tomar el juicio de residencia á los vireyes marqués de Serralvo y Cadereyta.

El año de 1642 fué encargado de tomar el juicio de residencia al Marqués de Villena, é investido con el cargo de virey. Hallándose en este puesto fué nombrado arzobispo de México, lo que no admitió, conserván-

dose en el gobierno hasta Noviembre del mismo año, en que llegó su sucesor el conde de Salvatierra.

El señor Palafox era un hombre dedicado constantemente al trabajo; así, en el corto tiempo que ejerció el poder civil levantó un batallón de doce compañías, formó ordenanzas para la Real Audiencia y estatutos para la Universidad, sin que esto lo distrajesen del prolijo negocio de la residencia del marqués de Villena.

Retirado á su obispado de Puebla, visitó toda su diócesis y procuró plantear monumentos que hiciesen su fama duradera. Erigió en la ciudad de los Ángeles el Seminario de San Pedro, contiguo al de San Juan, á expensas de sus rentas y de las limosnas que recogieron el cabildo y los curas; cuya erección la aprobó el rey por cédula de 30 de Diciembre de 1647; formó constituciones para el dicho colegio y el de San Juan, y estableció muchas cátedras, entre ellas una de *lengua mexicana*.¹ Regaló al colegio su librería compuesta de mas de seis mil volúmenes.

Edificó á expensas suyas una gran parte del palacio episcopal, y merced á sus esfuerzos se recompusieron mas de cincuenta iglesias y ermitas, siendo una de ellas la hermosa catedral, que casi se concluyó en este tiempo, segun se ha dicho ya en otra carta.

En 1647 comenzó la acalorada y ruidosa disputa con los jesuitas, que pretendían no necesitar licencia del

¹ Es muy de sentirse que se haya abandonado el estudio de la lengua mexicana, tan interesante para el estudio de la historia y de las antigüedades de México. El señor ministro de Instrucción pública haría una obra digna de elogio estableciendo en la República cátedras de estos idiomas antiguos, tan útiles cuanto hermosos.

obispo para confesar y predicar; y al año siguiente fué llamado el señor Palafox á la corte de España, á dar cuenta al rey de este y otros negocios encomendados á su cuidado.

Ni el Pontífice ni el rey resolvieron nada sobre la cuestion con los jesuitas, y el señor Palafox se mantuvo en Madrid hasta 1653 en que fué promovido al obispado de Osma. Ocupó esta dignidad hasta el 1.º de Octubre de 1659, en que murió en opinion de santidad, por cuya causa se promovieron inmediatamente las diligencias para su canonización, que no ha llegado á tener efecto. Sin embargo, la sabiduría del Sr. Palafox merece respeto, y sus virtudes una grata memoria.

Don Diego de Osorio de Escobar y Llamas, natural de la Coruña, en el reino de Galicia, canónigo doctoral de la iglesia de Toledo, inquisidor y vicario general de aquel arzobispado, fué electo obispo de Puebla, donde llegó el año de 1656.

Por comision especial de la corte depuso al conde de Baños, y tomó posesion del vireinato en Junio del mismo año, y gobernó hasta Octubre, en que llegó el sucesor. Retiróse á su obispado, el cual gobernó diez y siete años, pues murió en Octubre de 1673.

Dotó algunas funciones religiosas; pero la única obra digna de mencionarse, fué la fundacion de una escuela de primeras letras.

Don Juan Matías Saens de Muñosca, fué el segundo obispo mexicano. Era sobrino del arzobispo de México, y desempeñó los cargos de dean de la catedral, é inquisidor. En 1661 fué presentado para el obispado

de Puebla, que ocupó hasta 1667, que fué promovido al de Guatemala, donde falleció en Febrero de 1675.

Don Manuel Fernandez de Santa Cruz y Sahaun, natural de Palencia, habia sido colegial mayor en el de ciencias en Salamanca, y canónigo magistral de Segovia, donde se hallaba cuando fué nombrado obispo de Guadalajara, donde llegó el año de 1674, fué promovido al obispado de Puebla, en el cual duró veintitres años, pues murió en Febrero de 1699. Hizo varias obras costosas en los establecimientos públicos, siendo unas de ellas la ereccion del colegio de teólogos de San Pablo, la reedificacion del oratorio de la Concordia, y la construccion de un puente sobre el rio Atoyac, en el camino que va de Puebla á Cholula.

Don Fray Ignacio de Urbina, del orden de San Gerónimo, era obispo de Santa Fe de Bogotá, cuando fué promovido al obispado de Puebla; mas siendo de edad muy avanzada no se determinó á venir á este reino y murió en su obispado.

Don García de Velasco Legaspi y Altamira, de la muy ilustre familia de los condes de Santiago de México, habia sido alcalde mayor de la ciudad de los Ángeles, por los años de 1662. Determinó despues seguir la carrera eclesiástica; y al efecto se ordenó, siendo nombrado á poco tiempo cura de San Luis Potosí. Despues fué promovido á canónigo tesorero y arcediano de la catedral de México, de donde salió para obispo de Durango. Del obispado de Durango pasó á ocupar el de Michoacán, y de esta silla fué promovido para ocupar la de Puebla el año de 1704. Murió en 1706.

Don Pedro Nogales Dávila, del Orden de Alcántara, era natural de Salamanca, en Estremadura. Fué inquisidor de Valladolid, de Barcelona, de Logroño, y de la general de Sevilla. De este último y honrosísimo encargo fué promovido á la silla episcopal de Puebla, donde llegó el año de 1708. Los documentos antiguos aseguran que fué muy devoto de San Miguel, y que amplió y adornó mucho el santuario donde se apareció. No hay noticia que hiciese obra de importancia, excepto una fundacion con el capital de setenta mil pesos, para que todos los dias se celebre una misa cantada, y se recen las horas canónicas por el descanso de las ánimas del purgatorio. Murió en 1721.

Don Juan Antonio Lardizábal, era natural de la villa de Segura, en la provincia de Guipuzcoa, colegial y rector del mayor de San Bartolomé de Salamanca, y catedrático de Filosofía en la misma Universidad. Fué electo obispo de Puebla, y tomó posesion en 1729. Fué nombrado arzobispo de México; pero no quiso admitir. Se asegura que fué honrado, docto, y dedicado á los estudios y al cumplimiento de sus deberes. Murió en una hacienda de la jurisdiccion de San Martin, en Febrero de 1733.

Don Benito Crespo de Monroy, fraile del orden de Santiago, era natural de Mérida en Estremadura. Hizo sus estudios en el colegio del rey en Salamanca, y logró su talento honrosas distinciones en aquella Universidad. Siendo catedrático de artes fué nombrado obispo de Oajaca. De allí fué promovido á Durango, y de Durango á la mitra de Puebla, en cuya posesion

entró en 1734. Su excelente corazón y caridad se distinguieron en la horrorosa peste llamada *Matlazahual*, que desoló muchas poblaciones de México el año de 1737, pues dispuso hospitales y gastó inmensas sumas en auxiliar á los necesitados, llegando el caso de que personalmente anduviera de casa en casa consolando á los enfermos y auxiliando á los moribundos. Se conoce que este prelado no habia sido inquisidor. Estando en oracion, segun acostumbraba diariamente, le acometió una apoplejía, de cuyas resultas pasó á mejor vida el 19 de Julio de 1737.

Don Pedro Gonzalez Garcia, natural de Tor de Laguna, primer secretario de la Real Academia española, y cura de la parroquia de San Nicolás de Madrid, fué electo obispo de Puebla en el año de 1738; pero no llegó á venir á causa de la guerra. En 1743 fué promovido al obispado de Avila, donde murió en 1758. Ordenó antes al cabildo de Puebla que distribuyese á los pobres las rentas que le correspondian en los tres años que fué obispo, lo cual aseguran las crónicas que se ejecutó.

Don Domingo Pantaleon Alvarez de Abreu, natural de la isla de Palma, en las Canarias, fué nombrado en 1738 para obispo de Santo Domingo y Primado de Indias. En 1743 fué promovido á la silla de Puebla. Fué varon de grandes virtudes, é hizo algunas obras dignas de mencion, como el Colegio de Niñas de Nuestra Señora de la Merced, la recomposicion de los colegios de San Pedro y San Juan, el aumento de cátedras de Derecho civil y canónico, la reedificacion de la par-

roquia de San Sebastian, y otra multitud de cosas que constan en los apuntes antiguos.

En el año de 1758 cantó con gran solemnidad su segunda misa, por haber cumplido cincuenta años de sacerdote. En el año de 1761 se hallaba enfermo de *cálculo*, y se vió en las orillas del sepulcro. Imploró el auxilio é intercesion del venerable Palafox, y consiguió su alivio á los pocos dias. En señal de su gratitud otorgó un legado de veinte mil pesos para ayudar á los gastos de la beatificacion de dicho señor Palafox, los cuales enteró religiosamente. Murió el señor Abreu el 28 de Noviembre de 1763.

Don Francisco Javier Fabian y Fuero, natural de Ternaga en el señorío de Molina: se hallaba de abad en la iglesia de Toledo, cuando fué electo obispo de Puebla, donde llegó el 4 de Junio de 1765. En su tiempo pasaron dos sucesos notables, y fueron la expulsion de los jesuitas, el dia 25 de Junio de 1767, y la suspension por órden del rey, del cuarto concilio mexicano celebrado en 1771. En 1772 fué promovido al arzobispado de Valencia, y se embarcó en Abril de 1773.

Don Victoriano Lopez Gonzalez quedó encargado del gobierno de la mitra, y nombrado obispo el año siguiente.

Hasta esta fecha llegan las noticias de los manuscritos de donde he sacado estos apuntes que no dejan de ser, á mi juicio, un tanto curiosos, para tener una idea del gobierno civil y religioso de las colonias. Si bien la monotonía de unas vidas pacíficas y casi iguales y uniformes debe haberte fastidiado, es un dato

histórico, y espero que elogiarás, así como mis lectores, el laconismo con que les he narrado la vida, hechos y muerte de veintiun pastores de la iglesia poblana.

Quédate, adios, entretanto registro mis borrados manuscritos, y te espeto otra carta, quién sabe si mas seca y mas ácida que la presente.



Alhajas de la Catedral. — Historia de las fundadoras del convento del Carmen.

Durante el gobierno de los prelados cuya biografía acabo de hacer en la carta anterior, el espíritu religioso y la caridad cristiana triunfaban frecuentemente del interés y de la sórdida avaricia de los acaudalados. Así es que, ya en vida, ya en artículo de muerte, consignaban grandes sumas á la fundacion de obras pías, ó hacian grandes regalos y donativos que contribuian á dar una pompa y magnificencia inaudita á las ceremonias del culto. De esta manera se explica cómo las iglesias de la Nueva España han podido reunir tesoros inmensos que desgraciadamente van desapareciendo sin saberse cómo. La enumeracion de algunas de las alhajas de la catedral de Puebla, te convencerán de esto.

La Purísima que se halla en una capilla, tiene una corona imperial de plata dorada, guarnecida de diamantes, esmeraldas, rubíes, zafiros y topacios: una cadena de perlas gruesas con catorce hilos: dos pulseras de perlas gruesas: otras pulseras de menos valor, hilos, cruces, etc.: el todo puede valer siete mil pesos.

La custodia, que es una de las mas espléndidas de las iglesias de la República, merece una especial mencion. El pié se construyó en 1727 por los maestros plateros Juan María Ariza y Diego Martín Larios. Pesa 41 marcos de oro, y está guarnecido con 872 diamantes, y 477 esmeraldas.

Como el resplandor no correspondia ya á la riqueza del pié, se mandó labrar otro nuevo en 1762. Pesa 15 marcos 3 onzas de oro, y está guarnecido con 1,971 diamantes, y 1,772 esmeraldas. Está apreciado en cincuenta mil pesos, y el pié en ochenta y tres mil; así, la custodia vale doscientos treinta y tres mil pesos.

Hay otra custodia mas pequeña con el pié de plata, recamado con finísimos relieves, y el sol ó resplandor de oro guarnecido con amatistas, rubíes, esmeraldas y diamantes. La regaló el prebendado D. Manuel de Miranda y Palomeque.

Ocho cálices de oro y plata. Uno de ellos guarnecido con 195 diamantes, y 120 rubíes, que regaló el Lic. D. José de la Fuente.

Tres copones, uno de oro y dos de plata.

Una cruz de oro que se estrenó en 1734, guarnecida con 273 diamantes, 274 esmeraldas, 50 amatistas y 9 topacios.

histórico, y espero que elogiarás, así como mis lectores, el laconismo con que les he narrado la vida, hechos y muerte de veintiun pastores de la iglesia poblana.

Quédate, adios, entretanto registro mis borrados manuscritos, y te espeto otra carta, quién sabe si mas seca y mas ácida que la presente.



Alhajas de la Catedral. — Historia de las fundadoras del convento del Carmen.

Durante el gobierno de los prelados cuya biografía acabo de hacer en la carta anterior, el espíritu religioso y la caridad cristiana triunfaban frecuentemente del interés y de la sórdida avaricia de los acaudalados. Así es que, ya en vida, ya en artículo de muerte, consignaban grandes sumas á la fundacion de obras pías, ó hacian grandes regalos y donativos que contribuian á dar una pompa y magnificencia inaudita á las ceremonias del culto. De esta manera se explica cómo las iglesias de la Nueva España han podido reunir tesoros inmensos que desgraciadamente van desapareciendo sin saberse cómo. La enumeracion de algunas de las alhajas de la catedral de Puebla, te convencerán de esto.

La Purísima que se halla en una capilla, tiene una corona imperial de plata dorada, guarnecida de diamantes, esmeraldas, rubíes, zafiros y topacios: una cadena de perlas gruesas con catorce hilos: dos pulseras de perlas gruesas: otras pulseras de menos valor, hilos, cruces, etc.: el todo puede valer siete mil pesos.

La custodia, que es una de las mas espléndidas de las iglesias de la República, merece una especial mencion. El pié se construyó en 1727 por los maestros plateros Juan María Ariza y Diego Martín Larios. Pesa 41 marcos de oro, y está guarnecido con 872 diamantes, y 477 esmeraldas.

Como el resplandor no correspondia ya á la riqueza del pié, se mandó labrar otro nuevo en 1762. Pesa 15 marcos 3 onzas de oro, y está guarnecido con 1,971 diamantes, y 1,772 esmeraldas. Está apreciado en cincuenta mil pesos, y el pié en ochenta y tres mil; así, la custodia vale doscientos treinta y tres mil pesos.

Hay otra custodia mas pequeña con el pié de plata, recamado con finísimos relieves, y el sol ó resplandor de oro guarnecido con amatistas, rubíes, esmeraldas y diamantes. La regaló el prebendado D. Manuel de Miranda y Palomeque.

Ocho cálices de oro y plata. Uno de ellos guarnecido con 195 diamantes, y 120 rubíes, que regaló el Lic. D. José de la Fuente.

Tres copones, uno de oro y dos de plata.

Una cruz de oro que se estrenó en 1734, guarnecida con 273 diamantes, 274 esmeraldas, 50 amatistas y 9 topacios.

Dos incensarios de oro con sus navetas.

Un gran atril de plata, y un evangelio de lo mismo.

La gran lámpara que estrenó el día de Córpus de 1751, calculada en setenta mil pesos.

Seis imágenes de plata. Otra lámpara de id. Vineras de oro y plata, y otros adornos y alhajas de algunos santos.

Casi todo esto ha sido regalado por los obispos, canónigos y particulares. Por los siguientes apuntes sobre la fundacion de algunos conventos, tendrás ocasion de admirar más la franquísima piedad de los fieles poblanos, que les tocó vivir en un siglo materialmente de oro.

Las primeras iglesias que se construyeron en Puebla, fueron unas capillitas dedicadas por la piedad de algunos particulares á algun santo ó á la Virgen, que se llamaban ermitas. Despues se ampliaron ó edificaron con mas lujo, y se convirtieron en parroquias. Fué por el año de 1556, siendo obispo D. Diego Romano, cuando se fabricaron las parroquias de San José, San Márcos y otras.

Los conventos de religiosas fueron al principio beaterios, ó casas donde reunidas algunas señoras, guardaban ciertas fórmulas y practicaban ejercicios de virtud. Despues, reunidos fondos y obtenidas las licencias respectivas de la corte, se erigieron las iglesias y conventos de mujeres.

El convento de carmelitas descalzas fué fundado por cuatro jóvenes, Doña Ana de Montalban, Doña Elvira Suarez, Doña María y Doña Juana Fajardo. Todas las

cuatro eran desgraciadas, y á todas las cuatro las reunió el cielo para que lloraran sus penas y buscaran en la virtud y la religion el consuelo que les habia negado el mundo.

Doña Ana y Doña Beatriz su hermana, eran hijas de un famoso doctor, médico del duque de Béjar, el cual el dia menos pensado murió de un ataque de apoplejía. Huérfanas y abandonadas, escribieron á un hermano, que hacia años se habia marchado del hogar paterno y dirigido á las Indias en busca de fortuna. Don Pedro (que así se llamaba) habia logrado sus deseos, y se hallaba establecido en Veracruz, dueño de un gran caudal. Contestó, pues, á sus hermanas que se embarcasen y viniesen á esta tierra, donde encontrarían el amor y los bienes de su hermano á su entera disposicion. Ana y Beatriz se embarcaron en efecto en Cádiz; pero apenas se habian hecho á la mar cuando recios y variables vientos combatieron al pobre bajel, y lo tuvieron muchos dias en peligro de naufragar. Calmados los vientos, navegaron ocho dias llenas de consuelo y esperanza; mas al noveno dia el cielo se oscureció, una cinta aplomada apareció en el horizonte, y los huracanes, mas que la primera vez impetuosos y crueles, hicieron pedazos la embarcacion. Doña Ana y Doña Beatriz en compañía de algunos marineros se salvaron en un bote, y al cabo de tres dias de flotar á la merced *de los vientos y de las olas*, ya casi exánimes á causa del hambre, la sed, los sustos y la fatiga, arribaron á las islas Azores. Sin recursos, y hundidas en la desolacion, permanecieron allí algunos dias,

hasta que un capitán de una embarcación española, compadecido de su desgracia, y movido de su hermosura (porque las dos eran hermosas) las recogió, y embarcándose, se entregaron de nuevo á los caprichos é inconstancia de las ondas. En esta vez no fueron los vientos ni las tempestades las que causaron daño á nuestras lindas sevillanas, sino un desalmado bajel pirata, que dió caza y apresó á la embarcación en que venían. Un breve pero encarnizado combate dió por resultado el saqueo de las mercancías por los piratas, y el que algunos marineros fuesen guindados en lo mas alto de los palos. La sangre, los gritos, la confusión y el horror que acompañan á una acción en el mar, fueron otros tantos motivos que llenaron de pavor y consternación á los pasajeros, no acostumbrados á tan terribles lances. Cuando ya los piratas creyeron que no había en la fragata española ni efectos que robar, ni marineros á quienes ahorcar, uno de ellos bajó á la bodega y depositó una hacha ardiendo entre una multitud de cascotes de barril y otros efectos combustibles.

Al retirarse oyó un gemido; percibió de donde venía, y se dirigió á un camarote, donde halló abrazadas estrechamente una á la otra, á dos jóvenes. El desorden de sus vestidos, que dejaban mirar sus mórbidos y blancos pechos, sus cabellos rizados y flotantes, sus ojos negros y húmedos con el lloro, y la palidez y agonia que el espanto esparcía en sus facciones, sorprendieron al pirata de tal suerte, que se quedó inmóvil, con los ojos fijos, la boca entreabierta, como si una visión del otro mundo se hubiera aparecido ante sus

ojos. El fuego que crecía rápidamente lo hizo volver en sí: arrebató precipitadamente á las dos jóvenes, las tomó entre sus brazos hercúleos, y como si fueran un par de palomas, un par de niños gemelos, un grupo de delicadas estatuas de alabastro, las depositó en el bote al tiempo mismo en que una llama brotó de la bodega y se elevó en los aires, silbando como un boá herido por el hacha del cazador. Beatriz y Ana, desmayadas, fueron trasportadas á la cámara del buque pirata, donde el capitán, que era portugués, les prodigó todo género de atenciones, y dió gracias al marinero que había logrado encontrar un tesoro mayor que cuantos habían recogido en sus travesuras marítimas.

El buque siguió navegando viento en popa, corriendo diez nudos por hora, y el pirata ufano con sus lindas cautivas, procuró por medio del cariño y la dulzura conciliarse su amor; mas fué en vano, pues el amor de las españolas era insensible á los halagos del portugués. Damas de noble alcurnia, de principios rígidos y de sólida virtud, era imposible, como debe pensarse, sacrificaran su honra á un bandido marino sin religión y sin moral. El portugués, con todo, era un rey en su bergantín, y como un sultán podía disponer á su antojo de su presa. Las cosas iban tomando un aspecto muy serio, y el honor de las jóvenes estaba pendiente, no como la espada de Damocles, de un cabello, sino de una telaraña. En su aflicción se acordaron del marinero que las había salvado de la muerte, y en la primera oportunidad le consultaron sobre su situación, y le pidieron su socorro. El marinero era

un holandés joven, robusto, lleno de simplicidad y de buena fe; y además, como se había perdidamente enamorado de las dos, resolvió salvarlas. Una noche que el capitán se había entregado al sueño, que en el buque reinaba el silencio, en el mar la calma, y en el cielo la tranquilidad, llamó el holandés (que estaba de guardia) á las jóvenes, las hizo descender á un bote, y suave y dulcemente se alejó con ellas del bergantín. El viento favoreció á los fugitivos, y al día siguiente se encontraron muy cerca de una isla, y á una distancia infinita del buque pirata. Desembarcaron, pues, en tierra; pero era una isla desierta, y donde no se percibía rastro humano. Sería tal vez una de las Barbadas ó de las Turcas. El holandés se internó algo dentro de la isla, y á poco volvió con algunos cocos, y hojas, y ramas de árbol, para construir una casa donde pudieran abrigarse de la intemperie. Largo sería narrar los trabajos que sufrieron estos nuevos Robinsones en su isla; el caso es que vivieron alimentándose de la pesca y la caza, cosa de ocho meses, al cabo de los cuales el leal y buen holandés murió de una fiebre que contrajo con las inauditas fatigas que hacía para mantener á sus protegidas. Ana y Beatriz derramaron abundantes lágrimas sobre la sepultura de su salvador, pues consideraron que se moría su amparo, su apoyo, su providencia en aquel desierto. Quince días permanecieron en su soledad, llenas de miedo y de pesar; pero una tarde divisaron una vela que por instantes se acercó; enarbolaron un pañuelo en una rama, fueron escuchadas, y un bote vino á la playa y las recogió.

Contaron sus desventuras al capitán, y éste que navegaba para Veracruz se dió por feliz en haberlas libertado. Al año de su salida de España, y veinte días de la de la isla, desembarcaron en las playas de Veracruz. Don Pedro su hermano las recibió con indecible alegría, las colmó de regalos, las estrechó contra su corazón, y se volvió materialmente loco. . . . No duró mucho esta felicidad, pues á los pocos días murió, dejando á Ana y Beatriz dueñas de una fortuna considerable. La fatalidad que un año entero había pesado sobre estas jóvenes, tanta aventura y contratiempo que tocaban en lo fabuloso y romancesco, hicieron que su corazón se afectase de una melancolía profunda. Beatriz, mas joven, y un poco mas alegre, é impulsada por los consejos de su confesor, se decidió á casarse con un rico comerciante, llamado D. Juan Bautista Chamorro; en cuanto á Doña Ana, siempre meditabunda y abatida, buscó absolutamente en sus creencias religiosas y en la constante práctica de las virtudes, esa tranquilidad y ese remedio á su interna tristeza, que no le podían dar ni las riquezas ni las consideraciones con que era tratada por cuantos la conocían. Así permaneció mas de un año.

Doña Elvira de Suarez era natural de Sevilla. Desde muy joven conoció á un muchacho que estudiaba la medicina, y se enamoró de él. La poca fortuna del amante, y la carencia de blasones, le impidieron el casarse por lo pronto; mas estudiando noche y día logró recibirse de médico, y pidió entonces la mano de Elvira. Cuando el pobre joven creyó que el fruto de sus

trabajos y sacrificios de cuatro años iban á ser indemnizados con inocentes y sabrosos goces domésticos, recibió una negativa formal de los padres de Elvira. Loco y desatinado, le ocurrió la idea de suicidarse ó de huir para siempre del suelo de España, regado con sus inútiles lágrimas, y con estériles gotas del sudor de su frente. Antes quiso ver á Elvira y despedirse de ella. La entrevista fué apasionada, ardiente, de esas en que solo se llora, se suspira, se unen las manos y los corazones de los amantes. En momentos tan solemnes, Elvira no fué dueña de sí, y entre lágrimas y sollozos puso en manos de su amante su porvenir, su honor, su felicidad temporal y eterna. El amante ni se suicidó ni se marchó; mas á los seis meses Elvira tenía en su seno el fruto de un malogrado y triste amor. A su vez pensó la muchacha en suicidarse ó en marcharse de España; mas el amante impidió el primer proyecto, y aprobó el segundo con tal de ir él en compañía de la dueña de su corazón. Elvira, en una palabra, se fugó del hogar paterno en compañía del médico, y ambos anduvieron ocultos y miserables dos meses, al cabo de los cuales el médico encontró un generoso pariente que le dió algun dinero y unas cartas de recomendación para Veracruz. Los esposos, porque ya se habían casado, se embarcaron. En medio del Océano Elvira dió á luz un hermoso niño, que fué un nudo que estrechó mas el amor de los dos desgraciados, que prófugos y perseguidos en su patria se lanzaban á las tierras del Nuevo-Mundo á buscar un asilo y un pedazo de pan.

Sin novedad de consideracion desembarcaron en Veracruz; pero á los dos dias el marido y el hijo se vieron acometidos de la fiebre, y murieron en breve. Elvira se encontró á los veintidos años de edad sin padres, sin esposo, sin hijo, y á tres mil leguas de su país, sin mas esperanza que Dios. ¡Quién sabe que hubiera sucedido á la pobre muchacha si Doña Ana, impuesta de esta historia, no la hubiera recogido y dispensado los consuelos de una madre amorosa, y los auxilios de una amiga desinteresada! Elvira, pues, acompañó desde entonces á Doña Ana á sus austeros ejercicios devotos. Con efecto, á estas pobres mujeres no les quedaba ningun vínculo que las uniese con la vida, y solo las mantenía la esperanza y la religion.

Doña María y Doña Juana Fajardo, jóvenes de singular belleza, se embarcaron en España con direccion á Honduras, donde esperaban reunirse con un hermano acaudalado. Su suerte á poco mas ó menos fué igual y la de las dos primeras, pues combatidas por un recio temporal se vieron obligadas á recalar á San Juan de Ulúa. Desembarcaron en Veracruz, é instruida Doña Ana de su desventura, las recogió tambien en su casa.

Cuatro años vivieron estas señoras en una casa particular, observando las reglas de Santa Teresa, bajo la direccion de sus confesores, que eran jesuitas, hasta que seguras ya de la vocacion, impetraron las licencias y bulas necesarias, que les fueron concedidas.

En 27 de Febrero de 1604 les hizo donacion el obispo, de la iglesia de San Marcos y de unos solares anti-

guos, donde estas jóvenes desgraciadas y reunidas en un punto por rarísimas casualidades, fundaron el convento de religiosas carmelitas descalzas.

Fundacion del convento de San Francisco.— Nuestra Señora la Conquistadora.— Convento de Santo Domingo.— Tradicion de Nuestra Señora de la Manga.— La Virgen del Rosario.— Fechas de la fundacion de otros conventos.

QUERIDO FIDEL:

Los primeros religiosos que llegaron de España en 1531 y se establecieron en Puebla, fueron dos varones de gran virtud, llamados Toribio de Benavente y Amado Molinia. La constante práctica de sus ejercicios devotos, y los consuelos y alivios espirituales que prodigaban á los fieles, les grangearon influencia y reputacion; así es que colectando limosnas y excitando la piedad cristiana, adquirieron recursos y procedieron inmediatamente á fundar un convento. Valiéronse de un arquitecto que tenia reputacion de hombre inteligente y diestro en su profesion; y en efecto, como por encanto se halló á poco tiempo edificada una magnífica iglesia. Llegada la hora de quitar las cimbras y andamios, el maestro creyó á pié juntillas que las bó-

vedas y arcos se romperian, principalmente el arco del coro, que tiene doce varas de claro. No teniendo, pues, valor para presenciar la destruccion de su obra, se ausentó de la ciudad y no se volvió jamas á saber de él. En este estado permaneció la iglesia mucho tiempo, pues nadie se atrevia á quitar las cimbras, y los padres por otra parte, faltos de dinero, preferian mas bien conservar el templo en tal estado, que verlo caer, sin tener por lo pronto medios con que reedificarlo. Aconteció pues, que una noche lúgubre y lluviosa se acogiesen dos caminantes bajo de aquellas bóvedas, y sentados junto á una hoguera se resolvieron á esperar el dia. Dieron las diez, las once; á las doce el viento silbaba con furia por los arquitebres y cornisas del templo, la lluvia azotaba las paredes, y la llama de la hoguera proyectaba mil sombras fantásticas y colosales en aquellas oscuras y desiertas portadas. Los caballeros experimentaron cierto temor, que se aumentó con los ecos tristes y monótonos de un canto religioso. Aplicaron el oido y escucharon no solo los salmos, sino el chasquido de las disciplinas.—Eran los religiosos franciscanos que habitaban una ermita pequeña junto al templo, y rezaban y hacian penitencia.

Los caminantes eran dos ricos propietarios, llamados Juan García Zerezo y Francisco Telles, que se dirigian á México á pleitear ante la Audiencia. Movidos á piedad por la virtud de aquellos santos sacerdotes, resolvieron gastar en la conclusion del templo el dinero que iban á repartir á los oidores, abogados y escribanos. Terminando así el pleito, se dirigieron al dia si-

guiente al guardian, y le comunicaron sus intenciones. En la tarde misma se puso fuego á las cimbras y andamios, para evitar una desgracia, caso de que se desplomaran las bóvedas. El fuego consumió rápidamente la madera, y muy al contrario de lo que habia pensado el arquitecto, ni un solo arco se cuarteó, ni una sola bóveda sufrió detrimento. Los propietarios gastaron cuarenta mil pesos en concluir la obra, y la iglesia se conserva hasta hoy, sólida y hermosa. En 1766 que fué guardian el padre D. José Buitrago, se hicieron algunas mejoras, tales como la de ponerle una fachada recamada con labores de azulejos, concluir la torre y fundir nuevas campanas.

Una de las cosas notables que dieron grande fama al convento de San Francisco de Puebla, fué Nuestra Señora la Conquistadora, que creo debe existir en la capilla que tenia destinada, bajando el presbiterio y hácia el lado del Evangelio. Esta imagen es pequeña, de bulto y de regular escultura. Cuando vino Hernán Cortés la trajo consigo, y jamas se separó de ella ni en las campañas que hacia ni en las mas lejanas expediciones. Concluida la guerra distribuyó en su palacio de Coyoacán varios regalos y presentes á los generales de las tropas auxiliares. Al general tlaxcalteca Axotecatl, consuegro de Maxiscatzin, le fué donada como un rico presente la milagrosa imagen que habia acompañado al conquistador español. El cacique agradeció mucho este regalo, y llevó á su casa á la Santa Señora, donde recibió culto y veneracion. El padre Rivas, que fué uno de los fundadores del convento

de San Francisco de Tlaxcala, representó al cacique que la Virgen estaria mucho mejor en la iglesia. El cacique consintió, y fué trasladada á un famoso altar. No obstante estos antecedentes, la fama de Nuestra Señora la Conquistadora no era considerable; pero un suceso le dió una popularidad y reputacion infinita. Las aguas escasearon un año, y si como era de temerse, las siembras se perdian, la miseria y la hambre iban á ser espantosas. Aterrorizados los indios, ocurrieron en tumulto á manifestar á Fray Martín Valencia, guardian de San Francisco, que sus ídolos eran mas bondadosos que el Dios de los cristianos y la Virgen, pues cuando no llovía ó padecian pestes ú otras necesidades, imploraban su auxilio y jamas dejaban de recibir pronto remedio de sus necesidades.

Alarmado el padre Valencia con estas terribles representaciones, y temiendo fundadamente que por esta causa volvieran los indios al falso culto de sus dioses, y Satanás lograra gran cosecha de almas, resolvió hacer una tentativa desesperada y comprometer de una manera positiva á la Virgen. Al dia siguiente sacó en procesion á Nuestra Señora la Conquistadora, y él con los piés descalzos y las espaldas desnudas, anduvo toda la carrera de rodillas, azotándose hasta hacerse brotar la sangre. Cuando la procesion salió de la iglesia, ni una sola nube aparecia en el cielo; mas á la vuelta ya las nieblas oscurecian el sol; cuando la procesion entró á la iglesia, los aguaceros eran tan fuertes que parecia un nuevo diluvio. Los indios se arrepintieron de su incredulidad, cayeron de rodillas ante la Virgen,

pasmados de terror, y desde entonces ya no se puso en duda el milagroso poder de Nuestra Señora la Conquistadora. Esto consta de una informacion auténtica recibida en 29 de Agosto de 1682. Despues de estos sucesos la imagen fué trasladada al convento de San Francisco de Puebla, donde continuó recibiendo singular veneracion.

El convento de Santo Domingo fué fundado por los años de 1536 á 1537, y los primeros religiosos que vinieron segun se cree, en compañía de D. Fray Julian Garcés, fueron Fray Domingo Betanzos, Fray Diego Lucero, y Fray Vicente de las Casas. En Santo Domingo hay dos imágenes de la Virgen, á quienes se les tributa tambien singular veneracion, y son: Nuestra Señora de la Manga y Nuestra Señora del Rosario. Habia en el convento de religiosas de San Gerónimo de México una religiosa de austera virtud, Sor María de la Asuncion, la cual aseguran que era muy favorecida con éxtasis y visiones celestiales. Una vez que oraba con fervor y se derretia en lágrimas, meditando en los dolores y soledad de la Madre de Dios, metió mano á la manga para sacarse un pañuelo con que limpiarse los ojos, y no encontrándole examinó su manga, y vió estampada en ella una imagen de la Soledad. Este suceso solo se lo reveló á su confesor (que se llamaba Don Francisco Ochoa), y este guardó fielmente el secreto, limitándose á encargar á la criada, que cuando falleciera Sor María le entregara la imagen. Sor María no tardó en morir, y la criada, fiel á la palabra, bajó en el acto á comunicar al confesor el suceso, y á decirle que

subia por la imagen. El confesor se divagó con un individuo que lo saludaba; entretanto bajó la criada exclamando: «¡Señor Ochoa, señor Ochoa!» Otro caballero que por casualidad se hallaba allí cerca, y que se llamaba tambien Ochoa, se acercó al torno al escuchar su nombre, y preguntó qué le querian:—Señor Ochoa, respondió la criada, aquí está lo que me encargó vd. Esto diciendo, dió vuelta al torno, y el caballero se encontró con un lienzo enrollado, y sin tener á quién preguntar de dónde procedia, pues la criada se habia marchado. El nuevo Ochoa sospechó algun misterio en todo esto y se llevó la imagen á su casa, sin decir á nadie una palabra. En cuauto al padre Ochoa, no tardó en acercarse al torno y mandar llamar á la criada para que le diese la imagen; mas esta le contó lo ocurrido, y el padre asombrado, hizo frecuentes pero vanas diligencias para aclarar el suceso. Treinta años estuvo Nuestra Señora de la Manga en poder del caballero Ochoa, hasta que á la hora de su muerte declaró el suceso, y la vinculó en el mayorazgo de los condes de Castelo (de apellido Pardiñas) y mandó se le erigiese un altar en el convento de Santo Domingo de Puebla. Entonces las monjas de San Gerónimo pusieron una demanda juridica ante el arzobispo D. Payo Henriquez de Rivera, reclamando la propiedad de la Virgen; mas pasado algun tiempo y no terminando el pleito, desistieron de él y quedó en paz Nuestra Señora de la Manga.

De la Virgen del Rosario no se cuenta tradicion alguna; pero el culto que se le tributa es grande. Hay una archicofradía, lo mismo que en México; una fun-

dacion de setenta mil pesos para dotar huérfanas, y otra de once mil para la funcion anual. Las alhajas de la Virgen valen como trescientos mil pesos, y su capilla es una de las mas suntuosas y bien construidas.

Los carmelitas vinieron con el virey marqués de Villa Manrique, y se les asignó para convento la parroquia de San Sebastian el año de 1566.

San Agustin fué fundado el año de 1612, y los colegios del Espíritu Santo, San Ildefonso y San Javier, por los padres jesuitas, por los años de 1767.

Otra multitud de iglesias hay, segun sabes; pero de estas no se puede averiguar á punto fijo la fecha de su fundacion, y por consecuencia tampoco tienen una originalidad en su principio que merezca referirse, como el convento de las Carmelitas y el de San Francisco.

Visita á las iglesias. — Pinturas.

QUERIDO FIDEL:

Casi todas las iglesias son de construccion sólida y majestuosa, y en algunas se nota en las cúpulas una curiosidad y primor exquisitos. Los cimbrones son de azulejo en su mayor parte, y esto hace que con la luz del sol aparezcan algunas veces brillantes, como si fue-

ran de cobre bruñido. El interior de las iglesias, acaso es mas digno de estudio que el exterior, por el atrevimiento de la arquitectura y la solidez que nunca se olvidaba al hacer ese género de monumentos, que parece se quiso fueran eternos, como lo será la religion católica, de la cual son signos visibles y materiales. En los conventos de religiosos y parroquias, se conservan por lo general los grandes retablos dorados, contruidos con tan mal gusto, y recargados de incomprendibles molduras y de estátuas que son el oprobio del buen sentido y del noble arte de la escultura; mas no es así en los conventos de monjas, pues la mayor parte están recompuestos. Los altares son al estilo moderno, de estuco blanco y oro, y las iglesias están tan aseadas, tan alegres, tan propias, que parecen relicarios. La mayor parte de tales composturas se ha hecho bajo la direccion de D. José Manzo, contribuyendo á completar la hermosura de estos templos, los hábiles pintores D. Julian Ordoñez y D. Sebastian Arrieta.

Lo que sí es digno de estudiarse atentamente es la vastísima coleccion de pinturas que se encuentra reunida en los claustros y sacristías de los conventos. Es una familia entera de artistas, una generacion de pintores que formaron, sin saberlo, una admirable y prodigiosa escuela. Las tintas sombrías y lúgubres de la escuela flamenca, la dulzura y suave colorido de Velazquez y Murillo, el descuido y las medias tintas de Cimabue, la expresion y ternura de las composiciones italianas; todo, todo se halla comprendido é imitado mas ó menos bien, y todo este cuadro maravilloso,

forma un conjunto, compone la unidad de la escuela mexicana. Estos elogios, como debe suponerse, son relativos, y teniendo presentes la falta de modelos, la carencia de maestros, y el poco estímulo que había entonces para alentar á los que se dedicaban al cultivo de la pintura. Un inteligente que haya visto los museos de Europa, hallará naturalmente multitud de defectos é incorrecciones; mas tambien bellezas que le hagan confesar que la opinion del conde Beltrami, que asienta que muchos de nuestros cuadros podrian honrar á la mejor galería de Italia, acaso no tiene nada de ridícula ni de exagerada.

Al frente de toda esta série de pintores se encuentra Cabrera, ese modesto y desgraciado *zapoteco*, que vivió oscuro, sin que la gloria, esa dulce ilusion de los artistas, ese lampo de luz que alumbra y hace engrandecer al génio, viniese á alentarle en su carrera de estudio y de trabajo. Las alabanzas y las lisonjas, perjudiciales tal vez para el hombre político, son el manantial que hace crecer el génio y el poder del artista. Su corazon desea obtener el amor y el elogio de sus contemporáneos; pero con su pincel ó con su pluma procura cada día hacerse mas digno de estas recompensas. Esta es una ambicion noble que ensancha los límites de su existencia, que desarrolla en su fantasía el gérmen de la poesía y de la belleza, que lo conduce acaso á conquistar un alto y honroso nombre. Cabrera, ó por imitacion ó por instinto adoptó la manera de Velazquez. Patético, y algunas veces terrible, sus cuadros están delineados sobre ese fondo oscuro que

hace realzar mas las emociones y sentimientos que ha procurado trazar en los rostros de sus vírgenes y de sus ángeles. En la catedral de Puebla hay unas *Estaciones*, obra suya, donde se pueden conocer estos rasgos, así como en los cuadros del claustro de la Profesa de México. Quien vea alguna de las cabezas de las vírgenes de Cabrera, recordará precisamente á la sublime Dolorosa de Velazquez.

Otro pintor de estilo diferente es José de Ibarra. La frescura de sus cuadros, lo suave de sus tintas, y la delicadeza de su pincel, principalmente para pintar sus ángeles y Purísimas, dan testimonio evidente de que adoraba en Murillo, en ese dulcísimo artista que retrató en su Virgen de Belen toda la santa y casta hermosura de la Reina de los cielos.

En la catedral, á los costados del coro, hay segun creo, cuatro cuadros de Ibarra pintados en 1732, que son, en mi juicio, delicadísimos en su ejecucion. Representan alegorías del Santísimo Sacramento, y contienen mil figuras. En la parte posterior está la Virgen entre los coros de ángeles y serafines; y en la superior, multitud de doctores y clérigos. En los primorosos angelitos flotantes entre las nubes, está pintada la inocencia y el candor; en la Virgen, la bondad, la clemencia, la paz, la misericordia, se manifiestan en sus labios que sonrien, y en sus dulces y negros ojos. Los doctores son notables por la beatitud y devocion de sus rostros. Así, Ibarra, religioso y tierno en sus composiciones, le agradaba siempre representar escenas de tranquilidad, de bienandanza y de ternura celestial;

y con efecto, al mirar estos cuadros, y un ángel de la Paz que se halla en la sacristía de la misma catedral, el corazón se conmueve, y se encuentra un atractivo indefinido, que detiene á uno largo tiempo contemplando los apacibles rostros de sus Vírgenes.

José Joaquín Magon era otro pintor también de mucho mérito, en mi juicio. Su estilo no se semeja sino en lo general al de la buena escuela española. Con una prodigiosa fecundidad ha llenado de inmensos cuadros los claustros é iglesias de Puebla. No hay en estos cuadros una sola figura, ó cuando mas un grupo, sino millones de ángeles, de reyes, de príncipes, de frailes franciscanos y dominicos. Sus cabezas por lo general son correctas, y en las ropas hay sin duda perfección; mas examinando atentamente estas obras, se les encuentran notables incorrecciones, debidas sin duda á la precipitación con que las ejecutaba. En los rostros de los frailes hay mucha variedad, y probablemente retrataría á todos los de su época, que fué por los años de 1760 á 68.

En un claustro bajo y oscuro del convento del Carmen están unos de los mejores cuadros de Magon, que representan la Pasión de Jesucristo; uno de ellos es verdaderamente de un efecto terrible. El Salvador del mundo atado en un poste se revuelca en su sangre: su rostro está desencajado y sudoroso: sus espaldas destrozadas por los azotes. Ya sin fuerzas ha vuelto los ojos á un rincón del calabozo, y ha encontrado á un grupo de ángeles pálidos y llorosos, que contemplan tristemente aquel espectáculo de horror.

La última pincelada fué la idea mas feliz del artista. La Virgen asoma su rostro por una claraboya, y con sus ojos húmedos de llanto busca en la oscuridad á su Hijo. Aquel rostro juvenil, pero descolorido y desfigurado por los sufrimientos, engastado entre las rejillas de la ventana, es de un efecto tal, que un hombre religioso y predispuesto á la meditación de los misterios del cristianismo, no podrá menos de caer de rodillas y llorar. Magon no ha sido tan feliz en otros cuadros del mismo asunto; pero el que acabo de describir bastaría para concederle el nombre de artista.

Mariano Hernández pintó también muchos cuadros; pero sería detenernos mucho el describirlos; el que nos parece de mérito, es uno que se halla en un claustro alto del convento de Carmelitas, que representa al obispo Palafox.

Pascual Pérez compitió en fecundidad con Magon. Casi no hay convento donde no se encuentre un gran cuadro de este pintor, lleno de frailes, de mártires, y símbolos y alegorías relativas á la fundación de los conventos. El cuadro que se puede citar con mas elogio, es el que se halla en el convento de San Francisco, que representa la soledad de la Virgen. El claro-oscuro está muy bien comprendido, y las sombras que apenas dejan ver á la Virgen solitaria al pié de la cruz, son de un efecto imponente.

Hay otra porción de cuadros de Luis Berruecos, Antonio Santander, y Francisco Javier Salazar, que son notables por su buen colorido, y por la corrección de algunos rostros.

Se encuentran tambien otra porcion de cuadros de pintores de mucho menos mérito que los relacionados, tales como José del Castillo, Villalobos, y Gaspar Conrado. El segundo trató de imitar el colorido y la expresion de Ibarra; pero se quedó muy atrás, y algunos cuadros de la vida de la Virgen son verdaderamente malos. La escuela mexicana fué decayendo por grados; lo cual se puede observar leyendo las fechas. Salvador del Huerto sancionó la decadencia del arte, pues los cuadros de la Pasion que pintó en el claustro del convento de San Antonio el año de 1808, es lo mas incorrecto que puede imaginarse. Todas las fisonomías sin expresion, los cuerpos sin gracia, las vírgenes y los ángeles sin esa santidad y celeste alegría que han sabido darles los artistas verdaderamente inspirados por el génio. Tras esta larga familia de pintores vino Lorenzo Zendejas, hombre apasionado por el arte y de gusto correcto, el cual procuró restablecer de nuevo la buena escuela, y volver al noble arte de la pintura el prestigio y la majestad que le habia quitado Villalobos y Salvador del Huerto. Pintó algunos cuadros dignos de atencion, siendo uno de ellos el Cenáculo que se halla á la derecha del altar mayor de la parroquia de San José, en el cual las fisonomías de los apóstoles y el rostro angélico del Salvador, pueden competir con las mejores copias que hemos visto de la Cena, de Leonardo de Vinci. Los esfuerzos de Zendejas no fueron bastantes para conseguir su objeto; sin embargo, dejó un discípulo que lo honrara y fuera un vivo monumento que simbolizase el talento y la gloria

de los antiguos artistas poblanos. Este es D. Julian Ordoñez.

Parece, pues, que la tierra donde en silencio hicieron en el siglo XVIII tantos progresos las artes, no cesa de producir artistas que mantengan su fama. Ordoñez, generalmente descuidado é incorrecto, es admirable cuando entusiasmado por una idea, toma la brocha y la pinta en una pared ó en un cuadro. En el colorido, en la expresion, y en el modo de distribuir las sombras, ha seguido á su maestro Zendejas; pero en mi juicio, le ha excedido en la valentía de las concepciones y en el atrevimiento al ejecutarlas.

Don Sebastian Arrieta, hombre apreciable por su modestia y buen trato personal, es admirable para pegar en los lienzos esos grotescos raros que vemos en las calles. Un mendigo con sus harapos, su cuerpo sucio, sus barbas canas y amarillentas con el humo del cigarro, es una de sus mejores obras, y la cual mereció generales elogios cuando hace poco tiempo se expuso en el gran teatro de Santa-Anna. En las poblanitas ha sido muy feliz Arrieta. En una calle de Puebla hay una tienda llamada de la Poblana, á causa de un cuadro de este artista. Nada hay comparable á la gracia y expresion del rostro de esa criatura. ¡Qué pecho, qué brazos, y qué contornos tan mórbidos y delicados! ¡Qué ojos tan zalameros! ¡Qué fisonomía tan picaresca, á la vez que sencilla y afable! ¡Qué pié, y qué trage tan propio y seductor! En mi concepto, no puede ya imitarse á la naturaleza con mas perfeccion. Esto basta para hacer la completa apología del talento

de Arrieta. Otros cuadros de bastante mérito que se hallan en las iglesias pertenecientes á monjas, atestiguan que Arrieta y Ordoñez tienen numerosos discípulos é imitadores, y que todavía por muchos años no se extinguirá en Puebla el gusto por la pintura.

Se me aseguró que había muchos cuadros de autores extranjeros; mas corrí en balde todas las iglesias y no encontré ninguna firma respetable. En San Francisco y en San Agustín, hay en la escalera unos grandes lienzos de un pintor español, cuyo nombre se ignora, en lo cual no creo se ha perdido mucho.

Materialmente alborozado corrí al Cármen á ver los cuadros de la vida de la Virgen de Murillo; y con efecto, sea el amor ó entusiasmo que tengo por este pintor, sea ilusión, ó sea realmente el mérito de estos lienzos, lo cierto es que involuntariamente me quité el sombrero, y sobrecogido de respeto por el génio que con pincel del cielo había pintado sus divinas Vírgenes, me postré y besé los respetables y magníficos lienzos. Estos cuadros fueron vendidos en diez mil pesos por un padre provincial, sin duda poco afecto á las artes. Un inglés llamado Cochran, que fué el que los adquirió, los condujo á Inglaterra. Pasado algun tiempo, otro provincial quiso reparar este acto de vandalismo, y los rescató, no sé si por la misma ó mayor cantidad. Uno de los cuadros se quedó en Inglaterra, y se asegura ha sido vendido en cinco mil libras esterlinas. Esto lo afirman varias personas, aunque otras dicen que los tales cuadros no son de Murillo. Sea como se fuere, tienen un mérito sobresaliente.

En el colegio Carolino hay multitud de cuadros anónimos, y se cuenta entre ellos un San Gerónimo magnífico, que se asegura ser original del Ticiano. Si esto no es cierto, sí lo es que el cuadro es obra maestra del arte.

Muchos dias han durado mis visitas á las iglesias, y te aseguro que he pasado momentos muy agradables. Vagando solitario y pensativo por los severos claustros y taciturnas portadas de los conventos, me he visto acompañado de celestiales vírgenes que me sonreían; de ángeles que me miraban con ternura desde el éter y las nubes donde flotaban; de mártires de fisonomías tranquilas y apacibles; de todo ese mundo fantástico é ideal, que ha brotado del pincel de los artistas mexicanos, cuyos defectos son muy dignos de perdon, á la vez que los destellos de su talento honran á la República.

De Puebla á Perote. — Cuesta de San Miguel del Soldado.

QUERIDO FIDEL:

Me tienes ya en camino para esa ciudad llena de encantos y de poesía, que tanto habia deseado ver. Me va á parecer como cosa de sueño, el hallarme en ese jardín de flores, oyendo las dulces melodías de las ar-

de Arrieta. Otros cuadros de bastante mérito que se hallan en las iglesias pertenecientes á monjas, atestiguan que Arrieta y Ordoñez tienen numerosos discípulos é imitadores, y que todavía por muchos años no se extinguirá en Puebla el gusto por la pintura.

Se me aseguró que había muchos cuadros de autores extranjeros; mas corrí en balde todas las iglesias y no encontré ninguna firma respetable. En San Francisco y en San Agustín, hay en la escalera unos grandes lienzos de un pintor español, cuyo nombre se ignora, en lo cual no creo se ha perdido mucho.

Materialmente alborozado corrí al Cármen á ver los cuadros de la vida de la Virgen de Murillo; y con efecto, sea el amor ó entusiasmo que tengo por este pintor, sea ilusión, ó sea realmente el mérito de estos lienzos, lo cierto es que involuntariamente me quité el sombrero, y sobrecogido de respeto por el génio que con pincel del cielo había pintado sus divinas Vírgenes, me postré y besé los respetables y magníficos lienzos. Estos cuadros fueron vendidos en diez mil pesos por un padre provincial, sin duda poco afecto á las artes. Un inglés llamado Cochran, que fué el que los adquirió, los condujo á Inglaterra. Pasado algun tiempo, otro provincial quiso reparar este acto de vandalismo, y los rescató, no sé si por la misma ó mayor cantidad. Uno de los cuadros se quedó en Inglaterra, y se asegura ha sido vendido en cinco mil libras esterlinas. Esto lo afirman varias personas, aunque otras dicen que los tales cuadros no son de Murillo. Sea como se fuere, tienen un mérito sobresaliente.

En el colegio Carolino hay multitud de cuadros anónimos, y se cuenta entre ellos un San Gerónimo magnífico, que se asegura ser original del Ticiano. Si esto no es cierto, sí lo es que el cuadro es obra maestra del arte.

Muchos dias han durado mis visitas á las iglesias, y te aseguro que he pasado momentos muy agradables. Vagando solitario y pensativo por los severos claustros y taciturnas portadas de los conventos, me he visto acompañado de celestiales vírgenes que me sonreían; de ángeles que me miraban con ternura desde el éter y las nubes donde flotaban; de mártires de fisonomías tranquilas y apacibles; de todo ese mundo fantástico é ideal, que ha brotado del pincel de los artistas mexicanos, cuyos defectos son muy dignos de perdon, á la vez que los destellos de su talento honran á la República.

De Puebla á Perote. — Cuesta de San Miguel del Soldado.

QUERIDO FIDEL:

Me tienes ya en camino para esa ciudad llena de encantos y de poesía, que tanto habia deseado ver. Me va á parecer como cosa de sueño, el hallarme en ese jardín de flores, oyendo las dulces melodías de las ar-

pas, y mirando la fresca tez de las amables jalapeñas. Pero no hay remedio, estoy ya en Perote, y á Dios gracias, ninguna novedad ha ocurrido; la Diligencia ha rodado con felicidad sobre esos barrancos y cuestas: las postas están bien servidas, y los cocheros y caballos han desempeñado con acierto y calma sus respectivas ocupaciones. Asentado ya este punto interesante, pues te da á conocer nada menos que tu amigo está sano y salvo, y no le falta ni una costilla, ni un pedazo de casco, (cosa milagrosa cuando se camina en Diligencia por los caminos de la República), paso á darte una ligera idea de mi jornada; y digo ligera, porque no hay particularidad alguna con que entretener tu atención. La salida fué á las tres y media de la mañana, y como habia solo tres pasajeros, no hubo los inconvenientes y molestias que ocurren cuando son nueve ó diez. Una escolta de cinco soldados esperaba á la Diligencia en la garita, con lo que descuidados ya sobre el punto de ladrones, nos echamos á dormir, y por mi parte tuve uno de esos agradables y sabrosos ensueños, que solo siente uno al despertar que no sean realidades. Se sueña con hermosas que nos enlazan con sus brazos, con jardines de flores, con pintados pájaros, con cristalinos rios, con amigos, con personas que nos aman y que llenan nuestra existencia de ventura. Por desgracia, ¡qué diferente cuadro nos presenta la sociedad al despertar! Sea como fuere, yo quiero dormir siempre que camine en Diligencia, y como tengo dicho, lo ejecuté en esta vez tan cumplidamente, que solo desperté cuando paró el coche en la posta

de Amozoc. Era muy temprano; sin embargo, no impidió esto el que se nos presentaran multitud de herreros, con espuelas, frenos, eslabones, puñales, y otras piezas de acero y fierro. Amozoc tiene gran reputación por este ramo de industria, y con mucha justicia, pues hay obras no solo perfectas sino delicadísimas y dignas de admirarse. Por lo pronto me parecía de mas utilidad un vaso de leche que un par de espuelas, y di un medio real á la amable india que me la ofrecia, prometiendo á los vendedores comprarles á mi vuelta algunas de sus bien trabajadas piezas.

Desde este punto hasta Nopaluca, no hay mas objeto notable que una barranca bastante profunda y peligrosa, que un pasajero me dijo que se llamaba de Chapam, á causa de que un negro llamado así, ejerció por mucho tiempo sus depredaciones y robos por estos sitios. Quizá no habia mejor policía que ahora en tiempo del gobierno español; pero el caso es que el tal negro Chapam cometió multitud de asesinatos y despojó por mucho tiempo de su dinero y efectos á los desgraciados pasajeros. Cuando estalló la guerra de independencia, Chapam reunió su cuadrilla de bandoleros y se pronunció contra el gobierno español: probablemente, en pago de la consideración que se le habia dispensado, Chapam y sus guerreros eran mas bravos que los leones del África, é imponian pavor á las guerrillas realistas. Chapam despues de muchos peligros, y de haberse visto un millon de veces con la muerte ante los ojos, se retiró á su casa, y dueño de algunas riquezas vivió en paz, hasta que una fiebre lo llevó á mejor ó peor vida.

No salgo responsable de la verdad de esta tradicion, y lo que sí afirmo sobre mi palabra de honor, es que el almuerzo de Nopaluca fué de lo mas detestable que puede imaginarse. Figúrate un meson, con su patio cubierto de fango, donde pululaban los cochinos, gallinas y carneros en completa armonía, removiéndole aquel cieno hediondo, al parecer puesto de intento para regalar el olfato de los pasajeros. La pieza que hacia funciones de comedor tenia vista para este patio, y los manjares, que consistian en huevos estrellados con manteca cruda, arroz, y un guisote con cuanta basura puede imaginarse, estaban en consonancia con la habitacion. Hubo pasajero que sintiera su estómago de mal talante; en cuanto á mí, como no probé bocado, no sentí ningun daño. A la media hora justa tuvimos el gusto de partir de Nopaluca, y la conversacion por mucho tiempo se redujo á maldecir el almuerzo, y á las cocineras y vecinas del meson, excepto una morenita de zagalejo encarnado, que no pareció del todo despreciable á los pasajeros. De vez en cuando sacaba yo la cabeza por la portezuela, para admirar los puntos de vista interesantes, y que abundan, como sabes, cuando se camina por la cordillera.

Antes de las cuatro llegamos á Perote, con una niebla tan espesa, que no vimos la casa de las Diligencias hasta que habiamos entrado en el patio. A pesar del tiempo, una compañía de volatines daba una famosa funcion. Fuíme á la plaza de gallos, y como el bello sexo peroteño, abrigado con dobles rebozos y sarapes, á causa del frio intenso, no me pareció de lo

mas interesante, y las suertes de brincar las espadas y dar volteretas en la cuerda, tampoco me ofrecian diversion, me dirigí al castillo, situado en medio de la llanura al pié del Cofre. Un teniente jóven, de pelo rubio, ojos azules y fisonomía interesante, se paseaba melancólico por el puente levadizo; un centinela que estaba inmóvil en la garita, miraba atentamente la cumbre del Cofre, que por intervalos dejaban ver las nubes. Reinaba un profundo silencio en aquella triste soledad, y un rayo opaco del sol venia á morir en las murallas de la severa y antigua construccion. Este cuadro hirió profundamente mi atencion. Un romance entero vino á mi pensamiento, con su dama llorosa, su galan moribundo, su ¡Hermoso romance, que si saliese de nuestra pluma con toda la poesia y la magia que les concede la fantasía, podriamos sin duda esperar la inmortalidad de Byron ó Walter Scott! el interesante oficial, transido de frio, se acercó á mí, y con voz afable me preguntó qué se me ofrecia; á lo cual le contesté, que no habiendo visitado jamas la fortaleza, la simple curiosidad me habia hecho No esperó que acabase, sino que se metió á pedir permiso al gefe para introducirme. A poco volvió, y ambos entramos. Mientras examinaba yo los macizos y lúgubres arcos de los corredores, los solitarios patios, las murallas y las cuadras, mi conductor se quejó amargamente de la condicion que guardaba, condenado á vivir en aquel helado destierro. Concedíle la razon, y me despedí amigablemente de él, pues la noche se aproximaba.

Cuando llegué á la posada, encontré la mesa puesta, instaladas hasta diez personas, entre las cuales habia cinco ó seis franceses, que con su buen humor cotidiano charlaban de viajes y de aventuras. Dos de ellos acababan de llegar de Paris, y contaban á sus compatriotas los adelantos de la capital de la civilizacion. Alguna parte tomé en la conversacion, y quedaron encantados de los elogios que tribute á Soulié, Balzac, Janin, Víctor Hugo, y sobre todo, á mi querido Dumas. La sobremesa duró hasta poco mas de las nueve de la noche, que nos retiramos á acostar, á razon de tres individuos por cuarto. Las camas no son de lo mejor. Se paga por la cena, desayuno y cuarto, dos pesos por persona.

A las tres nos despertaron; el frio era intenso, y la atmósfera aun mas cargada de nieblas que el día antecedente. En la Diligencia que regresaba á Puebla, pusieron un caballo nuevo, y sus cabriolas y compañías con el cochero, nos entretuvieron hasta que dieron las cuatro, hora señalada para la salida del carruaje. Caminando materialmente por entre un caos de tinieblas, llegamos á la posta de las Vigas, pequeña ranchería formada de jacales de madera, con sus techos piramidales de zacate. Seguimos el camino, y uno de nuestros compañeros de viaje lamentaba el que el tiempo no nos permitiera gozar de la vista magnífica de la cuesta de San Miguel del Soldado; mas esto contribuyó á que se aumentase mi sorpresa, segun te diré. Todavía en el momento de comenzar á bajar la cuesta, la neblina era tan espesa, que solo veíamos el lugar

donde caminaba el coche. De improviso, y como si por arte de encanto se hubiera levantado el ceniciento velo que cubria al paisaje, asomó el sol, las nubes se disiparon, y se presentó á mis ojos uno de los cuadros mas encantadores que recuerdo haber visto en mi vida.

Echamos pié á tierra, y descendiendo aquel camino bordado de una y otra parte con plantas medicinales, palmeros, plátanos y flores, se me figuró que me hallaba en esos caminos pintorescos de Suiza que describe Dumas en sus «Impresiones de viaje». El Cofre de Perote aparecia á nuestra vista con toda su majestad, el pintoresco cerro de Macuiltepec, los cerros de Naolingo y toda la cadena, las preciosas y delicadas colinas de esmeralda, y lapizlázuli que están sembradas en el camino que conduce á Córdoba y Orizava. Nada hay comparable á esa naturaleza variada y exuberante, que parece un finísimo y delicado mosaico. En tiempos muy remotos, el Cofre y otros cerros fueron sin duda volcanes encendidos; la tierra tembló, en los valles se levantaron montañas, las montañas se abrieron y vomitaron lavas y pómez, y toda esta naturaleza ardiente como un mar de fuego, donde corrian torrentes de llamas, y rodaban los montes encendidos, ha presentado alguna vez un espectáculo que haria morir de terror al hombre que lo contemplara. Despues, apagado el incendio, calcinadas las rocas con el fuego, y depositados en la tierra los gérmenes de fertilidad, aumentados con las lamas de los arroyos, los abismos y cavernas infernales se han tornado en un paraíso don-

de las aguas, buscando su nivel, forman cascadas de plata; donde las semillas, arrojadas por el viento y por las aves, se han desarrollado magníficas y exuberantes; donde los árboles, encontrando elementos de vida, han crecido brillantes y pomposos; y donde, en fin, las colinas, tomando con el trascurso del tiempo unas formas bellísimas y graciosas, no conservan ni aun las trazas de haber sido todo excrecencias y resultado del incendio y de las llamas. Durante mas de cuatro leguas la escena no varía, y el ánimo va recibiendo dulcísimas impresiones con la sucesión de las vistas, á cual mas variadas, á cual mas risueñas.

Uno de los pasajeros llamó mi atención, y con enajenamiento diviso entre la bruma de azul y oro, un chorro grueso de plata que se desprendía á un abismo desde la cumbre de una colina risueña, y cubierta de matorrales y pequeños palmeros. Era el salto de Naolinco, pueblo que distará seis leguas de San Miguel del Soldado. Subimos y bajamos toda la cuesta á pié; pero sin sentir de ninguna suerte el cansancio, pues por el contrario, nuestros sentidos recibían gratas sensaciones. Los miembros, entumecidos con el frío y la incómoda postura de la Diligencia, recobraron su calor y flexibilidad; el olfato recibía los perfumes de la brisa y el puro oxígeno de las plantas; los oídos percibían la agradable armonía de los pájaros, y la vista se deleitaba con esa extensa y delicada tela pintada por la mano de Dios. Jalapa, rodeado de lomas floridas; Jalapa, brotando, por decirlo así, de entre una cestilla de flores; Jalapa, con sus primorosas plantas de plá-

tanos y naranjos; Jalapa, en fin, con sus perfumes, sus flores y sus brisas, se presentó á mi vista ataviada con toda la gala y pompa con que la había concebido mi imaginación.

Jalapa.—Iglesia de San Francisco.—Los Berros.
El tercer Ligeró de infantería.

QUERIDO FIDEL:

A pesar del placer que me causó el sorprendente paisaje de la cuesta de San Miguel del Soldado, mis ilusiones respecto á Jalapa se han destruido en parte, y tengo el gran desconsuelo de que partiré á Veracruz sin poder escribir una línea. Hace ocho días que estoy encerrado en la posada, sin ganas de salir á ninguna parte. El cielo está color de plomo, cae una lluvia menuda y constante que llaman aquí *chipi-chipi*; multitud de nubes cargadas y cenicientas, ruedan materialmente sobre los techos de las casas, y las calles están solas, pues á excepcion de las tropas del Cañon, y los que tienen asuntos forzosos, nadie se atreve á transitar por un piso desigual y resbaladizo. Añádase á esto que los cuartos de la posada *Veracruzana* están ma-

terialmente inundados, pues además de la humedad natural, el dueño tiene furor de lavarlos. Anoche cerca de las diez salí un momento, y cuando volví hallé á un criado que sin piedad habia vaciado la mitad de la fuente en mi habitacion. Al ver esta atmósfera tan opaca, que llena al corazon de tristeza, no he podido menos de acordarme de los versos de Salvador Bermudez de Castro.

Hay consuelos y vida para el alma,
Donde del viento al suspirar sonoro
Se eleva un sol espléndido de oro,
Sobre nubes de nácar y arrebol.

Ni arpas, ni canciones, ni esa reunion de jóvenes frescas y alegres que como bandadas de jilgueros se me decia que atravesaban las calles de Jalapa, ni iglesias que visitar, ni monumentos que describir, ni pinturas que examinar, nada mas que nieblas, que parece no se disiparán jamas.

Todo ha cambiado repentinamente, y he suspendido mi marcha á Veracruz. Arreglado ya mi pequeño equipaje me decidia á encajonarme en la Diligencia, cuando el sol fué apareciendo en el cielo, las nubes se disiparon á toda prisa, y un cielo azul purísimo me ha proporcionado el ver á Jalapa á toda luz; pues hasta aquí puedo decir que solo la habia observado con una opaca vela. He abandonado la malhadada casa *Vera-*

cruzana, y me tienes en un cuarto bastante aseado de la casa de Diligencias, edificio situado en la calle principal.

Acabo de bajar de la azotea; mas son tantas mis emociones, es tanto el placer de mi corazon, que me parece imposible que se puedan trasladar en ningun idioma del mundo. En estos momentos daria la mitad de mi vida por la pluma de Lamartine. Con la melancólica dulzura del noble poeta, te pintaria yo esos jardines llenos de brillantes naranjos, que por la situacion del terreno parecen colocados unos sobre otros; ese cerro de Macuiltepec lleno de verdura, á cuyo pié se aduerme voluptuosa la ciudad; esa presa que como un pequeño lago retrata en sus diáfanos cristales los hermosos edificios de las fábricas de hilados: algunos ánsares blancos se bañaban y sacudian sus alas de nieve, los árboles inclinaban amorosos sus copas para emparlas en las aguas, una que otra mujer se bañaba, y rodeada de los ánsares se divisaba por intervalos entre el verde follaje su cabellera de ébano cayendo sobre su cuello y espaldas de alabastro. Jalapa, como sabes, está situado en un terreno desigual, y así desde el punto en que estaba, descubria el conjunto de casas blancas y rojas, descollando entre los guayabos, palmeros y liquidámbares; veía sus jardines cubiertos de flores; veía algunas de sus calles angostas pero que presentaban una interesante vista óptica; veía las torres de San Francisco y la Parroquia, la garita y la primorosa calzada que conduce á Coatepec; veía un horizonte diáfano, y allá al fin una línea blanquecina é impercep-

lante se usa precisamente, entre otros manjares, el arroz blanco, el plátano y calabaza fritos, lo cual es bastante sabroso. El encargado de la casa es un joven de finos modales, y muy complaciente con los pasajeros, lo que hace mas agradable la mansion en Jalapa. Concluido el almuerzo, salí á dar un paseo por la ciudad. El piso es desigual, y hay calles tan elevadas, que materialmente se necesita grande fatiga para subirlas: esto, que para otros es un defecto, para mí no lo es. Las ciudades planas son monótonas; así es, que las poblaciones como Guanajuato, Zacatecas, San Miguel y Jalapa, tienen cierto capricho y variedad, si bien algo molesta para los que tienen callos, bastante agradable para la vista. En cada calle hay una escena nueva, y puede decirse que Jalapa es como un teatro, que á cada escena se mudan las decoraciones. Hay algunas casas altas en la plaza; pero la mayor parte son bajas, con sus ventanas con verjas de hierro á la calle. Al pasar he observado una gran limpieza y propiedad. Todos los suelos, aun en las casas de mas pobre apariencia, están lavados; en los muebles, mas ó menos lujosos, se observa una regularidad y aseo verdaderamente dignos de elogio. En todas las casas hay ciertas cosas que se consideran como indispensables; á saber, una arpa en la sala, y guayabos, naranjos y flores en el patio. La música y las flores; hé aquí dos cosas que aman con pasión las jalapeñas; y con justicia, pues no puede haber objetos que tengan mas analogía que estos con el carácter suave de la mujer, y para mí tengo que la que sea apasionada de las flores

y de la música, debe tener un germen de virtud y sensibilidad en el corazon, que la hará siempre apreciable. Esta excursion ha sido en compañía de nuestro querido P***, y su entusiasmo y el fuego de su imaginacion han aumentado el bienestar y contento que he sentido al recorrer estos fértiles jardines. Hemos, por fin, entrado en una casa que llaman la *Quinta de Bárceña*, donde hay mas de ochocientos naranjos copados de fruta, y gozado de esa especie de placer infantil, de comer la fruta al pié del árbol. Al menos para mí es muy agradable, pues en México con mil cuidados y trabajos se crían los naranjos, los que apenas vemos una que otra vez en una casa opulenta, ó en las iglesias adornando los altares. Aquí el naranjo, el plátano, la lima y el guayabo, son árboles tan comunes, que creo mas caso hacemos de nuestros tristes sauces de las calzadas.

En la tarde continuamos el paseo, visitando á San Francisco, cuyo interior nada tiene de particular; mas su exterior es severo é imponente. Segun la tradicion, fué edificado por Hernan Cortés, y si esto no es cierto en parte, al menos si consta su antigüedad de una inscripcion grabada sobre la puerta, pues que fué edificado el año de 1556, reinando Felipe II en España, y siendo virey de México D. Luis de Velasco. Tiene la forma de una fortaleza, y sobre el primer cuerpo resguardado con fuertes ángulos salientes, se edificó otro, de manera que nada hay mas parecido á un romántico castillejo feudal, de esos que Walter Scott describe en sus novelas, que este convento, que por otra parte

recuerda los sombríos y terribles tiempos de la conquista.

Por una calle con huertas de uno y otro lado, donde materialmente habia cortinas de floripondios, de madreselvas y de campánulas, nos encaminamos á los Berros, que con razon es el lugar predilecto de las jalapeñas. Figúrate un valle pequeño cubierto de una alfombra de verdura, rodeado de suaves eminencias, donde hay edificadas multitud de casas campestres. Desde el extremo opuesto se descubre todo el pintoresco caserío de Jalapa, con todos sus encantos y atractivos, y á la espalda hay un bosque espesísimo de liquidámbares, que pertenece, segun creo, á la hacienda de Pacho. Cuando sopla el mas leve viento, el aroma es tan fuerte que muchas veces trastorna la cabeza. Allí fué otro momento de éxtasis y de contemplacion, tanto mas, cuanto que el paseo estaba solo y silencioso.

A poco comenzó á llegar multitud de gente, que precedia á un cuerpo de tropa que venia á maniobrar en la risueña llanura de los Berros. Mucha impaciencia me dió que el *ronco parche* y estrépito militar viniera á turbar el religioso silencio y á profanar un sitio de poesía, de meditacion y de misterios. Fuerza fué, pues, conformarme con ver hacer el ejercicio, cosa que por aquel momento no llamaba mi atencion.

El cuerpo empezó á maniobrar: carga á once voces, ejercicio de batallones y de guerrillas, fuego graneado y otros movimientos que prescribe la táctica, fueron ejecutados, y cada vez que los observaba, mi admiracion crecia, hasta que en el fuego graneado, en la formacion

del cuadro, y en las descargas cerradas, fué un entusiasmo tan completo, que involuntariamente aplaudia con las manos, y exclamaba: ¡Bien! ¡muy bien! esta tropa mexicana, sin vanidad, podia lucir en cualquier parte de Europa. En efecto, qué igualdad en los movimientos, qué maestría en las evoluciones, qué uniformidad en el manejo de las armas. No era un conjunto de hombres, sino las piezas de una máquina movida por el vapor: tanto así era el orden y la inmutable igualdad de estos soldados. Este párrafo nada añade tal vez al interés de mi viaje; pero no he podido menos de tributar un homenaje de admiracion á los aguerridos soldados que componen el Mixto¹ (creo que hoy es tercer Ligero de infantería), y á su valiente y pundonoroso gefe D. Francisco Perez.

¹ Este cuerpo se compone de los soldados que mas se distinguieron en la campaña de Yucatán, y que pertenecian á otros batallones, que fueron destruidos por las enfermedades ó por las balas enemigas. Con excepcion de las beneméritas tropas del Norte, creo que no hay otras mejor disciplinadas en la República.

Tertulia. — Las jalapeñas. — Concierto de jaranitas.

QUERIDO FIDEL:

Con verdad no recuerdo bien á bien lo que te dije en mi anterior respecto de Jalapa; pero sí te advierto que nada hay en ello de falso ni exagerado. La belleza de este suelo y de esta naturaleza, excede á cuanto pueda decirse en el humano lenguaje. Los habitantes de aquí, particularmente el bello sexo, están en perfecta armonía con el país. Afables, con la sonrisa en los labios y la buena fe en el corazón, se siente al tratar con las amables jalapeñas el mismo contento que cuando se contemplan los frondosos bosques y las risueñas colinas de este dichoso suelo. Anoche estuve en casa de D*** que tiene una amable y sencilla familia. Concurrieron varias señoritas y algunos caballeros y oficiales del escuadrón de húsares, con lo cual bastó para improvisar un baile de esos en que reina el contento y la franqueza. Dos señoritas tocaron la arpa y otra las acompañaba con una jaranita. No sé qué especie de prestigio hay en escuchar las armonías que produce un instrumento pulsado por las blan-

cas y delicadas manos de una mujer. En cuanto á mí, siempre que he oído á una señorita tocar el piano y reproducir ese idioma de misterios y de armonías, esa voz celestial con que las cuerdas hablan á nuestro corazón, ese libro de pensamientos tiernos que nos ha legado la poética alma de Bellini, no he podido menos de experimentar una conmoción indefinible y profunda. Así, cuando vi realizadas mis ilusiones, cuando me contemplé en medio de una reunión de jalapeñas y escuchando las sentidas vibraciones de las arpas, mi enajenamiento fué tal, que apenas pude dirigirles algunos frios cumplimientos. Cuando un sentimiento fuerte ocupa el corazón, no se puede articular palabra, y hay á veces necesidad de pasar por un estúpido ó por un insensible. — Las amables jóvenes lo hicieron muy bien, y dieron una prueba de que no se ha extinguido enteramente en Jalapa esa sencilla y hermosa afición por el instrumento del Rey-poeta.

Proverbial es la franqueza y buen trato de las Jalapeñas; pero algunos, quizá con poca reflexión, han asegurado que esta jovialidad degenera en llaneza y coquetería; para mí tengo que estas cualidades son absolutamente efecto del clima: ¿cómo podría en un país de rosas y bajo una temperatura suave haber gentes de rostro severo y de continente taciturno? Es preciso que sonrían, que su voz sea agradable, que sus maneras sean delicadas y flexibles, y que esa frescura y lozanía que las brisas y el oxígeno del campo comunican á sus rostros, estén en perfecta relación con su organización moral. De mis observaciones, tanto en la noche de la

tertulia como en los días siguientes en que he tenido ocasion de tratar otras familias, no ha resultado otra cosa sino convencerme de que, así como hay personas, familias y hasta pueblos enteros que nacen y se crían con predisposición marcada para ciertas cosas, así en Jalapa las mujeres están organizadas para recibir todas esas suaves y puras impresiones de la amistad y del amor. ¡Felices criaturas cuya naturaleza no está amasada con hiel, y á quienes solo la lucha irresistible de una sociedad gastada y corrompida, puede hacer desviar de esos santos afectos, de esa tranquilidad y buena fe con que se lanzan al trato social! Por lo demás, y salvo las excepciones, una jalapeña es un tipo propio para realizar cuantas ideas de felicidad se pueda imaginar un hombre de juicio y de filosofía. La jalapeña, no acostumbrada al lujo ni á esas orgías que tienen constantemente divagadas á las jóvenes de las grandes capitales, viste sencillamente, pero con estrechada propiedad y elegancia. Su traje regularmente es blanco, adornado con flores naturales, y sus diversiones se reducen á pasear por los encantadores prados de los Berros, ó á reunirse con sus amigas, tocar la arpa y cantar esas canciones populares que tienen siempre un eco en nuestro corazón. Así, ves los paseos verdes, frondosos y risueños, coronados de multitud de jóvenes aseadas y blancas como unas palomas, y seductoras y poéticas como las ninfas de los bosques; ó bien en una noche de luna las ves bajo los naranjos y guayabos de algun jardín, cantando, tocando su arpa, y mágicos y seductores llegan á tus oídos los acen-

tos de la música envueltos y mezclados con el perfume de las flores. Los placeres de esta voluptuosa existencia no desvían en nada á la jalapeña de sus faenas y obligaciones domésticas. Por costumbre y por hábito su casa está aseada, los muebles en orden, y todas las cosas que están bajo su cuidado respiran una sencilla elegancia. Cuando una jalapeña ama, lo hace con delirio, se resigna á seguir la suerte de su esposo, abandona su país, y en los mas extraños y remotos departamentos siempre conserva su rostro amable, su sincera sonrisa, su elegancia y limpieza en el vestido. Acomodándose á toda clase de condiciones y estados, viene á ser positivamente una compañera de su marido, que sin egoismo divide con él las amarguras y los placeres de la vida. Esto, repito, está sujeto á las excepciones; pero en general es el carácter predominante, el cual no ahora, sino antes, habia ya conocido, pues la casualidad me ha proporcionado tratar á varias jalapeñas fuera de su país.

Tú conoces á la amabilísima familia de M^{***}, y por ella puedes á poco mas ó menos formarte idea de la sociedad bien educada de Jalapa.—Creo que considerarás que no exagero ni forjo un conjunto ideal. Así, pues, no creo que haya nada de coquetería en el carácter de las jalapeñas, sino que todo es natural, y por consiguiente agradable. Cuando una mujer tiene la locura de ensayar en el espejo el modo de mirar, y estudia las sonrisas y los movimientos de cuerpo y de cabeza, y pone en ejecución ante la sociedad este arte, por decirlo así, dramático, entonces le viene el nom-

bre de coqueta, y por supuesto no merece sino que delante de ella se representen igualmente comedias y ficciones para pasar agradablemente el rato; mas cuando nada pide prestado al arte, sino que sus acciones son sencillas, libres y espontáneas, no se la puede aplicar tal epíteto.

Juzgo estarás acaso impaciente por esta digresion, que es para mí de mucho interés, puesto que es la única manera de pagar las particulares atenciones con que fuí recibido, y la complacencia que experimenté al tratar personas llenas de indulgencia y de bondad. Poco hay que decirte de la tertulia; las señoritas bailaron con mucha gracia y dulzura; se repitieron los conciertos de las arpas; se cantaron algunas canciones, y los intermedios fueron ocupados por la conversacion, en la que brilló el talento festivo y despejado de las señoritas, sin nada de esos ribetes de erudicion y pedantería, tan repugnantes en las mujeres.

Esta carta te dará idea, segun creo, de que Jalapa no es un pueblo despreciable, sino por el contrario, una ciudad donde no se extraña la civilizacion y cultura de México, y donde además es posible encontrar corazones que no estén contaminados con los vicios sociales que degradan el alto destino y la angélica mision que tienen las mujeres en el mundo, y es de hacer felices á los hombres con su amor y con sus virtudes.

La noche que siguió de esta tertulia, se presentó en punto de las ocho en mi posada, mi obsequioso amigo R*** y me invitó á pasar á la suya. No tuve dificul-

tad; y por cierto que no me arrepentí, pues me aguardaba una agradable sorpresa. Hace algun tiempo que varios individuos alemanes se reunieron y formaron una sociedad filarmónica, sociedad que estudiaba multitud de piezas y sonatas, y salia las noches de luna á vagar, esparciendo por las calles de Jalapa torrentes de dulces sonidos y de sentidas armonías; otras veces se reunian en alguna casa, y pasaban ratos tan alegres como puedes figurarte. Esa sociedad cesó por algun tiempo de reunirse, por las ocupaciones de algunos individuos; mas empeñados en obsequiarme bondadosamente, los hallé reunidos é instalados en la sala, con sus respectivos instrumentos. La orquesta se compone simplemente de *jaranitas*, un par de *bajos*, y cuando mas una arpa. Las *jaranitas*, que creo son cinco, van disminuyendo en tamaño hasta que el *requinto* es un juguete tan pequeño, que parece imposible se pueda tocar en él.

El concierto comenzó por uno de esos lindos wals, compuesto por D. Guillermo Wallace, y estoy seguro que el autor se hubiera complacido en oír aquellas *jaranitas*, retozonas y vivas unas veces, melancólicas y sentimentales otras, y cuyos ecos iban á morir en lo mas íntimo del corazon. El wals fué tocado perfectamente; pues era una sola voz, un conjunto de acompañada melodía, en la que resaltaba solamente el requinto, como en la selva predomina el canto del ruiseñor. Multitud de composiciones modernas se tocaron; pero donde mas noté la dulzura de estos instrumentos, fué en el jarabe; ¡qué alegría y qué voluptuosidad en las

variaciones! ¡Qué viveza y qué coquetería en aquellos concientos, pianos y ténues como los suspiros de una doncella, ó apasionados y ardientes como los sollozos de una mujer celosa! Vieux-Temps. ó M. Bohrer, se habrían encantado al oír la magia de esta música, exclusivamente mexicana. Por mi parte, dos días enteros sin cansarme me estaría escuchando estas jaranitas, que producen en la imaginación una especie de soñolencia y dulce delirio, parecido al que experimentamos en nuestros momentos de soledad, cuando hacemos esas vagas é indefinibles reminiscencias de los castos placeres de la niñez, ó de los perdidos y tristes amores de la juventud.

A las once me retiré sumamente reconocido á estos amables amigos, y admirando, sobre todo, su rara y singular habilidad.

Paseo á Coatepec.—El cañon de cuero.—El puente del Diablo.

QUERIDO FIDEL:

Está decidido que todos los días reciba yo una nueva sorpresa, y un motivo de placer y de emociones. Acabo de llegar de Coatepec y otros puntos cercanos, donde he vagado tres días lleno de felicidad. No creía

yo que se necesitase tan poco trabajo para conocer el paraíso. Figúrate un camino trazado en medio de una sucesión de colinas, mas ó menos elevadas, y estas cubiertas de espeso bosque; pero no te figures un bosque de espinos y mezquites, como los hemos visto en los Departamentos de San Luis y Zacatecas, sino un bosque compuesto de olorosos liquidámbares, de cerroxilos, de plátanos, con sus anchas hojas verde-esmeralda, de naranjos copados de fruta, de guayabos, de palmeros silvestres, de bejucos y de juncos, entre los cuales descuellan á veces los elevados y sombríos pinos. A la sombra de estas plantas robustas crecen las enredaderas y las yerbas medicinales. La campánula y la madreselva se enredan en los liquidámbares, y forman cortinas y bóvedas. El floripondio mezcla sus hojas con el naranjo y el palmero de cera, y parece que un mismo árbol da los frutos de oro y las blancas flores; y todo este bosque pomposo, magnífico, bello, con su mismo desórden y confusión, está enlazado por los bejucos, cuyos hilos penden de los árboles, formando graciosos lazos y coronas. ¿Cómo no figurarse, cuando se camina por esta interminable sucesión de jardines, que en ellos pasó todo el celestial drama de Milton? Apenas recogí un poco mis pensamientos y dispuse mi alma á la meditación, cuando ereí ver debajo de estos frondosos árboles, y á la orilla de estos cristalinos arroyos que corren y saltan entre las flores, á nuestra primera madre, con sus formas de alabastro y su cabellera flotante de ébano, tranquila y apacible recibiendo las visitas y conversando con los luminosos y blan-

cos ángeles que Dios le enviaba de los cielos. El perfume del viento, la voz melodiosa del jilguero, de ese solitario cantor de las selvas; los mil insectos y mariposas de esmalte, que revolaban entre las flores, y el dulceísimo susurro de las fuentes, contemplaba mi ilusión, y me abandoné con placer á estas contemplaciones vagas y brillantes, que suspenden, por decirlo así, el triste y doloroso curso de nuestros pensamientos, y nos llevan á otras regiones ideales y fantásticas. Ya me juzgaba, como he dicho, trasportado á los primeros días de la vida del mundo, ya á esa edad de inocencia y de candor que pinta Homero, en la que la malicia y la corrupción no habia enfermado á la raza humana; y que todos, como una familia de hermanos, vagaban inocentes y descuidados entre jardines y bosques de flores; ya, en fin, las narraciones de los viajeros se agolpaban á mi mente indefinidas y confusas, y me creía yo ante esos paisajes orientales y magníficos, cuya descripción parece fabulosa.

De Jalapa á Coatepec hay como tres leguas; pero era tal mi enajenamiento, que creía no haber andado mas de una calle, cuando me encontré sobre un puente que está á la entrada del pueblo, y por debajo del cual corre un rio cristalino. Este puente tiene sus recuerdos gloriosos, pues pasó en él uno de esos hechos, que aunque sublimes, han quedado ignorados. En la época de independecia, Jalapa, Orizava, Córdoba, y todos los demas pueblos del Departamento de Veracruz eran invadidos por las tropas españolas, recobrados por los insurgentes, y vueltos á tomar por los ene-

migos; así en estos lugares como en toda la República, la sangre y los desastres se sucedian sin intermision. Coatepec, por rara casualidad, habia sido una excepcion de la regla; así, los vecinos aunque valientes y patriotas, no habian tenido ocasion de probar sus esfuerzos. La ocasion no tardó en presentarse, pues se tuvo noticia de que Travesí, con cerca de seiscientos realistas se dirigia á tomar posesion del pueblo. Inmediatamente que los coatepecanos consideraron que se les iba á atacar su pequeño paraíso, y que los enemigos iban á posesionarse de sus pintorescas y tranquilas soledades, su valor y su energía no conoció límites. No tenian armas ni disciplina, ni sabian una sílaba en materias de guerra; pero su patriotismo y valor lo suplió todo. Con la mayor precipitacion hicieron un cañon enhuecando un árbol y forrándolo con una piel de res, por lo cual le llamaron el Toro pinto. Travesí se aproximaba, y los coatepecanos provistos con tan singular artillería, completaron su ornamento con garrochas, palos, machetes, y algunas escopetas y fusiles viejos que pudieron reunir.

Habia un viejecito, virtuoso, tímido, y constantemente retirado en su casa, que le decian Tio Bachichas, hombre solamente propio para rezar el rosario y recitar la doctrina cristiana á los chicuelos. Contra lo que todos pensaban, Tio Bachichas salió de su inaccion desde los primeros momentos, recobró por un instante toda la energía de su juventud, y se puso al frente de los defensores de Coatepec. Cuando tuvieron noticia de que Travesí estaba ya inmediato, formaron un breve

consejo de guerra, y resolvieron esperar en el puente. Antes se prosternaron todos á pedir el auxilio de Dios. Tio Bachichas, con su grueso rosario de cuentas gordas en la mano, rezó con fervor en voz alta, despues pronunció una corta arenga; y gozoso, vestido de limpio y risueño, como si fuera á una boda, se puso en marcha, seguido de su entusiasta tropa, que fundaba toda su esperanza en la justicia de su causa, y en el poder de su singular cañon de cuero.

Los patriotas fijaron su cañon en un punto elevado, cargándolo con postas y guijarros. Travesí se acercó, riendo de la temeridad de estos campesinos; mas de improviso, Tio Bachichas dió fuego al terrible Toro pinto, los soldados descargaron sus armas, y una nube de metralla desconcertó á los realistas y les hizo muchos muertos y heridos. Antes que Travesí volviera de su sorpresa, el *Toro pinto* habia arrojado otra vez por su boca otra descarga. La accion fué muy reñida; pero al fin los realistas se retiraron con gran pérdida, y los doscientos ó trescientos coatepecanos volvieron á su pueblo, capitaneados por el heroico viejo, y entonando salmos y canciones al Todopoderoso.

El cañon de cuero estaba ya quemado é inservible; pero habia hecho su deber.

Divertido y admirado con esta narracion que me contaba mi recomendable amigo el señor D. Mateo Rebollo, vicario de Coatepec, llegamos al pueblito, que es un verjel, como debes pensar. El virtuoso vicario es un hombre enteramente dedicado á su ministerio. Amable, franco, bondadoso con todos sus feligreses, es el

padre del pueblo, el verdadero tipo de un eclesiástico lleno de filosofia y de virtud. Encantado con su trato y su conversacion pasamos el resto de la noche hasta las diez, en que nos sirvió una cena sabrosa. Despues nos retiramos á descansar para ponernos en camino á buena hora, y visitar unas hermosas cascadas.

Con efecto, á las seis ya estábamos en la Orduña, hacienda cuya situacion y temperatura la hace uno de los puntos mas bellos de los alrededores de Jalapa. Continuamos por el rumbo de Tusamapa, y pasamos por un hermoso puente que tenia diez y ocho varas de altura, y veintitres de largo. A este puente llaman unos Puente del Grande, y otros del Diablo, y este último nombre proviene de una tradicion muy semejante á la de Suiza. Un rico hacendado que vivia de este lado del rio, amaba tiernamente á una hermosa jóven que vivia del otro lado, y á la cual veia todas las noches á excusas de su familia. Las mas veces el torrente era impetuoso, pues se juntan dos rios, y el amante se desesperaba al verse privado de ver á su bella paloma, ó tener que exponerse á ser arrebatado por la corriente, que en este lugar es muy rápida y profunda. Desesperado, una noche exclamó: «Si el Diablo hiciera un puente, le daria mi alma.» Inmediatamente el Diablo, bajo la forma de un pastor, se le presentó, y ambos firmaron un pacto en que se estipulaba la condicion de que si el puente no estaba acabado al primer canto del gallo, el amante no estaba obligado á dar su alma. El Diablo se puso á trabajar, arrancó con las manos piedras de los cerros, y con una velocidad increíble

comenzó á colocarlas unas sobre otras. Dios sin duda quiso salvar el alma del réprobo, é hizo que un gallo cantase antes del tiempo acostumbrado. A pesar de la actividad del Diablo, el puente no estaba concluido, y el Diablo, chasqueado, arrojó un terrible alarido y desapareció entre una nube de fuego y de azufre.

Aun se ve incompleta la balaustrada del puente, y añade la tradicion, que el amante reconocido de la misericordia de Dios, se casó y vivió virtuosamente con la que antes habia sido su querida.

Llegamos á la cascada del Calechar, que es hermosa. Ocho ó diez hilos de agua brillantes se desprenden á un profundo barranco, frondoso y lleno de vegetacion, desde cuyo fondo se levanta entre los árboles y las flores un arco-iris que ciñe á la cascada como una diadema de piedras preciosas.

Largo seria darte cuenta de todas mis emociones en este paseo; baste decir que he venido lleno de gratitud por la bondad de los amigos que me han acompañado, de admiracion por las obras de Dios, y del bienestar y contento que es consiguiente cuando se dedican algunos momentos de la vida á la contemplacion de ese libro variado y poético de la naturaleza.

Salida de Jalapa.—El Puente Nacional.—Recuerdos del general Victoria.— Llegada á Veracruz.

A las once y media del dia el coche estaba en la calle, y las ocho mulas en disposicion de conducirnos por esos mundos de Dios. Dando la campanada de las doce, subimos apresurados para tomar el mejor asiento, é instalados hasta nueve individuos, con sus correspondientes adiciones de cachuchas, capas, cajones de puros, sacos de noche y envoltorios, que llenando los huecos, formaban del centro del carruaje un todo compacto, tronó el látigo y partimos todos, correspondiendo á los adioses de varios amigos y curiosos que siempre acuden á ver partir la Diligencia.

El camino, luego que se sale por la garita de Veracruz, es una calzada de piedra bien construida por en medio de una no interrumpida sucesion de lomas fértiles. Con una especie de tristeza veia pasar por mi vista esos dulces y encantadores paisajes de Jalapa, esos plantíos de plátanos y guayabas, esos naranjos cubiertos de frutos de oro que bordan las orillas de la calzada; pero cuando se camina en Diligencia, es menester verlo todo rápidamente como un cosmorama,

comenzó á colocarlas unas sobre otras. Dios sin duda quiso salvar el alma del réprobo, é hizo que un gallo cantase antes del tiempo acostumbrado. A pesar de la actividad del Diablo, el puente no estaba concluido, y el Diablo, chasqueado, arrojó un terrible alarido y desapareció entre una nube de fuego y de azufre.

Aun se ve incompleta la balaustrada del puente, y añade la tradicion, que el amante reconocido de la misericordia de Dios, se casó y vivió virtuosamente con la que antes habia sido su querida.

Llegamos á la cascada del Calechar, que es hermosa. Ocho ó diez hilos de agua brillantes se desprenden á un profundo barranco, frondoso y lleno de vegetacion, desde cuyo fondo se levanta entre los árboles y las flores un arco-iris que ciñe á la cascada como una diadema de piedras preciosas.

Largo seria darte cuenta de todas mis emociones en este paseo; baste decir que he venido lleno de gratitud por la bondad de los amigos que me han acompañado, de admiracion por las obras de Dios, y del bienestar y contento que es consiguiente cuando se dedican algunos momentos de la vida á la contemplacion de ese libro variado y poético de la naturaleza.

Salida de Jalapa.—El Puente Nacional.—Recuerdos del general Victoria.— Llegada á Veracruz.

A las once y media del dia el coche estaba en la calle, y las ocho mulas en disposicion de conducirnos por esos mundos de Dios. Dando la campanada de las doce, subimos apresurados para tomar el mejor asiento, é instalados hasta nueve individuos, con sus correspondientes adiciones de cachuchas, capas, cajones de puros, sacos de noche y envoltorios, que llenando los huecos, formaban del centro del carruaje un todo compacto, tronó el látigo y partimos todos, correspondiendo á los adioses de varios amigos y curiosos que siempre acuden á ver partir la Diligencia.

El camino, luego que se sale por la garita de Veracruz, es una calzada de piedra bien construida por en medio de una no interrumpida sucesion de lomas fértiles. Con una especie de tristeza veia pasar por mi vista esos dulces y encantadores paisajes de Jalapa, esos plantíos de plátanos y guayabas, esos naranjos cubiertos de frutos de oro que bordan las orillas de la calzada; pero cuando se camina en Diligencia, es menester verlo todo rápidamente como un cosmorama,

como una vision óptica que no puede describirse, y que sin embargo deja en el alma un recuerdo grato, suave, como la brisa que se percibe al asomarse por las ventanas del carruaje. Al cabo de dos horas llegamos á la Ventilla, pequeña poblacion, donde sin embargo se encuentra una buena limonada para refrescar, ó un aguardiente de treinta y dos grados, si el viajero es aficionado á esa clase de refrigerios espirituosos.

Como iban en la Diligencia D. José Garay y D. Cayetano Moró, con designio de embarcarse para Londres y coleccionar acciones para la empresa de la comunicacion de los dos mares por el istmo de Tehuantepec, la Diligencia se detuvo y nos dirigimos al Encero, casa de campo del señor general Santa-Anna. El Encero es un punto situado en la cima de una loma algo elevada y desde donde se descubre un paisaje pintoresco, pues es una cadena de colinas frondosas, terminadas por una parte con las montañas lejanas y azules de la cordillera, y por la otra se puede descubrir el mar, en los dias en que el horizonte está claro. En cuanto á la poblacion, consta apenas de dos ó tres jacales de zacate, y de una linda casa pintada de encarnado, con su pequeña portalería y su mirador de cristales.

Sin ceremonia alguna subimos al mirador: el general Santa-Anna se ocupaba en ver un plano de una de sus haciendas; estaba solo, sin soldados y sin la pompa que en el palacio de México, y en compañía de su secretario y de uno ó dos de sus ayudantes. Saludónos con agrado y examinó los mapas que le presen-

taron los comisionados: admiró la delicadeza del dibujo y la importancia de los trabajos, y prometió á los empresarios un constante apoyo de parte del gobierno. No pude menos de recordar á nuestro pobre amigo Gonzalez, que tanto trabajó en esta comision, y cuyos profundos estudios y talentos eran un honor para el colegio de Minería, donde hizo su carrera. Su nombre, sin embargo, solamente fué nombrado por mí delante del general Santa-Anna. ¡Cuánto hubiera yo deseado sacar algun fruto en favor de la recomendable familia de este jóven, que murió víctima de sus estudios y de sus trabajos científicos! Pero el tiempo era corto, y nos despedimos, regresando á nuestro carruaje.

Asaz molidos y hambrientos llegamos á la posta del Puente Nacional á las oraciones de la noche. Dos muchachas rollizas preparaban la comida, y la mesa estaba puesta ya con mucho aseo. Entretanto los manjares se hallaban en disposicion de entrar á llenar el estómago, corrí á dar un vistazo al Puente.

Siete arcos magníficos, arrojados de un lado á otro del precipicio donde corre el rio con un rumor sordo y majestuoso como el de la mar lejana; dos altos cerros á los lados, el uno de ellos con un pequeño fortin arruinado, y las luces trémulas de las casitas esparcidas en las cercanías; esta es la perspectiva salvaje que alumbrada por la luz amarillenta de la luna, envuelta entre nieblas y vapores, estuve contemplando un momento, de pié, sobre la balaustrada del Puente.

Es por cierto una magnífica obra, llena de grandeza y de majestad, que merece contemplarse con deten-

cion. Cuando se ven palpablemente las dificultades que ofrece esta intrincada serranía, erizada de peñascos y cruzada por precipicios y torrentes para construir un camino carretero, no puede menos de admirarse el teson con que ciertas corporaciones españolas emprendían estas obras difíciles. Todo este camino destruido por los transeúntes, y poco cuidado y recompuesto en nuestros días, fué proyectado por Revillagigedo, y concluido después por el consulado de Veracruz. Era menester cortar cerros, llenar barrancos profundos, practicar senderos en los bosques, y salvar rios y despeñaderos. El consulado dijo: «*hágase*,» abrió sus arcas, prodigó el dinero, convocó á los artistas y operarios, y el camino se hizo. El consulado ha desaparecido, y el camino ha quedado.

Desde Febrero de 1803, hasta Diciembre de 1811 en que se suspendió la obra, gastó el consulado dos millones setecientos mil pesos. Fué menester hacer doce puentes: uno de ellos es el que antes se llamaba del Rey, y hoy Nacional, construido por D. Diego García Conde; tiene 260 varas de largo, 18 de alto, y 12 de ancho, con siete ojos, siendo el del centro de 25 varas de diámetro, y otro mas para el desagüe del rio de la Antigua.

El maldito positivismo que rige al mundo, hizo que mi estómago me recordase que la comida estaba en la mesa. Regresé y sentéme: arroz blanco, un pavo asado, un guisado de gallina, una ensalada fresca de lechuga, y unos frijoles prietos: esta fué la comida, que se acompañó con algunos tragos de regular vino de

Burdeos. Confortado con esto, encendí un buen habano, y montamos en el coche, acomodándonos lo mejor posible para poder respirar, pues hacia un bochorno espantoso, y pasar el resto de la noche.

Imposible es pasar por el Puente Nacional sin recordar que aquellos cerros, aquellas chozas, aquellas barrancas tan solitarias, tan quietas hoy, han sido el teatro de sangrientas batallas en tiempo de la lucha de independencia. Si esas piedras y esos árboles del monte pudieran contarnos francamente las hazañas de los hombres desinteresados y valientes que lucharon por nuestra libertad, creeríamos que era una tradición fabulosa la que se nos refería. Este puente era precisamente donde antes de penetrar á México, tenían que probar su valor los regimientos expedicionarios que venían de España; y en cada encuentro, en cada escaramuza, en cada batalla, las tropas y la espada del general D. Guadalupe Victoria hacían su deber.

Era un honrado y valiente militar D. Guadalupe Victoria. En tanto que hubo batallas y enemigos que combatir, fué siempre el primero. Cuando las fuerzas españolas lograron extinguir por un momento el ardor de los insurgentes, el general Victoria se retiró á las cavernas de los montes, y allí, manteniéndose con legumbres, reduciéndose á vivir como las bestias feroces, aguardó á que esa aurora que habia encendido el valiente anciano de Dolores, volviera á aparecer en el horizonte político. Estos son hechos hermosos, que el trascurso de los tiempos les dará la poesía y el interés que merecen.

Increíble parece que ese hombre pacífico, ese anciano que veíamos casi arrastrarse desconocido y triste por las calles de México, fuera el mismo que arrojó su espada del otro lado de un parapeto realista, y voló por ella entre una nube de fuego y de metralla; pero el general Victoria conservó al través de esa vida gloriosa, sembrada de aventuras y de peligros, una sencillez de corazón y un trato juvenil, que tal vez le acarrearón las sátiras de Madama Calderon, sin respeto á tantas virtudes, sin consideración á unas venerables canas, nacidas en medio de los combates y del fragor de la metralla.

El último rasgo de Victoria fué el año de 838, cuando la invasión de los franceses. Ya sin fuerzas, sin vigor físico, marchaba ufano por las playas de Veracruz, arrostrando los fuegos de los buques, para que, como él decía, vieran los franceses á *Guadalupe Victoria, al caudillo de la Independencia*. Los años habían gastado el cuerpo del heroico viejo; pero el amor á la patria tenía á su alma joven y vigorosa como en los primeros días de su vida. La alma de los héroes no envejece jamás.

La tumba devoró esa existencia gloriosa; pero el Puente Nacional proclamará siempre el valor y las hazañas de Victoria.

Las diez leguas que habrá del Puente á Vergara, son de un camino desigual y caluroso, practicado por lomas cubiertas de bosque de encinas, palmeros silvestres y multitud de matorrales, entre los que se encuentran algunas plantas medicinales, como la quina blan-

ca, y otras raras, que darian mucho material á nuestro apreciable compañero D. Luis de la Rosa.

Debes suponer que la noche es molestísima: el sueño obliga á los párpados á cerrarse; pero el calor, el vaiven del coche y la estrechez de los asientos, mantienen al viajero en una dolorosa vela.

Cuando llegamos á Vergara, el viento húmedo del mar refrescaba un tanto la atmósfera, y el ruido de las olas se escuchaba ya como el lejano trueno de un cañon de artillería. Vergara es una ranchería situada sobre los médanos en las cercanías de la mar, compuesta de unas cuantas chozas de zacate. Algunos jarocho dormían en las puertas de sus casas; pero otros se divertían bailando alegremente.

Allí remudó la Diligencia, y seguimos lentamente por las arenas de la playa, oyendo el murmullo del mar, y divisando de cuando en cuando, con la claridad de la noche, la espuma de las olas que se rompían en la playa, y la farola de Ulúa que brillaba como un cucullo entre las nieblas.

A las cinco de la mañana entramos por la puerta de México á la heroica Veracruz.

El muelle.—La casa de Diligencias.—La ciudad.

QUERIDO FIDEL.

—Compañero, dije yo á un individuo que habia venido junto á mí, ¿tendremos qué desayunar en Veracruz á estas horas?

—¡Toma! antes de las cinco de la mañana se abren diariamente los cafés de Veracruz, y á esas horas encuentra usted ya café con leche y molletes, lo que no sucede en México, pues á las siete ú ocho se van levantando los mozos poltrones, y.... yo llevaré á usted, tomaremos café juntos.

Mi hombre era un español que hacia treinta años que estaba avecindado en Veracruz, que amaba y conocía toda la ciudad con tanta precision como los rincones de su baul, y que por consiguiente deseaba que el honor de los cafeteros quedase bien puesto, y que un viajero no tuviera el mas leve motivo de quejarse.

Con efecto, aunque todavía la luz y los faroles del alumbrado despedían sus vacilantes luces, los cafés estaban abiertos; así es que en el momento que nos apeamos del coche, nos dirigimos á uno de ellos; mi com-

pañero no habia mentido, pues nos sirvieron una taza de café riquísimo y aromático, con excelente leche, y un par de molletes con mantequilla salada, que hubieran hecho despertar el hambre á un muerto.

Concluido este acto importante, que habria sido un pecado pasar en silencio, me despedí de mi franco español y me dirigí al muelle. Es un edificio de bella y moderna arquitectura, en medio tiene un pórtico que da entrada á lo que propiamente puede llamarse muelle, es decir, una especie de atrio de piedra avanzado en la mar, para que sin varar en la arena de la playa, puedan acercarse las lanchas y embarcaciones, y embarcar y desembarcar cómodamente los efectos y pasajeros; á los costados hay hermosos edificios con ventanas elegantes que dan al mar, y portalería á la plaza: por desgracia la solidez de la obra no ha correspondido á su belleza, puesto que en los últimos nortes se ha roto la parte del sur de la punta, y está de tal manera deteriorada, que será necesario gastar muchos miles de pesos para ponerla en un completo estado de seguridad y buen servicio. Esta obra del muelle, si no se puede comparar á las de Tolon, Rochefort y otras célebres, es de bastante mérito, y fué reedificada el año de 1811, en el corto término de siete meses, por el Sr. D. José Rincon, hoy general de la República.

Interesante es la perspectiva que se descubre en el muelle. Al frente y como á poco mas de una milla de distancia se mira el castillo de Ulúa nacer del seno de las aguas: á su derredor las embarcaciones meciéndose-

se lenta y majestuosamente, y á la izquierda entre la bruma del mar se miran los mástiles de los buques de guerra anclados en la rada de Sacrificios, como un pequeño bosque de encinas en la estacion del invierno.

Una grande actividad habia en el muelle: multitud de botes, canoas y chalupas estaban ancladas á los costados, embarcando verdura, carnes y barriles de agua: los botes alvaradeños desembarcaban sal y otros efectos, y algunas barcas pescadoras con sus velas desplegadas surcaban ligeras las ondas. Ya era un grupo de oficiales de la marina de guerra con sus cachuchas y sus lucidos uniformes azules, que se paseaban á lo largo; ya un grupo de franceses que charlaban; ya los marineros italianos de la *Duca de Ferrare*, rechonchos y colorados, jugando en un bote que empujaban las olas con violencia; ya otros que apresurados rodaban las pipas de agua, ya... en fin, era un rumor sordo de palabras de todos los idiomas, un ruido de los fardos que echaban á tierra, un murmullo de los remos, una confusion agradable que apagaba por instantes una ola que enojada se rompía en los costados del muelle, arrojando sobre los concurrentes copos de blanca espuma.

Hacia media hora que estaba allí, cuando comenzó á soplar el norte. Se escuchó un sordo rugido en la mar: las olas fueron invadiendo el muelle, y el color del agua cambió súbitamente poniéndose negra como una tinta. Al momento los botes y chalupas hicieron sus preparativos, y tendiendo los remos se dirigieron á sus respectivos barcos como una parvada de gavio-

tas. El paquete inglés, anclado al costado del castillo, encendió su máquina. El mónstruo marino impasible, sin moverse, á pesar de las olas que azotaban sus costados, comenzó á vomitar torrentes de humo, y se preparó á la lucha contra los vientos y las ondas. ¡La vida marina tiene mucho de grandioso y de sublime!

Hace muchos años, en una de mis primeras excursiones, me encargaste que te refiriera la impresión que me causara la vista del mar. Te acordarás que te escribí lo siguiente.

He visto el mar.... y á la manera como acostumbra escribir los capítulos de sus novelas nuestro buen amigo F..... llené la hoja de papel de puntos suspensivos. No cabe duda en que es lindo método de salir airoso en la descripcion de cualquier objeto de la naturaleza; mas un cerebro ardiente de poeta suple lo que el asno del corresponsal no pudo explicar. ¿Con qué quimeras, con qué maravillas no suplirías tú, todo el lugar donde en vez de ideas habia puntos suspensivos?

Con efecto, esa masa de agua inmensa que, como dice Dumas en *Paul Jones*, está tendida en la superficie de la tierra como el espejo de Dios, es tan infinita, tan indescribible como lo es el mismo Dios. Es la fuerza, el poder, el génio divino ese mar que unas veces

Besa la playa con amantes olas,
y otras lanza rugidos como el leon irritado, levanta sus aguas hasta el cielo, abre abismos profundos en su seno, y esas naves inmensas como las montañas, las ar-

rastra, las eleva, las hunde, las precipita, las aniquila, las sumerge para siempre en su seno.....

Sobre todo, ese rodar continuo de las olas, ese mugido incesante y terrífico, esos colores que las aguas toman con la luz, esas espumas de plata que forman mil arabescos caprichosos en el verde-esmeralda de las aguas..... ¡Oh, los poetas, los escritores, los hombres amantes de contemplar lo bello y lo grandioso de las obras de Dios, deben no morir antes de ver el mar!

El norte arreciaba considerablemente y se escuchaba su agudo silbido entre los cables de los barcos. Como las olas bañaban el muelle, y el frío se hacia sentir, me retiré sin que mis ojos se pudieran saciar de ver ese mar en cuyas orillas he vivido resignado en otras épocas tristes de mi vida.

Eran las nueve, y me dirigí á la posada de las Diligencias. Está situada en un portal de la plaza principal, en una casa hermosa. Los cuartos están un poco aseados, con sus camas de madera fina del Norte, sus pabellones de muselina, su tocador y aguamanil provistos de cepillos, peines y demas cosas necesarias para el aseo; mas en las almohadas y camas no hay tanta limpieza como era de esperarse en un país tan caliente; cada cuarto contiene tres y hasta cuatro camas, cosa que por cierto es muy incómoda. La posada además tiene su mesa de billar, su cantina surtida de vinos y licores, y su salon de recreo, provisto de ajedrez, damas, dominó y periódicos nacionales.

El repique de una campana anunció que el almuer-

zo estaba listo. Era una mesa de la figura de una heradura, á cuyo derredor se sentaban los concurrentes, y en cuyo centro estaban los criados sirviendo con una actividad increíble, aunque sin orden alguno, los diversos manjares; arroz blanco, huevos fritos, biftec, rosbif, costillas, pescado huachinango en salsa, ostiones fritos y crudos, frijoles y algunas frituras: estos eran los platos que habia. Un mulato sumamente político y carabanista, se comidió á servirme. Le pedía papas, y él con mucha cortesía me llevaba un pollo asado: le indicaba que me diera las aceiteras, y él con otra reverencia me traía un plato de pescado. Acerté á decirle en inglés *watter*, y me sirvió una taza de café. Convencido de que mis conocimientos en los idiomas no me eran de ninguna utilidad, me resigné á comer lo que se me ponía delante. Por lo demas, la mesa redonda de las posadas de Veracruz tiene cierto carácter singular. No es como las mesas yankees, en que todos devoran en silencio y con precipitacion los platos, sino que, como es compuesta de pasajeros, militares y marinos, toda gente de buen humor, rien, beben y comen alegre y precipitadamente, y el guirigay italiano, francés, inglés, alemán y español, es espantoso.

Notarás que con frecuencia te hablo de las comidas. En primer lugar, cuando se viaja se tiene mas hambre, y como es uno de los placeres mas grandes el encontrar una buena mesa despues de una dieta de algunas horas, no es extraño que consigne yo estos hechos históricos en estas interesantes impresiones de viajes, y

por lo demás, el grado de civilización y cultura de los países, no cabe duda en que puede colegirse por el de comodidad de las posadas y disposición de las comidas; lo que he referido bajo este respecto, es un mentís solemne á Lowenstern y Chevallier que asientan que los viajeros se mueren de hambre en los caminos de la República.

Concluido el almuerzo, salí á dar un paseo por la ciudad: las calles son rectas, con sus aceras y sus empedrados excelentes, recompuestos últimamente cuando era regidor el Sr. D. Ignacio Trigueros. Las casas son de uno y de dos pisos, algunos de una arquitectura moderna y elegante, y la mayor parte de ellas tienen los patios y escaleras enlosadas con mármol de Génova. Algunos edificios cercanos á la playa están negruscos y tristes; pero esto, segun se me ha dicho, es ocasionado por los vientos salinos de la mar. La descripción que se hace de la ciudad en un artículo publicado en el calendario de Cumplido del año de 1844 me parece muy exacta; y que como es difícil sin faltar á la verdad, quitarle ni ponerle una sílaba, la copio aquí:

«La ciudad es pequeña pero hermosa, especialmente por la regularidad de su construcción. Las calles son anchas, rectas y bien empedradas y embanquetadas. Las casas, en número de 1063, y formadas de piedra *múcara* sacada del mar, son generalmente de dos cuerpos; hay varias de tres pisos, y algunas en que resalta una bella arquitectura, y cuya buena distribución interior corresponde á su elegante fachada.»

El norte arrecia, y contra lo que sucede generalmente en Veracruz, el cielo está muy nublado, y cae una menuda lluvia; por consiguiente, he tenido que suspender mi excursión, que probablemente continuaré mañana.

Los zopilotes.—Nueva plaza del mercado.—El hospital.—El cementerio.

QUERIDO FIDEL:

El día está claro y despejado, y he salido á dar un paseo por la ciudad. Al ver los zopilotes sobre las azoteas y las cúpulas de las torres, y aun paseando tranquilos y confiados por las calles, he recordado lo que sobre esto dice Md. Calderon. En efecto, para los *arribeños* que temen ser asaltados por el vómito, no es una vista de lo mas agradable. Los zopilotes son aves negras, taciturnas y tristes como la muerte misma, en pos de la que andan constantemente. Además, los zopilotes veracruzanos no son como los de nuestra tier-

por lo demas, el grado de civilizacion y cultura de los países, no cabe duda en que puede colegirse por el de comodidad de las posadas y disposicion de las comidas; lo que he referido bajo este respecto, es un mentís solemne á Lowenstern y Chevallier que asientan que los viajeros se mueren de hambre en los caminos de la República.

Concluido el almuerzo, salí á dar un paseo por la ciudad: las calles son rectas, con sus aceras y sus empedrados excelentes, recompuestos últimamente cuando era regidor el Sr. D. Ignacio Trigueros. Las casas son de uno y de dos pisos, algunos de una arquitectura moderna y elegante, y la mayor parte de ellas tienen los patios y escaleras enlosadas con mármol de Génova. Algunos edificios cercanos á la playa están negruscos y tristes; pero esto, segun se me ha dicho, es ocasionado por los vientos salinos de la mar. La descripcion que se hace de la ciudad en un artículo publicado en el calendario de Cumplido del año de 1844 me parece muy exacta; y que como es difícil sin faltar á la verdad, quitarle ni ponerle una sílaba, la copio aquí:

«La ciudad es pequeña pero hermosa, especialmente por la regularidad de su construccion. Las calles son anchas, rectas y bien empedradas y embanquetadas. Las casas, en número de 1063, y formadas de piedra *múcara* sacada del mar, son generalmente de dos cuerpos; hay varias de tres pisos, y algunas en que resalta una bella arquitectura, y cuya buena distribucion interior corresponde á su elegante fachada.»

El norte arrecia, y contra lo que sucede generalmente en Veracruz, el cielo está muy nublado, y cae una menuda lluvia; por consiguiente, he tenido que suspender mi excursion, que probablemente continuaré mañana.

Los zopilotes.—Nueva plaza del mercado.—El hospital.—El cementerio.

QUERIDO FIDEL:

El dia está claro y despejado, y he salido á dar un paseo por la ciudad. Al ver los zopilotes sobre las azoteas y las cúpulas de las torres, y aun paseando tranquilos y confiados por las calles, he recordado lo que sobre esto dice Md. Calderon. En efecto, para los *arribeños* que temen ser asaltados por el vómito, no es una vista de lo mas agradable. Los zopilotes son aves negras, taciturnas y tristes como la muerte misma, en pos de la que andan constantemente. Además, los zopilotes veracruzanos no son como los de nuestra tier-

ra, que se remontan á las nubes, que hacen en los aires círculos eternos y fantásticos, y que devoran su presa en la soledad de un llano, ó en la espesura de un bosque, sino que seguros de que tienen sin trabajar y sin vagar mucho por los aires, abundante presa, jamas abandonan las torres ni las bóvedas de las iglesias.

A propósito de los zopilotes te referiré una anécdota. Desembarcó una ocasion un inglés, el cual viajaba por placer, por variar de clima, por sacudir tal vez en América el horrible *spleen* de las orillas del Tamesis. Luego que dió algunas vueltas en la ciudad y observó los zopilotes, se armó como bueno é intrépido cazador, de una escopeta, y se dirigió en pos de esas aves pacíficas, que jamas han sido molestadas por nadie. Antes apuntó en su cartera de viajes lo siguiente:

«Las playas de México abundan en cacería exquisita, y aun dentro de la ciudad de Veracruz se pueden matar multitud de aves, entre ellas una especie de gallos negros.»

De hecho el cazador inglés volvió á poco con una ensarta de gallos negros, y contentísimo y restregándose las manos se dirigió con su presa al cocinero de la posada, diciéndole:

—*By god!* vd. freir estos gallos negros con papas y salsa de salmon.

El cocinero abría tamaños ojos.

—*By god!* vd. no entender que yo querer cenar esta noche gallos negros asados con papas.

El cocinero desengañó al inglés y le explicó la casta de pajaros que habia cazado.

El inglés se disgustó tanto, que le acometió un fuer-

te *spleen*, y regresó á Inglaterra hablando pestes de México.

He rectificado en mi paseo la idea sobre las casas, es decir, las encuentro cómodas, bien ventiladas, y algunas de ellas de una extremada elegancia, como la del señor Trigueros y otras contiguas. En cuanto á su adorno interior, en lo general son como las de México, es decir, muebles de caoba ó del Norte dorados, sus guardabrisas de cristal, sus pianos, sus cómodas, sus cuadros dorados, y poltronas delante de los balcones para tomar el fresco en las noches calurosas de verano. La vista exterior de las casas tal vez no es tan elegante, porque muchas tienen balconería de madera, quizá porque el fierro se oxida y destruye muy pronto con el viento salino del mar.

He visto algunos edificios públicos. La parroquia es de orden compuesto, y seria muy bella si las torres estuviesen concluidas. Por dentro está pintada de blanco, y el pavimento es de mármol de Génova.

La plaza del Mercado, concluida recientemente, está situada frente á la iglesia de San Agustín, y me agradó mas que la de México, pues que la triple portada que tiene, presenta una vista óptica, aunque pequeña, desde la plaza de San Agustín. Me serviré de la descripción que ha hecho de ella un amigo nuestro, y que no se ha publicado todavía. Dice así: «Este bello edificio, de orden toscano, está construido en un cuadrilátero de 51 varas y 12 de elevacion, de piedra *múcara*, coral, ladrillo y bollo.

«El lado que mira á la plazuela de San Agustín se

compone de cinco arcos, y se ve en los extremos una puerta con dos puertas altas y dos bajas, siguiendo todas el orden de arquitectura expresado. En la fachada exterior están repartidas diez y seis tiendas de ropa y semillas, con dos puertas al interior, y otras tantas á la calle. El piso alto guarda una proporeion semejante. En el interior hay cinco soportales de 7 varas de ancho, y un patio de 19 en cuadro, con una fuente de mármol blanco en el centro. El pavimento de este y el de las habitaciones, es de mármol, el de los soportales, de losas de Tabí. Ven á la parte exterior tres zaguanes, ciento cuarenta y cuatro puertas, y cuarenta y tres balcones.»

Esta obra, así como la de los empedrados de varias calles, fuentes públicas y otras mejoras notables de Veracruz, son debidas á la actividad y empeño del Sr. D. Ignacio Trigueros, que tiene en ellas un título honroso con que reclamar en todos tiempos el aprecio y gratitud de los veracruzanos.

A pesar de que Veracruz no produce ninguna especie de vegetales, la plaza está bien surtida de verduras, fruta y semillas que diariamente se introducen de Medellin, Boca del Rio, Alvarado y otros puntos cercanos, y no hay nada que extrañar en este particular.

En seguida me dirigí á visitar el hospital de Loreto. Es un edificio que, aunque antiguo, se reformó hace muy poco tiempo. En ese establecimiento, sostenido por los fondos municipales, encuentran abrigo las ancianas baldadas é inútiles, las dementes maniáticas, y las infelices atacadas de fiebre, vómito ú otro género de en-

fermedades, y que no tienen mas arbitrio sino ponerse bajo el abrigo de la caridad pública. Desde que se entra al hospital, en cuyo frente hay una fuente con la estatua de la Caridad, de mármol blanco, se nota un aseo y limpieza extraordinarios. Los salones están bien ventilados, las paredes blancas y limpias, y el suelo pintado de encarnado. Cada enfermo tiene su catre con su colchon, sus almohadas y ropa limpia y su mosquitero. En cuanto á la asistencia, es, segun se me dijo, bastante prolija y esmerada por parte de los facultativos; y los alimentos y medicinas observé palpablemente que eran condimentados con mucho esmero y aseo. Cuando los enfermos están ya en convalecencia, se les permite dar sus cortos paseos por los amplios corredores, bañarse en placeres limpios de azulejo, contruidos dentro del mismo edificio, y comer pescados sustanciosos y otros manjares exquisitos que podrian aparecer muy bien en una mesa particular. Es un gran placer para el alma hallar en la República establecimientos piadosos donde la pobre humanidad encuentra un amparo, y donde el cuidado de los que intervienen, mitiga sus dolencias y contribuye á su pronto restablecimiento. Una que otra vez que he entrado en el hospital de San Andrés de México, he salido con el corazon comprimido. El hospital es á veces un mal mayor que la enfermedad. En Veracruz no sucede eso. No ví el hospital de hombres, pero se me aseguró que estaba bajo el mismo pié.

En la tarde nos dirigimos al camposanto. Está situado fuera de las murallas, y en un lugar intermedio en-

tre la playa y una porcion de casitas de madera y piedra, donde viven los campesinos. Ciertamente, un cementerio donde se escucha el estruendo de las olas, y donde tantos vienen á terminar anualmente su carrera, es mas lúgubre que otro alguno.

Es un cuadrado extenso, circundado de una pared de piedra, y en cada ángulo un cono ó aguja de seis ú ocho varas de elevacion. En el centro hay una pequeña capilla de arquitectura compuesta, con su altar mayor en el centro, de estuco blanco. Hay tanta sencillez en esta capilla y en las urnas de mármol blanco que están colocadas á la entrada, que verdaderamente es digna de esa última morada donde los hombres dejan las pompas, las vanidades y los honores, y duermen quietos el eterno sueño de la muerte. Hay algunos sarcófagos de mármol blanco esparcidos en el suelo, y que parecen la vegetacion misteriosa del lugar donde está fijado el último asilo del hombre. Recientemente ha recibido este panteon considerables mejoras, merced á los infatigables trabajos de mi recomendable amigo D. Manuel Azcorve, y aun piensa poner árboles y plantas, con lo cual será, sin duda, mas interesante este cementerio de las orillas del mar.

No observé epitafios dignos de mencionarse. La hija de D. Francisco Fernandez Lizardi, llamado el Pensador Mexicano, reposa allí. Hay otra losa blanca con letras de oro, que dice: *A los valientes militares que murieron en Tolome en 1852.* ¡Compasion da ver este pequeño espacio de las víctimas que se ha tragado la guerra civil!

A propósito del cementerio, no olvidaré una anécdota interesante.

Un inglés vino á la República y se estableció en el interior. Allí, por medio del comercio y las minas, logró aumentar su fortuna considerablemente. Contra lo que generalmente sucede, el inglés le tomó una afeccion decidida á México. El cielo azul, el clima suave y el campo tan fértil, tenian para él tantos atractivos, que resolvió escribir á su mujer que viniera, para vivir quieta y tranquilamente.

Su esposa era napolitana: sus primeros años de niña habian sido alumbrados por la luz del Vesubio, y su vida de jóven arrullada por las brisas perfumadas del Adriático. El temperamento y las nieblas de Londres le hacian mucho mal; así es que se resolvió á aguardar en Nápoles la vuelta de su esposo. Cuando este le escribió que era dueño de una fortuna considerable, y que tambien en América el cielo era azul, el campo risueño, y las brisas perfumadas, dejó inmediatamente su patria, y embarcándose en un vapor, vino á reunirse con su esposo.

El inglés, por su parte, calculó cuándo debía llegar su adorada, y vino á recibirla en Veracruz con un tren magnífico de coches, de carros y de criados.

Era de ver cómo el inglés estaba clavado en el muelle con un anteojo observando los barcos que aparecian en el horizonte. Era de ver cómo en cuanto la campana ó la bandera del castillo anunciaban una vela, corria desatinado, sin sombrero, á ver si era el buque que conducia á su esposa.

El día tan deseado llegó por fin; desde por la mañana muy temprano se divisó allá en el horizonte, entre el cielo azul y el mar verde-esmeralda, una columna delgada de humo. A poco asomaron los palos del vapor, y á medio día se divisó el buque entero, que arrogante ponía su proa hacia el canal. En la tarde, echando torrentes de humo y batiendo con estrépito las aguas con las ruedas, como las escamas de esas serpientes fabulosas, entró el vapor en el puerto.

A pesar de que había mucha marea, el inglés tomó una canoa en el muelle, y se dirigió á bordo. La jóven lo aguardada sentada en el castillo de popa, con una graciosa redecilla azul y nácar en la cabeza, y un vestido blanco. La pobre muchacha se arrojó en brazos de su marido, y aquellos ojos negros, pero melancólicos y apagados, derramaron algunas lágrimas. Hacia cinco años que no le veía.

Pasados los primeros instantes de júbilo, la napolitana alzó su cabeza, que había tenido apoyada en el seno de su esposo, y este advirtió con asombro que las mejillas de su mujer estaban pálidas, su respiración difícil, sus labios secos, y unas líneas cárdenas circundaban sus ojos.

—Siento, querido mío, le dijo ella, que un fuego ardiente quema mi estómago, y que la vida se me acaba; la vida que era para mí un placer, pues que venía á vivir á tu lado.

—No, no es nada; le contestó el inglés procurando disimular su emoción; la vida del barco te ha dañado, iremos á tierra.

—Morir en el momento en que iba á comenzar para mí la felicidad! dijo la jóven dejando caer una lágrima.

El inglés, cada vez mas alarmado, tocó la frente de su mujer. La fiebre la devoraba, y el mal había hecho ya muchos progresos.

—Cuántos días hace que estás enferma? le preguntó con agitación.

—Ocho.

El inglés arrojó una maldición, y exclamó casi fuera de sí:—A tierra, á tierra.

Un bote se dispuso, y á pesar de estar muy gruesa la mar, los dos esposos vinieron al muelle. En la noche la napolitana murió, pues el vómito que le acometió desde la salida de la Habana, había hecho muchos progresos, y fué imposible salvarla.

La pobre flor arrancada de la Italia vino á marchitarse en las ardientes playas de Veracruz.

Hay una pequeña urna en el cementerio, sin inscripción alguna, donde está sepultada la desgraciada muchacha. El inglés se embarcó para Europa á los dos días de la muerte de su esposa, y no se ha vuelto á saber de él en Veracruz.

Probablemente se habrá volado la tapa de los sesos. ®

Fundacion de Veracruz.

QUERIDO FIDEL:

Eran los años de gracia de 1517 y 1518, cuando surcaban las aguas del golfo de México algunos buques de un porte moderado, aunque armados en guerra. En estos buques venian multitud de expedicionarios españoles, en su mayor parte deseosos de conquistar las tierras hermosas descubiertas por Colon. La única diferencia consistia en que el atrevido navegante surcó los mares con su corazon lleno de piedad, su alma de entusiasmo y su cabeza de poesía; mientras al atrevido conquistador le dominaba exclusivamente una ambicion de subyugar un país donde se creia que el oro, las perlas, los diamantes y rubíes estaban tirados en los campos. Colon buscaba el cielo constantemente azul, las brisas perfumadas y la naturaleza virgen, exuberante, magnífica. Colon era poeta, y era santo.

Cortés pensaba secundariamente en eso, y soñaba encontrar montañas enteras de oro macizo, calzadas con pavimento de plata, casas construidas con rubíes, topacios y esmeraldas. Cortés era ambicioso, y era soldado.

Ambos atrevidos, admirables, arrojándose en frágiles barcos, en mares solitarios, desiertos é indomables, porque jamas habian cortado sus ondas una quilla, ni los vientos de América libres y salvajes como sus moradores, habian servido de instrumento al hombre para henchir las velas del bajel, ni empujar su ancha popa hácia el puerto.

Una mañana subió al mastelero de capitana el buen Fernan, y observó con el anteojo una cosa en lo general árida y cubierta de arena ó erizada de peñascos. Allá á lo lejos, como la atmósfera estaba clara, divisó una enorme montaña, cuya cima reluciente se perdía entre el éter azul de los cielos. Era el pico de Orizava. Cortés sonrió al considerar que no se habia engañado. y que esa montaña era de plata. El pobre hombre no tenia presente que habia volcanes. Echó, pues, al agua unas canoas, y abordó á la costa.

Hacia un calor extraordinario: la costa estaba desierta, árida; ni la mas leve vegetacion, ni la mas insignificante señal que manifestase que aquella naturaleza tuviera vida y movimiento. Observaron el horizonte, y entre la cadena de montañas azules descollaba el gigante volcán. En esta vez se persuadieron que era nieve.

Los expedicionarios se desquitaban extraordinariamente, y hubo sus murmuraciones contra el gefe. No obstante, este, con la devocion constante con que en esos tiempos se hacian todas las cosas, por malas que fuesen, plantó una cruz en la arena, y mandó decir á los capellanes misa en accion de gracias al Todopode-

roso, porque les había concedido arribar con felicidad al nuevo mundo.

La playa, pues, quedó bautizada con el nombre de Veracruz, por haber desembarcado en ella un viérnes de la Cruz.

Después de formar en esta triste playa algunas barracas, asaz desconsolados, pero nunca faltos de esperanza, armaron las lanchas y viraron á lo largo de la costa.

Una tarde tranquila y despejada vieron brillar á la última luz del crepúsculo una ciudad. En esa vez como en todas, el ambicioso fuego de su fantasía les representó á la ciudad como construida con planchas de plata. Era, pues, la capital del imperio Zempoalteca, y como debe suponerse, muy del gusto de los intrépidos aventureros.

A la mañana siguiente desembarcaron en aquellas playas. Era una ciudad pulida y primorosa, situada entre dos ríos,¹ con sus casas estucadas con una caliza blanca y lustrosa que se asemejaba á la plata, sus calles regulares y algunos templos suntuosos. Todo, en fin, daba á conocer que los dueños de esa tierra lejana y hasta entonces desconocida á los ojos del mundo antiguo, eran civilizados y conocían las artes y la industria. Esto, que parecerá increíble á muchos, es uno de tantos fenómenos cuya explicación se busca en vano hace muchos años. ¿Cómo esas razas que poblaban á México conocían la arquitectura, y esa arquitectu-

¹ Estos ríos son conocidos hoy con los nombres de Actopan y San Carlos, cuyos desagües forman en la mar las barras de Juan, Ángel y Chachalacas.

ra grave y simbólica de los egipcios? ¿Cómo las artes, sin el auxilio de la maquinaria, estaban tan adelantadas? ¿Cómo no era un enigma para ellos ni la ciencia numérica, ni las revoluciones astronómicas? ¿Cómo, en fin, poseían secretos que no han podido descubrir después los hombres cultos y modernos? Esto es lo que nadie puede explicar satisfactoriamente, pero que todos confiesan á una voz.

Con efecto, cuando desembarcó Cortés, un cacique precedido de doce doncellas vestidas de lienzo blanco de finísima lana, y coronadas con rosas de oro, vinieron á recibirle; asombrados, sí, de ver las armaduras de los caballeros españoles, pero no temerosos de ellos. Los pobres zempoaltecas, orgullosos, ufanos con su poder, recibían con la franqueza y buena fe de unos guerreros, á los huéspedes que de tan lejanos imperios venían á visitarlos.

El cacique pronunció ante el conquistador una arenga llena de fuego y elocuencia, en que le aseguraba que los hijos de Zempoala se consideraban muy honrados en hospedar en su suelo á unos caballeros tan generosos y leales.

Cortés, que la picaba á veces de político y elocuente, contestó en términos tan diplomáticos que harían honor á Mr. Metternich, que él y sus soldados eran súbditos de un poderoso monarca, en cuyos dominios jamás se ponía el sol, y que le permitiera tomar posesión en nombre de S. M. de la tierra descubierta nuevamente, y que prestaría á los habitantes constante apoyo y protección.

El cacique encantado con tal algarabía pasó por cuanto quisieron los españoles, y estos como encontraron cantidad considerable de oro y pedrerías en poder de los honrados ciudadanos zempoaltecas, fijaron allí sus reales, y poco á poco los fueron despojando de lo que poseían, hasta que concluyeron por dejarlos limpios como una patena. Desgraciadamente todavía estamos hoy en la posición de los antiguos caciques, pues á pesar de nuestras elocuentes arengas, la diplomacia extranjera limpia muy á menudo nuestras bolsas.

Así Cortés, que era sentencioso y agudo por demás, encantado con tanta abundancia de metales, le puso á la capital de Zempoala el nombre de Villa-Rica, añadiéndole el de Veracruz como un testimonio de la ferviente piedad de que estaba lleno su corazón.

A los tres años la fiebre y otras enfermedades que molestaban á los españoles, les inspiró la idea de mudar la ciudad, lo cual hicieron fundando otra, conocida hoy por la Antigua. Finalmente, el año de 1600 echaron los cimientos de la nueva Veracruz, siendo virey de esta Nueva-España el marqués de Monterey. El año de 1615 recibió de Felipe II el título de ciudad y comenzó á gozar los privilegios de tal.

De entonces acá varias han sido las alternativas de Veracruz, pues el aumento de su población ha consistido en la mayor ó menor actividad del comercio. En tiempo en que era el único puerto habilitado en el golfo de México, la opulencia y grandeza de Veracruz eran admirables, si bien en cambio el resto de la costa del golfo estaba desierta. Todavía el año de 1804 en tiem-

po del consulado, contaba diez y ocho mil habitantes, y considerables fortunas, que en mucha parte desaparecieron por la expulsión de españoles.

El año de 1844, según los datos estadísticos formados por el señor D. Joaquin de Muñoz y Muñoz, que era entonces gobernador, Veracruz contaba con siete mil trescientos habitantes, sin incluir los de la comarca: hoy, aunque no tengo ningún dato, puede juzgarse que á poco mas ó menos habrá la misma población.

Asalto del pirata Lorenzillo.—Otros sucesos.

QUERIDO FIDEL.

Todo el mundo sabe que Veracruz tiene el título de heroica, y por cierto los veracruzanos han adquirido tal condecoración á fuerza de sustos y contratiempos.

El primer suceso fué en la época del virey D. Martín Henriquez, el año de 1568, cuando la ciudad estaba todavía en la Antigua, y al castillo de Ulúa comenzaba á edificarse. Ocurrió á un pirata llamado Juan Aquines Acele, venir por estos mares, sin duda en busca de oro y plata, y de hecho lo verificó, desembarcando el día menos pensado en la isla de Ulúa.

El cacique encantado con tal algarabía pasó por cuanto quisieron los españoles, y estos como encontraron cantidad considerable de oro y pedrerías en poder de los honrados ciudadanos zempoaltecas, fijaron allí sus reales, y poco á poco los fueron despojando de lo que poseían, hasta que concluyeron por dejarlos limpios como una patena. Desgraciadamente todavía estamos hoy en la posición de los antiguos caciques, pues á pesar de nuestras elocuentes arengas, la diplomacia extranjera limpia muy á menudo nuestras bolsas.

Así Cortés, que era sentencioso y agudo por demás, encantado con tanta abundancia de metales, le puso á la capital de Zempoala el nombre de Villa-Rica, añadiéndole el de Veracruz como un testimonio de la ferviente piedad de que estaba lleno su corazón.

A los tres años la fiebre y otras enfermedades que molestaban á los españoles, les inspiró la idea de mudar la ciudad, lo cual hicieron fundando otra, conocida hoy por la Antigua. Finalmente, el año de 1600 echaron los cimientos de la nueva Veracruz, siendo virey de esta Nueva-España el marqués de Monterey. El año de 1615 recibió de Felipe II el título de ciudad y comenzó á gozar los privilegios de tal.

De entonces acá varias han sido las alternativas de Veracruz, pues el aumento de su población ha consistido en la mayor ó menor actividad del comercio. En tiempo en que era el único puerto habilitado en el golfo de México, la opulencia y grandeza de Veracruz eran admirables, si bien en cambio el resto de la costa del golfo estaba desierta. Todavía el año de 1804 en tiem-

po del consulado, contaba diez y ocho mil habitantes, y considerables fortunas, que en mucha parte desaparecieron por la expulsión de españoles.

El año de 1844, según los datos estadísticos formados por el señor D. Joaquin de Muñoz y Muñoz, que era entonces gobernador, Veracruz contaba con siete mil trescientos habitantes, sin incluir los de la comarca: hoy, aunque no tengo ningún dato, puede juzgarse que á poco mas ó menos habrá la misma población.

Asalto del pirata Lorenzillo.—Otros sucesos.

QUERIDO FIDEL.

Todo el mundo sabe que Veracruz tiene el título de heroica, y por cierto los veracruzanos han adquirido tal condecoración á fuerza de sustos y contratiempos.

El primer suceso fué en la época del virey D. Martín Henriquez, el año de 1568, cuando la ciudad estaba todavía en la Antigua, y al castillo de Ulúa comenzaba á edificarse. Ocurrió á un pirata llamado Juan Aquines Acele, venir por estos mares, sin duda en busca de oro y plata, y de hecho lo verificó, desembarcando el día menos pensado en la isla de Ulúa.

Por fortuna las cosas no pasaron á gusto del pirata, pues llegó á ese tiempo una flota compuesta de 23 navíos al mando del general español D. Francisco de Lujan. Como eran valientes marinos, acostumbrados á combatir con los moros y corsarios, arremetieron contra Juan de Aquines, lo arrojaron de la isla y echaron á pique todas sus embarcaciones. No ha podido averiguarse si el pirata pereció en el combate; lo mas probable es que se escaparía en un bote ó se salvaría á nado como el capitán Pánfilo¹ cuando los marineros de su buque los echaron al mar.

En Mayo de 1693 los acontecimientos fueron mas serios. El 17 se observaron como á tres leguas de barlovento dos navíos de alto bordo. Contra la costumbre observada escrupulosamente, no salió del castillo una lancha á reconocerlos. Los bajeles, aunque tenían viento fresco para entrar á la bahía, se hicieron de la vuelta de afuera, lo cual dió mucho en que pensar á los veracruzanos; mas no obstante esto, se acostaron á dormir tranquilamente.

A la madrugada del 18 se escuchó el estruendo de muchos arcabuces y el silbido de las balas, una turba desenfadada se esparció por las calles y plazas gritando: *Viva el rey de Francia*. Varios vecinos que acostumbraban madrugar y salir á tomar el fresco marino á la playa, fueron víctimas de las balas que á diestra y siniestra arrojaban los piratas, los cuales, armados de hachas y otros utensilios, continuaron la fatiga,

¹ Novela de Alejandro Dumas.

compiendo las puertas que encontraban cerradas y sacando á la plaza las familias medio dormidas, y algunas enteramente desnudas.

Abrieron en seguida la iglesia, é hicieron entrar á ella en confusion á niños, ancianos, doncellas, clérigos, esclavos y mulatos, y cerrando las puertas quedaron en posesion de registrar á su sabor todas las casas de la ciudad.

Como en ese tiempo estaba muy próxima á llegar la flota de España, habia depositados en la plaza de Veracruz inmensos tesoros. Aves exquisitas, pieles, pedrerías, tejos de oro y plata vírgen, y considerables sumas de pesos, encontraron los piratas, y todo esto con gran presteza y diligencia lo llevaron á bordo de su flota, que se componia de once barcos, algunas piraguas, y una tripulacion de mil doscientos hombres.

En la tarde habia ya reunidos dentro de la iglesia mas de seis mil prisioneros, que acosados del hambre y la sed se lamentaban lastimosamente, rogando al vicario hiciese un esfuerzo para salir é implorar la compasion del pirata.

A costa de mil trabajos y sufriendo los ultrajes de la canalla que estaba de guardia en la iglesia, salió el padre y obtuvo el permiso de introducir agua y galleta. Apenas la multitud hambrienta observó la vuelta del eclesiástico con estos auxilios, cuando se amotinó disputando rabiosa á mordiscos y á puñadas un poco de agua y un mendrugo de pan. ¡Horrible seria ver este conflicto!

Entretanto los piratas no desperdiciaban el tiempo,

pues minuciosamente registraban las casas, á la vez que saciaban sus apetitos carnales con todas las mujeres que habian caído en su poder. Un escrito antiguo publicado por el señor Lic. D. Carlos Bustamante, de donde he extractado este suceso, dice así: «Las mujeres han pasado muchos trabajos, porque su maldad no respetaba blanca, prieta, doncella ni casada. que á fuerza de su rigor no las sacasen llevándolas á forzarlas, siendo este exceso una de las cosas mas sensibles.»

Era el gefe de esta expedicion un demonio encarnado que se llamaba Lorenzo de Graff, y que por lo que va referido conocerá el lector que tal hombre no temia ni á Dios ni al Diablo. Así es, que como no habia ya ni tesoros de que apoderarse, ni mujeres que forzar, ni hombres con quienes combatir, resolvió como un fácil expediente el arrimar á la iglesia unos cuantos barriles de pólvora, y volar á todos los prisioneros. Luego que esta noticia se supo entre ellos, los mas resignados cayeron de rodillas á implorar el auxilio de Dios y el perdon de sus pecados; pero otros que, como sucede á los mas mundanos, no estaban muy conformes en morir, y morir quemados, lloraban, se desesperaban, y retorcian sus manos de congoja. En cuanto á las mujeres, las que estaban en cinta malparieron, otras murieron á fuerza del hambre, de los sustos y de la brutalidad de los corsarios, y á todos acometió un mal espantoso de nervios, bien que entonces no pensaba en usarse el romanticismo; pero el drama era demasiado patético y verídico. Trataba nada

menos el intrépido Lorenzo de Graff de concluir el último acto incendiando á seis mil personas.

No se sabe qué ocupacion distraeria á Lorenzo de Graff, ó si Dios, movido á tantas lágrimas permitió que no llevase á cabo su proyecto diabólico; el caso es que por ese dia desistió de prender fuego á los barriles de pólvora.

El día 20 sacaron á los negros y negras, empleando á los primeros en conducir á bordo el resto del botín y encerrando á las segundas en un patio, lo cual alivió un tanto las penas de los prisioneros que se ahogaban con el calor del clima y el que producía la aglomeracion de tanta gente reunida. Permitieron además, los piratas, que los muchachos saliesen á traer algunas botijas de agua. En ese mismo dia un frances encontró escondidos seis platos de plata, debajo del altar de San Cayetano, lo cual movió la codicia, y los santos fueron despojados de sus alhajas, y los vasos sagrados arrebatados del Sagrario.—Los piratas profanaron la religion y la humanidad, haciendo dar tormento á muchos para que confesasen lo que tenian escondido en su casa, y prometiendo prender fuego á los barriles de pólvora, si en el acto no declaraban los prisioneros lo que tenian oculto.

Esta resolucion les valió algo, pues á instancias y súplicas del vicario confesaron lo que tenian escondido, y los piratas recogieron seiscientos mil pesos mas.—En la noche mandaron poner en silencio á los prisioneros, y todos se persuadieron que era para degollarlos.

El 21 sacaron á los prisioneros de la iglesia y los llevaron al punto de los Hornos y allí los embarcaron para la isla de Sacrificios.

La vista de las calles presentaba un conjunto espantoso: rotas las puertas de las casas, los efectos de los almacenes esparcidos y derramados en las aceras, y aquellos piratas animados con los licores recorriendo con el furor de unos demonios las tiendas donde creían encontrar algo de que aprovecharse. De cuando en cuando algunas bandadas de zopilotes venían graznando á posarse sobre un charco de sangre ó á desgarrar las viandas hediondas que había sembradas en las plazas. Entretanto, los prisioneros condenados en la isla á sufrir los ardores del sol, morían de rabia y de sed.

El 22 estaban en la playa ciento cincuenta mil pesos en que habían ajustado su rescate algunos ricos, y los piratas habiendo divisado algunas velas en el horizonte, que eran nada menos las que componían la flota de D. Diego Saldivar, se apresuraron á embarcar el dinero, el rancho y algunos esclavos y mujeres, y se dieron á la vela.

Al rayar la aurora del día 23, la infeliz población de Veracruz trasladada á Sacrificios, observó que los enemigos habían desaparecido; pero esta alegría la turbó al instante la consideración de que abandonados en la isla, sin agua y sin víveres, iban á morir de hambre.

En esos casos desesperados los hombres sacan fuerzas de flaqueza, como suele decirse; y en efecto, los mas resueltos formaron una balsa sostenida con boti-

jas, y se resolvieron, con riesgo de su vida, á irse á Veracruz, donde auxiliados de algunos rancheros lograron equipar un barco varado, en el cual, en el término de dos días, trasportaron á tierra á los veracruzanos.

Una manada de panteras no hubiera hecho tanto daño como la tropa del almirante Lorenzo de Graff.—Se calcula que este suceso costó la vida á mas de trescientas personas.

Tal calamidad se hubiera olvidado con el trascurso de los años; pero otras nuevas no han cesado de agobiarse al pueblo veracruzano.

En 1821 fué sitiada y asaltada la plaza por las tropas de los insurgentes.

En 1822 por las imperiales.

En 1823 estaba ya en poder del gobierno mexicano; pero durante veintiseis meses la fortaleza de Ulúa, que mandaba el brigadier español Copinger, estuvo enviando bombas y proyectiles encendidos á la plaza, de suerte que de día el humo de la pólvora reposaba sobre los arruinados edificios de Veracruz, y de noche los relámpagos de fuego iluminaban sus desiertas calles, hasta el 23 de Noviembre de 1825, en que se rindió la fortaleza.

En 1832 fué sitiada otra vez por las tropas del gobierno, al mando del general Calderon.

En 1838 bloqueada por mar: la artillería francesa arrojó bombas y metralla sobre Veracruz.

Así, los edificios, batidos por los vientos y por la mar, ennegrecidos con el humo de tantos combates,

no es extraño que alcen entre los médanos de arena sus frentes tristes y severas, reclamando la compasión del viajero, que apelando á los pasados recuerdos considere que una historia entera de cerca de 400 años, comenzada por Cortés, ha tenido lugar en estas antiguas murallas y en estas paredes venerables.

Como la mañana estaba diáfana y serena, y la mar en una grande tranquilidad, mi amigo A*** me propuso un paseo en la mar. En efecto, nos reunimos varios amigos en el muelle, y en el instante que los marineros conocieron nuestra intencion, se nos agolparon ofreciendo sus embarcaciones y ponderando su seguridad y buen andar, como los cocheros del sitio de México ponderan la fortaleza de los simones y el brio y ligereza de sus mulas. Decidímonos por un bote alvaradeño y nos embarcamos para el castillo, que distará como dos millas del puerto. Increíble se hace que la mar algunas veces tan temible y agitada pueda ponerse en un grado de calma y de mansedumbre, que mas bien parece un estanque artificial. El color del agua era verde, y tan trasparente que podian distinguirse los pescados que nadaban á mucha profundidad, como si fueran trozos de plata copella engastados en esta líquida esmeralda. Muy pronto nos alejamos de la tierra, y nos hallamos frente á la antigua fortaleza. San Juan de Ulúa en tiempos anteriores, cuando ni la arquitectura militar ni la marina habian hecho tantos progresos, podia pasar por una fortaleza famosa é inexpugnable; pero ahora ¿qué valen las gruesas murallas de piedra múcara contra la artillería de

á ochenta y las terribles bombas de la marina de guerra de nuestros dias?

Como la marea estaba baja, el foso se hallaba seco, y así anclamos en un costado, y por el friso de las murallas llegamos hasta la puerta del castillo.

La plaza de armas es extensa y toda perfectamente enlosada, las murallas son gruesísimas, las escalas planas construidas con solidez, y en una palabra, todo tiene el estilo de esas antiguas construcciones españolas que parece se hicieron con el designio de que duraran eternamente.

Prescindiendo de la mayor ó menor defensa que pueda hacerse en el castillo, y de su utilidad é inconveniencia en caso de una invasion, su aspecto es lúgubre y severo, y aquellas murallas sumergidas entre las aguas y levantando sus húmedas frentes erizadas de cañones, verdaderamente despiertan ideas caballescascas. Los palacios y las casas de los magnates de las ciudades, con su lujo y su estudiada coquetería, son las canciones bucólicas: los castillos, donde no se ven mas que gruesas y negruzcas paredes, balas, cañones é instrumentos de guerra, y donde el lujo se ha desterrado como cosa contraria al ejercicio rudo de la guerra, son los poemas heroicos, donde no se percibe mas que una sucesion de cuadros sangrientos y terribles. Para nosotros que estamos aún en los primeros dias de la vida, y que, como dice Chateaubriand, nuestras casas y nuestros sepulcros son de ayer, la vista de un edificio donde no deben pasar mas que escenas de duelo y de sangre, tiene algo de romanesco y

de particular, que tal vez se hace imposible describir.

La fina cortesanía del señor Landero, comandante del castillo, nos proporcionó examinar á nuestro placer cuanto habia digno de atencion. Entre los cañones de las baterías hay algunos de muy bonita construccion. Son franceses, del calibre de á 24, y algunos de ellos fundidos en 1727.—*Le robuste*.—*Le Gaillard*, *La Palas*, tienen un letrero que dice: «*Luis Carlos de Borbon, conde de Eu y duque de Aumale*; y cerca de los muñones un mote: «*ultima ratio regum*.» Por desgracia, hoy que es el siglo de la civilizacion y de las luces, este mote tan significativo como enérgico, está en todo su vigor.—La última razon de los reyes se halla todavía en la boca de un cañon. Los demas cañones son del tiempo de Felipe II, y otros del calibre de á 80 se han traído recientemente de Inglaterra. Habia asimismo algunos cañones de los que Carlos V quitó á Francisco I en la batalla de Pavía; pero los franceses los calificaron como propiedad suya el año de 1838, y como estaban en posibilidad de hacerlo, los despacharon á la *belle France*, privando á México de los poderosos y elocuentes testigos de uno de los acontecimientos mas célebres en la historia.

Paseando por los baluartes del castillo, llamaron mi atencion unos socavones practicados, segun creo, en el mismo macizo de las paredes. Estos agujeros, que no tendrán media vara en cuadro, están escasamente alumbrados con el sol, y en el fondo pululan entre la agua represada, multitud de insectos.—El calor en tiempo de verano, ó el frio en tiempo de nortes, deben ser

excesivos, y la ventilacion escasa y dificultosa. Estos lugares, que llaman *tinajas*, donde un hombre no puede ni sentarse, ni acostarse, ni moverse; donde apenas se ve un fragmento del cielo, donde está atormentado por el calor, por los insectos; donde á los dos dias la inaccion y la falta de libertad para cambiar de postura, le ocasionan parálisis en los miembros; estas *tinajas*, repito, son prisiones donde antiguamente se encerraba á los reos de Estado, ó á los que habian cometido algun delito grave. Creo que nada mas cruel ni mas horrible que esto puede inventar la venganza humana. Seria conveniente que tales antros se taparan, para que no pudiera darse el caso de que se condenase á un preso á sufrir tormentos mas terribles que la muerte misma.

La impresion desagradable que me produjo la vista de las tinajas, se me disipó con el espectáculo magnífico que se descubre subiendo al último cuerpo de una torre redonda, donde está la farola, que se compone de veintinueve reverberos grandes y bruñidos, que continuamente están girando sobre un eje, y cuya luz se distingue por las noches desde mas de seis leguas de distancia. Nada hay comparable á este panorama magnífico. Las murallas, las casas, las cúpulas de las iglesias parece que están edificadas sobre el verde cristal de las aguas, y el flujo y reflujo de la mar, les comunica cierto reflejo fantástico, cuyo prestigio se aumenta con la concurrencia de las chalupas y barcas que se deslizan ligeras y van á anclar al muelle. Detrás de la ciudad se observan las montañas azules de la

sierra, y mas allá, entre el vapor rojizo y dorado de la atmósfera, descuella el gigantesco Pico de Orizava, escondiendo su frente reverberante entre las caprichosas figuras que forman las nubes. Por mas triste y melancólica que sea la vista de Veracruz, se adivina desde lo alto de la farola todos los tesoros y bellezas de la virgen y pomposa naturaleza de México, como se sospecha la perfeccion de una mujer al través del velo espeso que cubre su rostro, ó como se divisan desde la mezquina y ruinosa casa de Alejandría, los magníficos aposentos y mágicos salones que hay en lo interior. En efecto, á veinticinco leguas de la árida y arenosa playa de Veracruz, se halla Jalapa, y mis lectores saben ya que Jalapa es un jardin de magas, un Eden donde con todo su placer estableceria su mansion el profeta de la Meca.

Ulúa ha sufrido contratiempos de bastante consideracion. Cuando la guerra de Independencia, fué el último punto que conservó el gobierno español, pues no se rindió sino hasta el año de 1823, despues de haber sufrido un largo asedio. El brigadier Copinger, como te he dicho, mandaba la fortaleza, y como bravo y leal castellano, hostilizó á la plaza y se sostuvo acaso mas allá de lo que prescriben las reglas y deberes militares. La agua de los algibes se habia agotado; las provisiones se reducian ya á carne y jamon salados, y los soldados, rendidos á tanta vela y á tanta fatiga, no podian materialmente ni tirar el gatillo de un fusil, ni alzar la bala de un cañon. Cuando se verificó la capitulacion, salieron de la plaza de armas del castillo, no

un regimiento de soldados, sino una legion de esqueletos, que parecian abortados de un cementerio. Todos lívidos, con los labios y las bocas hinchadas por el escorbuto, los ojos hundidos y los cuerpos extenuados y consumidos por la fiebre. Los veracruzanos no pudieron menos de enternecerse al ver atravesar el mar á estos hombres, que parecian las sombras que el viejo Caron conducia en su barca por la laguna Estigia.

El año de 38, cuando el bloqueo de los franceses, las escenas fueron rápidas; pero no por eso menos terribles. El castillo, segun la voz general, no estaba ni bien defendido, ni bien pertrechado; pero aun cuando se hubieran puesto en accion todos los medios imaginables para defenderlo, nunca se hubiera evitado el furioso resultado que tiene en el dia una lucha entre una fortaleza y una escuadra. La diferencia hubiera consistido en algunas horas mas de trabajo de parte de los enemigos. Cuando definitivamente se rompieron las hostilidades, los buques de la escuadra, colocados ventajosamente de antemano, comenzaron á hacer fuego; á poco el ataque se hizo general, y ochocientas bocas vomitaban la muerte y el exterminio contra la vieja fortaleza. Era toda la bahía una densa nube de humo, en cuyo fondo aplomado brillaban sin intermision los fuegos rojizos de la artillería. El mar, el viento, todo enmudecia ante el formidable estruendo del combate. Era un volcán que vaciaba sus entrañas encendidas sobre las murallas de Ulúa. No era difícil adivinar el resultado. Los soldados mexicanos,

presentándose risueños ante las bombas y las balas enemigas, cayeron hechos pedazos entre los escombros humeantes del caballero alto y de las demolidas cortinas. ¿Qué mas se podría exigir? Murieron como unos héroes, y los franceses con su espíritu romanesco que los domina, decantaron una victoria que el menos versado en el arte militar calculará siempre como un hecho simple y ordinario de la marina de guerra de esta época.

Del castillo nos dirigimos á visitar los buques de guerra y mercantes que se hallaban en la bahía y que habian desplegado sus velas para secarlas al sol, como una parvada de cisnes blancos sacude sus alas sobre la tersa y clara superficie de los lagos.

Los veracruzanos y las veracruzanas.

QUERIDO FIDEL:

He confirmado ya mi juicio en cuanto á la franqueza y hospitalidad proverbial de los veracruzanos. Cuando un mexicano medianamente relacionado va á Veracruz, se le acoge con agrado, se le enseña lo mejor de la ciudad, se le convida á comer, y se abren mate-

rialmente los bolsillos de los amigos para obsequiarle y hacerle agradable su mansion. Una vez presentado á la *guardia joven*, ya participa una de sus reuniones, de sus agradables tertulias, de sus expediciones en bote, y de sus paseos en volanta á Medellin y á la Boca del Rio. La *guardia* se compone de esos jóvenes inteligentes, de bella figura y finísima educacion, que pertenecen á las principales familias de Veracruz, que así son los primeros en todas las empresas de broma y de alegría, como de echarse en una canoa en la mar irritada, y salvar á los naufragos. La guardia vieja ó los *vieux grognard*, como decia Napoleon á sus granaderos, son ya hombres de mayor edad, que cansados de esas orgías y francachelas de los muchachos, se sientan tranquilamente en el café de la Marina ó del Portal á fumar habanos, á sorber vasos de ponche, contar historias de mar, discutir horas enteras sobre el tiempo, sobre la construccion y buen andar de los buques, ó á forjar con frases náuticas utopías políticas.

Antes de conocer á Veracruz, me habia preguntado muchas veces por qué los veracruzanos ocupaban los mas distinguidos puestos de la República, y cuál era la razon por que han ejercido esa especie de influencia y dominio en los asuntos políticos y mercantiles. Satisfactoriamente me expliqué yo mismo el enigma. Los veracruzanos son activos, de carácter ardiente y emprendedor, de maneras francas y políticas, y además poseen un grado mas de ilustracion: con estas dotes y una nobleza y comodidades tradicionales, es natural que sean llamados á ocupar elevados destinos.

presentándose risueños ante las bombas y las balas enemigas, cayeron hechos pedazos entre los escombros humeantes del caballero alto y de las demolidas cortinas. ¿Qué mas se podría exigir? Murieron como unos héroes, y los franceses con su espíritu romanesco que los domina, decantaron una victoria que el menos versado en el arte militar calculará siempre como un hecho simple y ordinario de la marina de guerra de esta época.

Del castillo nos dirigimos á visitar los buques de guerra y mercantes que se hallaban en la bahía y que habian desplegado sus velas para secarlas al sol, como una parvada de cisnes blancos sacude sus alas sobre la tersa y clara superficie de los lagos.

Los veracruzanos y las veracruzanas.

QUERIDO FIDEL:

He confirmado ya mi juicio en cuanto á la franqueza y hospitalidad proverbial de los veracruzanos. Cuando un mexicano medianamente relacionado va á Veracruz, se le acoge con agrado, se le enseña lo mejor de la ciudad, se le convida á comer, y se abren mate-

rialmente los bolsillos de los amigos para obsequiarle y hacerle agradable su mansion. Una vez presentado á la *guardia joven*, ya participa una de sus reuniones, de sus agradables tertulias, de sus expediciones en bote, y de sus paseos en volanta á Medellin y á la Boca del Rio. La *guardia* se compone de esos jóvenes inteligentes, de bella figura y finísima educacion, que pertenecen á las principales familias de Veracruz, que así son los primeros en todas las empresas de broma y de alegría, como de echarse en una canoa en la mar irritada, y salvar á los naufragos. La guardia vieja ó los *vieux grognard*, como decia Napoleon á sus granaderos, son ya hombres de mayor edad, que cansados de esas orgías y francachelas de los muchachos, se sientan tranquilamente en el café de la Marina ó del Portal á fumar habanos, á sorber vasos de ponche, contar historias de mar, discutir horas enteras sobre el tiempo, sobre la construccion y buen andar de los buques, ó á forjar con frases náuticas utopías políticas.

Antes de conocer á Veracruz, me habia preguntado muchas veces por qué los veracruzanos ocupaban los mas distinguidos puestos de la República, y cuál era la razon por que han ejercido esa especie de influencia y dominio en los asuntos políticos y mercantiles. Satisfactoriamente me expliqué yo mismo el enigma. Los veracruzanos son activos, de carácter ardiente y emprendedor, de maneras francas y políticas, y además poseen un grado mas de ilustracion: con estas dotes y una nobleza y comodidades tradicionales, es natural que sean llamados á ocupar elevados destinos.

Por mi parte, he quedado bastante complacido al ver que sin dejar sus pronunciadas afecciones por su país, los veracruzanos y veracruzanas aman á México, admiran las bellezas de su suelo y la dulzura de su clima, y se radican en él. Esto complace á los que hemos nacido en México, á quien suelen deturpar injustamente los nativos de otros Departamentos, no considerando que si sus países no están en pleno ejercicio de todos sus goces, es debido á circunstancias del momento y de las cuales ninguna culpa tiene la capital. Así, pues, ya puedes figurarte por lo que llevo dicho, que he estado complacido y satisfecho con esa recomendable juventud veracruzana, donde el sentimiento de las artes y de la poesía está tan desarrollado. Mis paseos han sido acompañado de excelentes amigos, y mis horas de ocio se han deslizado, sin sentirlo, con una conversacion amable y espiritual. ¡Ojalá y los amigos que he tenido la fortuna de conocer en Veracruz, consideraran que estos renglones son un sincero recuerdo que les consagra la gratitud del pobre folletista!

Una de las grandes nulidades de Veracruz es la escasez del bello sexo, escasez que es causa quizá de la grande estimacion que se tienen las jóvenes entre sí, hasta el grado que parecen una sola familia. Da sin embargo compasion la existencia de esa juventud que se desliza en verdad entre la algazara y alegría de las francachelas; pero que en el fondo es desierta y árida, faltándole aquella animacion, aquella vida, aquella indefinible alegría que da á todos los cuadros sociales

la presencia de las mujeres: sus ojos juveniles y radiantes son la luz de los teatros, su voz angelica y sonora la música de los festines, sus rostros apacibles y sus sonrisas de amor, mas gratas que el viento matutino de los campos y las bellas flores de los jardines. Es menester hallarse poseido de ese vértigo de romanticismo y de fastidio para despreciar esta interesante sociedad de las mujeres, y mirarla como un origen de dolorosos delirios y de multiplicadas amarguras. Por un enigma incomprensible, esta sociedad actual, positivista é incrédula, quiere hallar la perfeccion en su mismo seno, y el mundo está atestado de utopistas que viven eternamente disgustados de todo lo que existe. En cuanto á mi, convencido de que el mundo siempre ha sido y será con poca diferencia, lo mismo, es decir, un conjunto donde confundidos marchan los vicios y las virtudes, me he formado un sistema que se reduce á ver los defectos de la sociedad como una consecuencia innata de la constitucion humana, y á admirar las virtudes como una prueba evidente de que la mirada de Dios penetra hasta los rincones mas ocultos del corazon humano.

Mas volviendo á mi objeto, no se crea por lo que acabo de decir, que absolutamente faltan las mujeres en Veracruz: he asentado simplemente que escasean. El motivo es muy obvio. En Veracruz no pueden residir mas que las que nacen allí, pues el vómito no permite esa afluencia de poblacion que hay, por ejemplo, en México. La expulsion de españoles, la decadencia del comercio, los azares de la revolucion, y otras

causas, han ido disminuyendo insensiblemente á la poblacion nativa ó aclimatada. Unas familias emigraron á Europa, otras se han establecido en México, y muchas prefieren la dulzura del clima de Jalapa al calor y moscos de Veracruz; de aquí proviene que se hallen radicadas en el puerto un número de mujeres muy pequeño respecto del de hombres. No obstante, en México y en todas partes se nota el trato franco, amable y abierto de las veracruzanas; son extremadamente afectas á la música, tanto, que en una calle de Veracruz que contara catorce casas, en once de ellas hay piano. Algunas señoritas á quienes oí tocar lo hicieron en mi juicio con perfeccion, y el hábil y apreciable profesor Aguilar, que se halla establecido aquí, puede lisonjearse de haber sacado discípulas que lo honran. Inútil es que me detenga yo en hacerte una apología de las veracruzanas, pues en México residen una multitud, cuya hermosura, cuya educacion, y cuyo amable y fino trato, son conocidos en la buena y escogida sociedad. ¡Ojalá y el clima no se opusiera al aumento y progresos de una poblacion, en la que así los hombres como las mujeres, son tan dignos de nuestro cariño, y á quienes positivamente vemos como si hubieran nacido en nuestro risueño y frondoso valle de México!

Cocina.—Teatro.—Drama de Calderon.—La dulcera.

QUERIDO FIDEL:

Ya que acabo de hablarte de la buena sociedad de Veracruz, te hablaré de la buena sociedad de Veracruz, te hablaré de la *cocina*, que se diferencia mucho de la de México. En las mesas veracruzanas se saborean las verduras que conocemos en México, las excelentes carnes de carnero, ternera, venado, y aves del Interior, los mariscos exquisitos propios de la costa, y los vinos aromáticos y viejos de la Europa. Ya ves que con todos estos elementos y un sazon exquisito y lujoso, propio de Veracruz, no deben pasarla muy mal los aficionados á la gastronomía. Te describiré la mesa á que he asistido hoy, y ten cuenta que no es un convite diplomático. Un par de sopas, arroz y fideos; un puchero de excelente ternera, condimentado con verdura, plátano, calabaza y chayote; un pescado sargo en salsa: ostiones fritos con pan rayado, en la propia concha: camarones frescos en aceite y vinagre; un pescado huachinango, blanco, tierno, y sabroso como una mantequilla, asado con pan rayado; pulpos en una salsa sabrosísima, papas fritas, huevos, robalo fresco,

y unos excelentes frijoles prietos, guisados con tal arte que vale la pena el hacer un viaje para probarlos: vino de Burdeos, vino seco de Madera, champaña, café.

El resultado de esta comida que me hizo conocer la cocina veracruzana, fué una terrible indigestion, que juzgué que era vómito negro en los principios. A pesar de mi filosofía, tuve dos horas mortales de susto.

En Veracruz se almuerza y se desayuna al mismo tiempo, á las nueve: se come en las casas principales, á poco mas ó menos de la manera descrita, á las tres ó tres y media de la tarde, y algunos cenan á las ocho una taza de té, y unos pocos de esos sabrosos frijoles prietos.

Ya conocerás que una vida así es agradable: despues de una buena comida se toma un rato de fresco en el muelle, se charla despues en el café, y á las siete y media se dirige uno á la comedia, cuando la hay.

El teatro es de bonita construccion, regular tamaño, y bastante cómodo. Entre los teatros de provincia puede ocupar el tercer lugar.¹ Esa noche se representó un drama *Roberto Dillon*. Apenas fijé la atencion en la pieza, y me dediqué á observar la concurrencia. En los palcos primeros y segundos estaban las familias distinguidas de la poblacion, entre las que podian contarse algunas jovencitas muy hermosas, y vestidas con extremado gusto y aseo. En el patio habia tambien varias señoritas; pero particularmente hubieran llamado tu atencion las *jaroachitas*. Es, por decirlo así,

¹ El primer lugar lo ocupa en mi juicio el teatro de San Luis, construido por Tres-Guerras, y el segundo el de Zacatecas.

una especialidad social muy digna de conocerse por su acento andaluz y gracioso, su aseo extremado y su modo singular de vestirse. Por lo regular son morenas; pero algunas de facciones muy finas, de ojos negros y expresivos, y de dientes parejos y blanquísimos. Visten unas enaguas de lienzo blanco muy fino, cerradas con randas y adornadas de encages, lo mismo que toda la ropa interior. La camisa es siempre muy fina, bordada y labrada, con las mangas cortas, terminadas con un encage ancho. La garganta la adornan con cuentas, perlas ó corales, y la cabeza con flores naturales ó imitadas, y un gran *cachirulo*¹ recamado de finísimas labores de oro, al derredor del cual está enredado el pelo y sostenido por otros cachirulos mas pequeños, tambien recamados de oro; al principio juzgué que serian de metal falso los cachirulos, pero despues se me dijo que las jaroachas tenian tanta aficion y entusiasmo por ellos, que trabajaban uno ó dos años con tal de adquirir un cachirulo de oro: algunos hay que valen tres ó cuatrocientos pesos. Vienen y van las modas, se acaban, renacen de nuevo, todo es indiferente para las jaroachas: ellas no abandonan su modo de vestir y peinarse, y conservan siempre su trage, como su acento y fisonomía singulares. Esto no deja de ser una cosa bastante curiosa en la República, donde por lo general es inconstante y voluble el carácter del pueblo. En cuanto á los jaroachos, nuestro amigo José

¹ Cachirulo es una especie de peineta de carey de varilla angosta que ciñe hasta la mitad de la cabeza, y á cuyo derredor se enredan graciosamente el pelo, á la manera como se usaba hace algunos años.

María Esteva te los dió á conocer en su preciosa poesía de costumbres, inserta en el tomo 2.^o del Museo. Valentones y jametes como los andaluces, no gustan exponer mucho la integridad de su piel, y guardan el machete y dan la vuelta con el mayor donaire del mundo en el momento que se acerca el peligro; sin embargo, en la guerra el primer ataque de los jarocho es terrible é impetuoso como el de un rayo; despues, si la tropa es disciplinada y se sostiene, logra desordenarlos y ponerlos en fuga.

A la siguiente noche volví al teatro; á poco mas ó menos habia la misma concurrencia. Se representaba el *Torneo*, de nuestro querido poeta Fernando Calderon, motivo que me hizo atender algo al espectáculo, mas bien que á mis simpáticas jarochitas. Mucho se hubiera ejercitado tu critica con aquellos actores, que estropeaban y profanaban una de las mas acabadas obras del poeta zacatecano. Alberto, que venia encubierto con un sayal y sombrero de peregrino de la Tierra Santa, se entusiasma, reconviene á Leonor y arroja el disfraz. Esta es una de las escenas mas bellas del drama; pero el Alberto del teatro de Veracruz quedó en la escena con un anecho sombrero de jarocho, y su armadura de caballero antiguo. Esto excitó la risa de algunos; pero otros se mortificaban de que se parodiara tan vilmente una pieza de tanto mérito.

A pesar de haber sido pésimamente representada la pieza, el público pudo percibir la dulzura de los versos, la delicadeza del pensamiento y la poesía é interés que caracteriza á tal drama, y aplaudió mucho. La

mayor parte de los concurrentes se deshacia en elogios; me preguntaban la edad y señas de Calderon, y deseaban vivamente conocerle. Por supuesto, á cambio de no tener alguna gloria propia, me puse hinchado como un pavo al escuchar todo lo que decian del poeta zacatecano, á quienes les aseguraba yo con acento pueril que era mi amigo y que nos queriamos mucho. ¡Oh! ciertamente los veracruzanos hubieran hecho algo por su hijo; no lo hubieran visto abatido, olvidado y confundido entre la multitud; tanto mas, cuanto que el Trovador que tan armoniosos sonos arranca de su lira, ha sido soldado, ha derramado noble y lealmente su sangre por la libertad de su país. Repito, los veracruzanos hubieran elevado á Calderon como merece su talento y su recto corazon: los veracruzanos se enorgullecerian de llamarlo su hijo; pero Calderon ha tenido la desgracia de nacer en un país donde las preocupaciones y los odios políticos están todavía muy arraigados, y donde desgraciadamente ni el mérito, ni los talentos, ni la rectitud de corazon elevan á los hombres; sino las intrigas de las facciones, y de facciones sin energía, sin vigor, y muchas veces sin poder para percibir lo justo y lo conveniente; y donde, en fin, el sentimiento de las artes y de la poesía no está tan desarrollado como en Veracruz. Algun día Zacatecas reclamará la gloria de haber sido la cuna de Calderon, y entonces se arrepentirá de no haberlo tratado como á su hijo.

Como por una providencia bastante acertada está prohibido fumar en el salon del teatro, nos salimos afue-

ra, así para poderlo hacer, como por respirar un poco la fresca brisa, pues hacia un calor insoportable. Llamó mi atención una mesa de dulces donde acudían todos, y con una franqueza singular tomaban todo lo que les agradaba. La dulcera les cobraba fiándose en el simple dicho de sus marchantes, y sin muestra alguna de desconfianza echaba las monedas dentro de una guardabrisa, sin parar la atención en la multitud de manos que hacían desaparecer las yemas y las frutas cubiertas.

—Pobre dulcera! dije yo á un amigo, me parece que va á quebrar indefectiblemente.

—Por qué? me contestó un poco amoseado.

—Pues no ve vd. que en esta confusion y desórden muchos comerán dulces y no pagarán?

—Ni lo imagine vd.; esta es la costumbre en Veracruz, y ni un solo confite se le deja de pagar.

Esta muestra de buena fe llamó mi atención, y la consigno aquí como un rasgo de moralidad que hace honor á los veracruzanos.

CONCLUSION.

Mi asiento en la Diligencia estaba ya tomado, y mi marcha fijada para el día siguiente; no obstante, mis numerosos amigos me instaban vivamente para que permaneciese unos días mas, y yo, que habia pasado alegremente mi tiempo, lo deseaba tambien: no habia mas dificultad sino conseguir que el administrador de

las Diligencias consintiese en ello. Al día siguiente nos dirigimos á recabar su permiso.

—Don Juan, le dijo afectuosamente uno de ellos dándole una palmadita en el hombro, queremos que este buen pájaro permanezca unos días mas con nosotros.

—Pues que esté todo el tiempo que le de la gana, contestó con una voz seca y sin conmovirse con las afectuosas expresiones de E.***

—Muy bien, D. Juan, entonces podrá marcharse en el viaje próximo.

—Sí, pagando otros cincuenta pesos.

—Hombre, pero vd. podia dar el asiento á otro pasajero.

—No.

—Vea vd., ha llegado el paquete «Eugenia», y vd. puede llenar su coche.

—No.

—Es que el señor tiene necesidad de permanecer aquí unos días mas.

—Pues que permanezca.

—Entonces no perderá el importe de su asiento.

—Sí.

—Esto es muy duro, muy cruel.

—Pues que se marche.

—Pero, D. Juan, ¿qué no hay medio de.....

—No.

—Mire vd., D. Juan, le rogamos por vida de O'Connell que condescienda en que el señor se marche en el otro viaje.

—Sí.....

—Bueno, viva D. Juan: D. Juan es un hombre *com-
m'il faut*.

—Pero pagará otros cincuenta pesos.

—Hombre de los diablos! Irlandés de fierro!

—Que se vaya, que se vaya con mil diablos su pa-
sajero de vdes., gruñó D. Juan, y colérico y dando la
vuelta, nos dejó pasmados con su laconismo.

En la noche, á la hora de partir el coche, las súplicas y los ruegos se renovaron. D. Juan fué inflexible, y yo con mi pequeño equipaje debajo del brazo, subí tristemente á la Diligencia, dirigiendo mis tiernos adioses á mis buenos amigos, á quienes nunca olvidaré, y que hasta este momento me dieron muestras inequivocas de su cariño.

Don Juan era, que ni mandado hacer, para gobernar á la República Mexicana.

ÍNDICE

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA COLECCION DE NOVELAS.

	Página.
El cura y la ópera.....	8
María Estuardo.....	31
La reina de Escocia á la reina Isabel.....	105
Isabel de Inglaterra.....	127
El poeta y la santa.....	139
El castillo del baron D'Artal.....	165
La Lámpara.....	183
Pepita.—El capitán y su teniente.....	199
La enferma.....	201
Otra infamia.....	206
La Providencia.....	209
La cena.....	213
La escaramuza.....	219
La fuga.....	223
Verte y morir.....	225
Granaditas.—Recuerdos históricos.....	235
El Lucero de Málaga.....	253

ÍNDICE.

EN VIAJE A VERACRUZ, EN EL INVIERNO DE 1843.

	Páginas.
La casa de Diligencias. — Los Lagos. — El camino. — Vista de Puebla.....	289
Río-frio. — San Martín. — Recuerdos de Cholula.....	306
Rápido paseo en Puebla. — La casa de Diligencias. — Algunos edificios públicos. — Paseos. — Don José Manzo.....	316
Vista desde las torres de la catedral. — Fábricas de loza. — Hilados.....	328
El coloquio. — El lépero. — La china.....	337
La catedral de Puebla.....	346
Noticia biográfica de los obispos que han gobernado la mitra de Puebla desde el año de 1527 hasta el de 1774.....	355
Alhajas de la catedral. — Historia de las fundadoras del convento del Carmen.	370
Fundación del convento de San Francisco. — Nuestra Señora la Conquistadora. — Convento de Santo Domingo. — Tradición de Nuestra Señora de la Manga. — La Virgen del Rosario. — Fechas de la fundación de otros conventos.	380
Visita á las iglesias. — Pinturas.....	386
De Puebla á Perote. — Cuesta de San Miguel del Soldado.....	395
Jalapa. — Iglesia de San Francisco. — Los Berros. — El tercer Ligero de infantería.....	403
Tertulia. — Las Jalapeñas. — Concierto de jaranitas.....	412
Paseo á Coatepec. — El cañon de cuero. — El puente del Diablo.....	418
Salida de Jalapa. — El Puente Nacional. — Recuerdos del general Victoria. — Llegada á Veracruz.....	425
El muelle. — La casa de Diligencias. — La ciudad.....	432
Los zopilotes. — Nueva plaza del Mercado. — El hospital. — El cementerio.....	439
Fundación de Veracruz.....	448
Asalto del pirata Lorencillo. — Otros sucesos.....	453
Los veracruzanos y las veracruzanas.....	466
Cocina. — Teatro. — Drama de Calderon. — La dulcera.....	471
Conclusion.....	476

FIN DEL ÍNDICE.

PQ7297

.P27

A15

1871

FHRC

155502

AUTOR

PAYNO, Manuel

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U.A.N.L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA